DOCUMENT RESUME

ED 160 293	95	RC 010 791

TITLE Escaparate. Programa de lectura y ensenanza del lenguaje, Unidad C (Show Window. Reading and Language Learning Program, Unit C).

INSTITUTION Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education, Austin, Tex.; Edgewood Independent School District, San Antonio, Tex.

SPONS AGENCY Office of Bilingual Education (DHEW/OE), Washington, D.C.

PUB DATE Apr 78

NOTE 160p.; For related documents, see RC 010 790-792

AVAILABLE FROM Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education, 7703 N. Lamar Blvd., Austin, Texas 78752 (Order No. 351-0, $3.50)

EDRS PRICE MF-$0.83 HC-$8.69 Plus Postage.

DESCRIPTORS *Bilingual Education; Bilingual Students; Childrens Literature; Cultural Background; *Cultural Education; Decision Making; Elementary Secondary Education; Ethnic Groups; Family Life; Group Unity; Instructional Materials; Language Instruction; Life Style; Mexican American History; *Mexican Americans; Reading Instruction; *Reading Materials; Reading Programs; *Spanish; *Textbooks; Vocabulary

ABSTRACT

Stories in Spanish about aspects of the history, culture, and daily life of Mexican Americans are included in this reading book developed by Edgewood School District Bilingual Program in San Antonio, Texas, for students in grade four through secondary school. "Escaparate" is the third of eight units being developed in this reading and language instruction program. Eleven reading selections are presented with many full-page pen and ink illustrations. Stories revolve around such themes as the family, decision making, history (i.e., the Battle of the Alamo and early Indian settlement at the present-day site of San Antonio), and working together. Stories utilize standard Spanish vocabulary. The reading book is one of three parts of the "Escaparate" unit; others are a teacher's guide and a student workbook. A vocabulary list of new words is included in the reading book. (RS)

****

* Reproductions supplied by EDRS are the best that can be made *

* from the original document. *

****

ED160293

U.S. DEPARTMENT OF HEALTH,
EDUCATION & WELFARE
NATIONAL INSTITUTE OF
EDUCATION

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL NATIONAL INSTITUTE OF EDUCATION POSITION OR POLICY

Escaparate

Distrito escolar de Edgewood
San Antonio
Texas

DACBE

Dissemination and Assessment Center
for Bilingual Education
Education Service Center, Region XIII
7703 North Lamar
Austin, Texas 78752

"The project reported herein was performed pursuant to a Grant from the U.S. Office of Education, Department of Health, Education and Welfare. However, the opinions expressed herein do not necessarily reflect the positions or policy of the U.S. Office of Education, and no official endorsement by the U.S. Office of Education should be inferred."

The Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education is a special E.S.E.A. bilingual project funded by the U.S. Office of Education through the Education Service Center, Region XIII. DACBE has selected these materials for dissemination, however, the opinions expressed herein do not necessarily reflect its position or policy nor that of Education Service Center, XIII.

This publication was developed and printed with funds provided by the Bilingual Education Act, Title VII of the Elementary and Secondary Education Act of 1965, as amended by Public Law 93.380. Therefore it is in the public domain and may be reproduced for local use.

First Printing April 1978
ISBN 0-89417-351-0

Contenido

El paquete 1
Una visita al Alamo 12
La casa antigua 31
La sorpresa 44
Trampa 54
Un domingo por la tarde 64
Pepe y la bruja 82
La tempestad 92
La inundación 108
Regreso a la Hacienda Hermosa 129
Los indios de San Antonio 141
Vocabulario 149

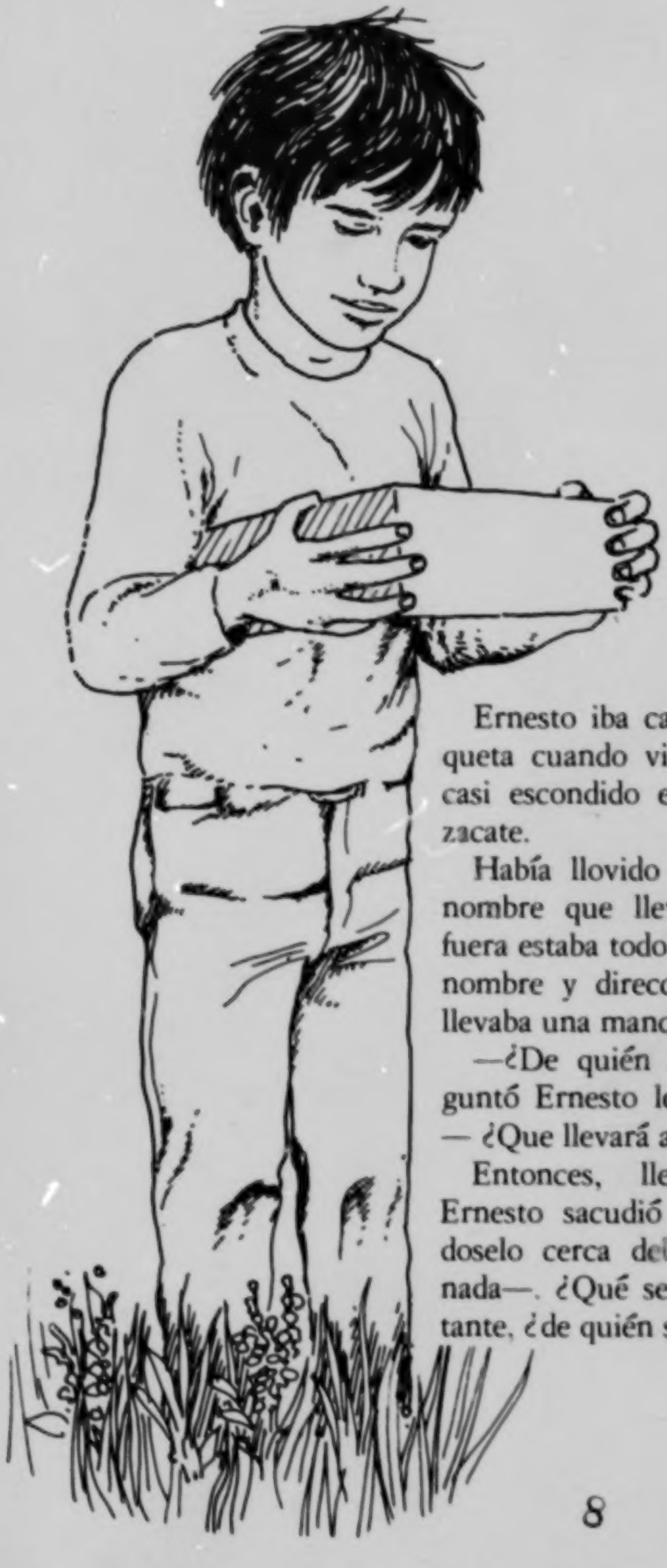
RECONOCIMIENTO

Se les da reconocimiento a los padres y maestros de Edgewood que participaron en el desarrollo y éxito de este proyecto.

Este libro de lectura fue preparado bajo el auspicio del Programa Bilingüe, Title VII del Distrito escolar de Edgewood, Sr. Rubén López, Superintendente. La directora del programa fue la Srta. Gloria I. Gámez. La Coordinadora de esta tarea fue la Sra. Alice F. Porché, especialista en curriculum.

Redactado por:	Richard Santos
Ilustrado por:	Jimmy Pérez
Cubierta diseñada por:	Luis Guerra
Editado por:	Alice F. Porché Alicia Salinas Carmen Barrera Guadalupe R. García

Escaparate



El Paquete

Ernesto iba caminando por la banqueta cuando vio el paquete. Estaba casi escondido entre las yerbas y el zacate.

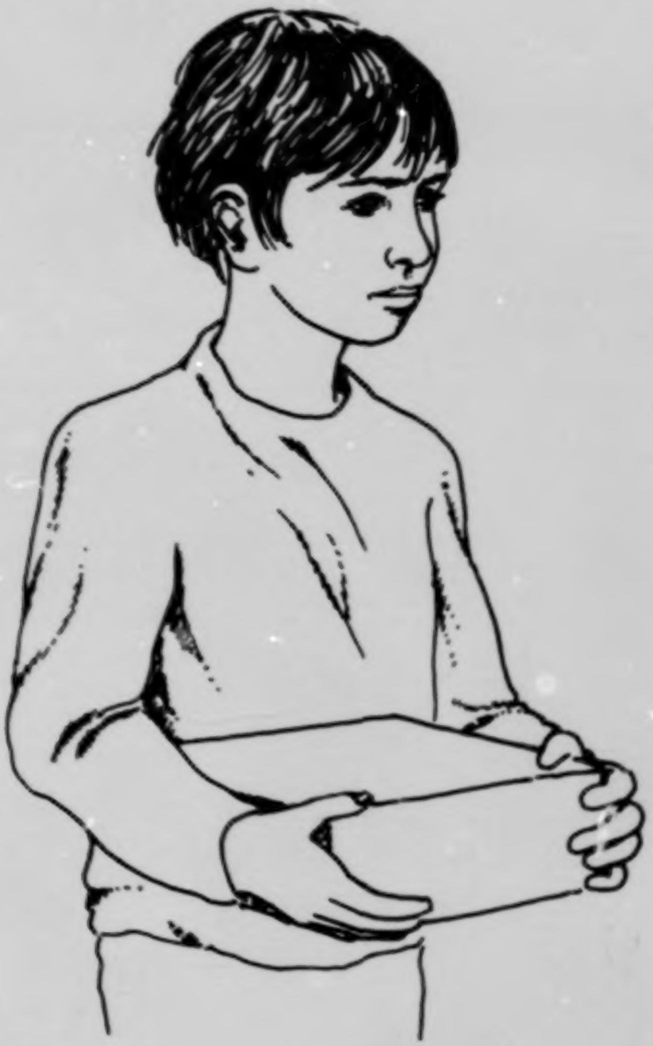
Había llovido el día anterior y el nombre que llevaba el paquete por fuera estaba todo borrado. En lugar de nombre y dirección, el paquete solo llevaba una mancha de tinta.

—¿De quién será esto? —se preguntó Ernesto levantando el paquete — ¿Que llevará adentro?

Entonces, lleno de curiosidad, Ernesto sacudió el paquete, poniéndoselo cerca del oído, pero no oyó nada—. ¿Qué será? Pero más importante, ¿de quién será?

En ese momento se oyó sonar el timbre de la escuela. Poniéndose el paquete bajo el brazo, Ernesto comenzó a correr hacia la escuela. En unos cuantos minutos llegó a su cuarto y se sentó en su lugar. Puso el paquete debajo del pupitre y pronto se olvidó de él.

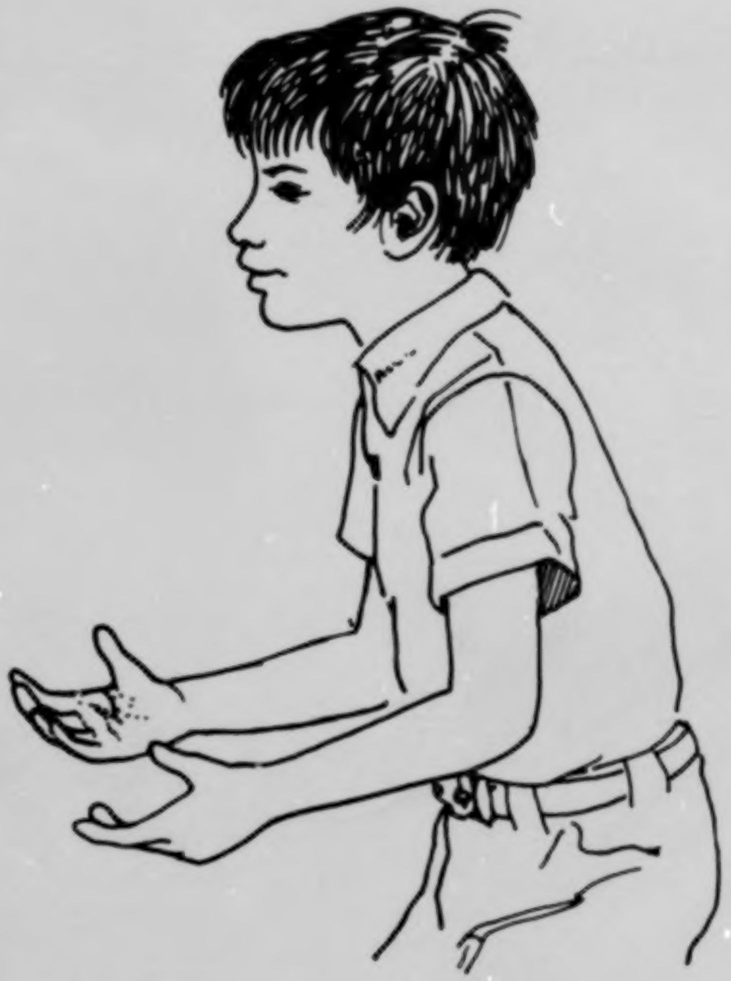
A mediodía, cuando salió la clase a comer, Ernesto se acordó del paquete y lo sacó de debajo del pupitre.



—Oye, Jaime —le dijo a un amigo—, tengo algo que platicarte. Fíjate que me hallé un paquetito y no sé de quién es, ni qué es.

—¿Y por qué no lo abres —contestó Jaime—. Andale, vamos a abrirlo para ver que contiene, ahora es tuyo.

—No entiendes Jaime —le dijo Ernesto—. Me hallé el paquete entre las yerbas y el zacate, junto a la banqueta, y no sé de quien es.



—Tu te lo hallaste, ¿verdad?

—Sí.

—Y no lleva nombre ni dirección, ¿verdad?

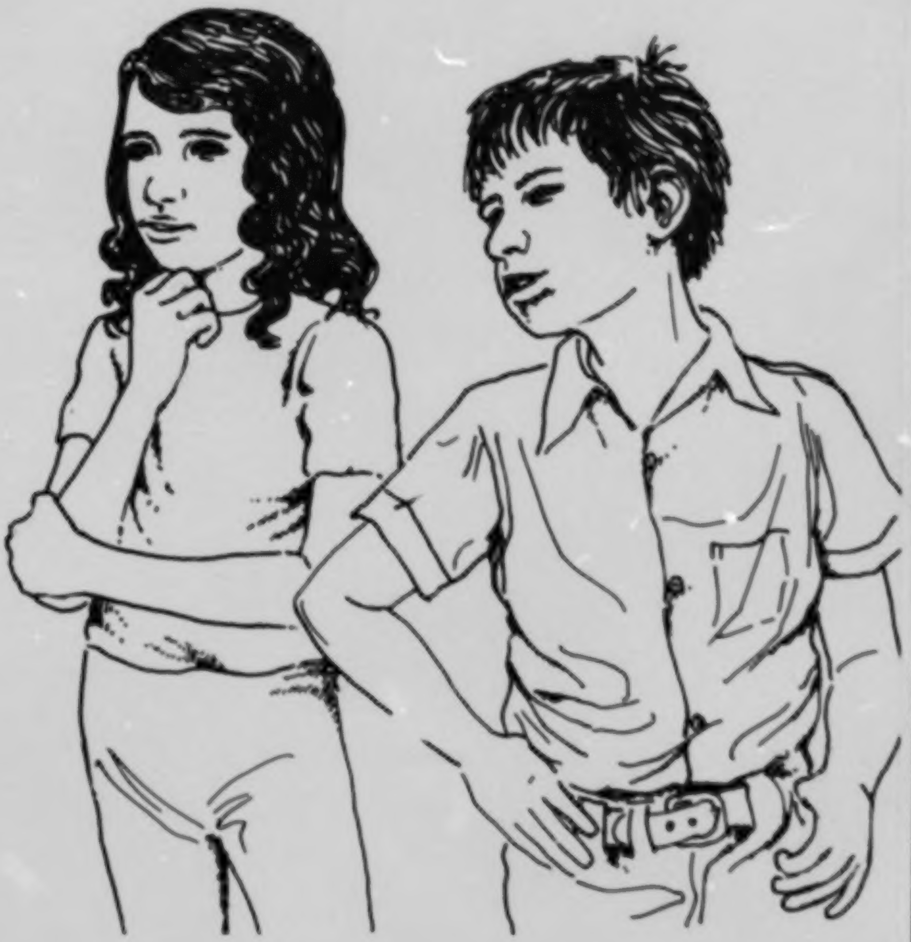
—Sí.

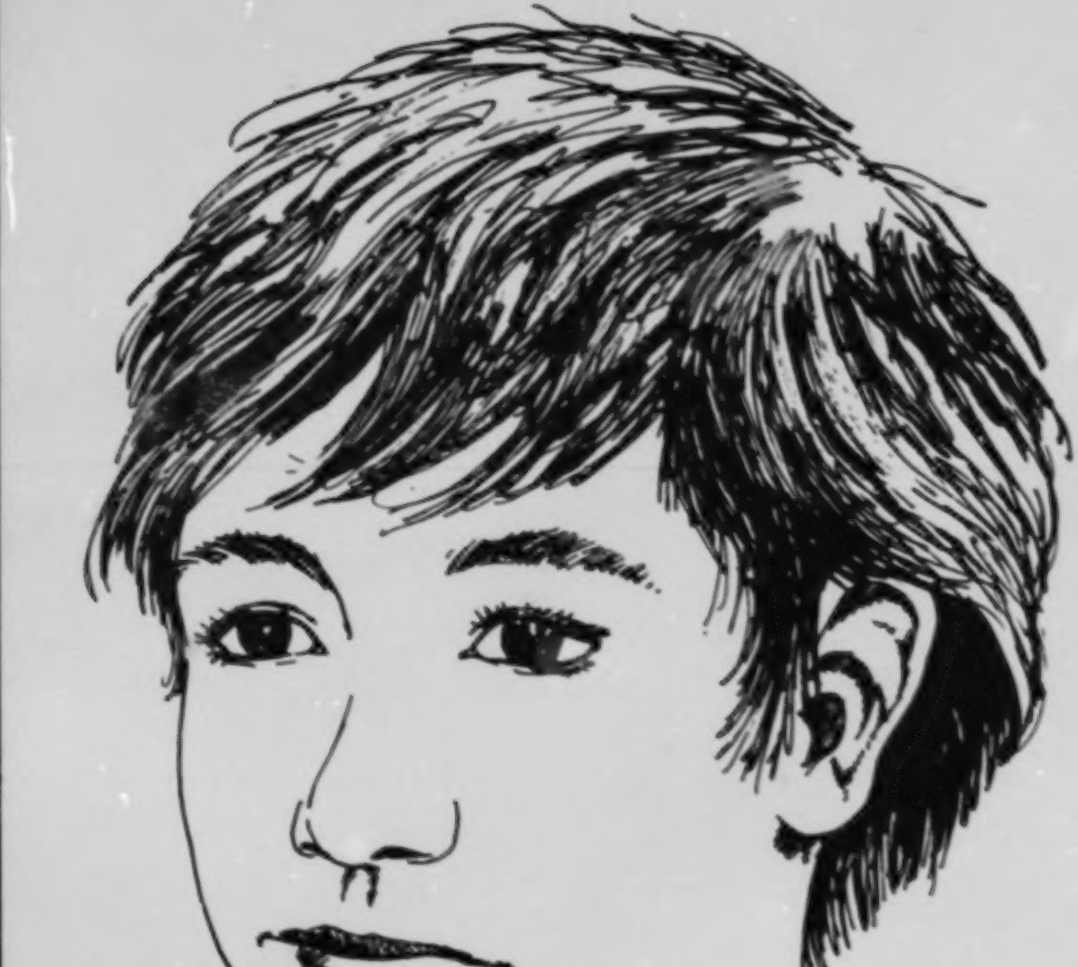
—¡Entonces es tuyo! Ven, vamos a abrirlo dijo Jaime, quitándole el paquete de la mano a Ernesto.

Mientras estaban hablando los muchachos, se había acercado una compañera de clase.

—¡No! No lo abran. ¿Cómo lo van a abrir si no es de ustedes? —dijo Alicia.

—¿Y tú de dónde viniste y quién te preguntó? —le dijo Jaime a Alicia con enojo.




5

—Si no gritaras tanto, Jaime, no te hubiera oído. Pero como haces tanto ruido oí lo que le decías a Ernesto. Y lo que le decías no es bueno.

—¿Por qué no? —preguntó Ernesto.

—¿Dónde te hallaste el paquete? —le preguntó Alicia.

—Entre unas yerbas y zacate —le contestó Ernesto.

—Sí, ya lo sé, ¿pero dónde? ¿Fue por el arroyo? ¿O enfrente de una casa? ¿En el parque? ¿Dónde?

—El paquete estaba entre unas yerbas y zacate junto a la banqueta.

—Sí, ya lo sé, ¿pero cuál banqueta? —insistió Alicia.

—Pues . . . pues la banqueta enfrente de la casa de la señora Mendoza —contestó por fin Ernesto.

—¿Tú dices la señora Mendoza que vive a una cuadra de la escuela, al dar la vuelta en la esquina —preguntó Alicia.

—Sí.

—¿Pero no tiene la señora Mendoza una cerca alrededor de su yarda?

—Sí.

—¿Y enfrente de su yarda tiene, al lado del portón, un buzón para las cartas?

—Sí.

—¿No crees que quizás se pudiera haber caído el paquete del buzón?

—Sí, es posible —contestó Ernesto muy serio.

—Dime, ¿le preguntaste a la señora Mendoza si era suyo el paquete?

—No. Sonó el timbre de la escuela y no tuve tiempo.

—Entonces no sabes si el paquete es de ella o no —dijo Alicia.

—Mira, ya no le hagas caso —dijo Jaime—. Tú te lo hallaste. Es tuyo. Ven, vamos a abrirlo.

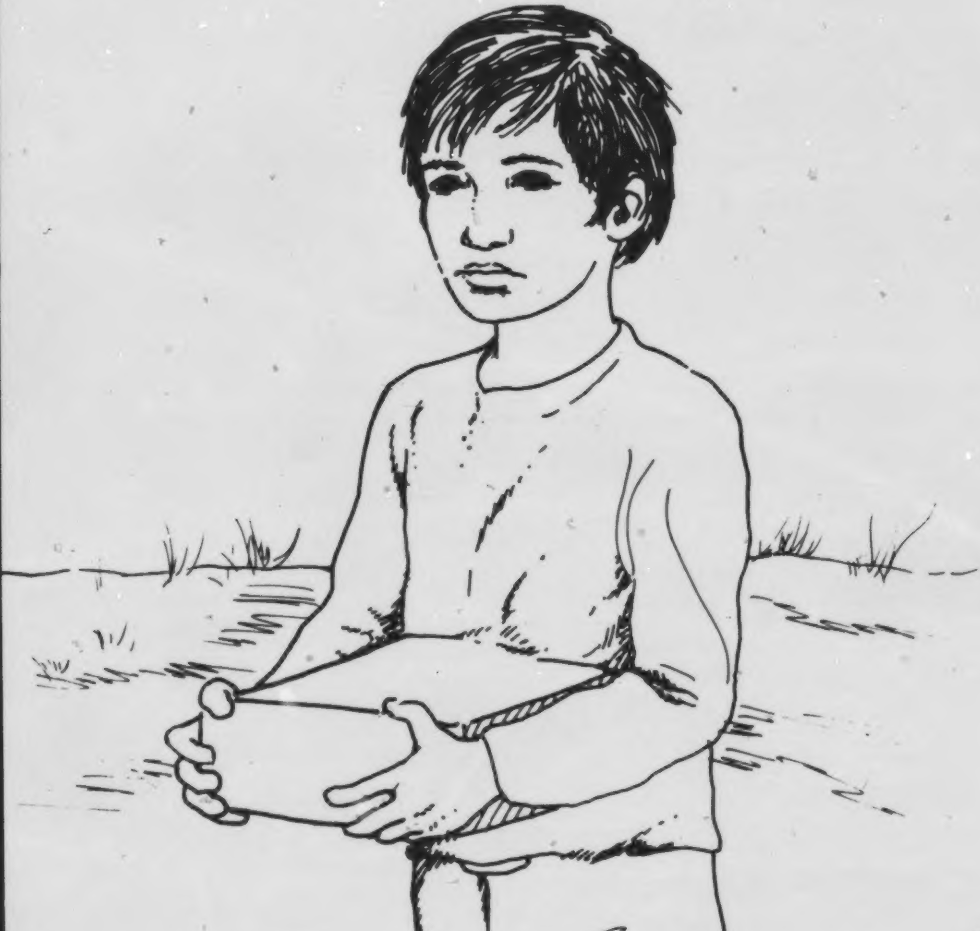
—¡No! —dijo Alicia.

—¡Sí! —contestó Jaime.

En ese momento sonó el timbre señalando el fin de la hora de comida. Los niños regresaron a la clase.

Todo confuso Ernesto se preguntaba: ¿Será o no será mío el paquete?

Pasaron las horas y Ernesto no pudo poner atención a sus clases. El problema del paquete no le dejaba poner atención a sus estudios. Durante la clase de matemática, cuando la maestra hablaba de matemática y números, Ernesto veía a Alicia y pensaba en el paquete. ''Diez veces cuatro son cuarenta. Estos problemas son fáciles'' pensaba Ernesto. ''Lo que yo quiero saber es de quién es el paquete.''



Jaime había pasado al frente de la clase para tomar su turno en la pizarra. A la vez que escribía los problemas, los decía en voz alta:

—Ocho veces tres, son veinte y cuatro. Doce veces dos son veinte y cuatro. Y seis veces cuatro también son veinte y cuatro. . . .

Contemplando a Jaime, Ernesto pensaba sobre lo que le había dicho: “Quizas lo que dice Jaime es cierto. Yo me hallé el paquete. Quizas sí es mío.”

Y así continuó Ernesto, reflexionando sobre el problema de que hacer con el paquete, hasta que sonó el timbre anunciando el fin del día de escuela. Inmediatamente Jaime se le acercó, diciendo”:

—Ahora sí. Vamos a abrir el paquete. Ven, vamos.

Y Alicia, al pasar por donde estaban los muchachos, le recordó:

—¡No se te olvide preguntarle a la señora Mendoza si es de ella el paquete!

“¿Qué voy a hacer?” pensaba Ernesto. “¿Qué voy a hacer?”

—Ven, vamos a abrir el paquete —seguía insistiendo Jaime—. ¿Ven, vamos!

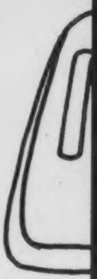
—¡No! —contestó por fin Ernesto—. Primero voy a preguntarle a la señora Mendoza si el paquete es suyo. Si es de ella entonces se lo doy. Si no, entonces me quedo con él.

—No seas tonto, Neto —decía Jaime—. Tú te lo hallaste. El paquete es tuyo. ¿A lo mejor lleva dinero! ¿A lo mejor lleva joyas o algo más valioso! No seas tonto. Quédate con él ¿Abrelo!

Pero Ernesto ya se había decidido:

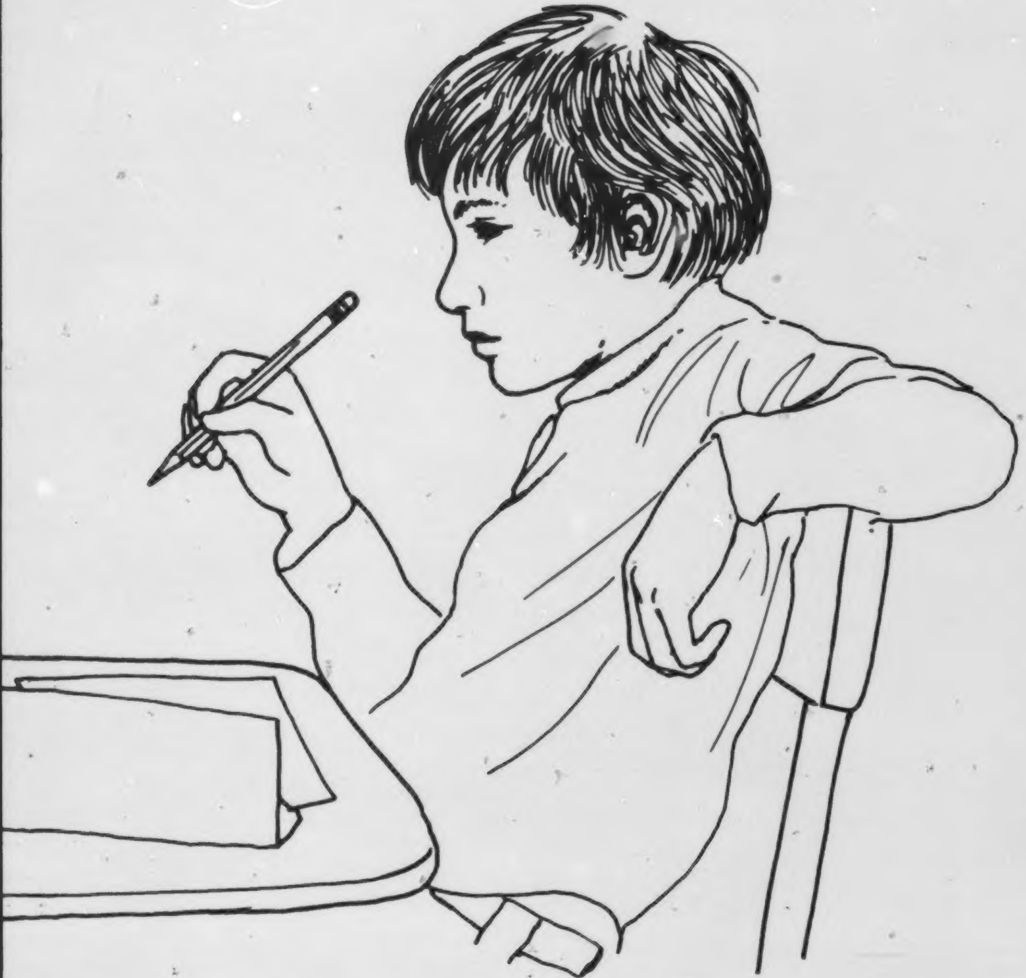
—!No! Primero voy a preguntarle a la señora Mendoza.

Sin embargo Jaime seguía de terco, y los muchachos se fueron averiguando por la banqueta. Caminaban hacia la casa de la señora Mendoza. Jaime seguía averiguando que el paquete era de Ernesto, porque él se lo había hallado y Ernesto seguía di-



ciendo que primero le iba a preguntar a la señora Mendoza si el paquete era de ella.

Llegaron al portón enfrente de la casa de la señora Mendoza. Ernesto abrió el portón y entró al patio, yéndose directamente a la puerta de la casa. Jaime se quedó esperando en la banqueta.



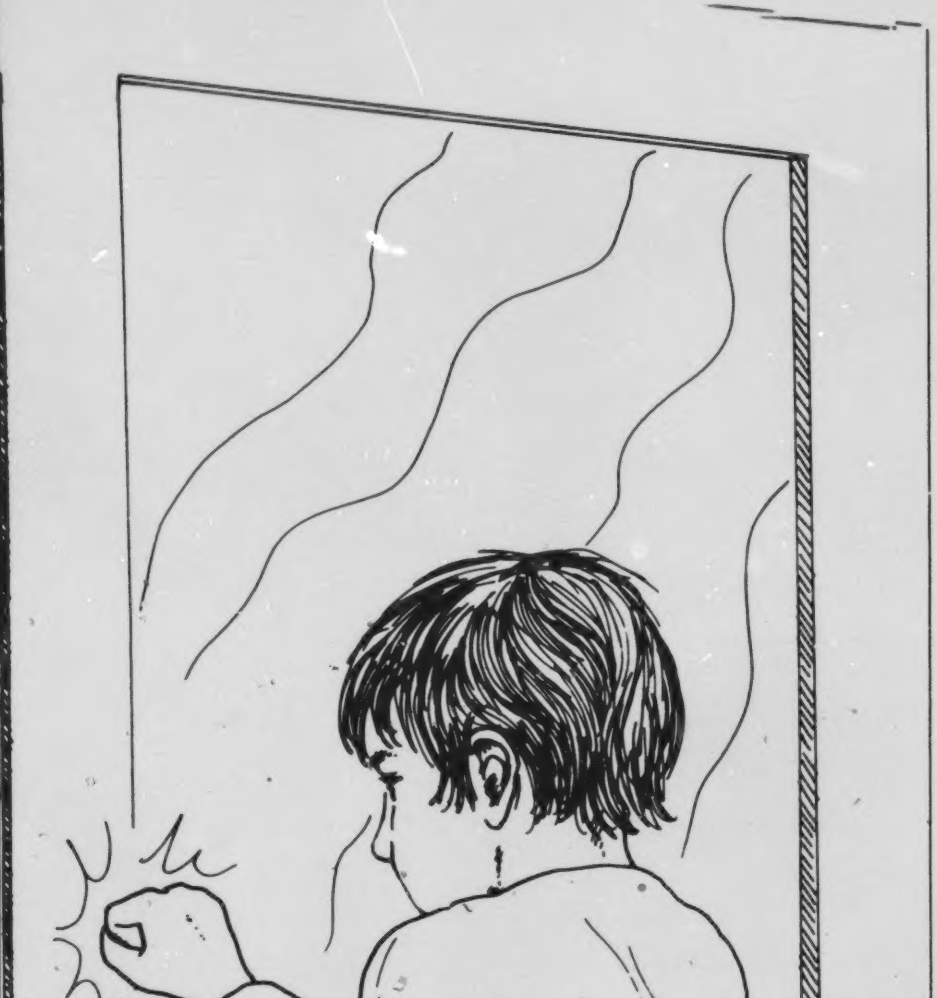
—Señora Mendoza. Señora Mendoza —llamó Ernesto tocando la puerta—. Quiero hablar con usted sobre algo muy importante.

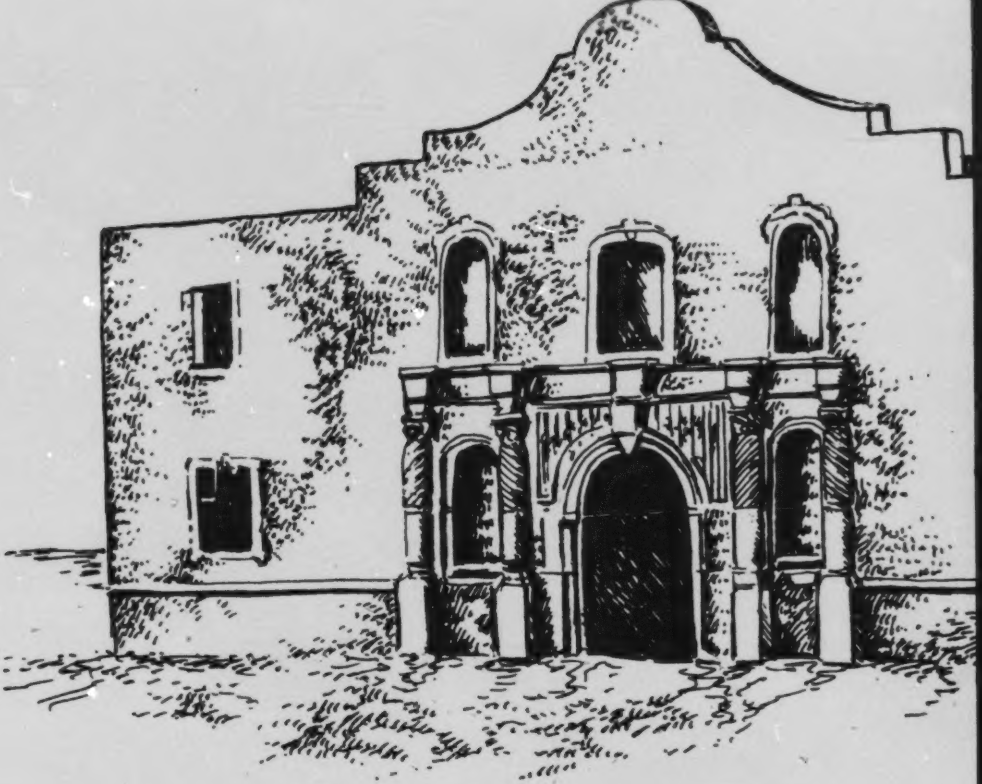
Apenas podía oír a la señora Mendoza que contestaba:

—Ya voy, muchacho, ya voy. Espérame un momento. Ya voy.

Después de un ratito se oyeron los pasos de la señora Mendoza, quien venía hacia la puerta.

10


11

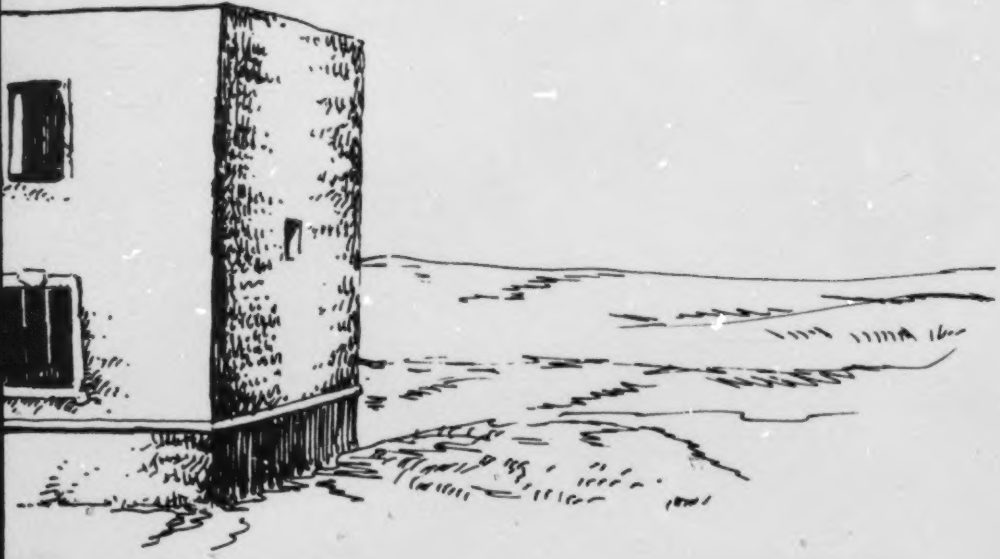


Una visita al Alamo

Angela y su clase subieron al autobús que había venido por ellos. La clase iba a visitar al Alamo, una misión en San Antonio, Texas.

Al llegar al Alamo, Angela y su clase comenzaron a explorar los dos museos que existen allí. El primer museo era realmente lo que había sido la iglesia. Allí, en vitrinas, habían pistolas, carabinas y cuchillos muy viejos. Angela estaba fascinada con estos fusiles tan viejos y se quedó mirándolos por mucho tiempo. Entre tanto, el resto de su clase se fue al otro museo y Angela, sin darse cuenta, se quedó sola.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?



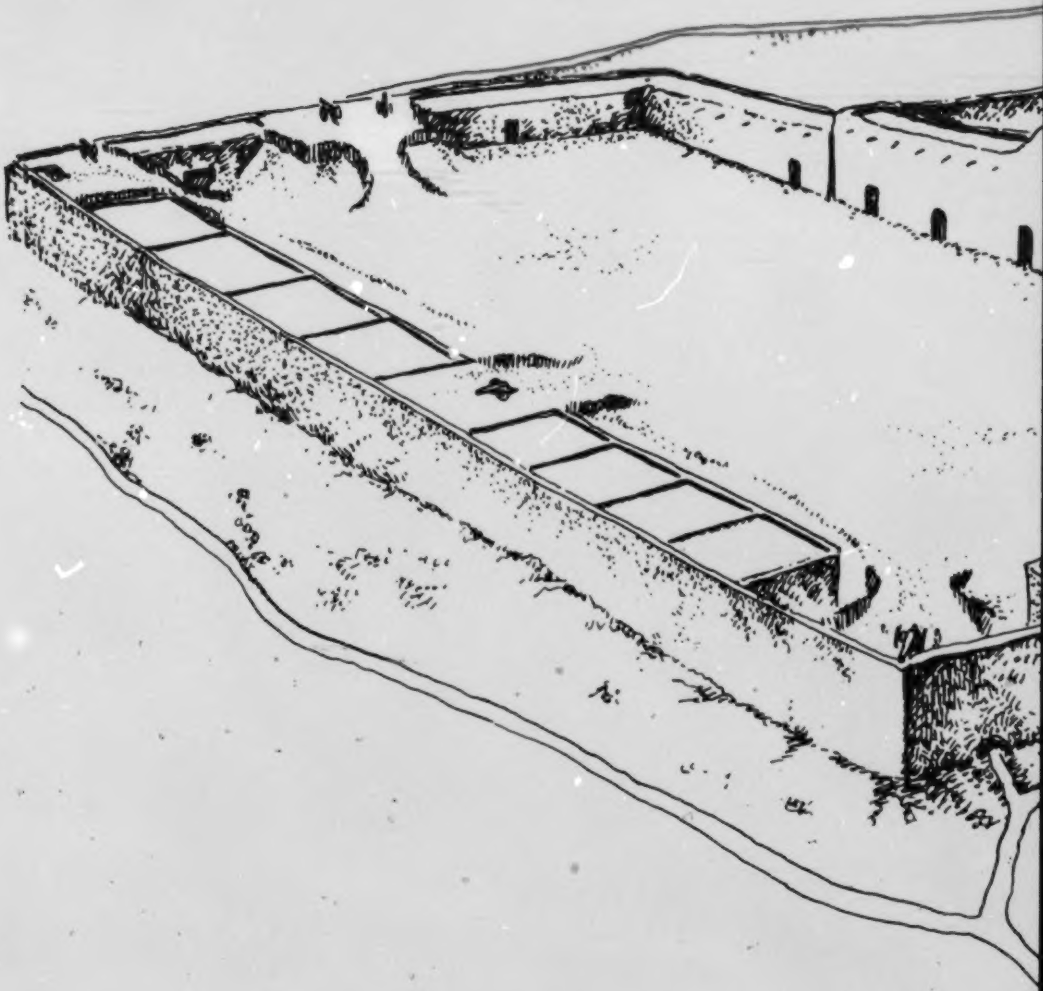
Angela casi brincó de susto al oir a alguién a su lado, pues había estado contemplando los fusiles con tanta atención. Volteó a ver quién había hablado y vio a un niño, más o menos de su misma edad, vestido en un traje de piel. Angela se quedó un poco asombrada y quiso hacerle algunas preguntas, pero luego él le dijo:

—¿Quieres que te cuente la historia del Alamo?

Y Angela, olvidándose de sus preguntas, de pronto contestó:

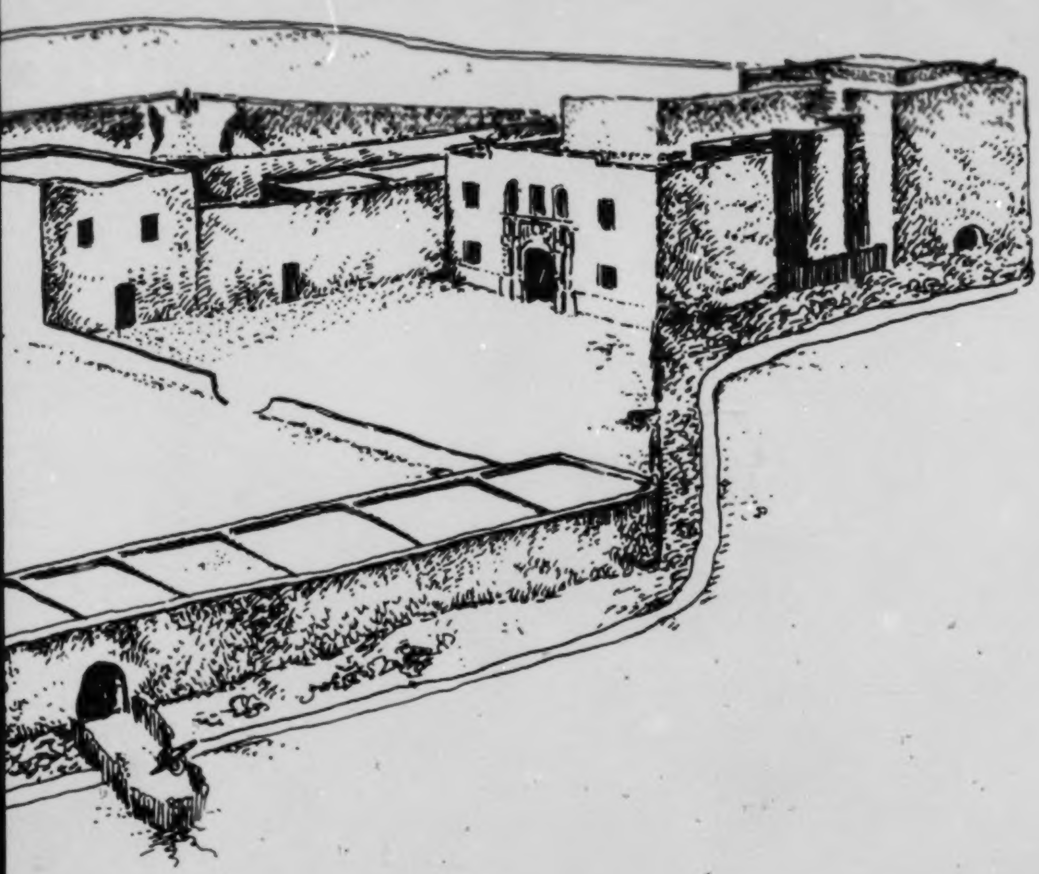
—¡Si! Cuéntamela, por favor.

Bueno . . . El Alamo fue una misión construida por los padres españoles en 1718. La misión era como una grande escuela para

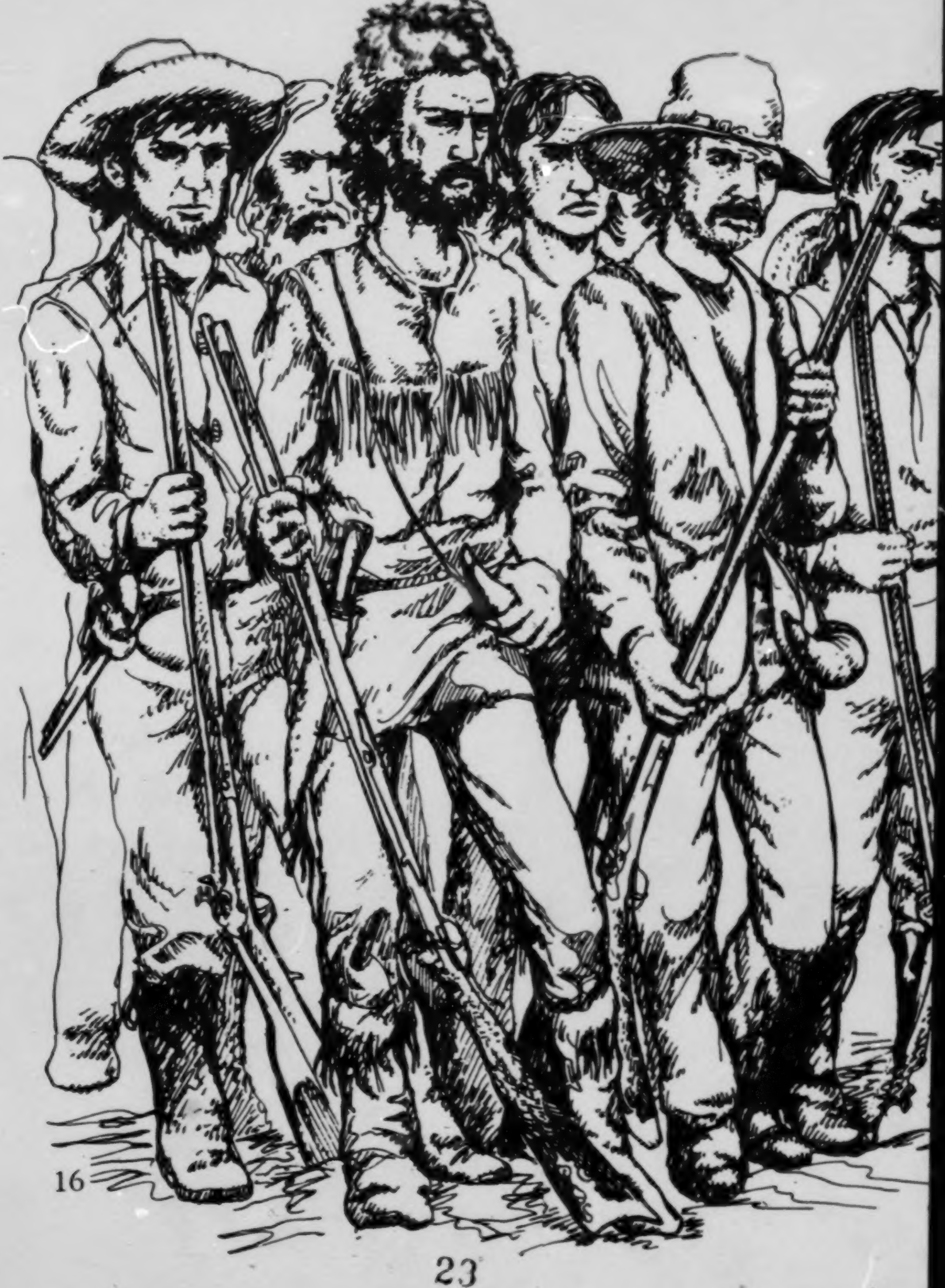


los indios donde les enseñaban a hablar, a leer y a escribir español. Esto continuó por muchos años. Para 1793 ya no había indios en San Antonio que no supieran hablar, leer y escribir español y cerraron la misión del Alamo.

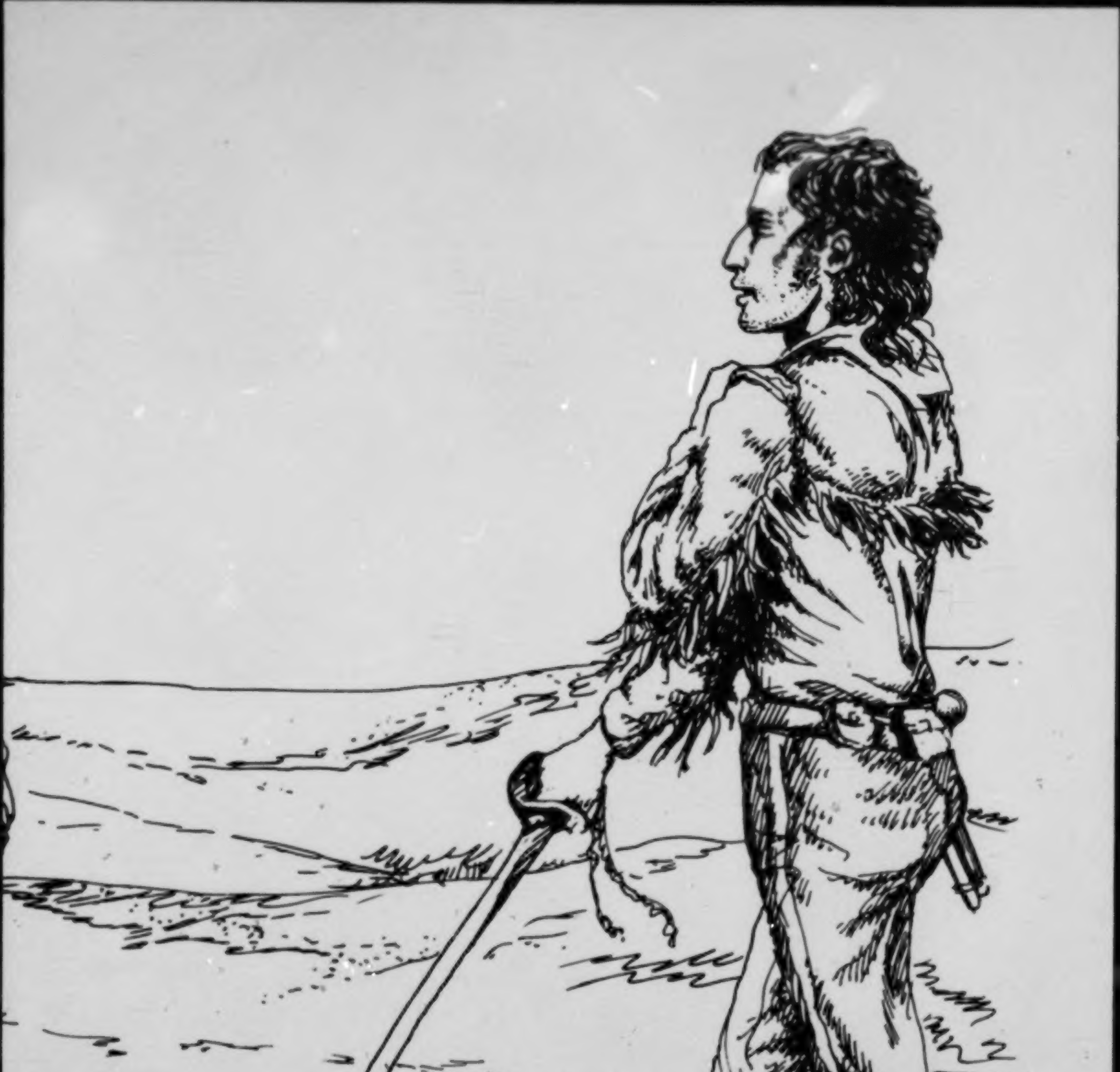
—Y estas pistolas, carabinas y cuchillos, ¿eran de los indios? —preguntó Angela.



—No. Todas estas cosas son de la batalla del Alamo—le contestó el niño. En 1836, un grupo de tejanos peleó aquí contra un ejército mexicano. Los tejanos estaban bajo el mando de los coroneles William Travis y James Bowie. Los mexicanos estaban bajo el mando del general Antonio López de Santa-Anna.



16



17

—¿Y qué pasó?

—Pues el ejército mexicano llegó a San Antonio el 23 de febrero. Ese mismo día el general Santa-Anna envió a uno de sus oficiales a preguntarles a los tejanos si querían rendirse. Ellos contestaron que no. Los tejanos ya se habían preparado aquí dentro del Alamo.

—¿Cómo era el Alamo entonces? —preguntó Angela con interés.

—Bueno . . . En aquel tiempo la misión cubría como ocho cuadras. Hoy nada más queda una cuadra. Aquí donde estamos era la iglesia antigua. De aquí se veía todo. Afuera de la iglesia, al lado izquierdo, estaba el señor David Crockett con su grupo de hombres. Alla derecho, al cruzar la calle, había una pared muy alta donde estaba Agapito Tejeda con su grupo de méxico-tejanos de San Antonio. A la derecha, en la pared frente a la oficina de correos, estaba el coronel Travis.

—Y el coronel Bowie, ¿dónde estaba Bowie?

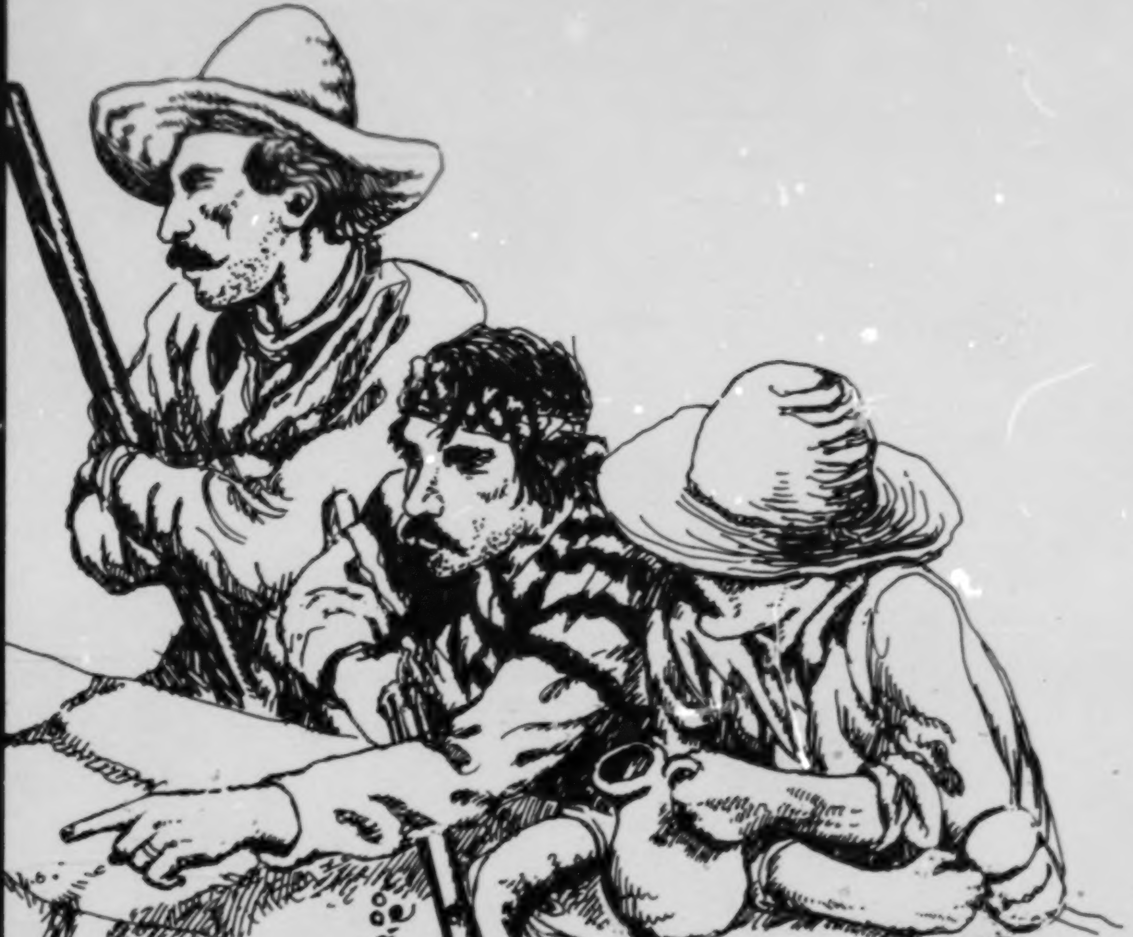
—Bowie estaba enfermo en el hospital del Alamo. El hospital estaba a la izquierda de la iglesia donde ahora está la calle.

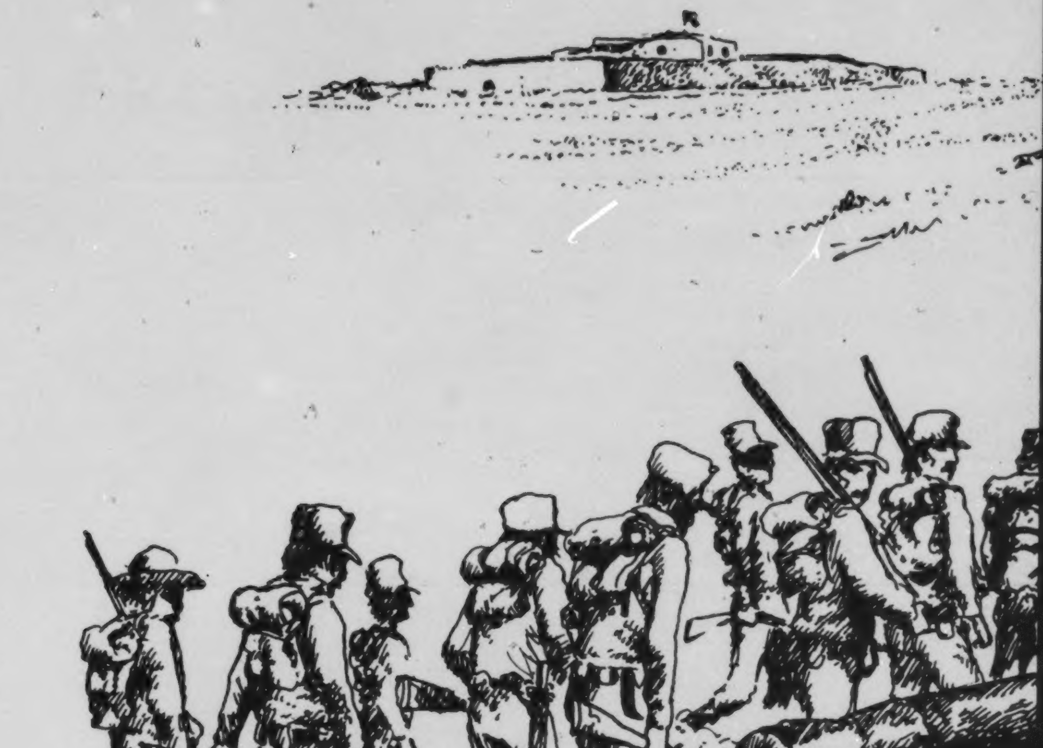
—Oye, dijiste que había méxico-tejanos aquí en el Alamo. ¿Quiénes eran?

—Sí, hubo muchos méxico-tejanos que pelearon al lado de los anglo-tejanos en la batalla del Alamo, pero nada más se conocen los nombres de nueve de ellos. Pero sí sabemos que todos pelearon contra Santa-Anna, quien se había convertido en un dictador ¿Sabes lo qué es un dictador?

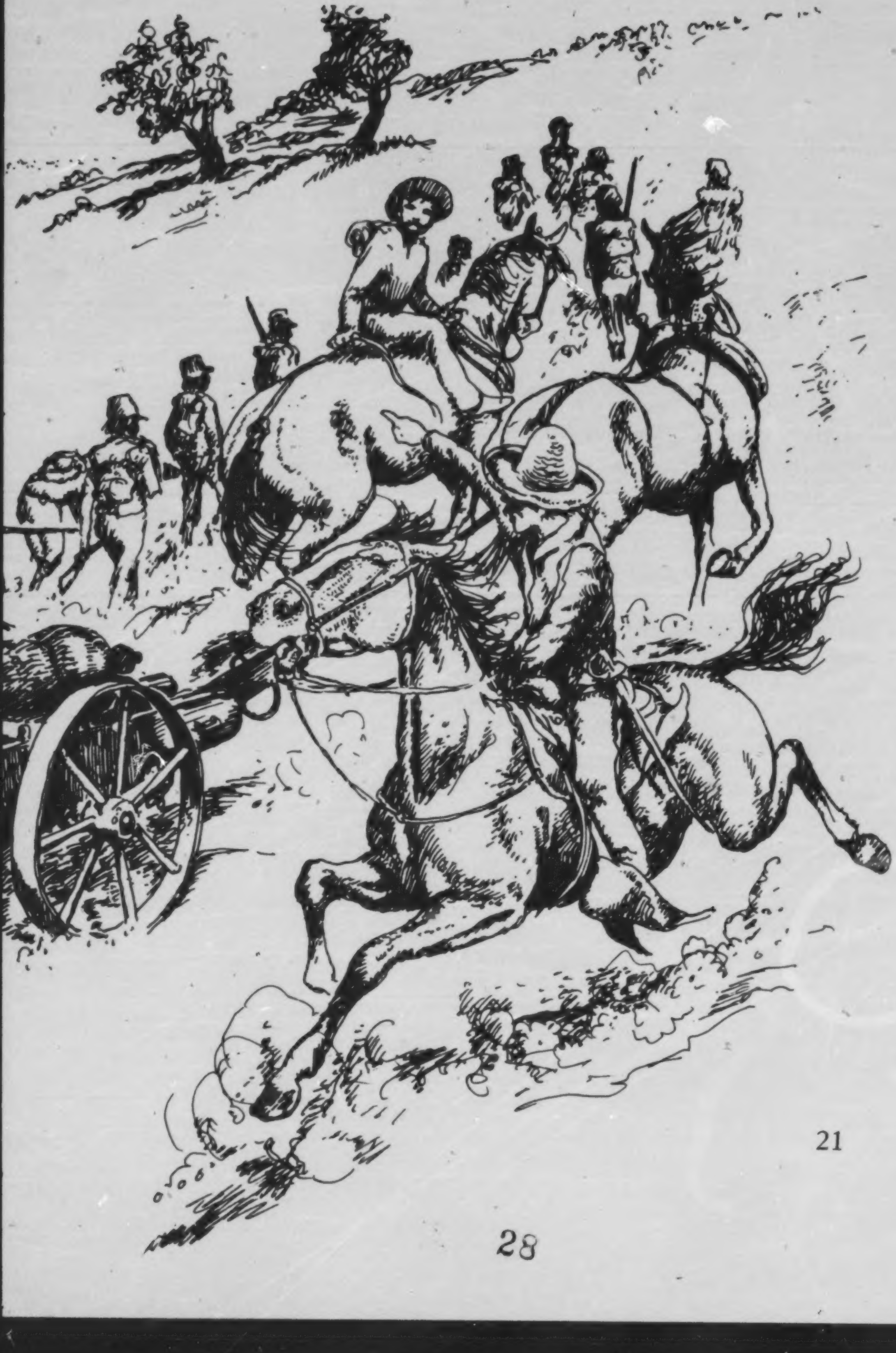
—Nó, no sé —contestó Angela.

—Un dictador es una persona que tiene poder absoluto y si es necesario, lo mantiene por la fuerza. Santa-Anna se hizo dictador de México y mucha gente le hizo guerra para quitarlo de presidente de México. Aquí en Texas muchos anglo-tejanos y méxico-tejanos también le hicieron guerra. Y por eso vino a San Antonio.

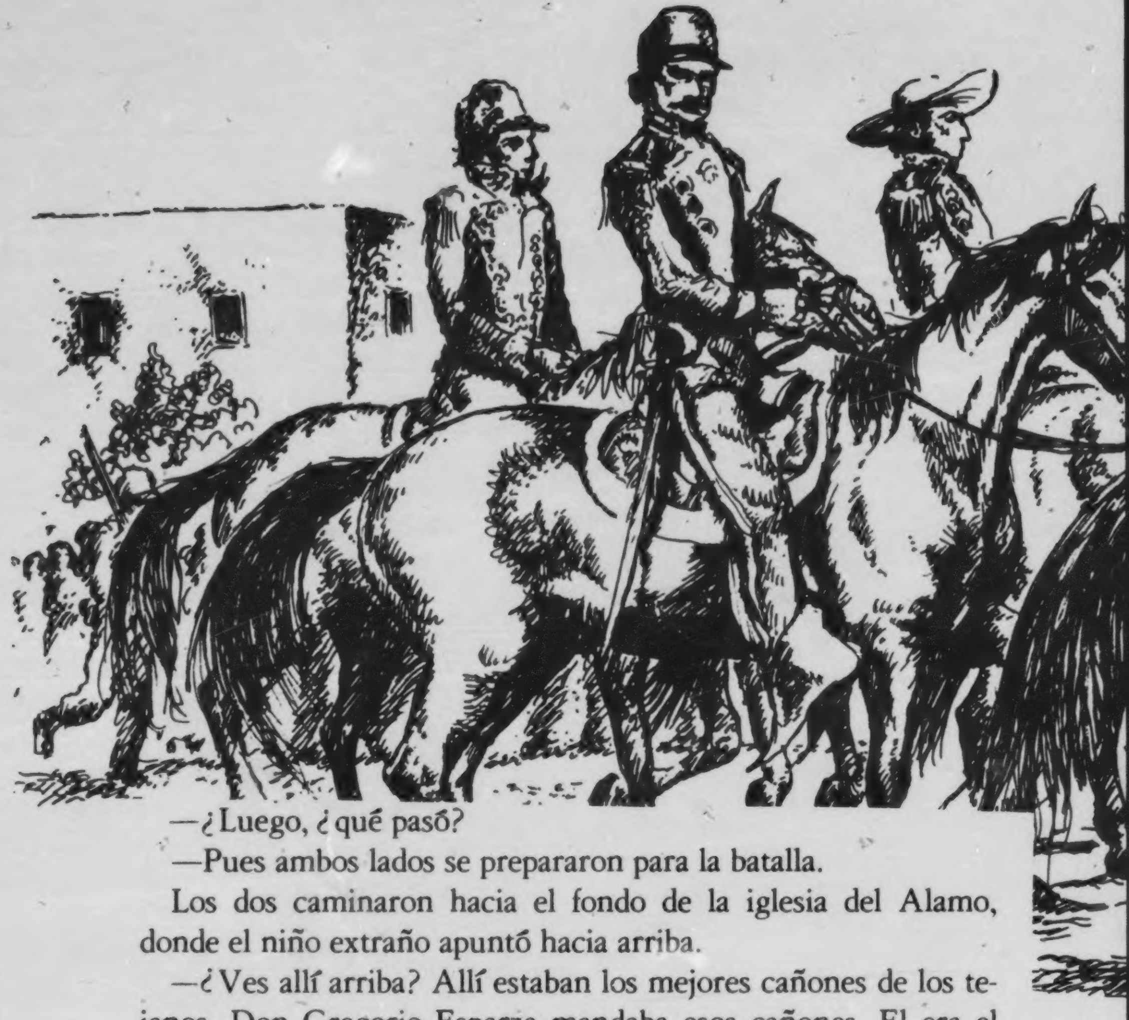

19



20



21



—¿Luego, ¿qué pasó?

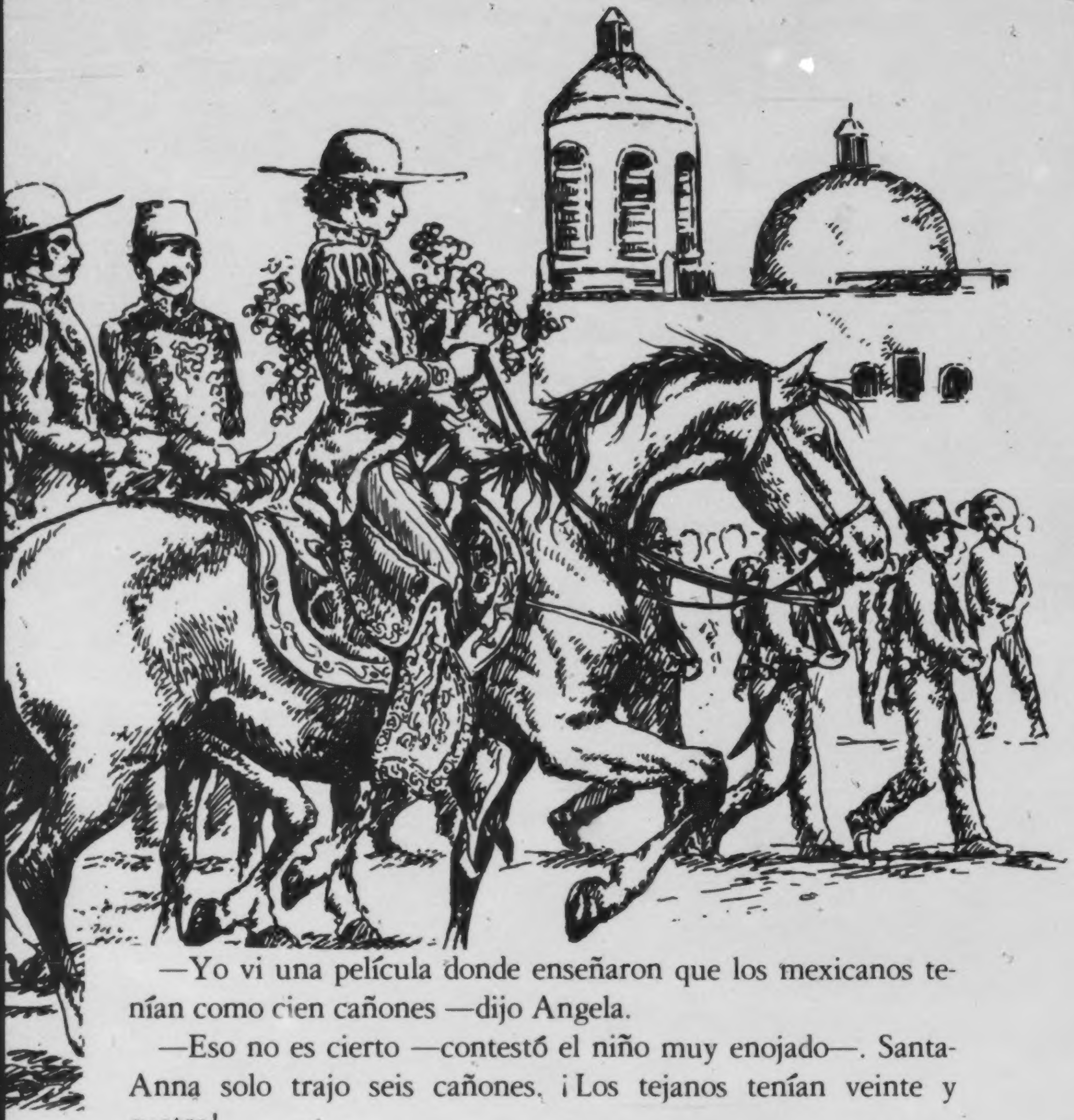
—Pues ambos lados se prepararon para la batalla.

Los dos caminaron hacia el fondo de la iglesia del Alamo, donde el niño extraño apuntó hacia arriba.

—¿Ves allí arriba? Allí estaban los mejores cañones de los tejanos. Don Gregorio Esparza mandaba esos cañones. El era el mejor cañonista.

—¿Y los mexicanos? ¿Dónde estaba el ejército de los mexicanos?

—Ellos rodeaban el Alamo. El ejército de Santa-Anna tenía casi tres mil soldados. Tenían seis cañones, hombres a caballo y muchos soldados de infantería.

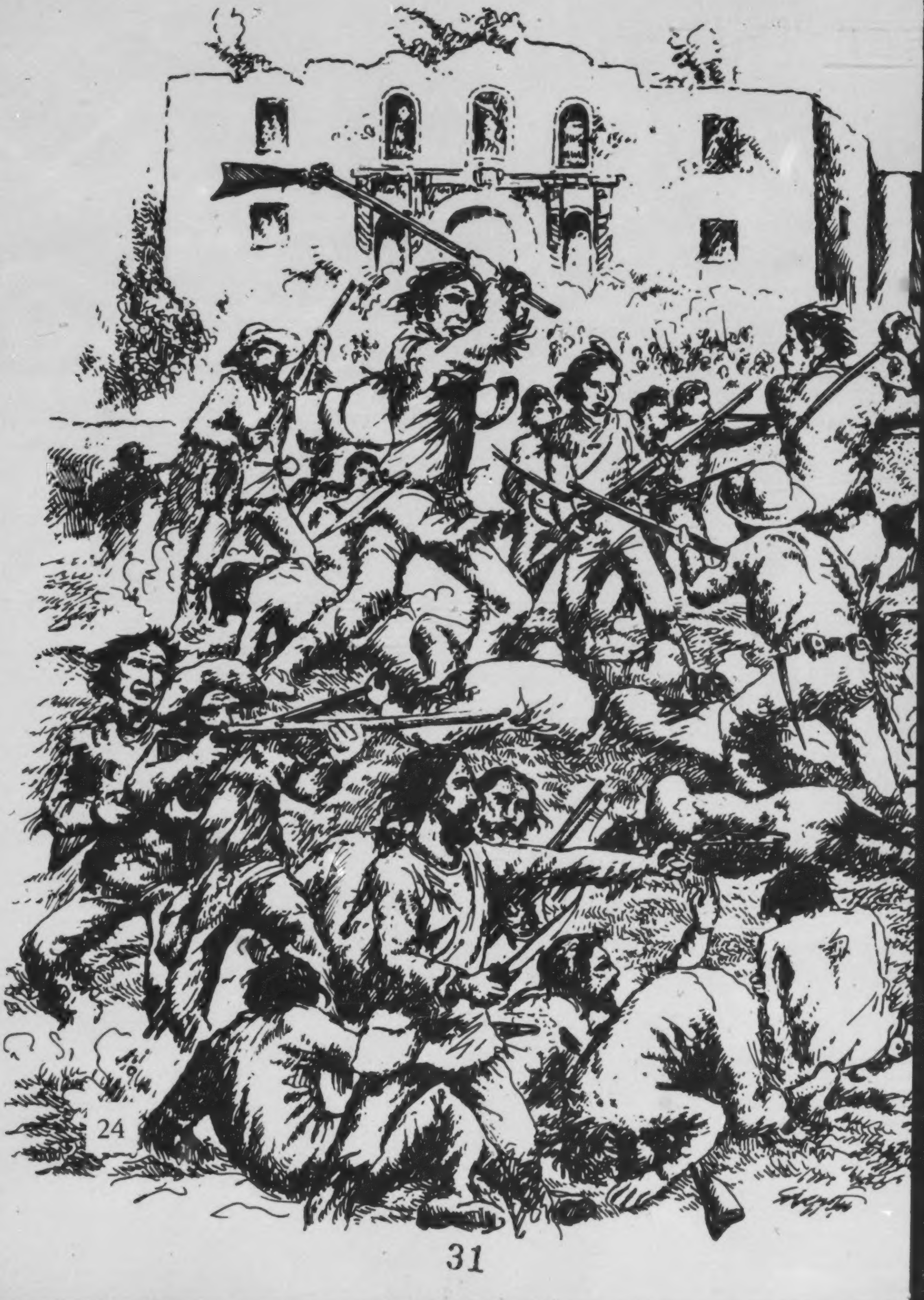


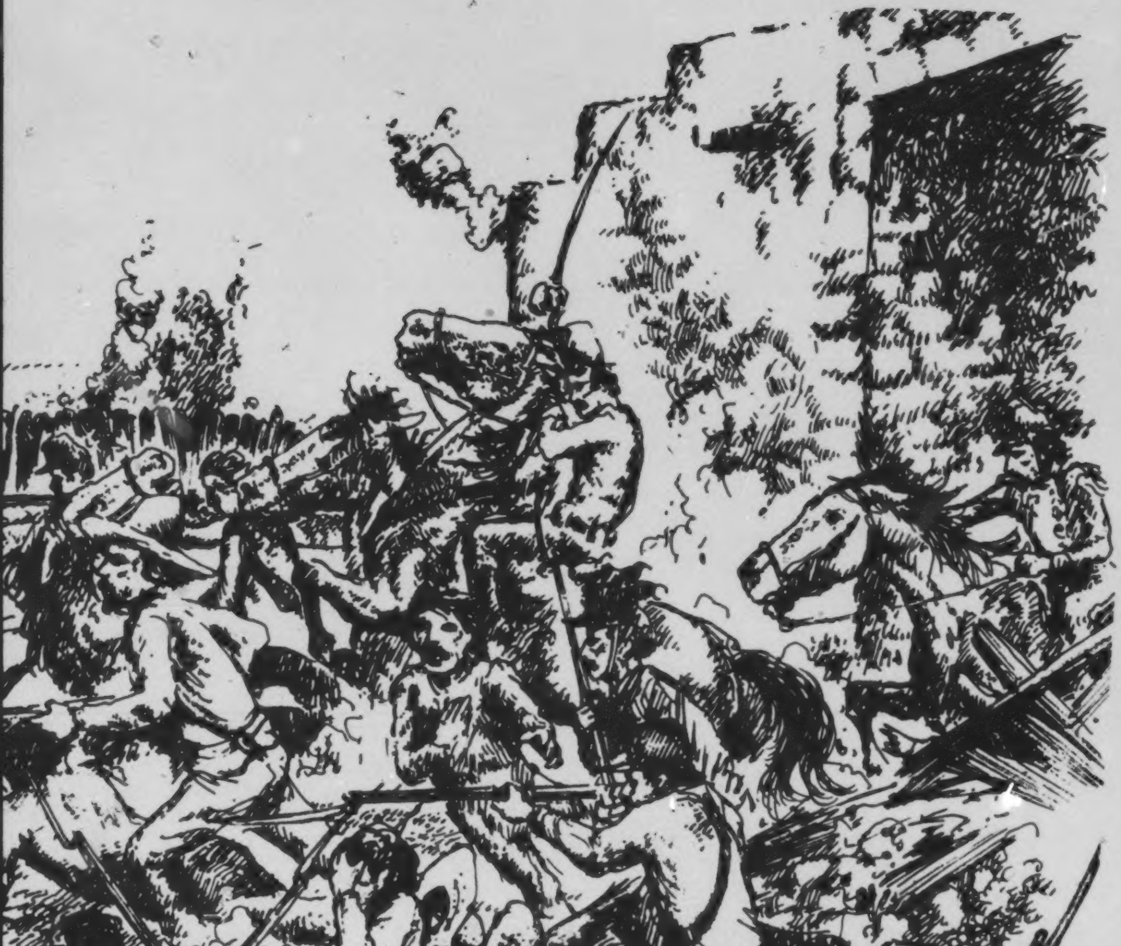
—Yo vi una película donde enseñaron que los mexicanos tenían como cien cañones —dijo Angela.

—Eso no es cierto —contestó el niño muy enojado—. Santa-Anna solo trajo seis cañones. ¡Los tejanos tenían veinte y cuatro!

—Y en la película que yo vi había como dies mil soldados mexicanos.

—Eso tampoco es cierto —le dijo el niño enojandose más—. Santa Anna no tenía ni tres mil soldados durante el tiempo de la batalla. El resto de su ejército no llegó hasta después de la batalla.


24


25

El niño se había puesto muy serio y se quedó callado.

Angela también se puso algo pensativa por un rato; luego dijo:

—Dime más de la batalla.

—Bueno —contestó por fin el muchacho—, pero ya no me digas de tus películas, que no dicen la verdad . . . Por trece dias ninguna facción attacó a la otra. De vez en cuando las dos facciones disparaban con los cañones, pero nadie se acercaba. Todo eso cambió el seis de marzo. A las cinco de la mañana, cuando todos dormían en el fortín, los mexicanos atacaron. Por casi una hora lo único que se oía eran las carabinas, las pistolas y los cañones. Los tejanos habían escondido a sus mujeres y niños aquí en la iglesia, así que ellos no pudieron ver nada.

—¿Dices que había señoras y niños?

—Sí. Eran las esposas y los niños de varios de los tejanos. Bueno . . . como te estaba diciendo, se escondieron aquí en la iglesia, pues este era el mejor edificio. Pero todavía más importante: Aquí estaban los cañones de Gregorio Esparza para protegerlos.

—¿Luego qué pasó?

—La batalla duró como una hora. En poco tiempo pudieron entrar los soldados de Santa-Anna al Alamo y mataron a todos los tejanos. Gregorio Esparza fue uno de los últimos que mataron. Sus cañones ya no podían disparar porque estaban muy calientes. Fue entonces cuando de un tiro, don Gregorio calló, aquí en el piso de la iglesia.

—¿Y qué les pasó a Travis y a Bowie?

—El coronel Travis fue uno de los primeros a quien mataron. En el primer asalto recibió un tiro en la frente que lo mató. El coronel Bowie estaba en el hospital así que duró más tiempo. Unos dicen que Bowie ya había muerto en el hospital. Otros dicen que lo mataron los soldados. Nadie sabe como murió.

—¿No hubo sobrevivientes? —preguntó Angela en voz baja.

—¡Oh sí! Hubo varios. El más famoso es José María Guerrero, un méxico-tejano de Laredo que vivía en San Antonio. José María, o El Tuerto, como le decían sus amigos, se encerró en un cuarto y esperó a los soldados de Santa-Ana. Cuando entraron los soldados, él les dijo que era mexicano, pero que había sido cautivado por los tejanos. Los soldados le creyeron y lo dejaron ir.

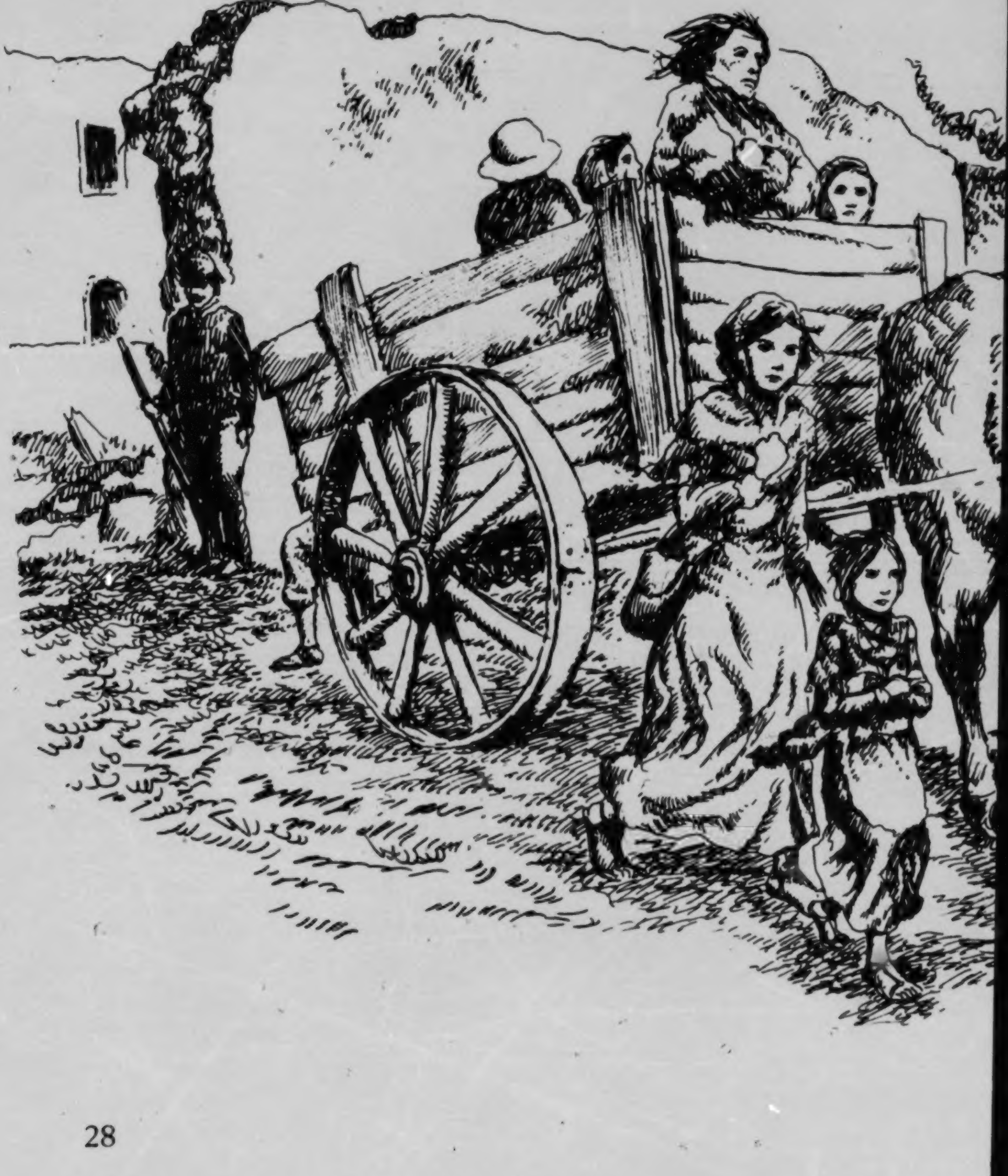
—¿Y las mujeres y los niños? ¿Qué les pasó a ellos? ¿Los mataron también?

—No, todos ellos se salvaron, menos uno o dos niños a quienes mataron por accidente.

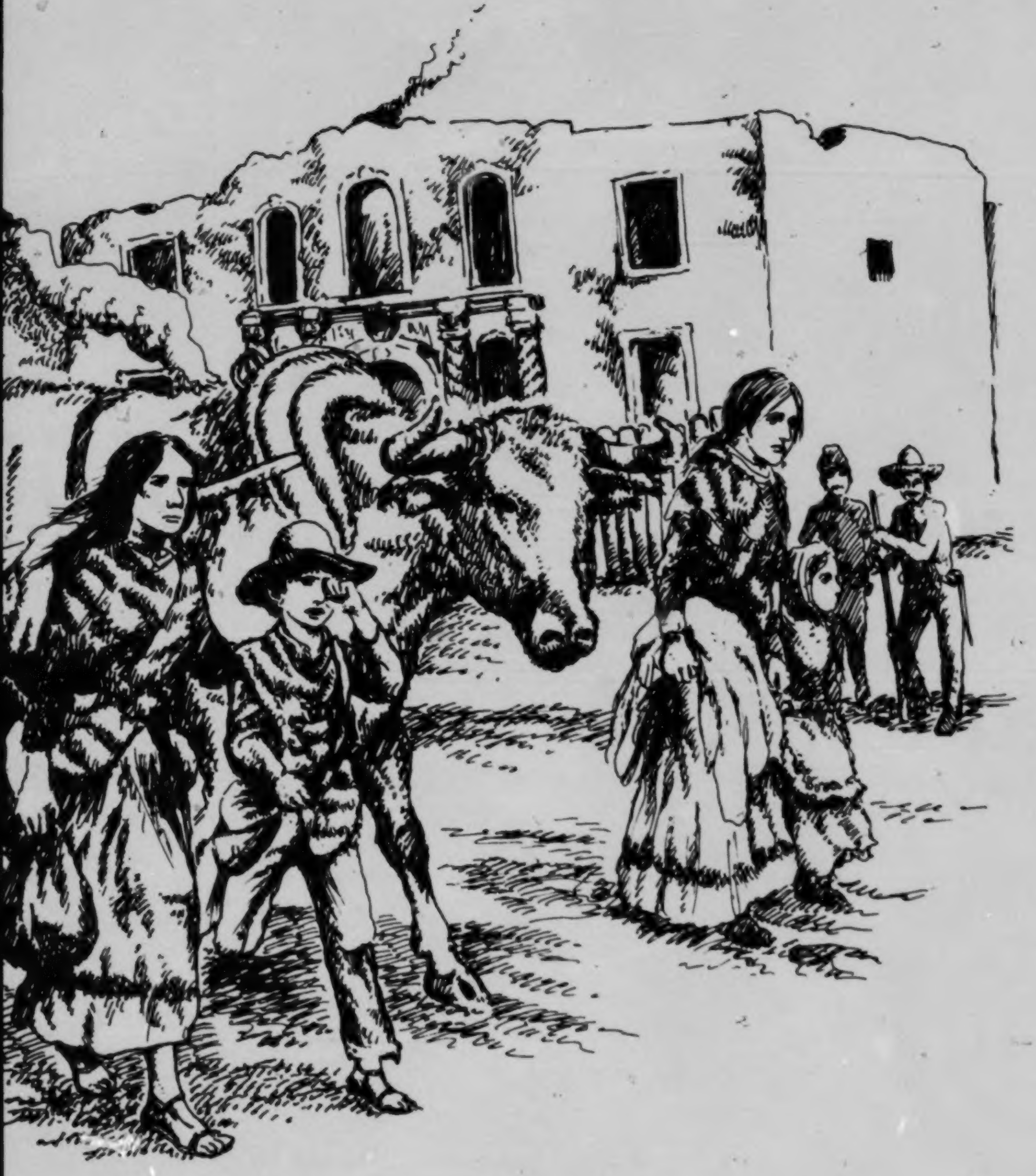
—Oye, ¿y tú cómo sabes todo esto? —preguntó Angela. En ese momento ella volteó la cara para ver una carabina. El niño no le contestó. Angela notó que de repente todo estaba muy callado. Ella volteó a donde había estado el niño . . . pero él ya no estaba allí. Se puso a buscarlo por toda la misión pero no lo pudo encontrar en niguna parte. Entonces se acordó que había venido con su clase.

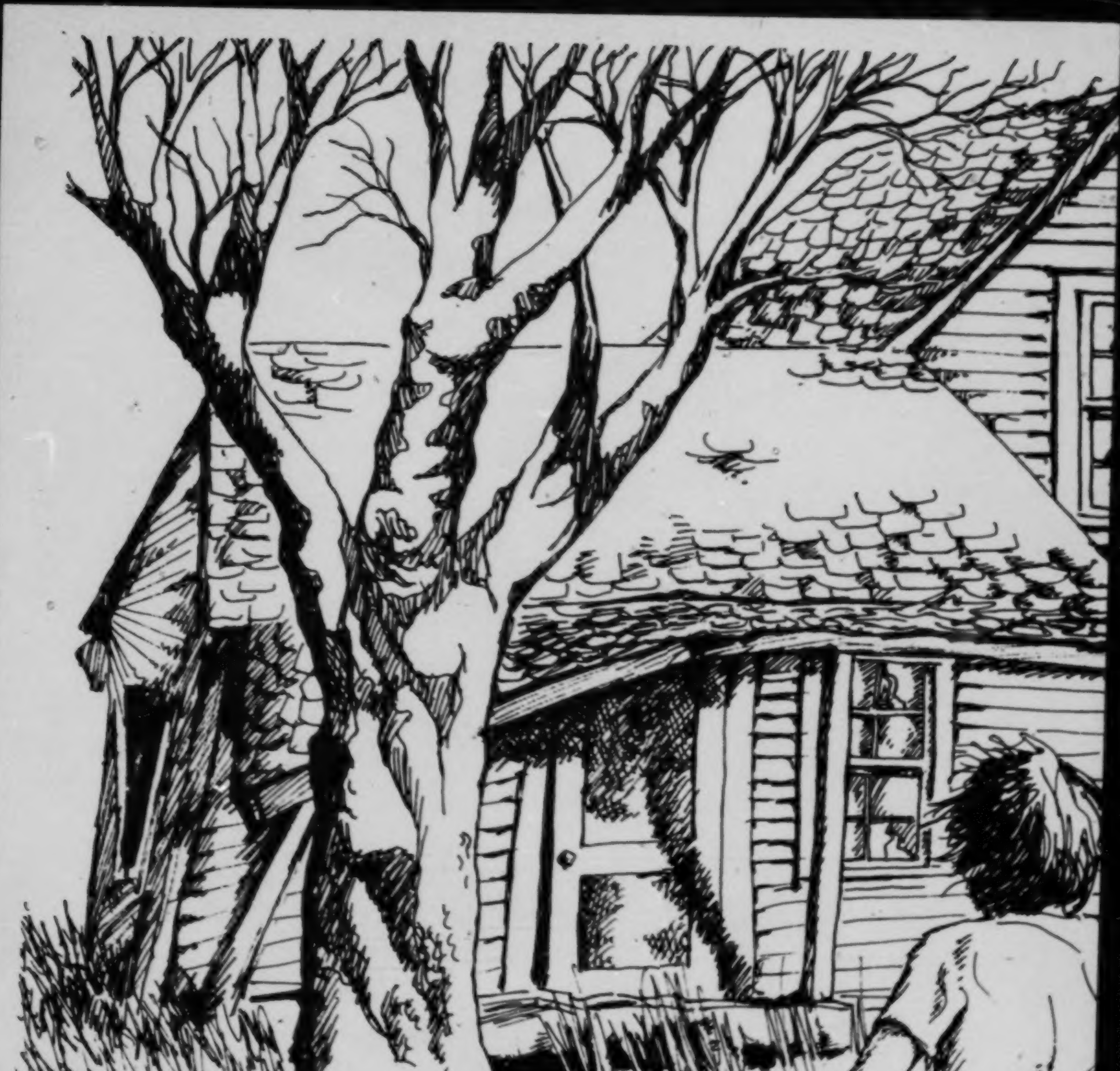
Encontró a su clase en el otro museo. Angela no sabía como decirles del niño que conocía toda la historia de Alamo, ¡pero que se había desaparecido! Mientras lo pensaba y sin darse cuenta, empezó a leer un rótulo que estaba enfrente de ella. De pronto lo volvió a leer, decía: "Uno de los sobrevivientes más importantes en la historia del Alamo fue un niño de nueve años. El era Enrique Esparza, el hijo de Gregorio Esparza quien mandaba los cañones arriba del Alamo."

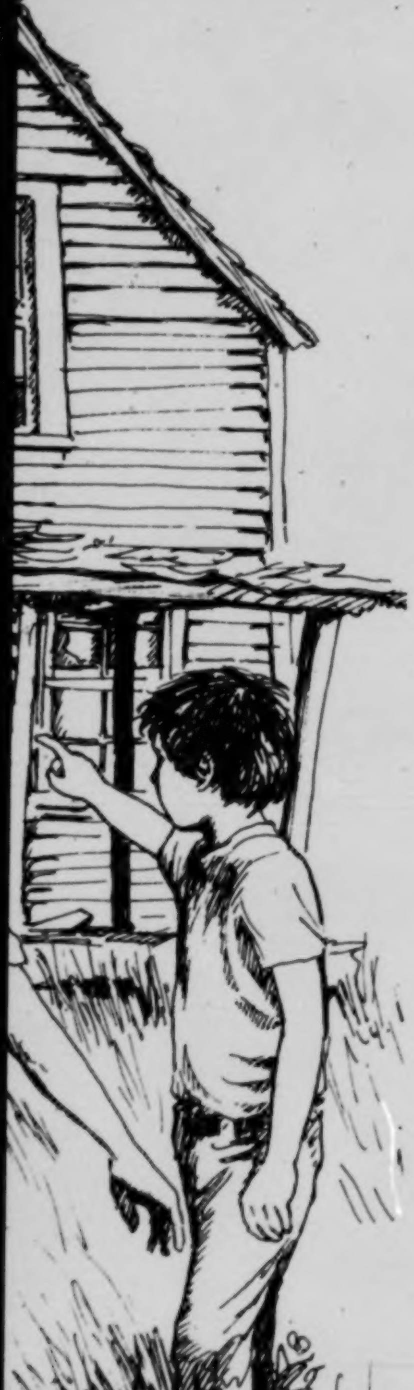
Angela se quedó asombrada . . . El niño con quien había estado hablando tenía como unos nueve o diez años. ¡Y sabía tanto del Alamo! Y ahora que lo pensaba, cuando hablaba de Gregorio Esparza, lo hacía con mucho orgullo. ¡Y luego el traje de piel tan extraño que vestía! ¡Sería ese niño Enrique Esparza!



28




30



La casa antigua

Cerca de Cotulla, Texas, en el camino de San Antonio a Laredo, está una casa antigua. Ahora está abandonada y parece que nadie ha vivido en ella en los últimos cincuenta años. La casa es de dos pisos y en un tiempo ha de haber estado muy bonita, pero ahora ya casi ni tiene pintura, los cristales de las ventanas están rotos y todas las puertas están caídas. ¡La casa era fascinante para Felipe y Pepe!

Siempre habían querido visitar la casa pero su papá no los dejaba. Sucedió que un día, cuando la familia de los muchachos iba de visita a Laredo, se descompuso el carro, y tocó que se paró enfrentito de la casa antigua. El papá tuvo que regresar a Cotulla en busca de un mecánico. Los muchachos tuvieron que esperar en el carro con su mamá, doña María.

Estaba haciendo mucho calor y doña María se recostó en el asiento y se quedó dormida. Entonces los muchachos se bajaron del carro. Después de hablarse en voz baja empezaron a caminar, muy despacio y sin hacer ruido, hacia la casa antigua.

—Sh, no hagas ruido que no queremos despertar a mamá.

—No tengas cuidado Felipe, tú no más cuida tus pasos —le contestó Pepe.

Los muchachos siguieron caminando con mucho cuidado hasta que llegaron al viejo portón frente a la casa abandonada.

—Oye, Pepe, ¿crees que es cierto lo que dice papá que hay espantos en esta casa?

—¿Por qué? ¿Ya te dio miedo? Te apuesto que no te atreves a correr hasta la puerta de la casa.

—A que sí —le contestó Felipe y con paso firme entró por el portón.

Felipe corrió hasta la puerta de la casa, haciendo mucho ruido al subir los escalones y volvió al portón corriendo todavía más recio y sonriéndose.

—Ahora te toca a tí. A que no corres alrededor de la casa.

—A que sí —le contestó Pepe—. Aquí voy.

Y Pepe se echó a correr alrededor de la casa, gritando y haciendo ruido.

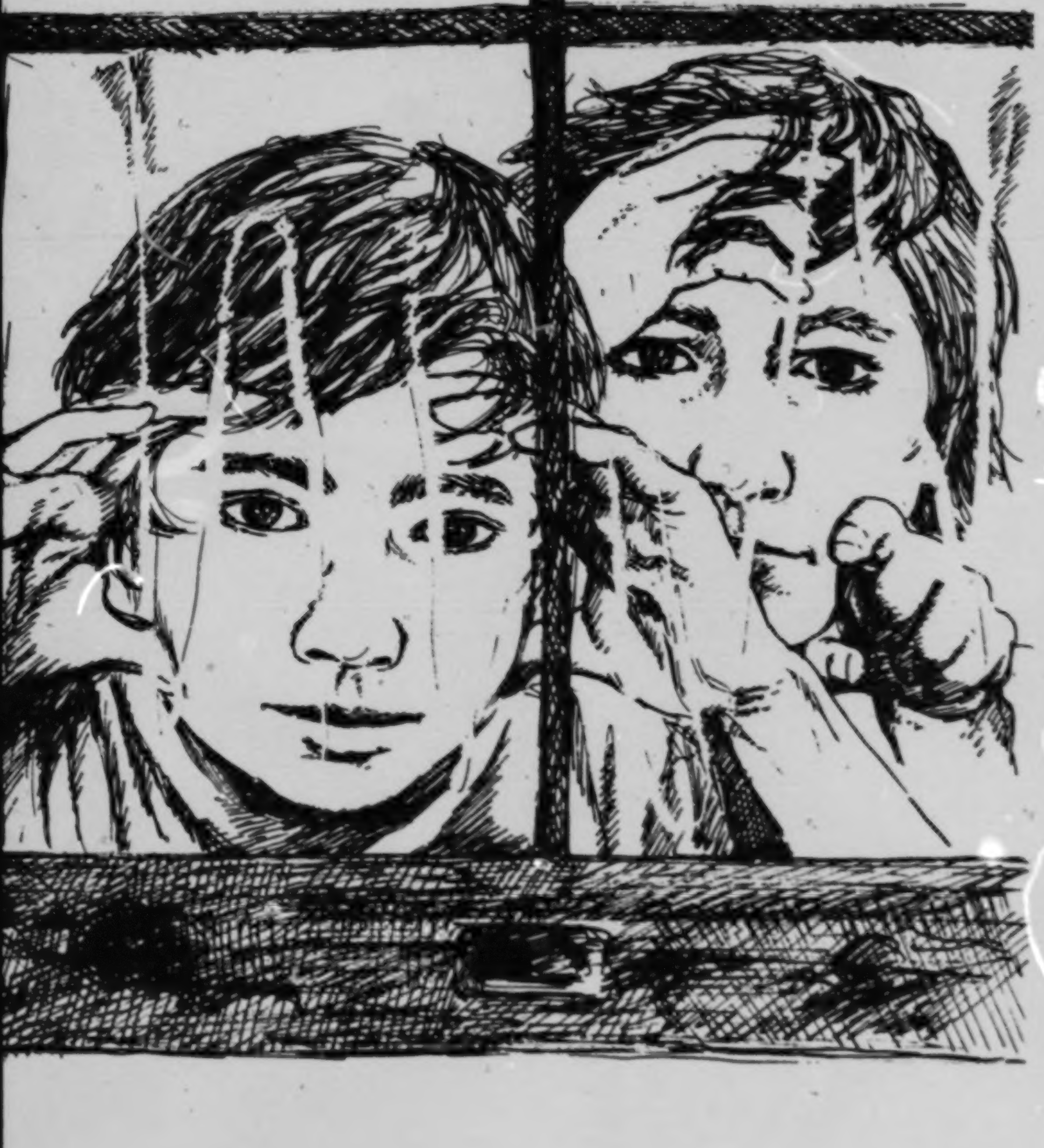
—Ya vez, ya vez, no tengo miedo. No hay espantos. Ven, vamos a entrar a la casa.

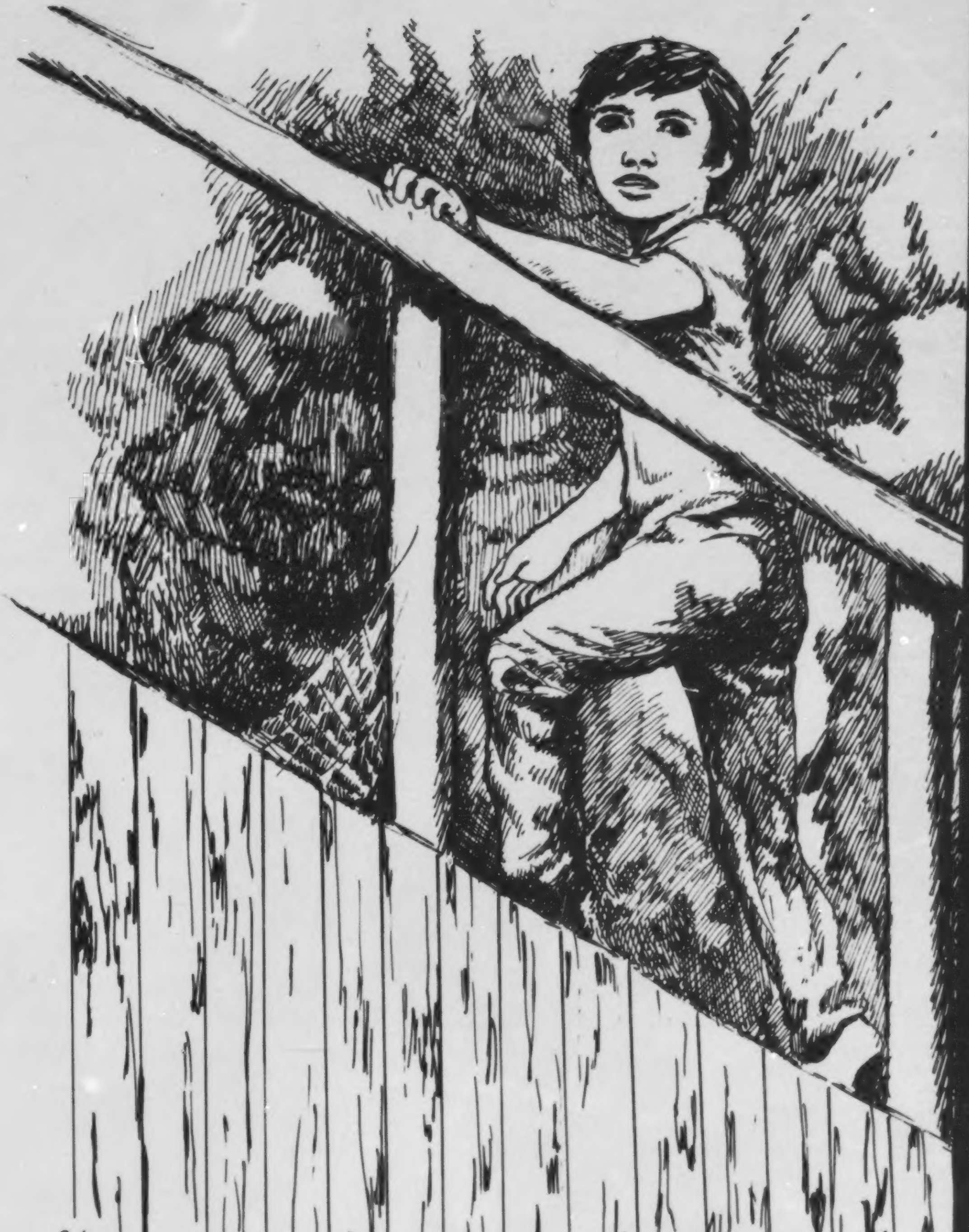
Cautamente Pepe y Felipe se fueron arrimando; ninguno de los dos quería admitir que tenía miedo.

Primero se asomaron por las ventanas de enfrente. Vieron que la sala estaba completamente vacía. Dos cuartos grandes que debieron haber sido comedores también estaban vacios. Asomándose por las otras ventanas vieron que la cocina y otro cuarto que le seguía también estaban vacíos.

—Ven, vamos a entrar —le dijo Pepe a Felipe.

Empujaron la puerta que se abrió con un rechinido agudo. Entraron los muchachos a la obscuridad de la casa.



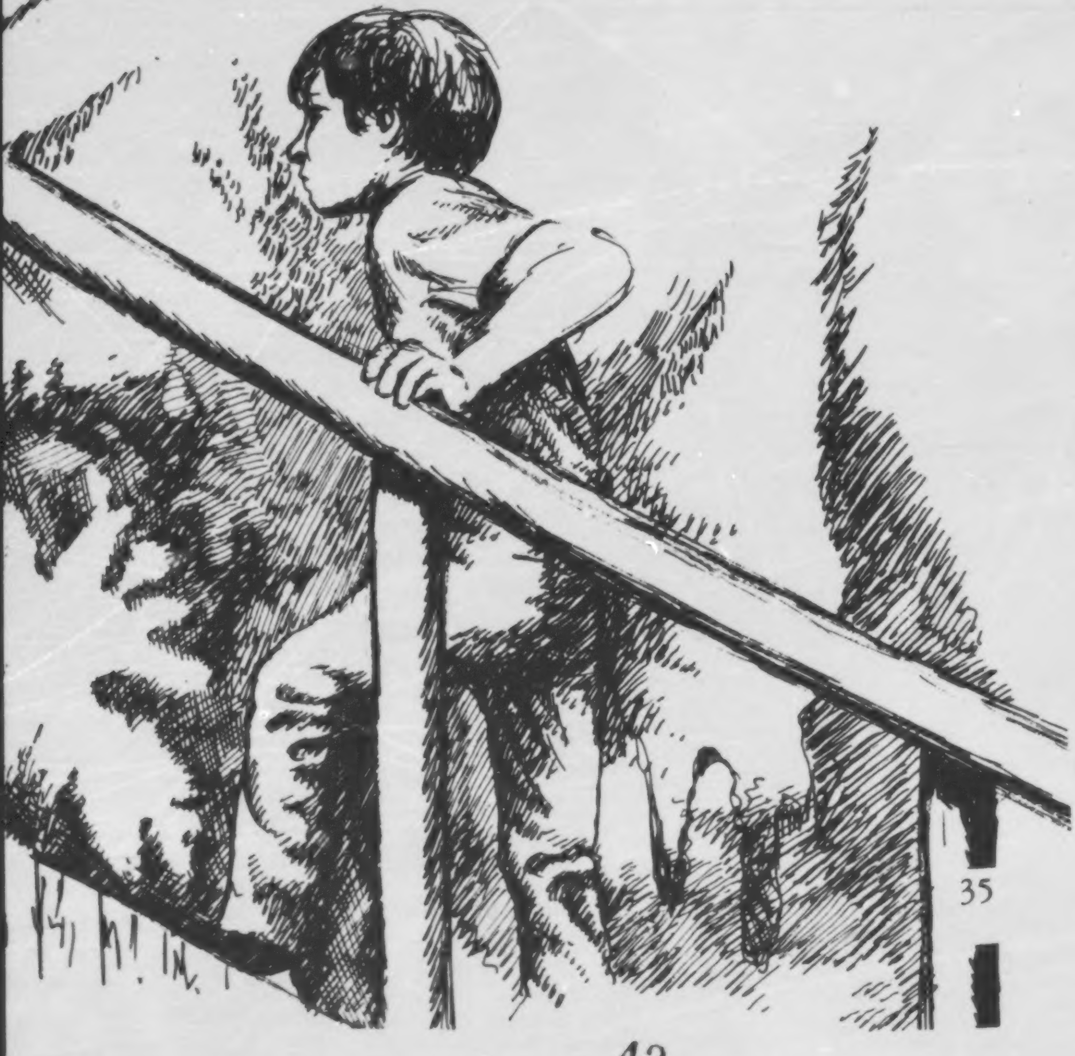


—Vamos al segundo piso —dijo Felipe en voz baja.

—Vamos —le contestó Pepe en una voz igualmente callada.

La escalera era una de esas largas, obscuras y llena de polvo. Los escalones rechinaban al pisarlos. Los barandales estaban cubiertos de telarañas y grises del polvo que tenían.

En el segundo piso, al fin de la escalera, la primera cosa que vieron los muchachos fue un espejo. El espejo, ancho y grande, estaba casi negro con el tiempo y el polvo. A un lado del espejo estaba un cuadro de la casa cuando estaría casi nueva.



En el cuadro la casa estaba rodeada de árboles grandes y bonitos y no de los palos secos que la rodeaban ahora. Enfrente de la casa había muchas flores. Pero lo que más les llamó la atención a los muchachos fue la muchacha de vestido blanco sentada en un columpio.

—¿Quién será?—preguntó Felipe.

—¿Quién sería? es lo que debes preguntar —le contestó Pepe—. Pero no importa quién será o quién sería porque !no sé!

En ese momento se oyó un ruido extraño.

—¡Que fue eso?

—¡No se! —contestó Felipe.

—Ven, vámonos de aquí —dijo Pepe asustado.

—No. Primero vamos a buscar a ver que fue el ruido —le contestó Felipe—. Sh . . . cállate, no hagas ruido.

Los muchachos comenzaron a revisar los cuartos del segundo piso abriendo puerta tras puerta. Los primeros cuatro cuartos estaban igual de vacios que los del primer piso. Ahora no más quedaba un cuarto. Pepe abrió la puerta del cuarto y se quedó parado sin moverse.

—Mira . . .

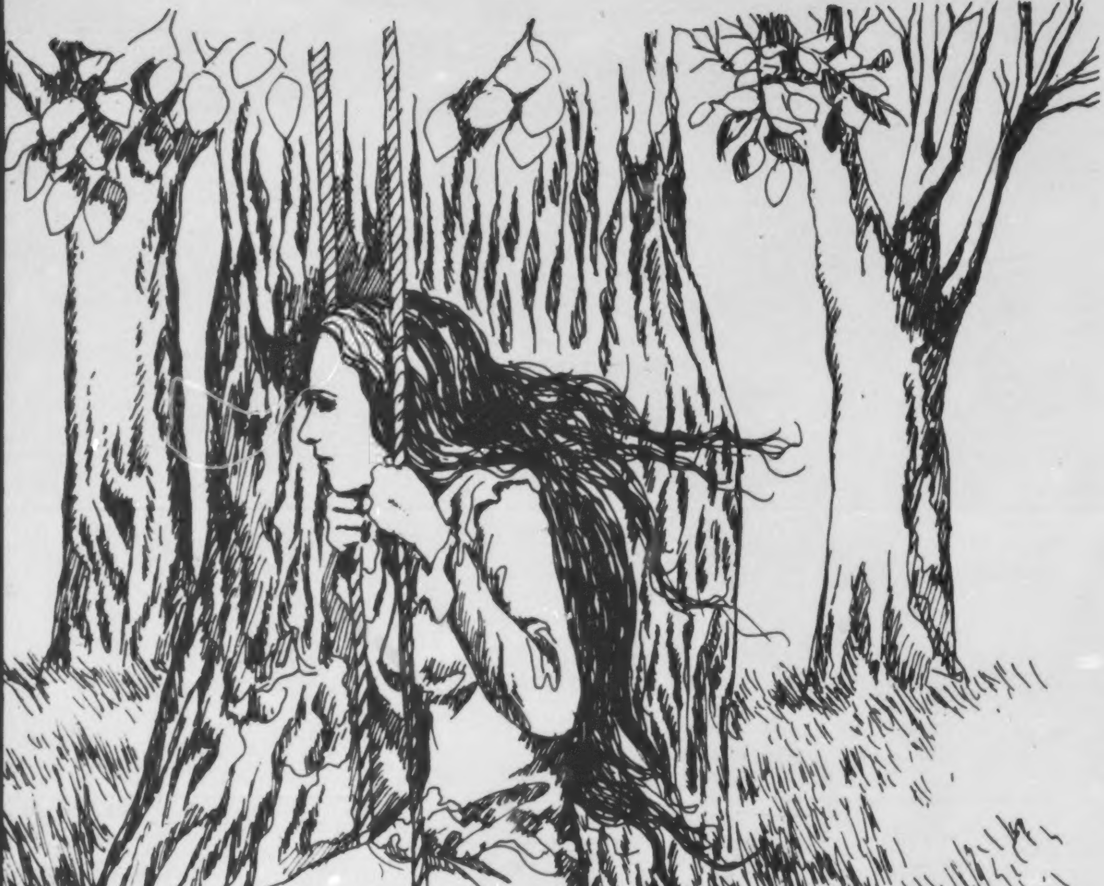
Felipe se paró en la puerta abierta y vio lo que había sorprendido a Pepe.

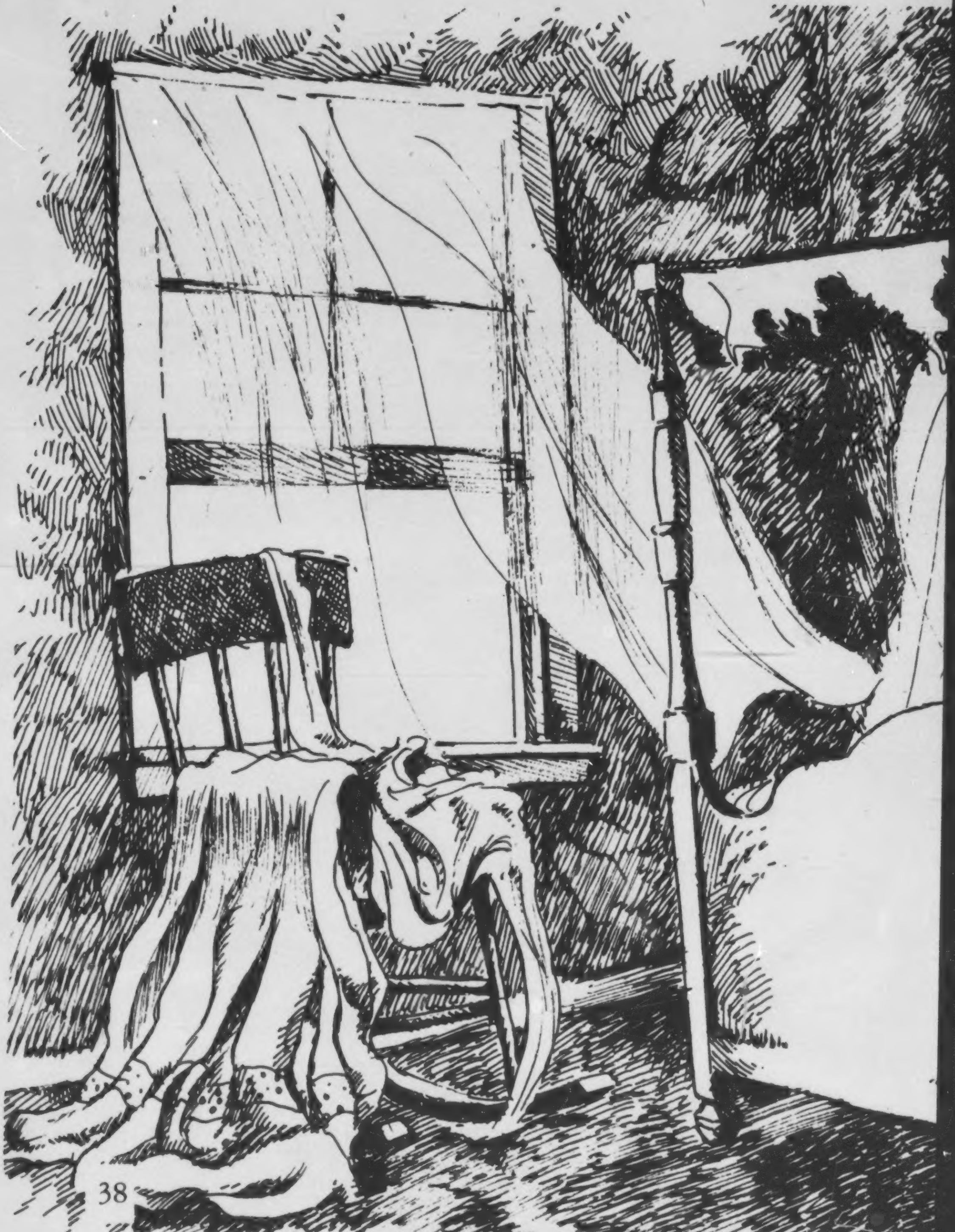
—¡jiiiiiijo . . . !

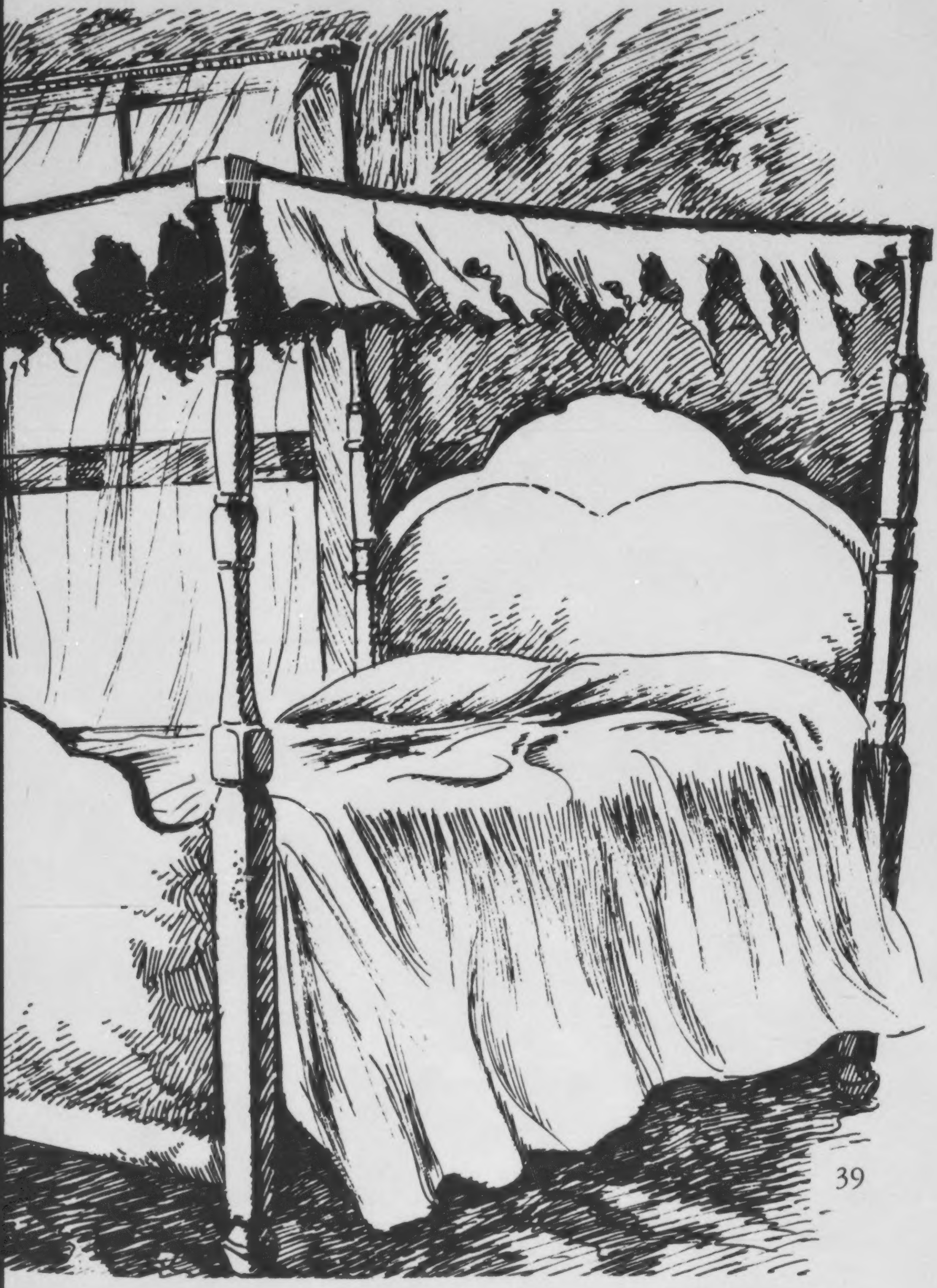
Este cuarto no estaba vacío.

El cuarto era una recámara. En medio del cuarto estaba una cama de madera. Pero era una de esas de cuatro postes y cielo, muy antigua. Lo más interesante era que la cama todavía tenía sus sábanas, sobrecama y almohadas. La cama, como todo lo demas en el cuarto, estaba cubierta de tierra y telarañas.

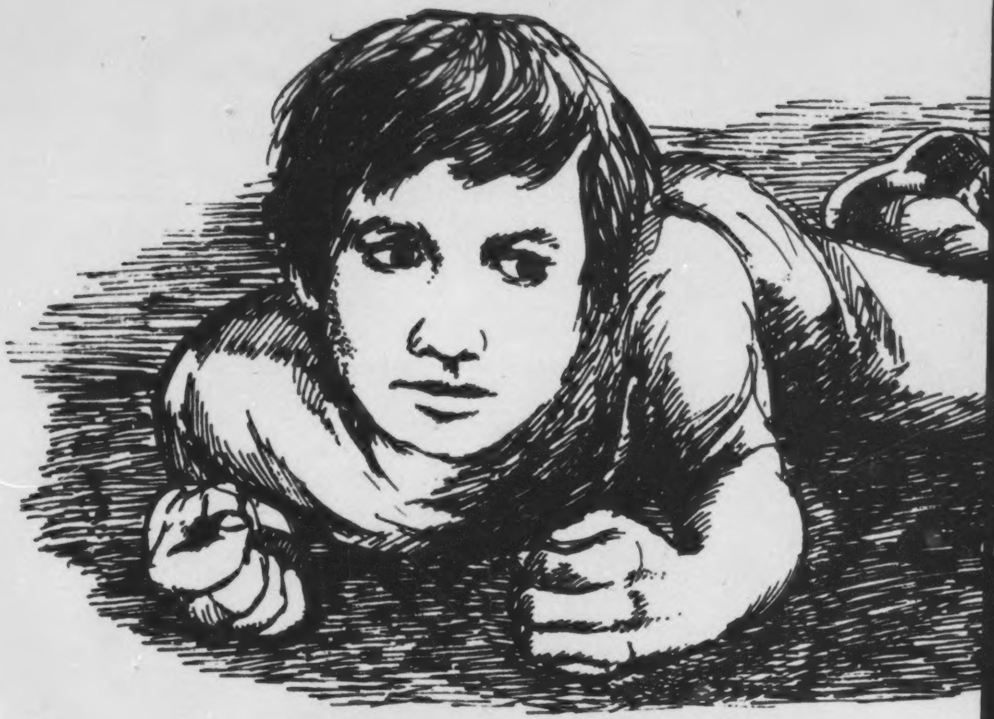
Los demás muebles también eran muy antiguos. Y estaban igualmente cubiertos de polvo. Cerca de una ventana y a un lado de la cama estaba una silla mecedora. En




38



39



la silla estaba un vestido que en un tiempo había sido blanco. El vestido estaba color gris de tanto polvo que tenía.

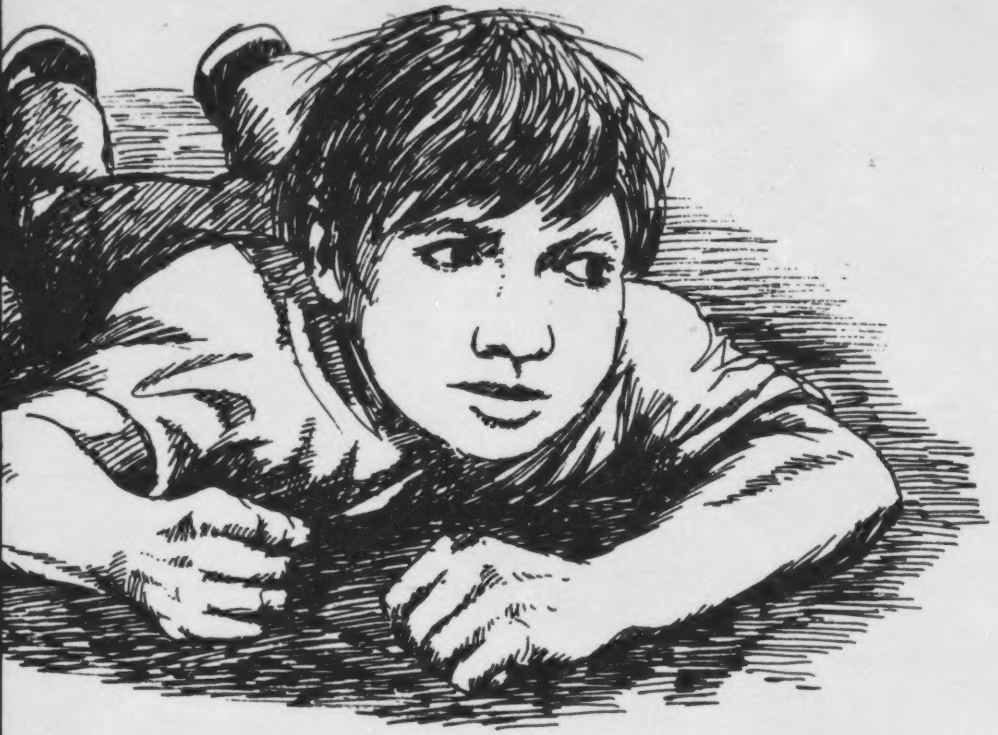
—Oye . . . ¡parece el vestido de la muchacha en el cuadro! —dijo Felipe asombrado.

—S . . s . . . s . . . s . . . s . . . ¡sí! —contestó Pepe—. Este ha de haber sido su cuarto.

—¿Por qué sacarían todos los muebles de los demás cuartos menos éste?

En ese momento se oyó abrir y cerrar la puerta del frente. También se oyeron unos pasos recorriendo todos los cuartos del primer piso.

—¡Ahí viene alguien! ¡Vámonos! —le dijo Pepe a Felipe muy asustado.



Silenciosamente comenzaron a caminar los muchachos hacia la escalera. En eso oyeron que los pasos se iban acercando a la escalera.

—Viene para acá. ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que escondernos —contestó Felipe.

Corriendo lo más pronto que podían sin hacer ruido, volvieron a la recámara y buscaron donde esconderse. Mientras tanto, oían que los pasos subían la escalera y se acercaban mucho más.

—¡Ya mero llaga! Ven, vamos a meternos debajo de la cama.

Pronto los muchachos se metieron debajo de la cama y trataron de quedarse quietos sin hacer ruido casi sin resollar. En ese instante se abrió la puerta de la recámara.

—Mmmmmm —se la oía a la persona que había entrado en una voz muy ronca.

Pepe volteó su vista a su derecha y vio que la mecedora se estaba moviendo. "Probalemente le pegué al meterme debajo de la cama y por eso se está moviendo. ¡Ojalá no note el que entró que se está moviendo!" pensó él con el corazón en la boca.

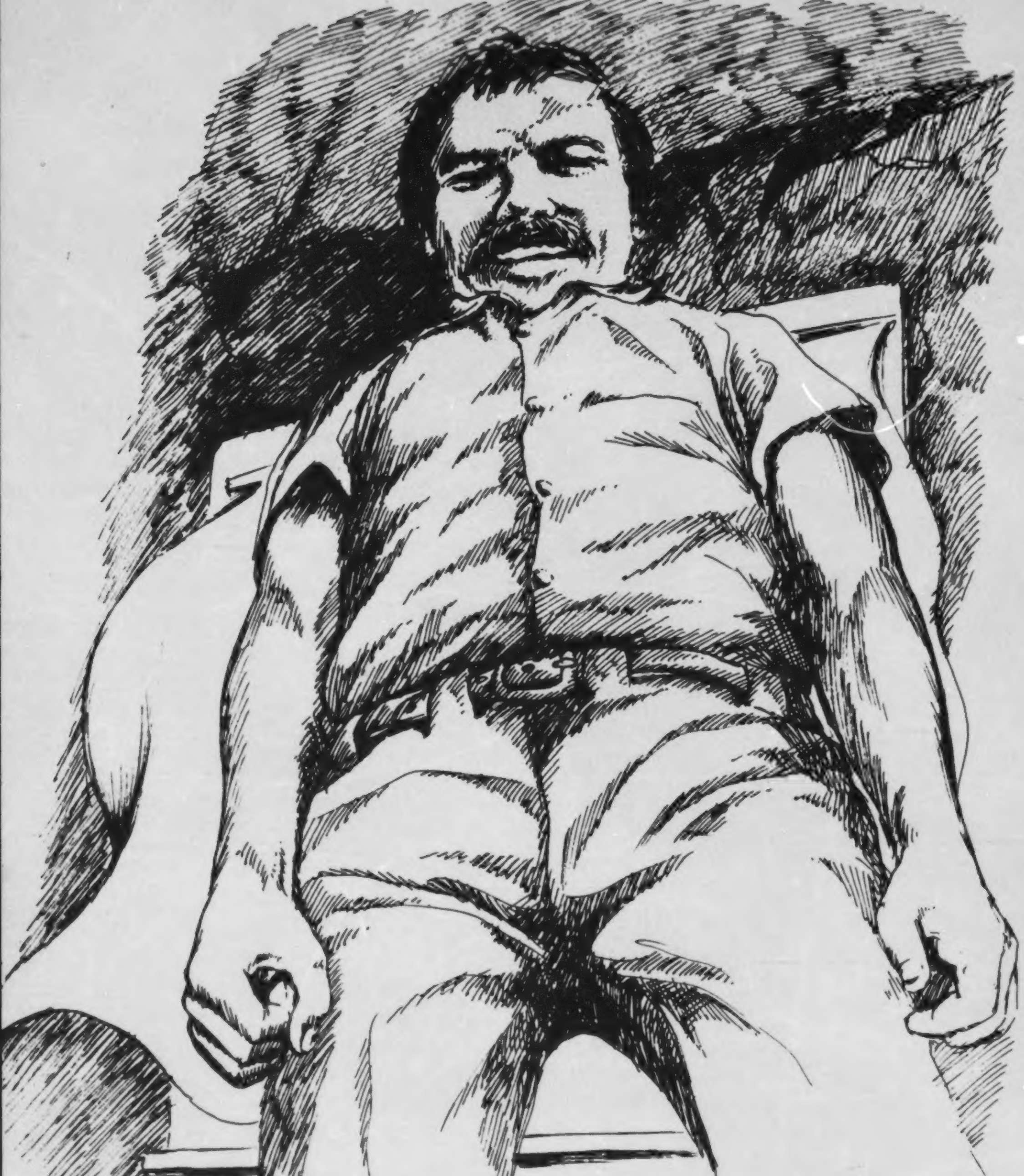
Pero la persona que había entrado al cuarto y había visto la mecedora que se estaba moviendo. Despacio, muy despacio comenzó a caminar hacia la cama.

—Mmmmmmmm —se le oía que hacía.

Pepe y Felipe no podían moverse de miedo. ¿Sería un espanto? ¿Sería un criminal? ¿Sería un loco? ¿Quién sería?

—Ya sé que están ahí —se oyó una voz fuerte—. Salgan de ahí.

—¡Es papá! ¡Es papá! —dijo Felipe reconociendo la voz de su papá.



La sopresa

Lucinda y Pablito nunca habían ido al circo. Un día vieron un cartelón donde se anunciaba la llegada del circo más grande del mundo.

—Mamá, mamá, va a venir el circo el mes que entra. ¡Llévanos, por favor! —pedía Lucinda llegando a su casa de la escuela.

—No sé si podremos ir, Lucinda. Cuesta mucho dinero.

—Por favor, mamá, queremos ir tanto al circo. Pablito y yo nunca hemos ido al circo. Por favor, mamá —le decía Lucinda casi llorando.

—Sí, mamá, llévanos por favor —dijo Pablito estirándole el brazo a su mamá.

—Bueno, vamos a ver cómo le hacemos —contestó doña Mercedes—, o vamos a ver si en un mes podemos ahorrar suficiente dinero para poder ir.

—Nosotros podemos ayudarte, mamá, —dijo Pablito—. Yo puedo juntar y vender botellas. En la tienda pagan cinco centavos por cada botella de soda.

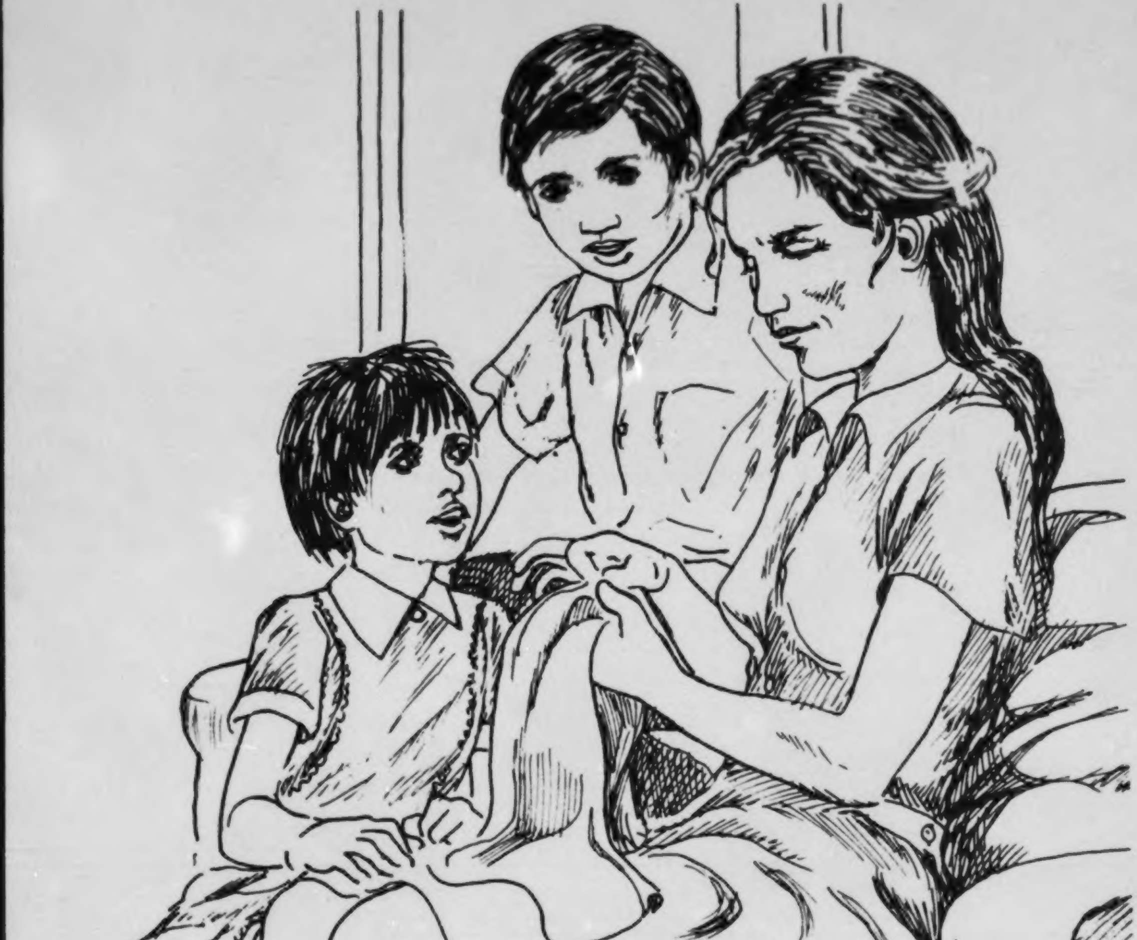
Tienes razón, Pablito —le dijo Lucinda—. Y yo, a ver, a ver, ¿que puedo hacer? Mmmmmmm . . . ¡Ya sé! Yo puedo hacer un pastel y venderlo a los vecinos o a mis amigos y amigas.

—Qué buenos son, hijitos —les dijo doña Mercedes muy emocionada.

—Pues yo ya me voy a juntar mis botellas —dijo Pablito y salió corriendo de la casa.

—Y yo voy a sacar el dinero de mi alcancía para comprar lo que necesito para hacer el pastel —dijo Lucinda yéndose a su cuarto.

La mamá de los niños se les quedó viendo con mucho orgullo. Le daba orgullo que sus hijos iban a trabajar y a ganar dinero para obtener algo que deseaban.



45

Pablito comenzó a juntar botellas por donde quiera; en los callejones, cerca de los botes de basura y por la orilla del arroyo seco. También buscó en los solares vacantes donde no había casas y por las banquetas donde la gente tiraba botellas.

Poco a poquito Pablito llevaba sus botellas a la tienda del barrio. Poco a poquito aumentaba su dinero también. Quince centavos, treinta y cinco, ochenta y cinco, un dólar y quince centavos, ¡hasta que tenía dos dólares setenta y cinco centavos!

Mientras tanto, Lucinda comenzó a hacer su pastel. Era de chocolate por dentro y por fuera. El pastel le tomó un día para hacer. La siguiente mañana, Lucinda salió a tratar de venderlo a sus vecinos.

—Señor Pérez, señor Pérez, ¿quiere comprar un pastel?

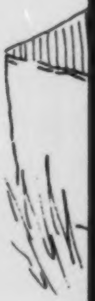
—Mmmmmmm, se ve muy delicioso. ¿Quién lo hizo?

—Yo lo hice —le contestó Lucinda con una sonrisa—. Quiero juntar dinero para ir al circo.

—¿Qué tanto quieres por el pastel?

—¿Dos dólares? —le contestó Lucinda tímidamente.

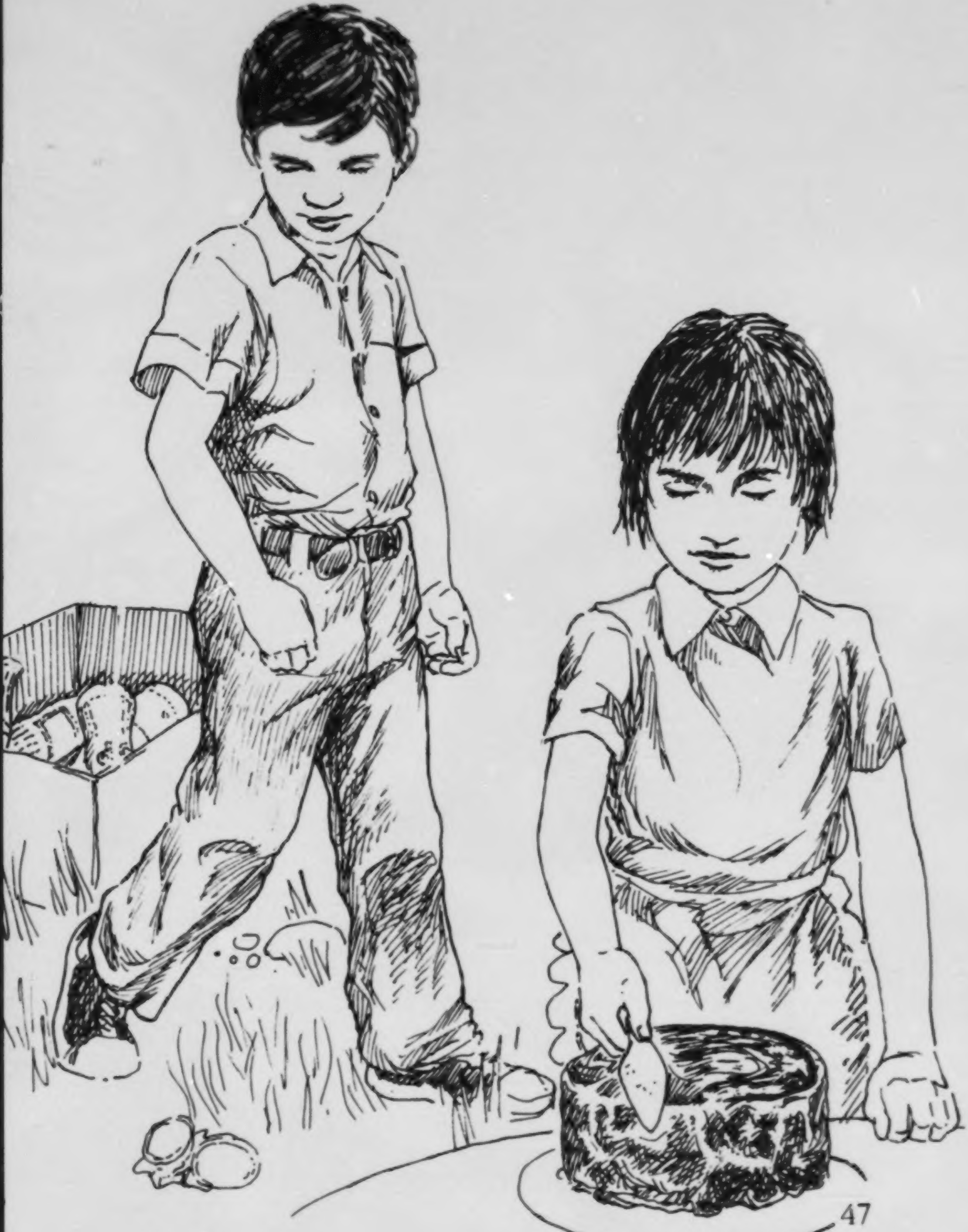
—Deja darte un consejo —le dijo el señor Pérez—. Dos dólares es muy buen precio y así puedes vender muchos pasteles. Anda con los vecinos y pregunta a uno por uno si quieren un pastel para el día siguiente. Diles que lo puedes entregar en la mañana para el desayuno. Así sabes cuantos pasteles hacer porque los tienes vendidos.



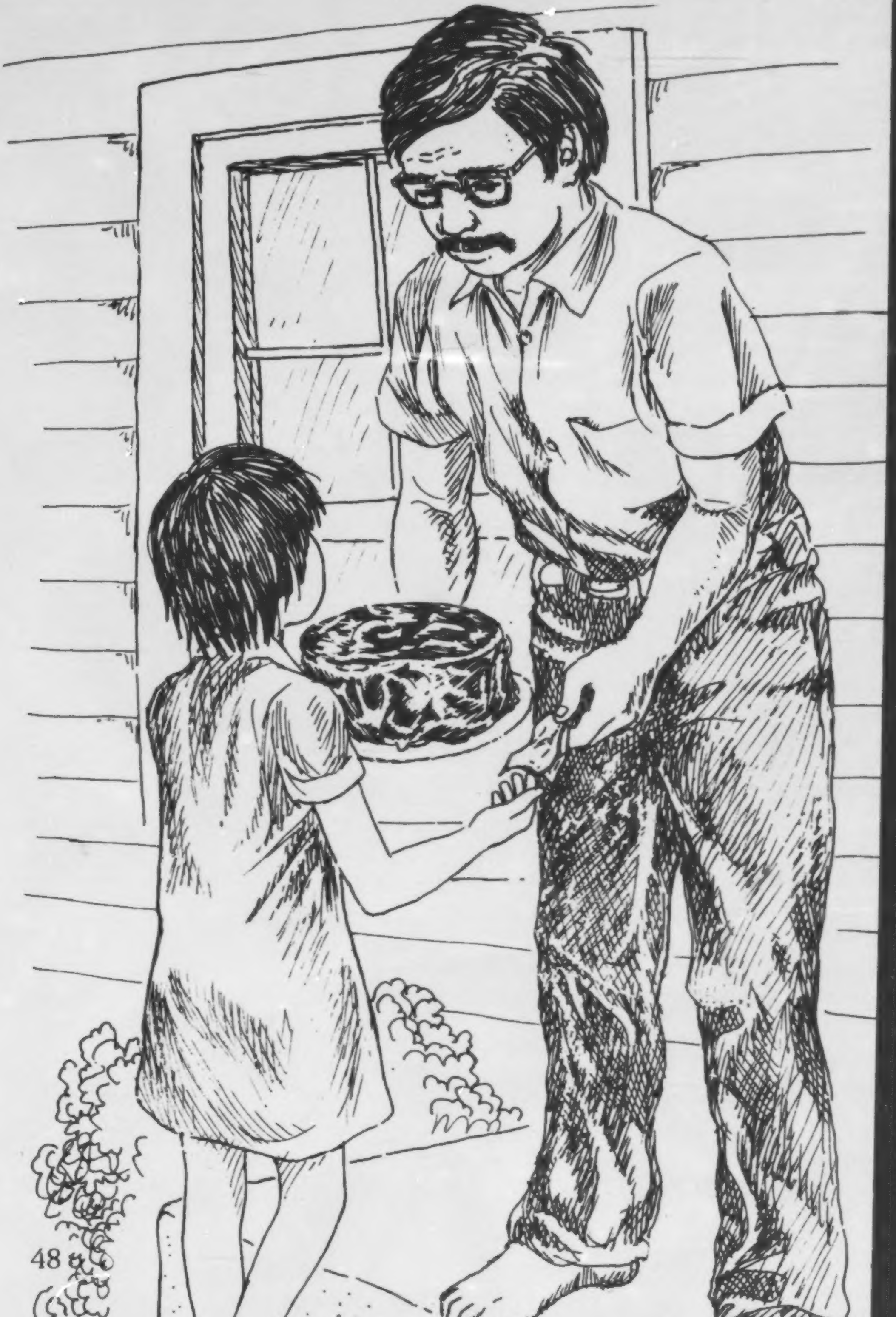
—¡Qué buena idea es esa! Así lo haré —dijo Lucinda alegremente.

—Bueno Lucinda, y que te vaya muy bien. Ahora, dame ese pastel y aquí están tus dos dólares.

Lucinda volvió a su casa y le contó a su mamá lo que había pasado. Pablito regresó al mismo tiempo y también comenzó a decir como le había ido a él.



47



—Bueno, yo voy a tomar ordenes —dijo Lucinda—. Yo creo que voy a hacer dos pasteles por día.

—Primero junta las ordenes —le dijo su mamá—. Así no haces pasteles que no puedas vender.

—¡Y yo voy a seguir buscando botellas —dijo Pablito.

—Bueno, pero tan mucho cuidado en las calles, hijo —dijo doña Mercedes.

Lucinda llamó por teléfono a dos vecinos. Uno ordenó un pastel y el otro pidió que le llamara más tarde.

—Bueno siquiera puedo comenzar con el primero —dijo Lucinda muy satisfacha.

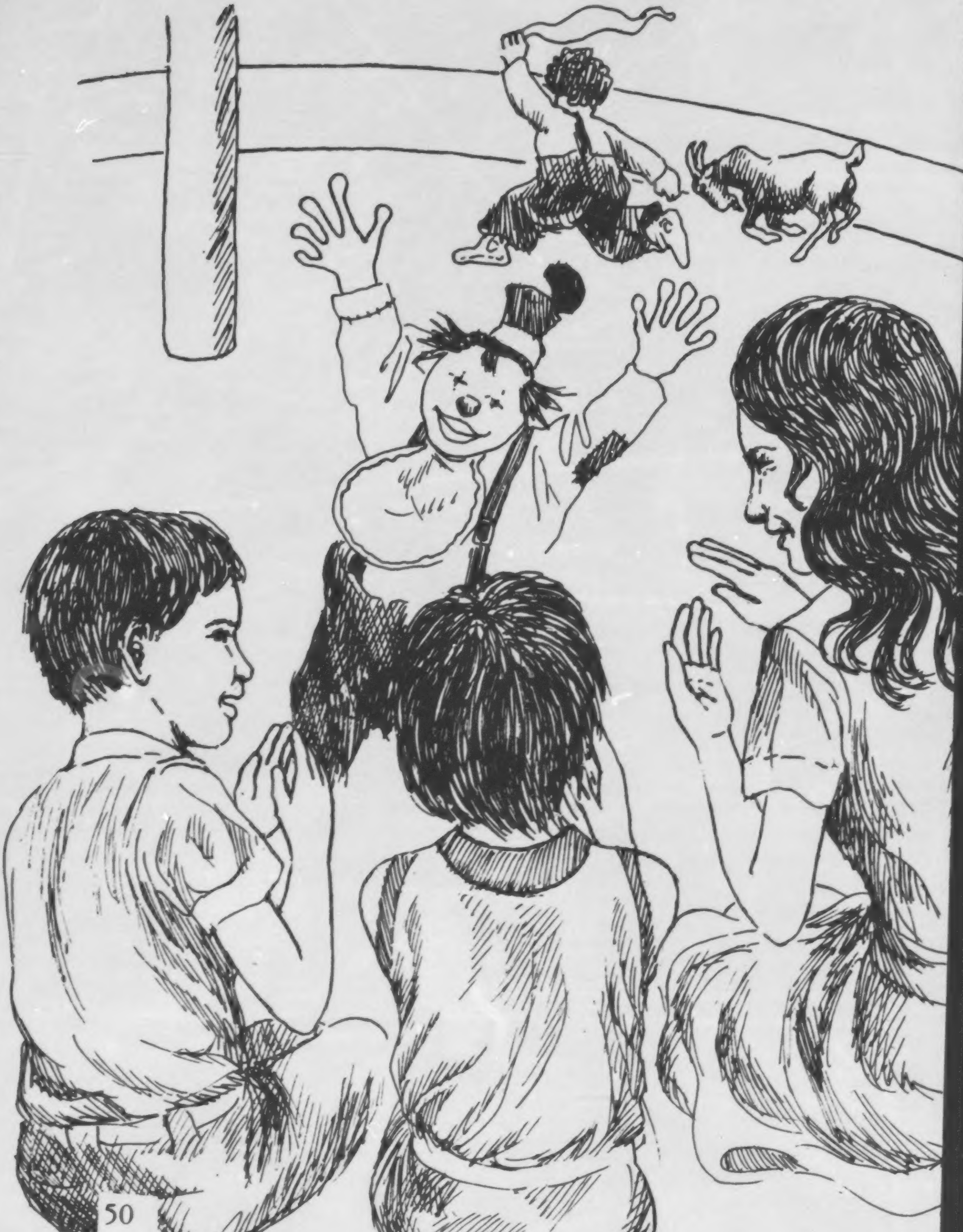
Esa noche Lucinda soñó con todas las clases de pasteles que iba a hacer. Soñó con pasteles de chocolate, de limón, de fresa y de cereza. También soñó con pasteles blancos y pasteles amarillos; pasteles sin letras y pasteles con letras.

Esa noche Pablito la pasó pensando donde más podría juntar botellas. ''Mañana me voy a otro barrio a buscar botellas. Tal vez encuentre muchas más.''

Doña Mercedes se tardó mucho para acostarse. Ella tenía mucho que hacer en la casa cuando llegaba del trabajo. Primero tenía que hacer la cena. Después tenía que limpiar la casa. También tenía que asegurarse de que había bastante mandado, revisar la ropa, las toallas y todo lo que se usaba en la casa. Doña Mercedes siempre tenía muchos quehaceres en la casa.

El siguiente día, muy temprano en la mañana, Lucinda fue a entregar su pastel. Ademas tomó otras tres órdenes antes de irse a la escuela. Su hermano Pablito fue directamente a la escuela buscando botellas por el camino. Al llegar a la escuela Pablito ya llevaba cuatro botellas y le pidió a su maestra que se las cuidara.

Después de escuela Pablito siguió juntando botellas. Cuando las llevó a la tienda le dieron un dólar cincuenta centavos. ''Mmmmm'' —se dijo—, ''Lucinda está haciendo más dinero que yo.''



Cuando llegó Pablito a la casa Lucinda ya casi terminaba los pasteles que tenía que entregar el siguiente día.

—Manita, manita —le gritaba Pablito al entrar a la casa—. Manita, quiero preguntarte algo.

—Pablito, cuando tú me llamas ''manita'' es porque quieres algo. A ver, ¿qué quieres?

—Si yo te doy el dinero que he hecho, entonces tendrías más dinero para comprar las cosas que necesitas para los pasteles, ¿verdad?

—Sí.

—Y si yo voy a juntar las órdenes de los pasteles, entonces tú tendrías tiempo para hacer muchos más, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces vamos a ser compañeros en la venta de pasteles —le dijo Pablito riéndose.

—Está bien, Pablito —le contestó Lucinda—, pero también me vas a tener que ayudar a hacer los pasteles.

—Bueno, está bien. Ahora deja ir a tomar las órdenes para pasado mañana.

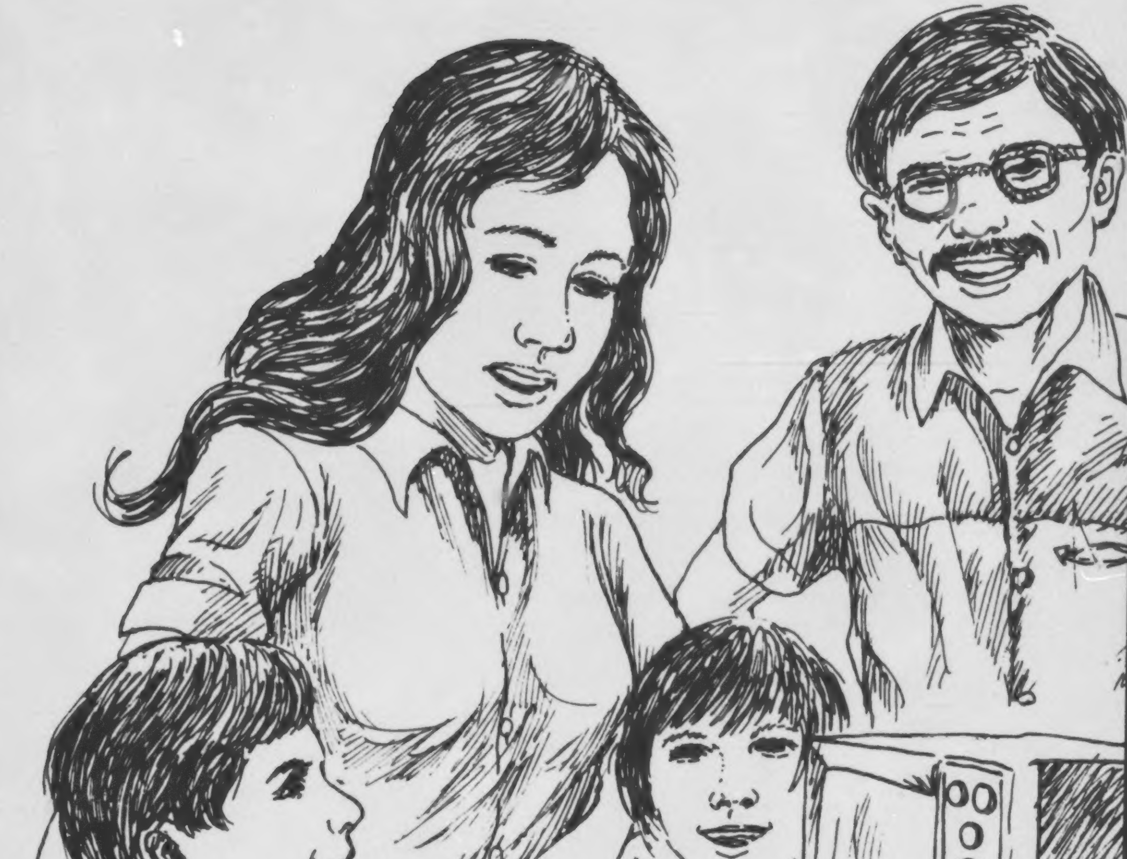
Lucinda y Pablito hicieron y vendieron pasteles todo ese mes. Los vendieron a sus vecinos del barrio, a sus amigos en la escuela, a sus maestras y a los compañeros de trabajo de doña Mercedes. Vendieron tantos pasteles que solo con el dinero que ganaron tuvieron suficiente para comprar los boletos para el circo.

Cuando por fin llegó el circo los tres fueron llenos de alegría. Se divirtieron muchísimo en el circo viendo a los payasos, animales, voladores, juegos y todo lo que había que ver.

Al volver a la casa los niños corrieron a la casa del señor Pérez. En un ratito regresaron; el vecino venía con ellos y él traía un paquete grande envuelto de regalo.

—¿Qué es? —preguntó doña Mercedes.

—Abrelo, mamá, es para ti —dijeron Pablito y Lucinda.

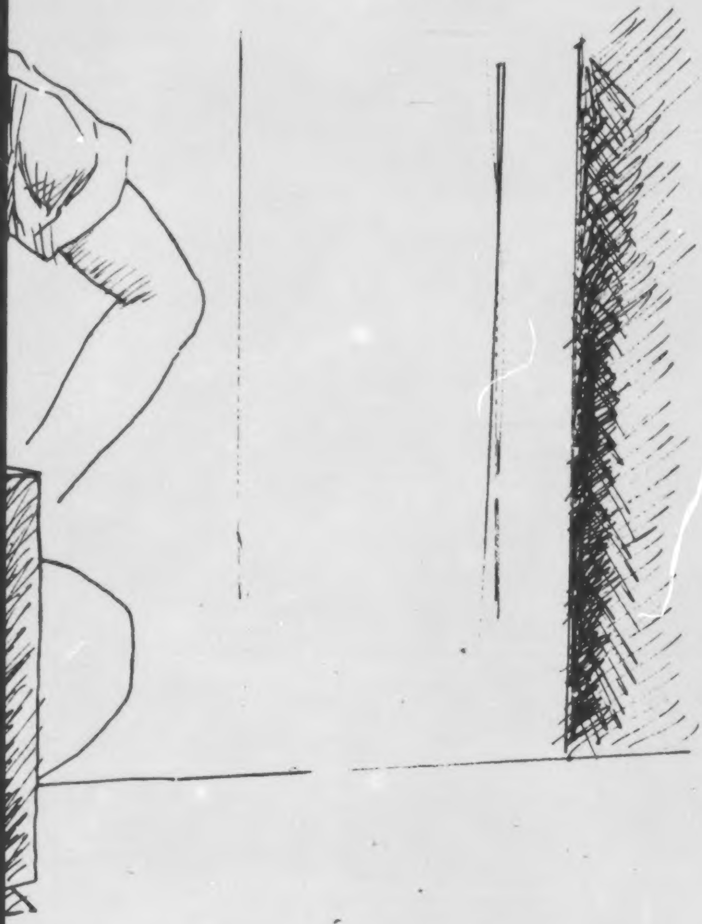


Muy emocionada doña Mercedes comenzó a abrir el paquete.

—¿Pero qué es? . . . ¡Es una televisión! ¿De dónde? . . . ¿Cómo? . . .

—De los pasteles, mamá. De los pasteles —le dijo Pablito.

—Sí, mamá —dijo Lucinda—, nos sobró bastante dinero para comprarte esta televisión usada. No es nueva, pero recibe la estación mexicana que a ti te gusta.



Trampa

Jesús no tenía ni hermanos ni hermanas. El era el único hijo de la familia. Aún más, como la familia vivía en un ranchito, Jesús no tenía amiguitos con quien jugar después de escuela. El único compañero de Jesús era su perrito. Jesús lo había nombrado Trampa.

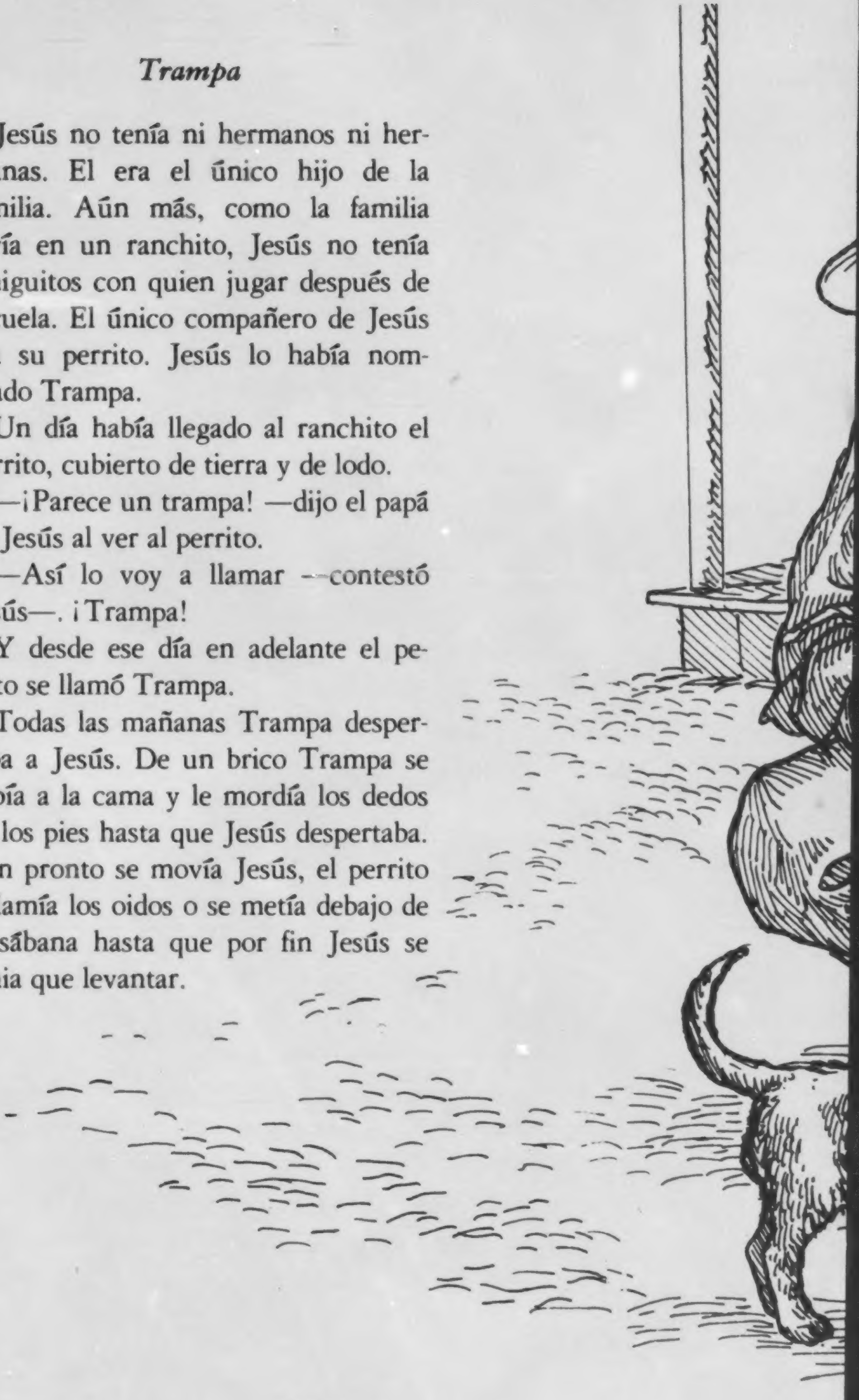
Un día había llegado al ranchito el perrito, cubierto de tierra y de lodo.

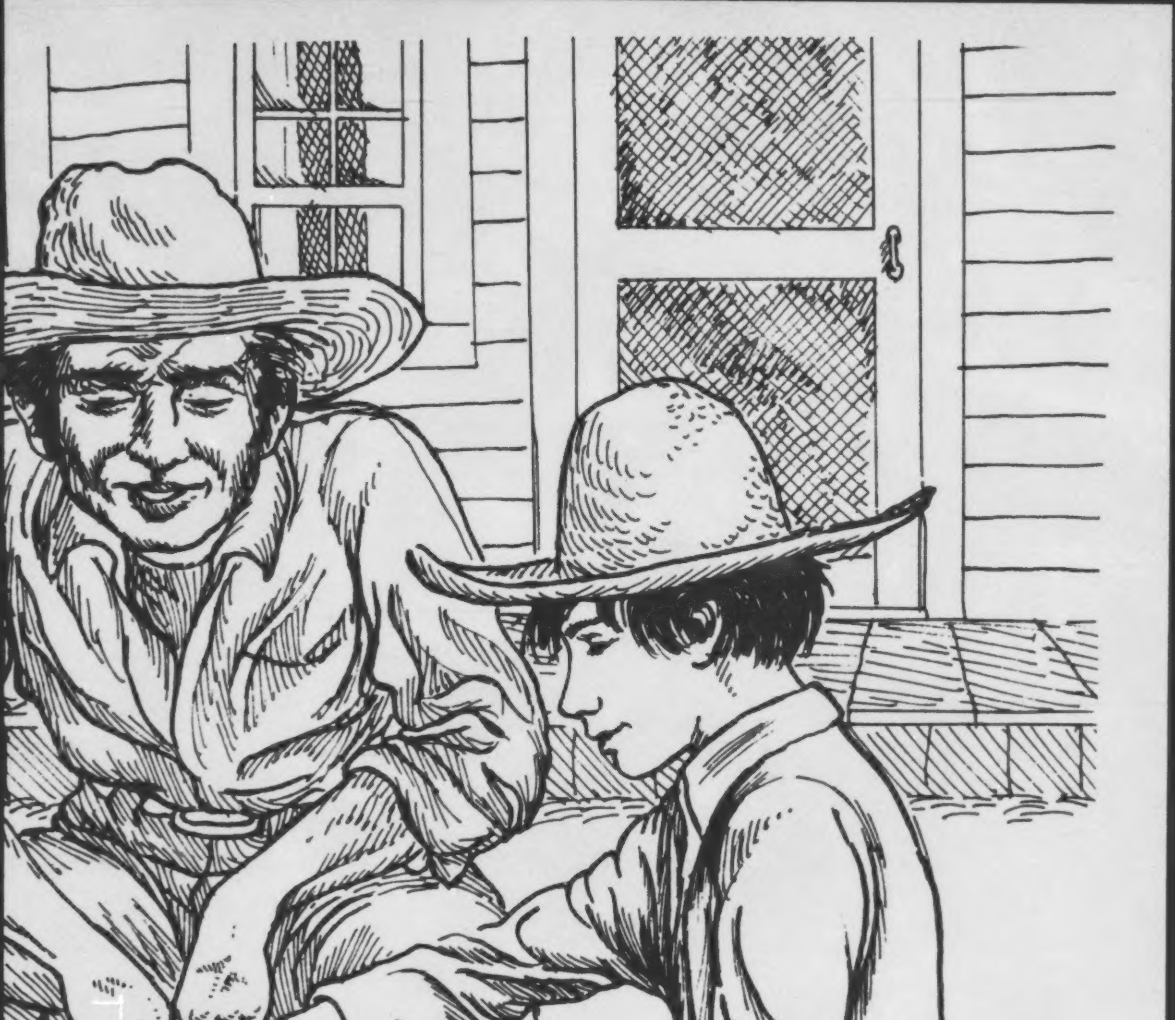
—¡Parece un trampa! —dijo el papá de Jesús al ver al perrito.

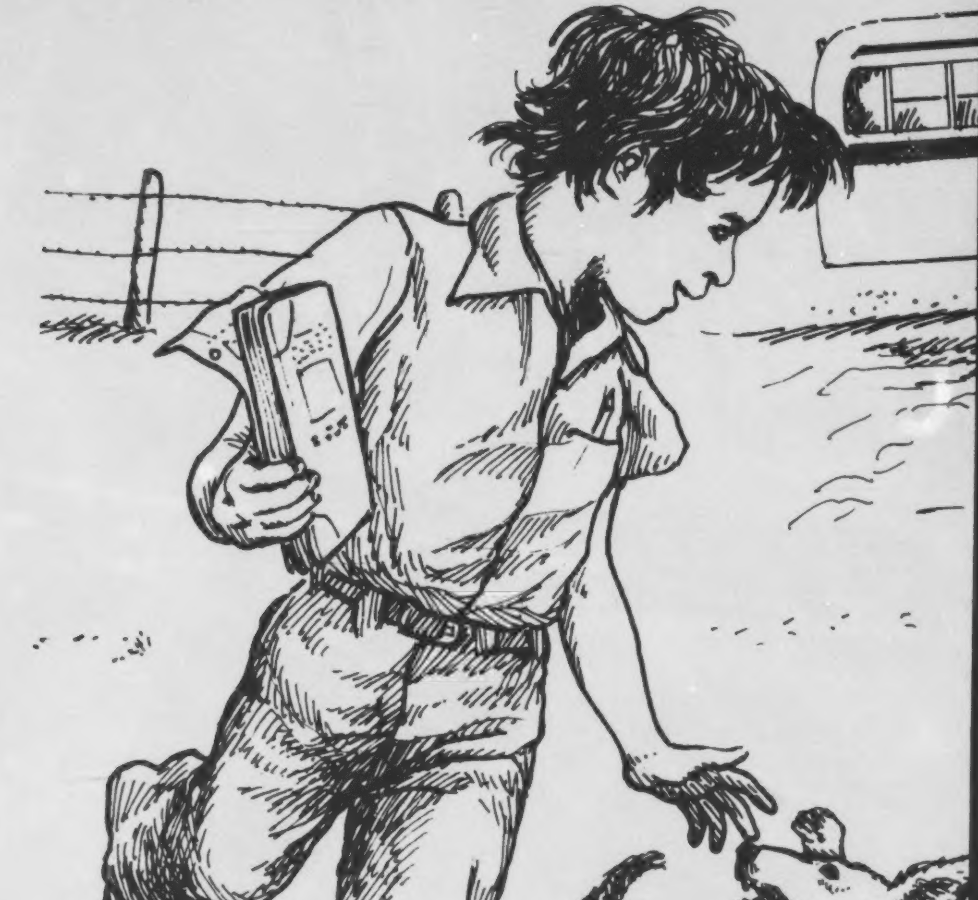
—Así lo voy a llamar —contestó Jesús—. ¡Trampa!

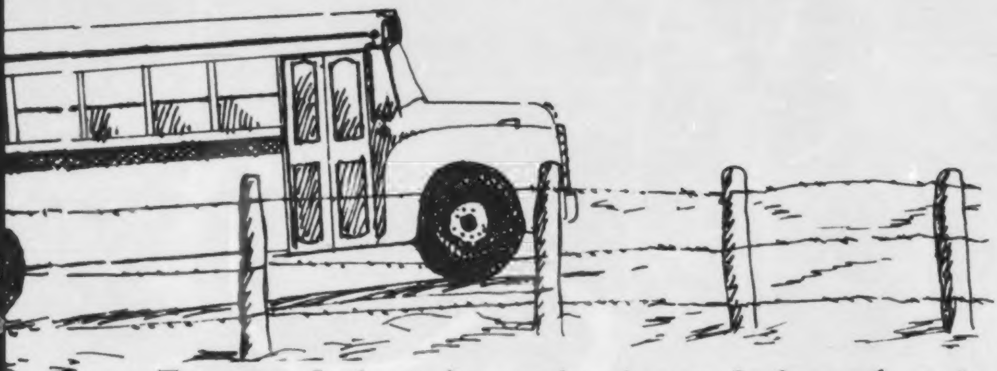
Y desde ese día en adelante el perrito se llamó Trampa.

Todas las mañanas Trampa despertaba a Jesús. De un brico Trampa se subía a la cama y le mordía los dedos de los pies hasta que Jesús despertaba. Tan pronto se movía Jesús, el perrito le lamía los oidos o se metía debajo de la sábana hasta que por fin Jesús se tenia que levantar.




55





Trampa y Jesús se desayunaban juntos; Jesús comía en la mesa y Trampa comía en su plato en el piso, al lado de su dueño. Para las siete y media de la mañana Trampa y Jesús ya estaban parados enfrente del portón del ranchito esperando el autobús de la escuela. Al bordar el autobús Jesús se despedia de Trampa, y Trampa ladraba su adiós.

Y a la hora que llegaba Jesús de la escuela, Trampa siempre lo estaba esperando. Sentado al lado del portón, Trampa comenzaba a ladrar tan pronto como veía el autobús. Corriendo, ladrando y moviendo la cola, Trampa mostraba su gusto de ver a Jesús.

Jesús también siempre tenía gusto de ver a su perrito. Brincaba del autobús tan pronto se paraba, y él y Trampa se iban jugando hacia la casa. Luego, cenaban juntos los dos. Así pasaban todos los dias, menos los sábados y domigos.

Los sábados la familia iba a comprar el mandado. Trampa y Jesús se sentaban en la parte trasera de la troquita. Al llegar a la tienda, Trampa se quedaba en la troquita y la familia entraba a comprar el mandado.

Un sábado, como de costumbre, la familia fue de compras. Cuando llegaron al supermercado la familia entró a la tienda y Trampa se quedó en la troquita como siempre. En la tienda la familia se puso a seleccionar las cosas que necesitaban. Compraron carne, latas de verduras, frutas, jugos, harina, pan dulce, café y leche. También compraron latas de comida para Trampa y dulces para Jesús.

—Ahora sí, vamos a pagar —dijo el papá de Jesús, viendo la carretilla llena de comida—. ¿No se te olvidó nada? —le preguntó a la mamá de Jesús.

—No, nada —contestó ella.

—¿Y a ti? —le preguntó a Jesús.

—Yo creo que no . . . ah sí, ¿sí! —contestó Jesús—. ¡Se nos olvidó el jabón para perritos! —y se fue a buscar el jabón. Pronto volvió con el jabón—. Ahora sí —dijo Jesús soriéndose.

Entonces fueron a pagar por el mandado y lo pusieron en la carretilla para sacarlo a la troquita. Jesús salió corriendo a la troquita adelante de sus papás. De repente oyeron ellos que gritaba Jesús.

—¡No está Trampa! ¡No está Trampa!

—Ha de andar por aquí cerca. Llámale —su mamá le dijo al llegar ellos a la troca.

—Trampa. Ven, Trampa —gritó Jesús muchas veces.

Jesús llamó a toda voz y por mucho tiempo. También buscó al perrito todo alrededor de la tienda.

—¡Trampa! ¡Vámonos!

Pero el perro nunca salió.

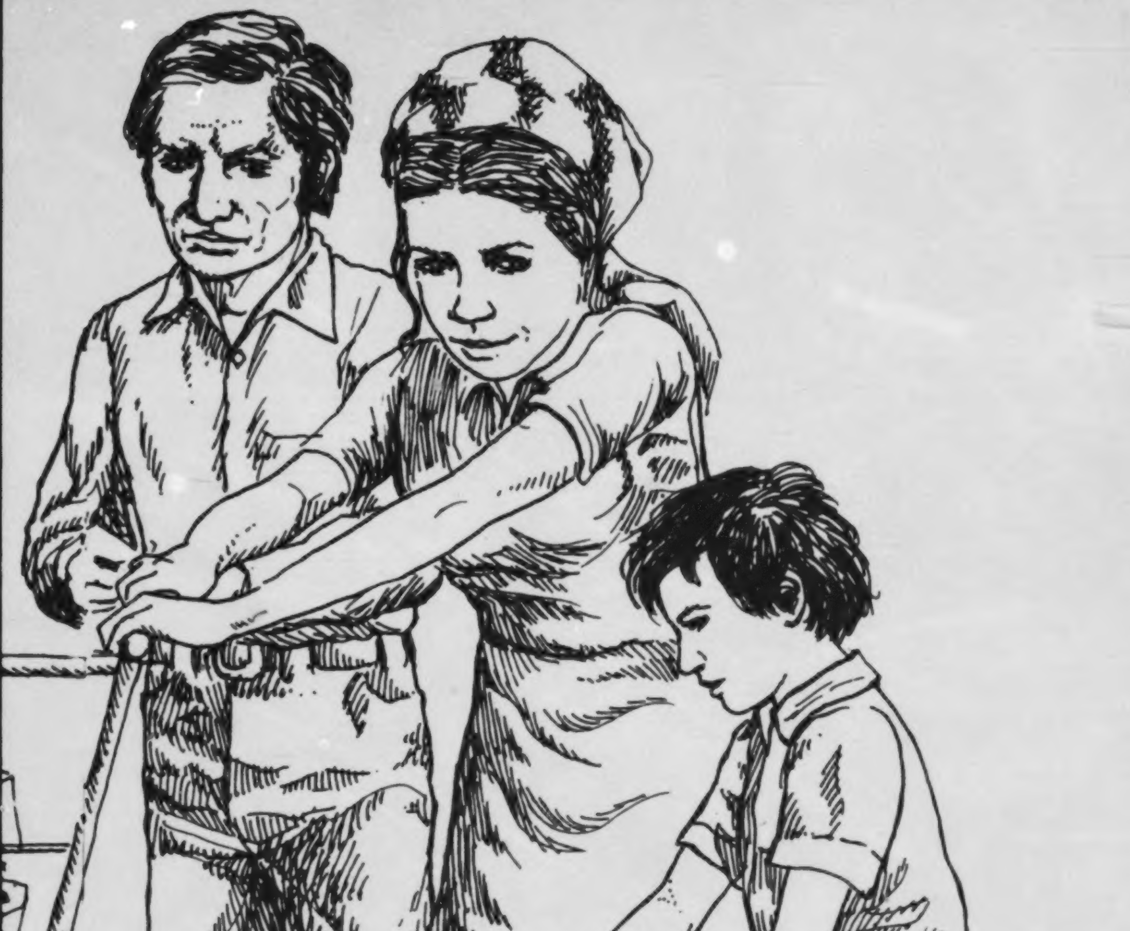
La familia buscó a Trampa por casi una hora pero no lo hallaron. Le preguntaron al policia de la tienda pero él no lo había visto. Le preguntaron a otras personas pero nadie había visto a Trampa.

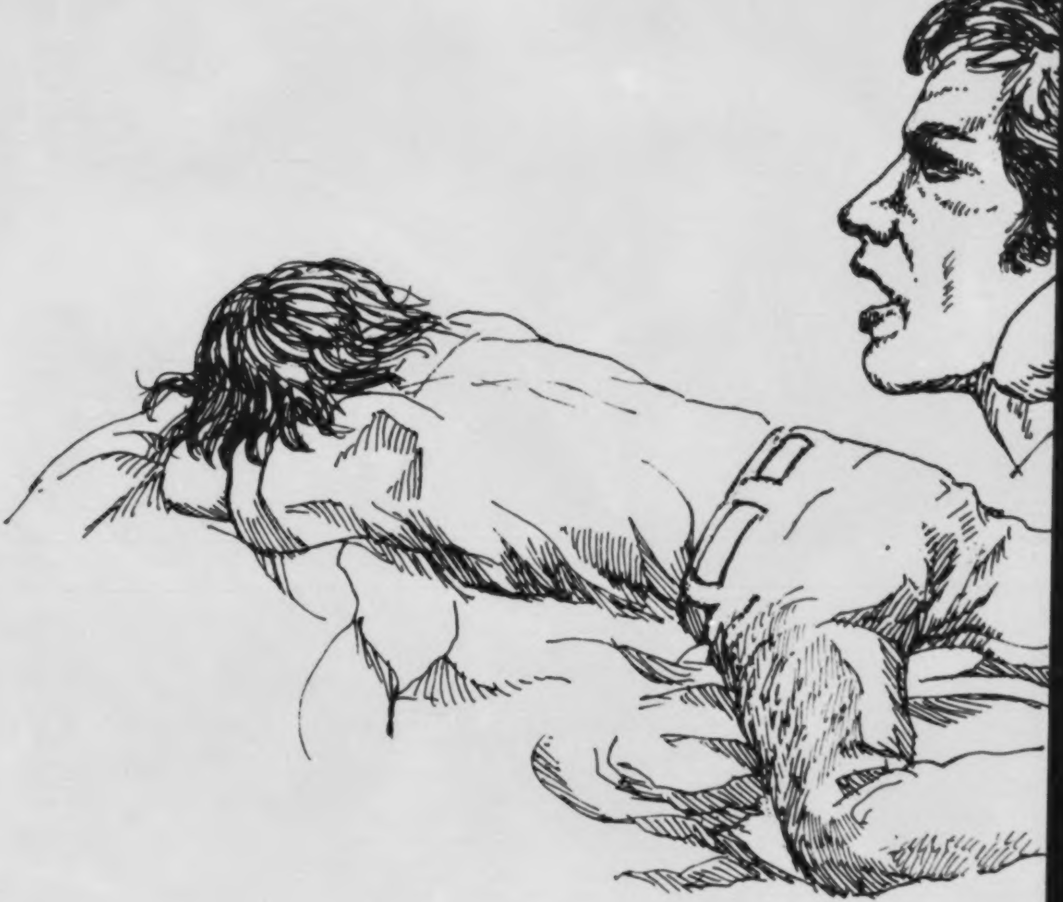
—Bueno, mi hijo, ya es muy tarde. Tenemos que irnos —dijo el papá de Jesús.

—Todavía no, papito, todavía no. Tenemos que encontrar a Trampa —decía Jesús.

—Ya es tarde, Jesús. Tenemos que irnos —le dijo su mamá también.

Llorando muy bajito Jesús se subió a la troquita. Jesús buscó a su perrito por todo el camino al ranchito, pero no lo vio. Sus padres también buscaron a Trampa por todo el camino pero ellos tampoco lo vieron.


Doggie Bubbles
59



Al llegar al ranchito, Jesús brincó de la troquita y corrió a su cuarto donde cerró la puerta y se puso a llorar muy fuerte. Los padres bajaron el mandado. Nadie quería decir nada. Pasaron las horas en silencio.

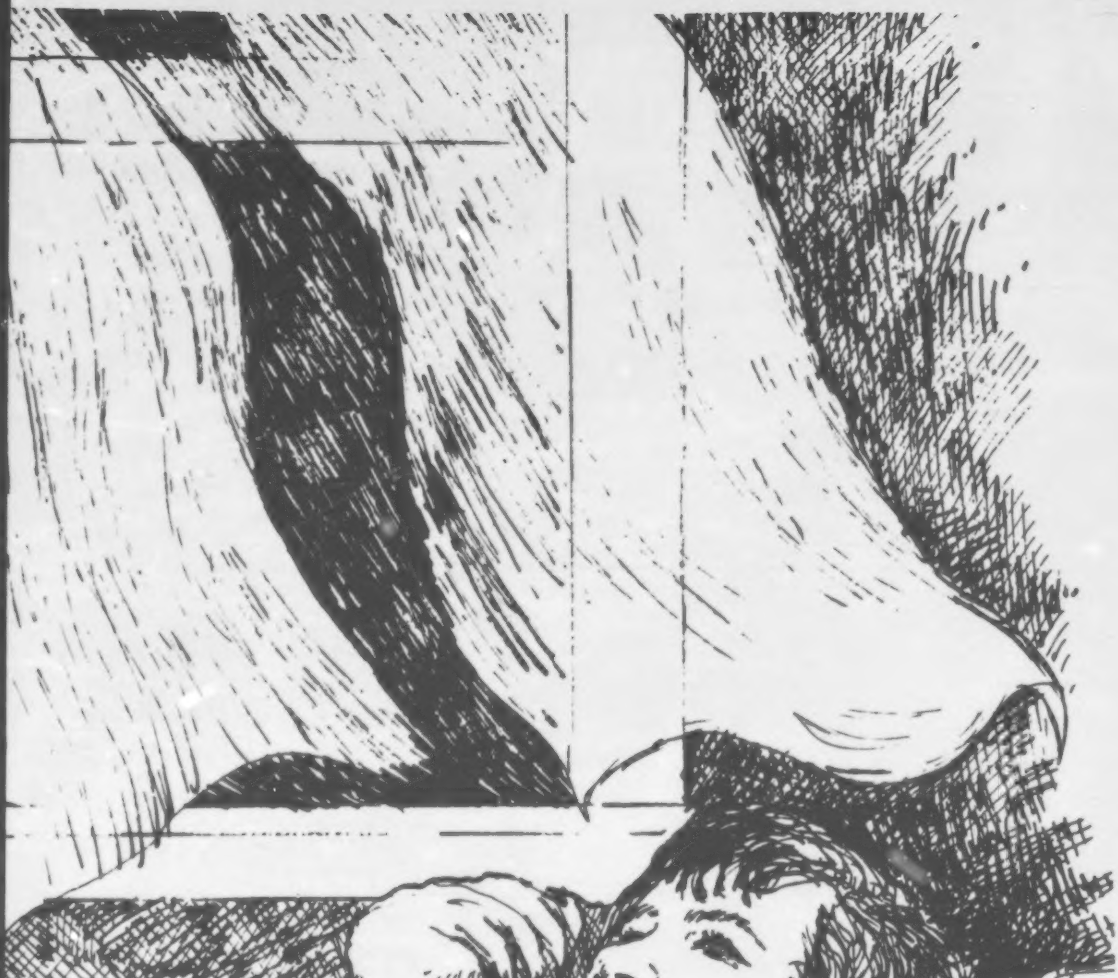
Como el día siguiente, era domingo, regresaron a la tienda y volvieron a buscar a Trampa. La familia pasó todo el día buscando al perrito pero no lo hallaron. Para el domingo en la tarde, Jesús ya ni lloraba ni decía nada.

El lunes en la mañana nadie brincó a la cama de Jesús a morderle los dedos de los pies, ni a lamerle los oídos. No hubo quien se escondiera debajo de las sábanas para despertarlo. Y después de escuela, nadie lo esperaba, ni tuvo con quien jugar.

Esa noche, como lo había hecho las últimas dos noches, Jesús rezó por el regreso de Trampa. Pero Trampa no regresó ni el martes, ni el miércoles.

El jueves también fue otro día triste. Trampa no había regresado y Jesús se fue a la escuela sin hablar.

El jueves, al regresar de la escuela, Jesús decidió juntar las cosas de Trampa. La pelota con la cual jugaban, el plato en que comía, el cepillo y el jabón con que lo bañaba; también el muñeco de hule que le gustaba tanto al perrito.


63

—Esta noche —dijo Jesús cuando iba a rezar —no pediré que regrese Trampa. Rogaré por algo diferente pero muy importante . . . ¡Qué sea feliz mi Trampa! Si no puede vivir conmigo, entonces que sea feliz. No importa donde ni con quien esté.

Jesús tardó mucho para dormirse. Parecía que por mucho tiempo se estuvo viendo las estrellas por la ventana. Pero Jesús realmente no veía las estrellas; lo que veía en su imaginación era su perrito Trampa. Lo recordaba corriendo y ladrando, hasta que por fin y sin saber como ni cuando, se quedó dormido.

Esa noche soñó Jesús a su perrito. Soñaba que Trampa le mordía los dedos de sus pies.

—Déjame Trampa —decía Jesús en su sueño—. ¡Déjame! Pero le seguía la sensación de que algo le mordía los dedos. Aquel ya no era un sueño. Jesús estaba despierto. Vio sus pies, ¡y cuál no sería su sorpresa al ver a Trampa! Sí, Trampa había regresado y de veras le estaba mordiéndo los dedos de los pies.

—¡Trampa! ¡Trampa! ¡Eres tú! —gritaba Jesús de gozo.

Trampa ladraba y corría hacia la puerta. Luego volviá a ladrar, y brincaba en la cama.

—¿Me quieres enseñar algo? ¿Qué es? —le preguntaba Jesús.

Trampa siguió ladrando y corriendo a la puerta, hasta que se levantó Jesús. El perrito salió corriendo de la casa. Jesús lo siguió para afuera y allí vio lo que le quería enseñar.

—¡Trampa! ¡Trajiste a alguien!

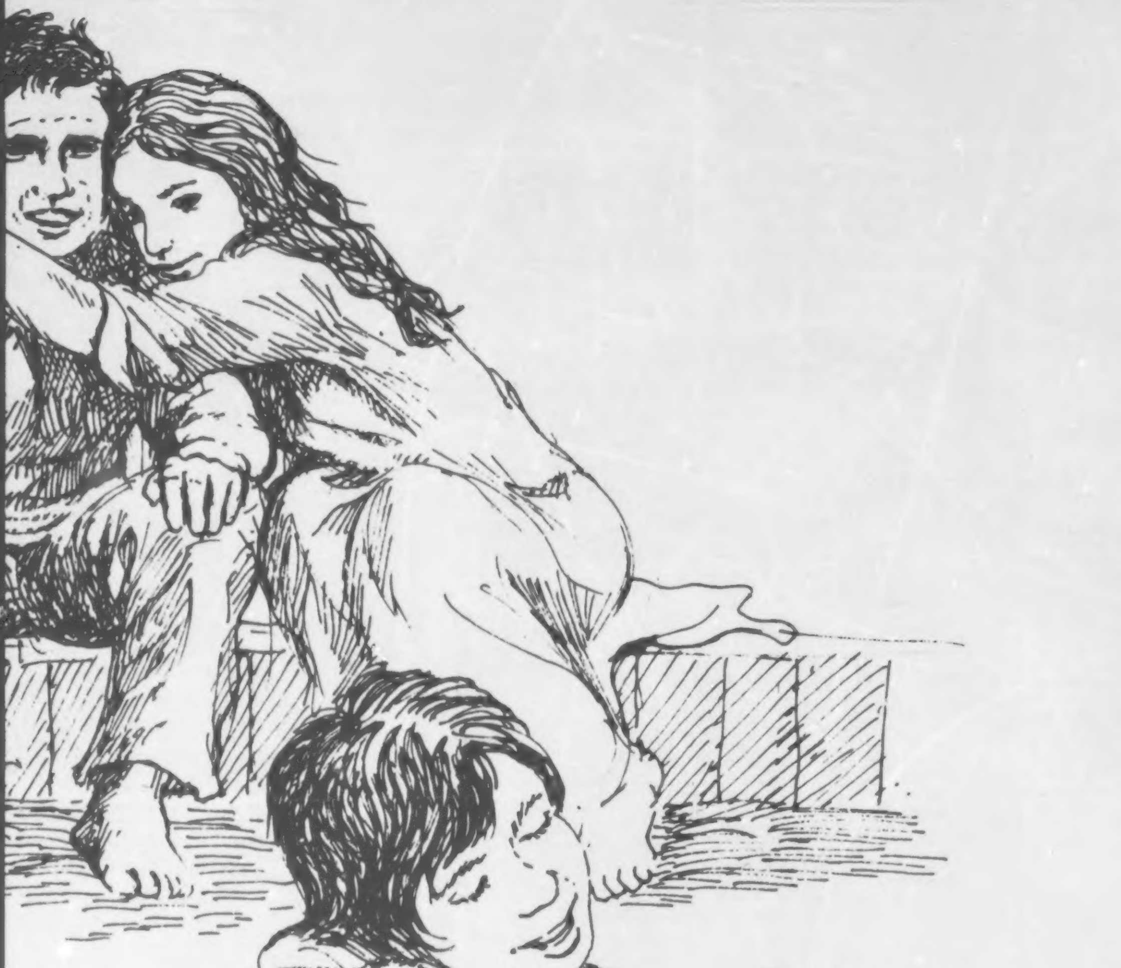
En el patio de la casa estaba una perrita. Tenía chispas blancas en la piel negra, y agitaba la cola rápidamente.

—Bienvenida —le dijo Jesús.

En ese momento salieron sus padres de la casa.

—¿Qué pasa? —dijo el papá.

—Es Trampa —dijo la mamá—. Mira, ¡ha regresado! ¡Qué bueno!



—Sí, ¡Trajo a su novia! —dijo Jesús.

—A ver, ven acá —dijo el papá cogiendo la perrita—. No trae collar ni licencia. ¿Cómo se llamará?

—Se llamará Chispa —contestó Jesús—. La voy a llamar Chispa porque parece que tiene chispas blancas y va a vivir con nosotros. ¿Verdad, Trampa?

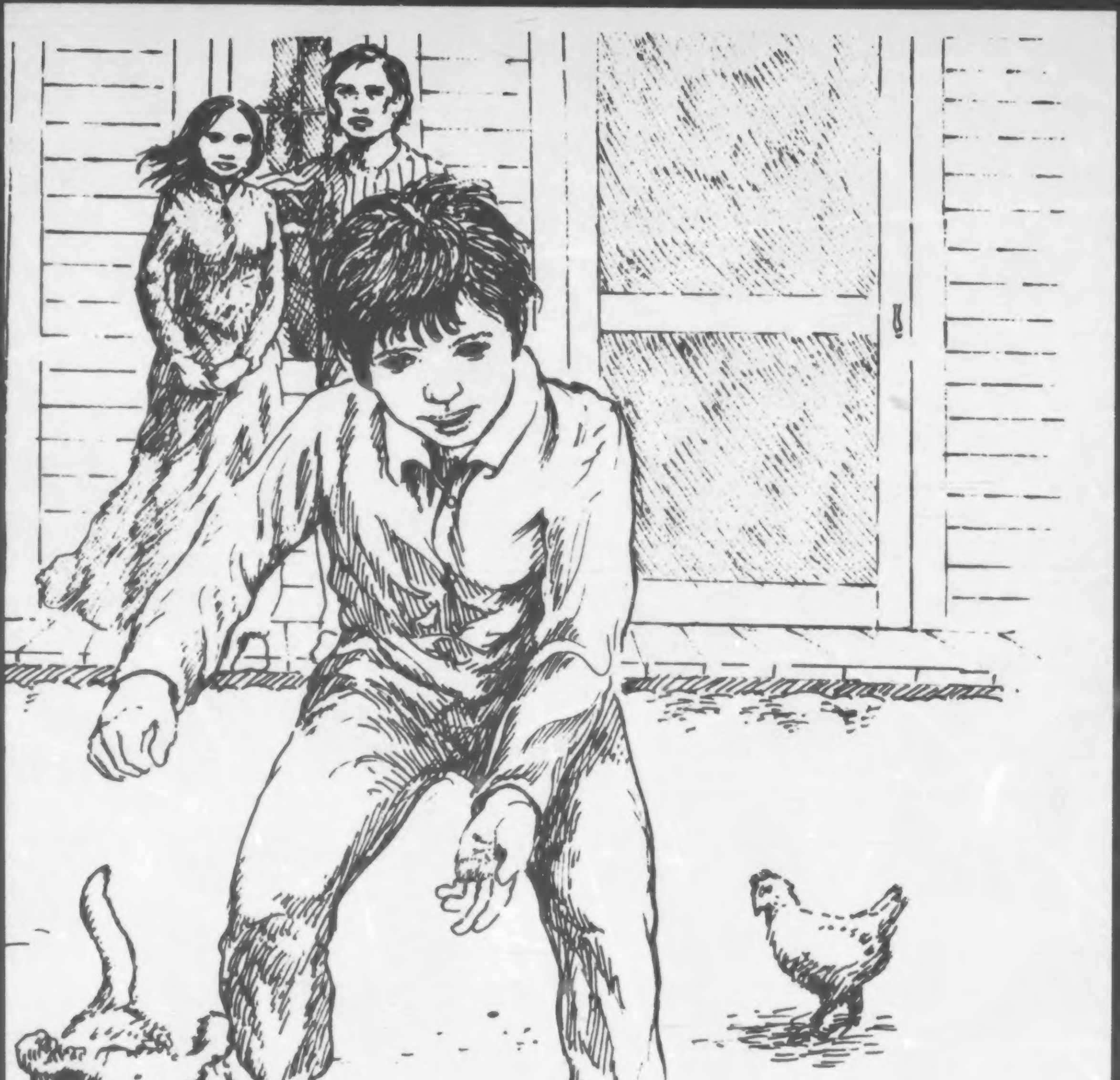
Trampa y Chispa comenzaron a correr y a ladrar, desbaratándose de gusto. Jesús se puso a jugar con ellos.

La mamá se les quedó viendo.

—Parece que todo está bien. Ha crecido la familia —dijo riéndose.

—Sí, todo va a estar bien —dijo el papá viendo lo feliz que estaban Jesús y sus dos amiguitos, Trampa y Chispa.

Y así se quedaron todos, llenos de alegría —los papás al ver lo alegre que estaba su hijo, y Jesús con sus dos amiguitos.



Un domingo por la tarde

Un domingo por la tarde, la familia Ramírez salió a un día de campo. Fueron el señor y la señora Ramírez y sus hijos, Alfonso, Martín y Esmeralda.

Al llegar al sitio de campo los muchachos decidieron ir a explorar para ver qué encontraban.

—No se vayan muy lejos —les dijo la señora Ramírez.

—No tenga cuidado, mamá. Vamos a estar muy cerca —le contestó Martín.

—Tú cuídalos, Esmeralda —dijo la mamá al ver a los muchachos correr hacia el monte.

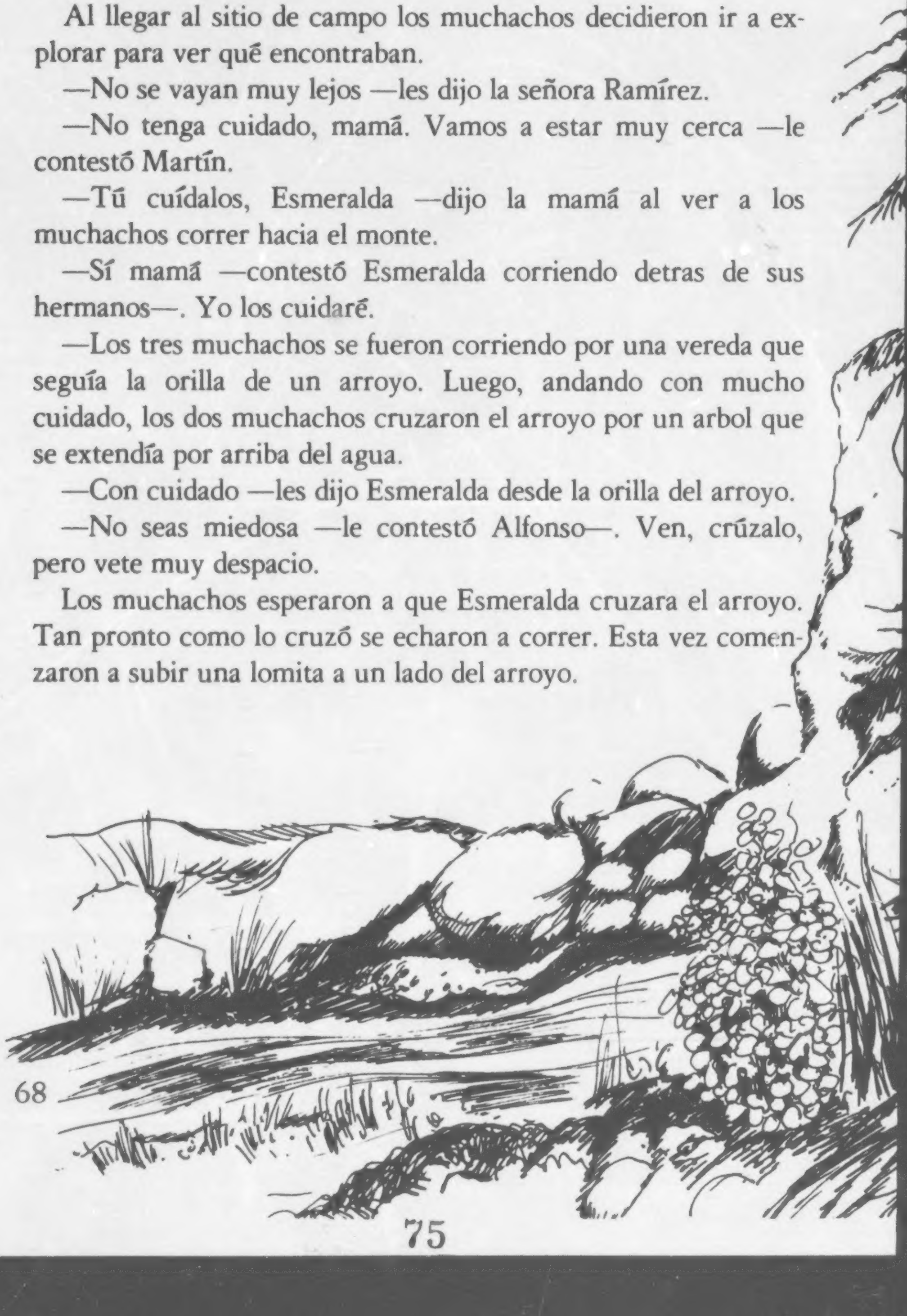
—Sí mamá —contestó Esmeralda corriendo detras de sus hermanos—. Yo los cuidaré.

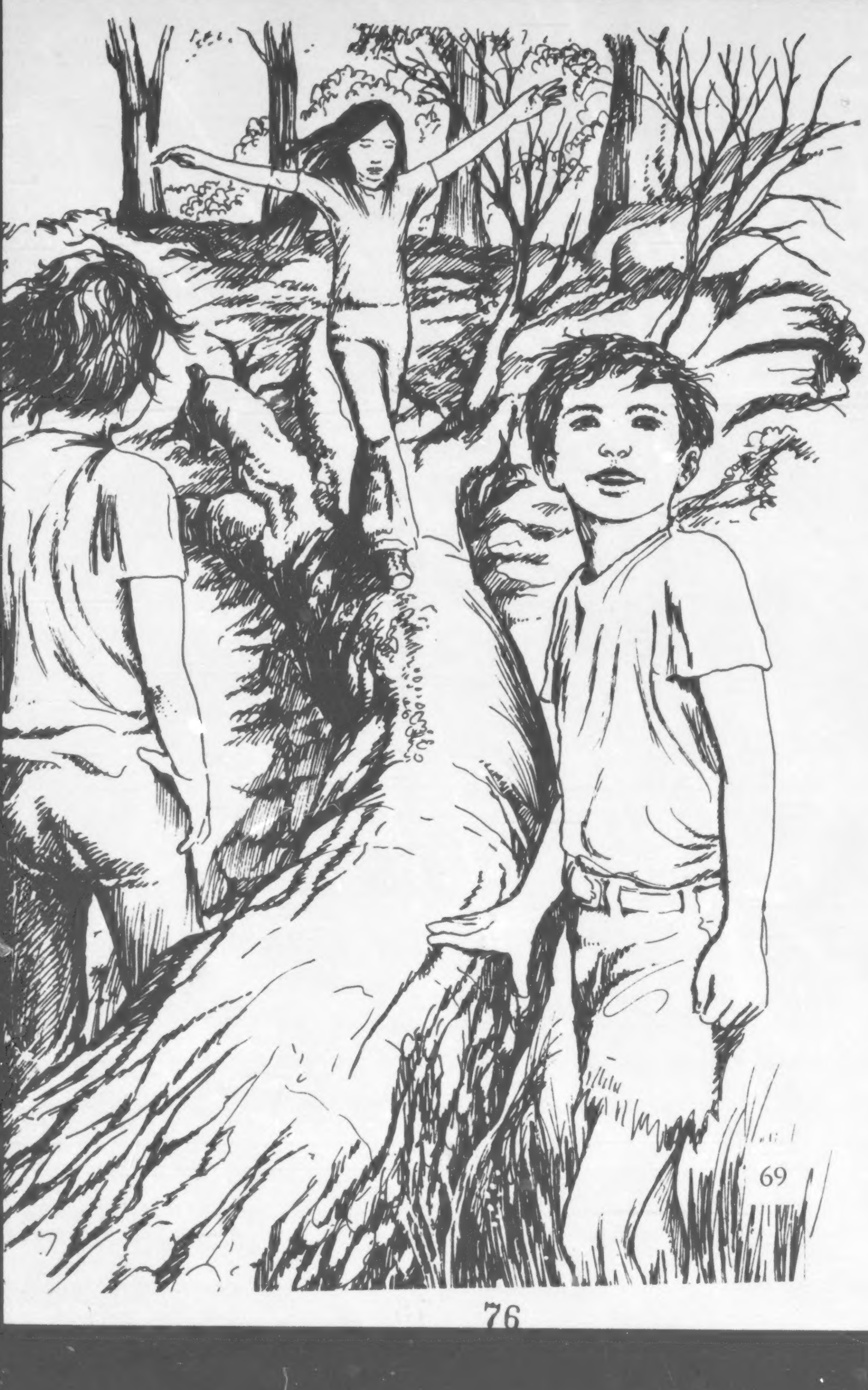
—Los tres muchachos se fueron corriendo por una vereda que seguía la orilla de un arroyo. Luego, andando con mucho cuidado, los dos muchachos cruzaron el arroyo por un arbol que se extendía por arriba del agua.

—Con cuidado —les dijo Esmeralda desde la orilla del arroyo.

—No seas miedosa —le contestó Alfonso—. Ven, crúzalo, pero vete muy despacio.

Los muchachos esperaron a que Esmeralda cruzara el arroyo. Tan pronto como lo cruzó se echaron a correr. Esta vez comenzaron a subir una lomita a un lado del arroyo.





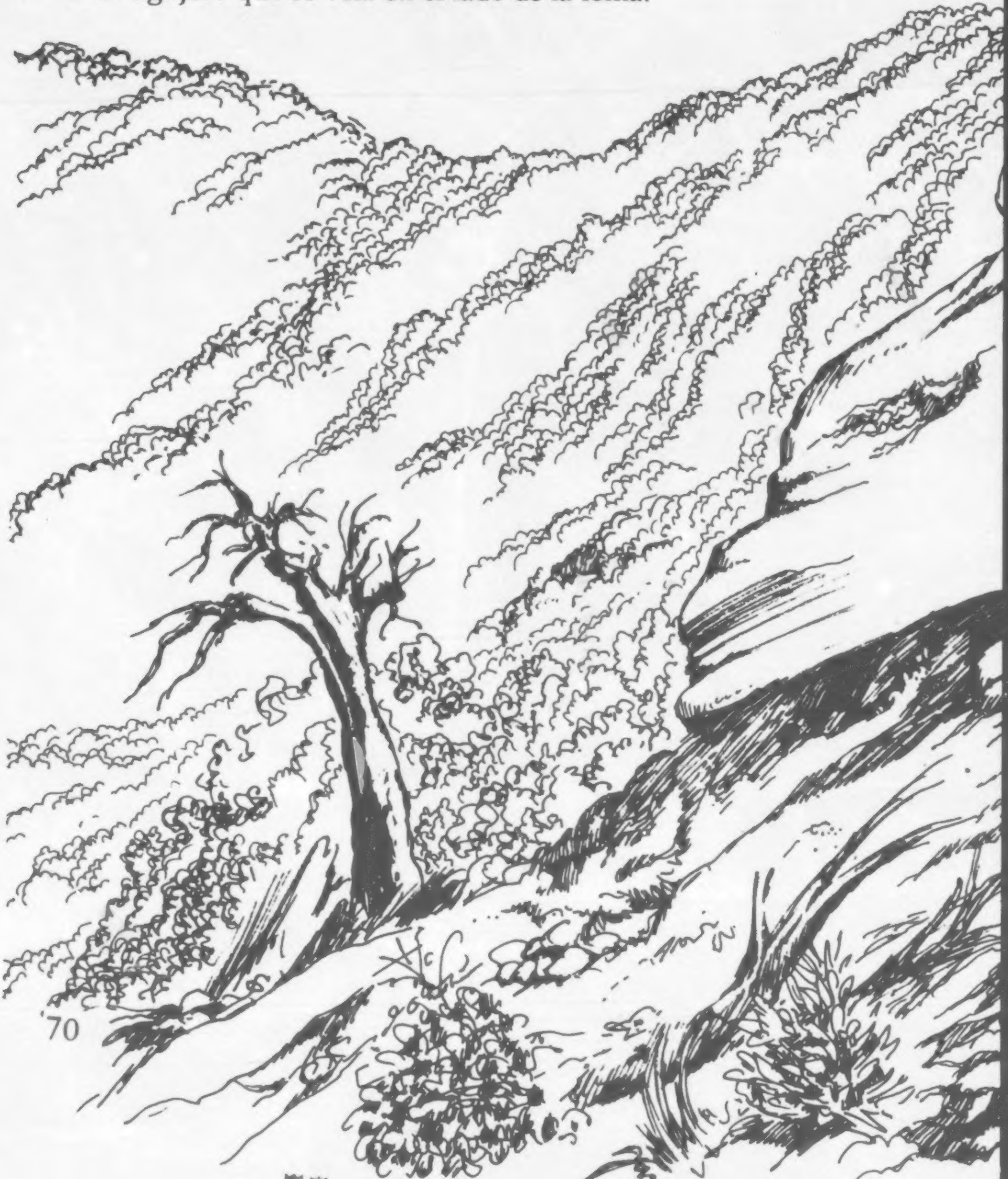
69

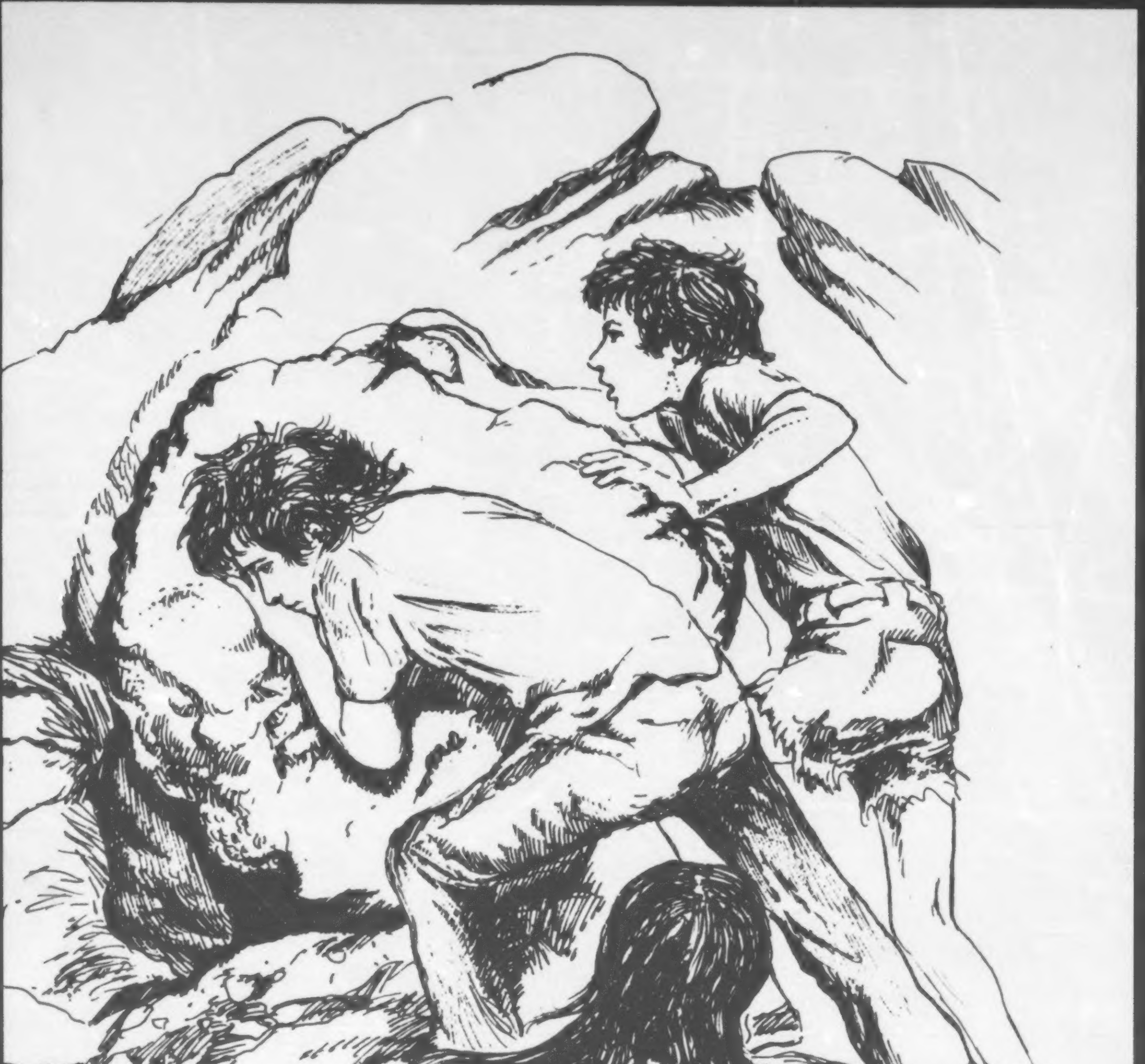
—Mira, Alfonso. ¡Mira! ¡Una cueva! —dijo Martín, quien se había ido adelante.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó Alfonso corriendo a donde estaba Martín.

—Tengan cuidado —les gritaba Esmeralda, quien iba subiendo la lomita lentamente y con trabajo.

—¡Aquí! ¡Aquí está! —le decía Martín a Alfonso apuntando a un agujero que se veía en el lado de la loma.





71

Martín se hincó junto al agujero negro que casi estaba cubierto de ramas. Los dos empezaron a quitar las ramas de enfrente del agujero.

—Cuidado con víboras o arañas —dijo Esmeralda llegando por fin a donde estaban.

—No seas tan miedosa —le contestó Martín—. Si hubiera víboras ya las hubiéramos visto. Ven, Poncho, ayúdame a quitar esta piedra.

Alfonso se agarró de la piedra que estaba enfrente del agujero y comenzó a empujarla. La piedra era como de unos cuatro pies de ancho, redonda, y habría de haber pesado como unas cincuenta libras. Los dos muchachos se acomodaron uno a cada lado de la piedra y juntos empujaron con todas sus fuerzas.

—¡Ya va! ¡Ya va! —dijo Alfonso.

Poco a poquito movieron la piedra unas cuantas pulgadas. De repente se desprendió la piedra y comenzó a rodar por la lomita hacia el arroyo. Donde había estado la piedra ahora se veía un agujero grande que formaba la entrada a la cueva.

—¡Ya está! ¡Ya está! Vamos a entrar a la cueva —dijo Martín.

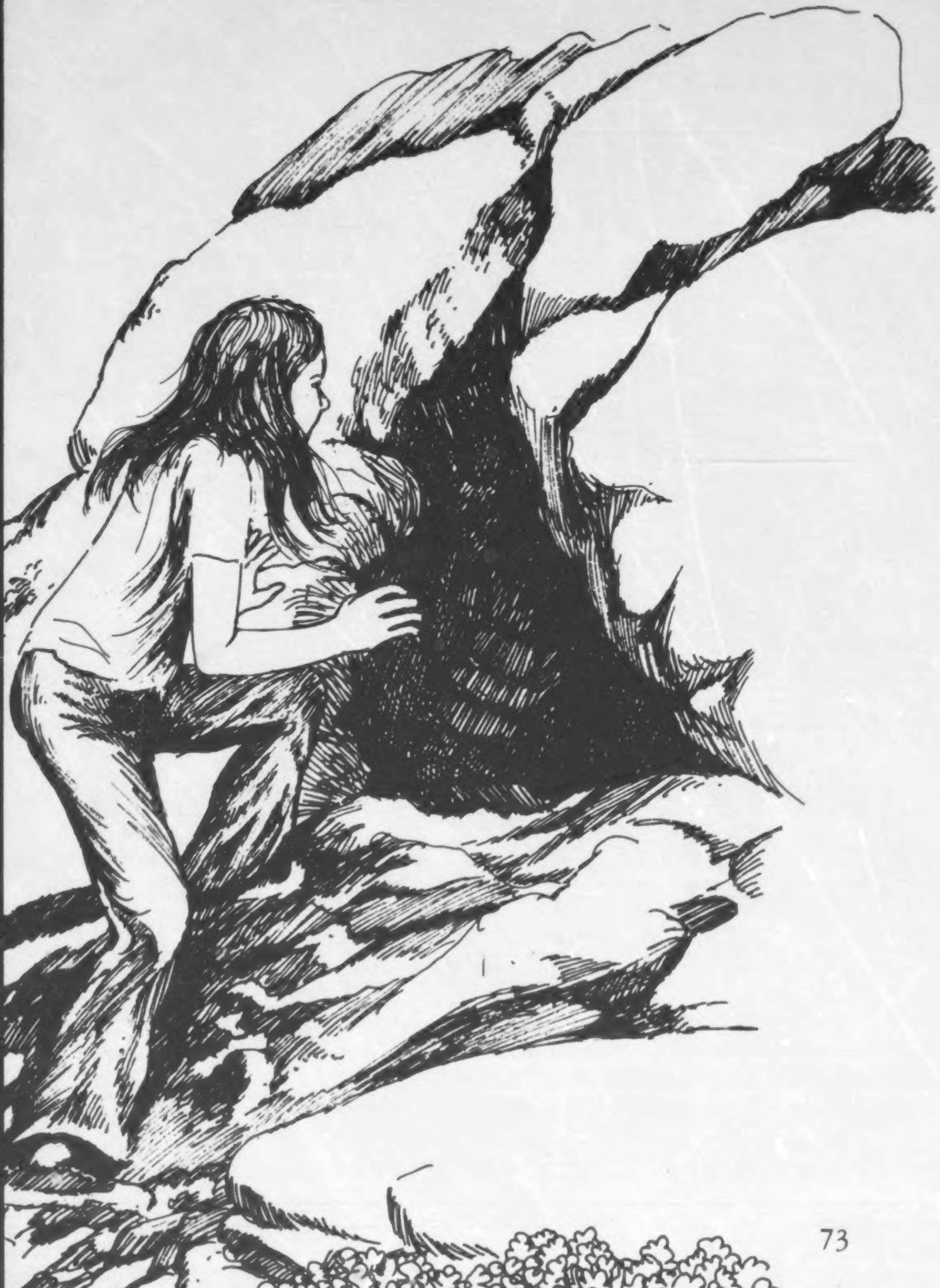
—Tengan cuidado —dijo Esmeralda—. Recuerden lo que dijo mamá. Con cuidado.

Sin hacerle caso los dos muchachos se acercaron más al agujero. Martín comenzó a gatear por la entrada y pronto desapareció. Alfonso le siguió y el también desapareció.

—¿Dónde están? —les preguntó Esmeralda desde la orilla de la entrada.

—Aquí estamos. No tengas miedo. Ven, entra —contestó una voz, luego se oyó un grito—. ¡Cuidado! ¡Poncho! ¡Allí está un pozo! ¡Cuidado!

—¡Ayyyyyyyyy! . . .



—¿Qué pasó? —gritó Esmeralda—. ¿Qué pasó?

—¡Alfonso se cayó en un pozo —le contestó Martín—. No lo veo. Me voy a acercar . . . ¡Ayyyyyyy! . . .

Esmeralda no sabía que hacer. Metió la cabeza en la entrada de la cueva y les gritó a sus hermanos.

—¡Alfonso! ¡Martín! ¿Dónde están? ¿Están bien? ¿Martín! ¿Alfonso! ¡Contesten!

—Muy quedito se oyó una voz que parecía que estaba muy lejos.

—Estamos en un pozo muy grande cerca de la entrada. Ten cuidado. No entres porque te puedes caer.

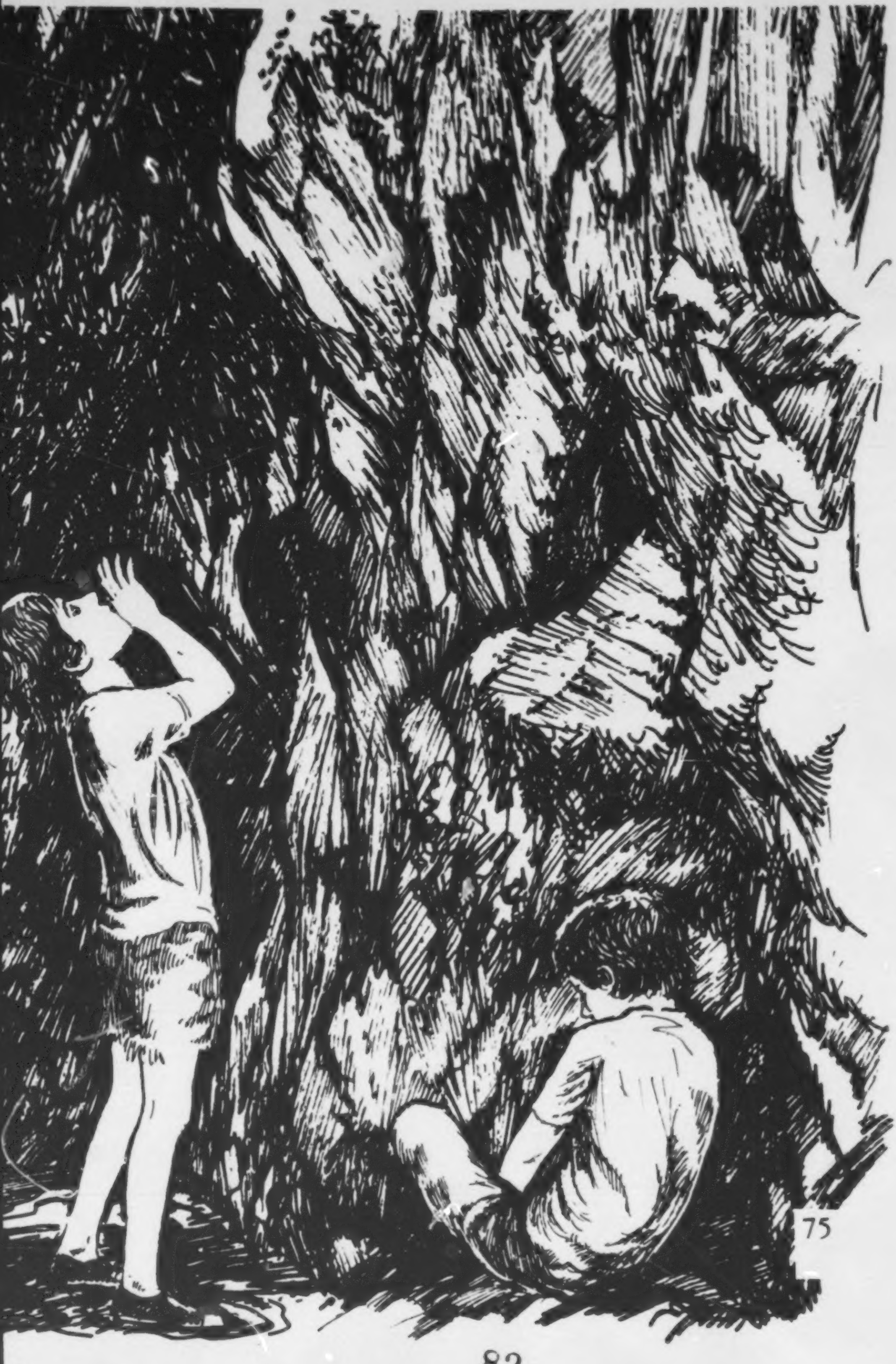
—¿Están bien? —preguntó Esmeralda.

—Yo estoy bien pero parece que Alfonso se quebró una pierna. Ve a traer ayuda. Diles que estamos como a veinte pies de la entrada. Y que hay agua.

—¿Qué tan alta está el agua? —preguntó Esmeralda.

—El agua está como uno o dos pies de hondo. Pero no queremos movernos porque no sabemos si esté más hondo en otros lugares.

—Bueno, esperen allí, no se muevan. Al momento regreso—les gritó Esmeralda.



75

—Yendo lo más de prisa que podía, pero con cuidado, bajó la lomita y cruzó el arroyo por el arbol caído. Al llegar a la vereda, al otro lado del arroyo, comenzó a correr.

—Mamá, papá, vengan pronto. Mamá, papá, ¿dónde están?

Muy emocianda Esmeralda les explicó lo que había pasado. El papá pronto fue a llamar al policia que estaba en el parque. Mientras la mamá aseguraba a Esmeralda que todo estaría bien y que no se preocupara.

El señor Ramírez volvió con unos policias. Les había explicado lo que había sucedido y uno de los policías había llamada a los bomberos en su radio. Un policía, Esmeralda y sus padres se fueron hacia la cueva mientras el otro policía se quedó a esperar a los bomberos.

Esmeralda, sus padres, y el policía llegaron a la cueva sin dificultad. El policía se quitó la cachucha y se metió a la cueva. Usando la luz de mano, el policía pudo ver por donde iba y paró antes de caerse en el pozo donde se habían caído los muchachos. El policía salió en unos cuantos minutos.

—¿Cómo están? —preguntó el papá ansiosamente.

—Están bien, no tenga cuidado —le contestó—. Pero vamos a esperar a que lleguen los bomberos para sacarlos ya que ellos traerán todo lo necessario.

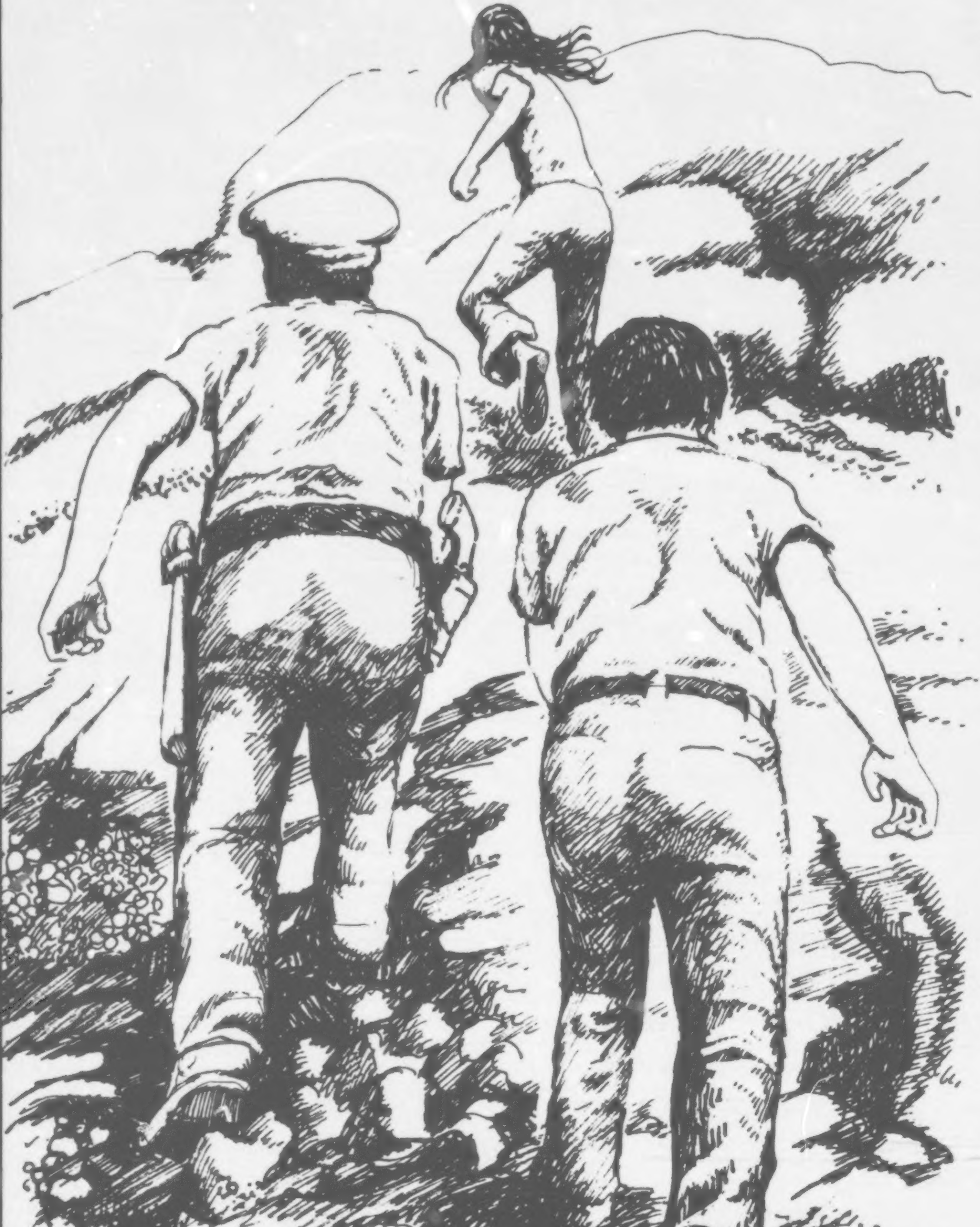
En unos quince minutos vieron a los bomberos subir la lomita con el otro policía.

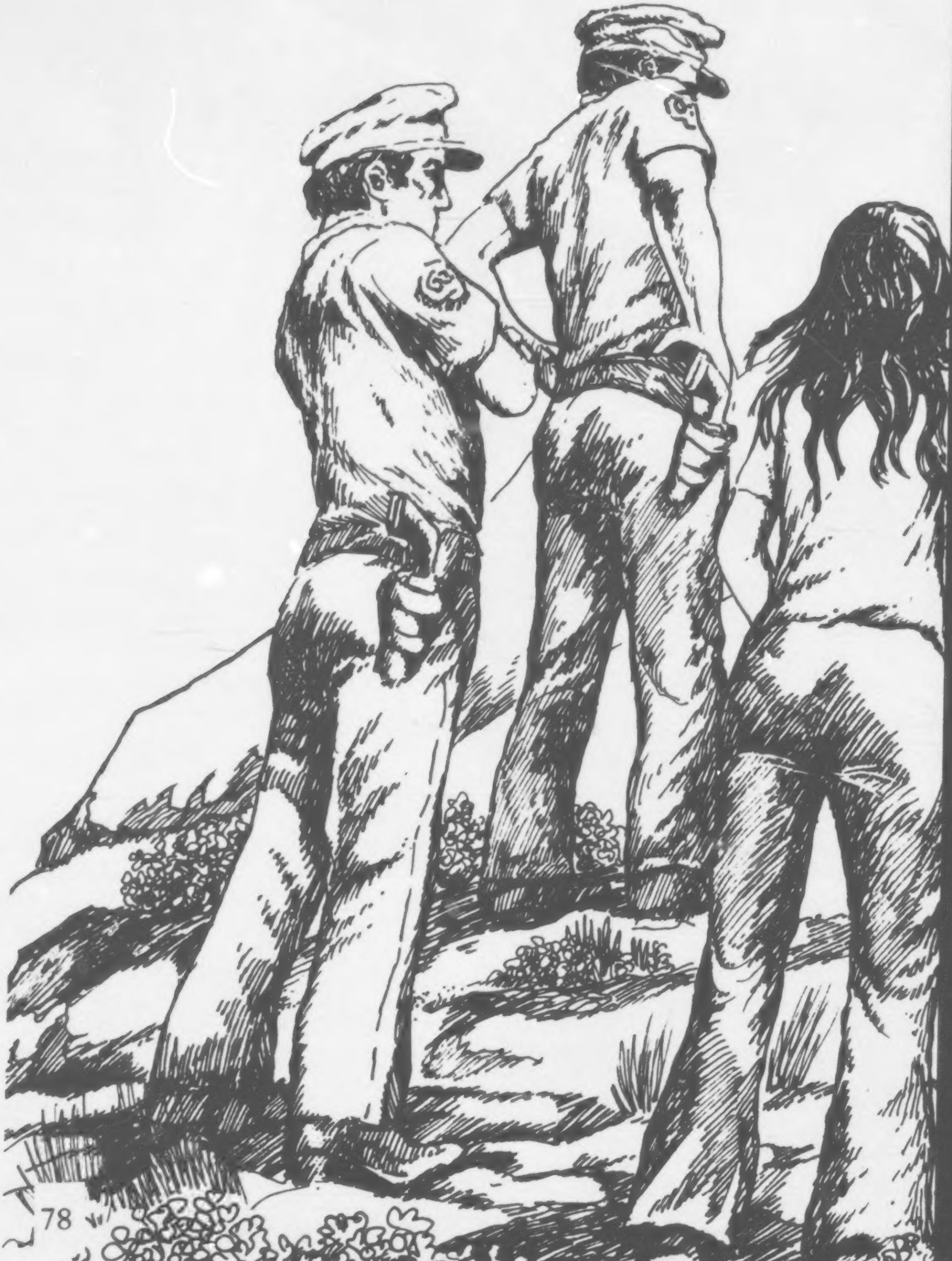
—¿Dónde están? —preguntó el jefe de los bomberos al llegar.

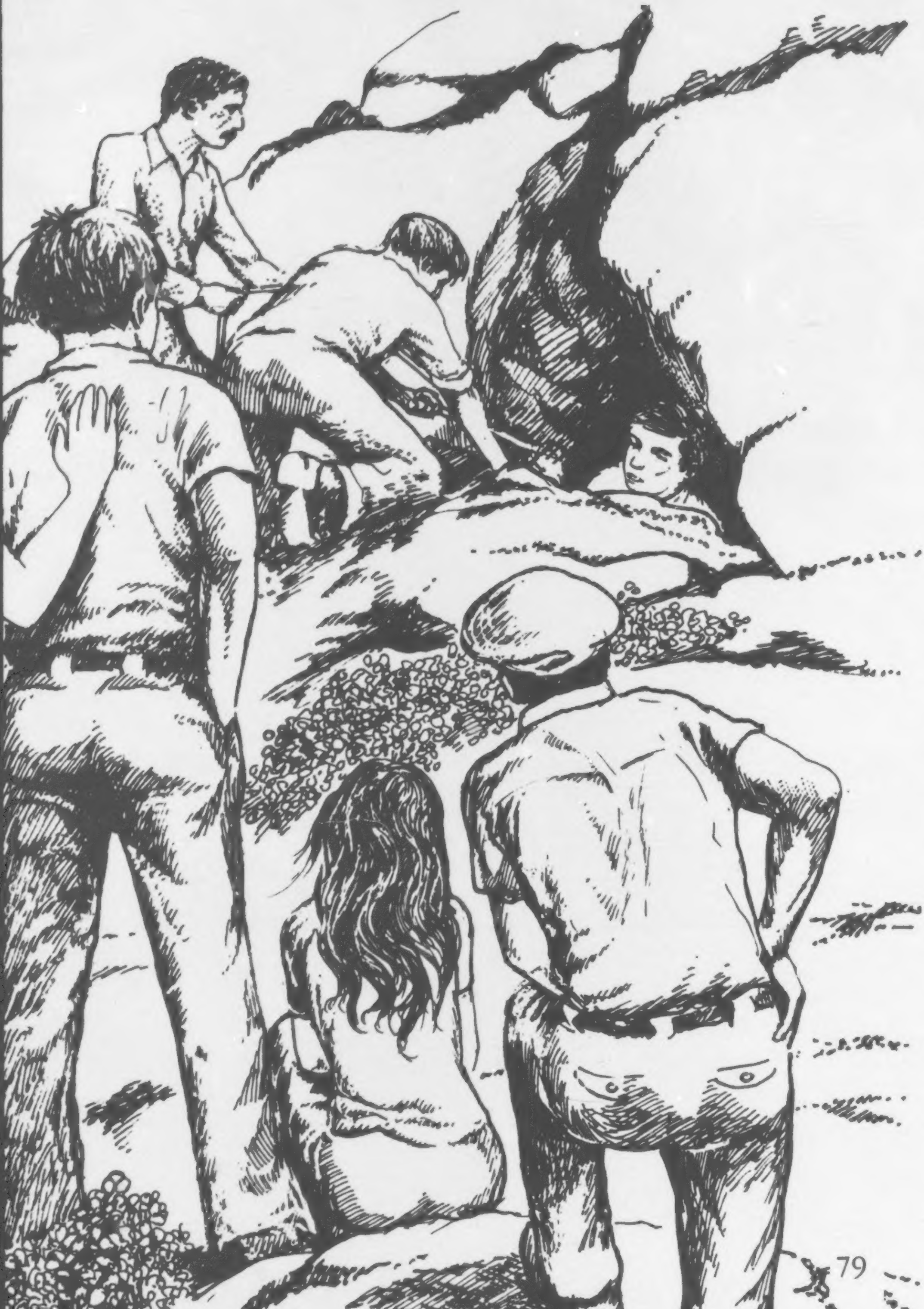
—Están en esa cueva —le contestó el primer policía—. Van a tener que apurarse. Parece que está subiendo el agua y no les queda mucho tiempo.

Los bomberos sacaron las luces y mecates de las cajas que traían. Uno de los bomberos se puso un sombrero con una luz en la frente y entró a la cueva.

—Están bien —dijo el bombero al salir de la cueva—. Necesito dos mecates largos, como de veinte pies. También necesitio dos luces para alumbrarme en la cueva.


77


78


79

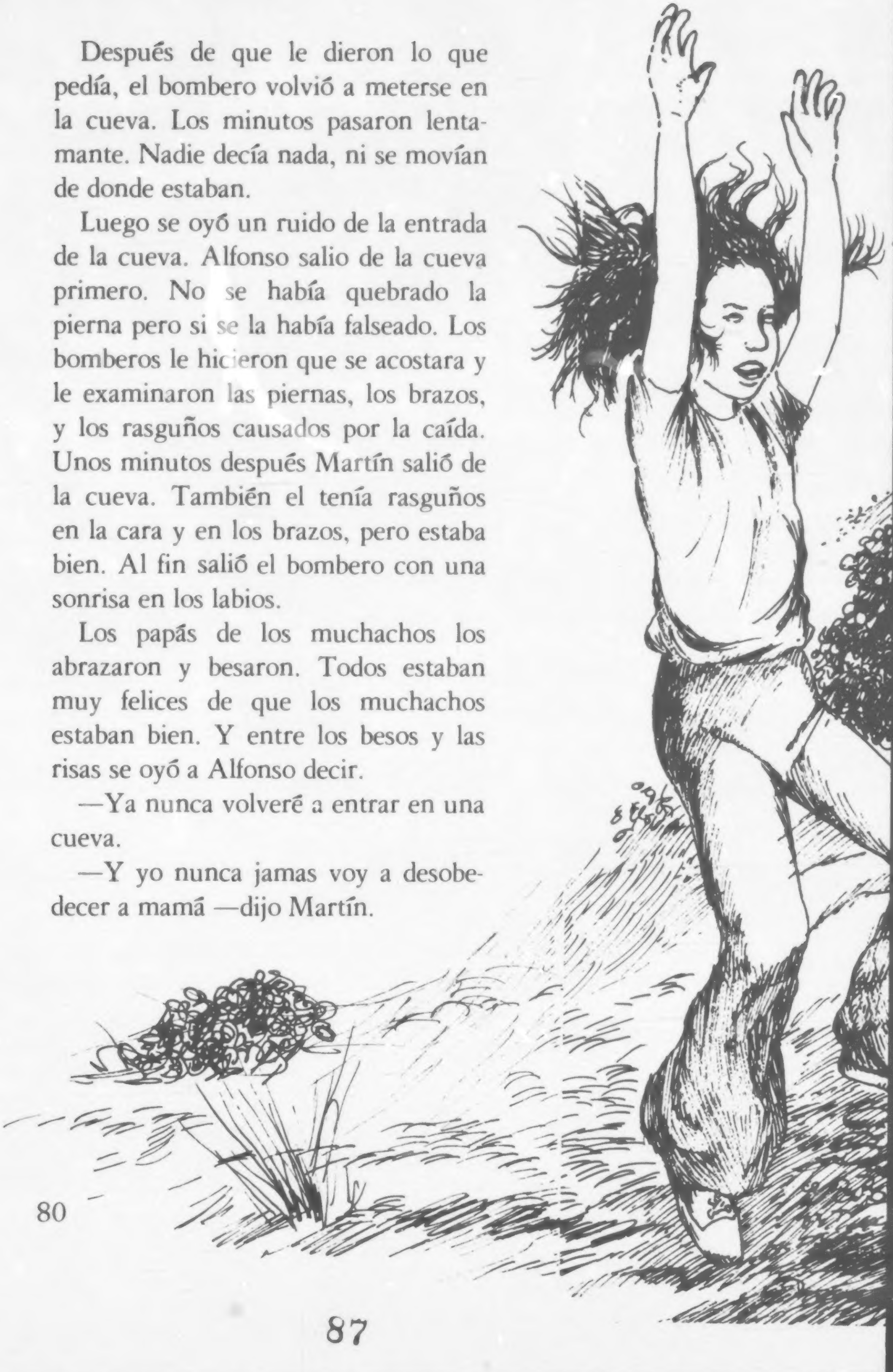
Después de que le dieron lo que pedía, el bombero volvió a meterse en la cueva. Los minutos pasaron lentamante. Nadie decía nada, ni se movían de donde estaban.

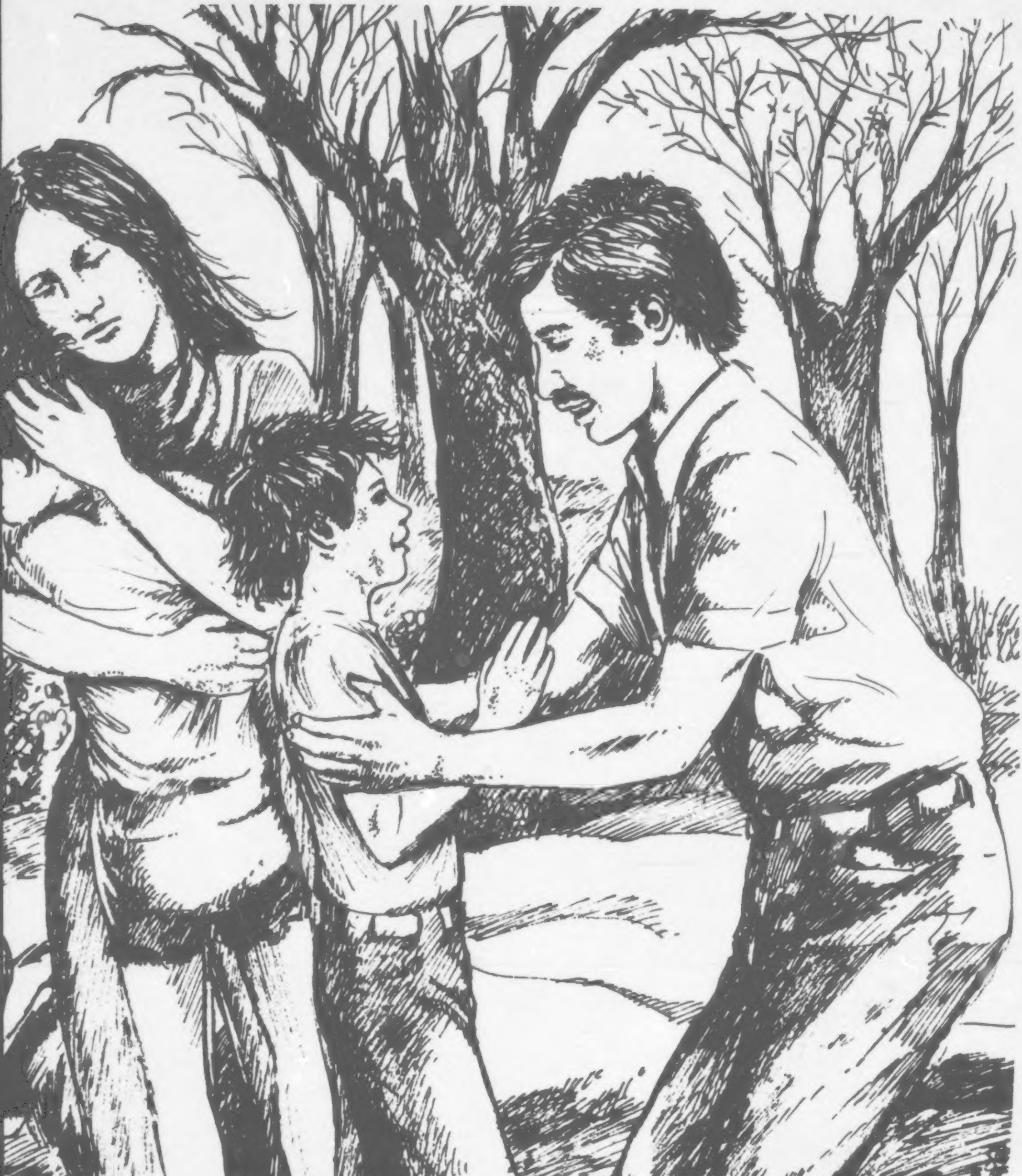
Luego se oyó un ruido de la entrada de la cueva. Alfonso salio de la cueva primero. No se había quebrado la pierna pero si se la había falseado. Los bomberos le hicieron que se acostara y le examinaron las piernas, los brazos, y los rasguños causados por la caída. Unos minutos después Martín salió de la cueva. También el tenía rasguños en la cara y en los brazos, pero estaba bien. Al fin salió el bombero con una sonrisa en los labios.

Los papás de los muchachos los abrazaron y besaron. Todos estaban muy felices de que los muchachos estaban bien. Y entre los besos y las risas se oyó a Alfonso decir.

—Ya nunca volveré a entrar en una cueva.

—Y yo nunca jamas voy a desobedecer a mamá —dijo Martín.





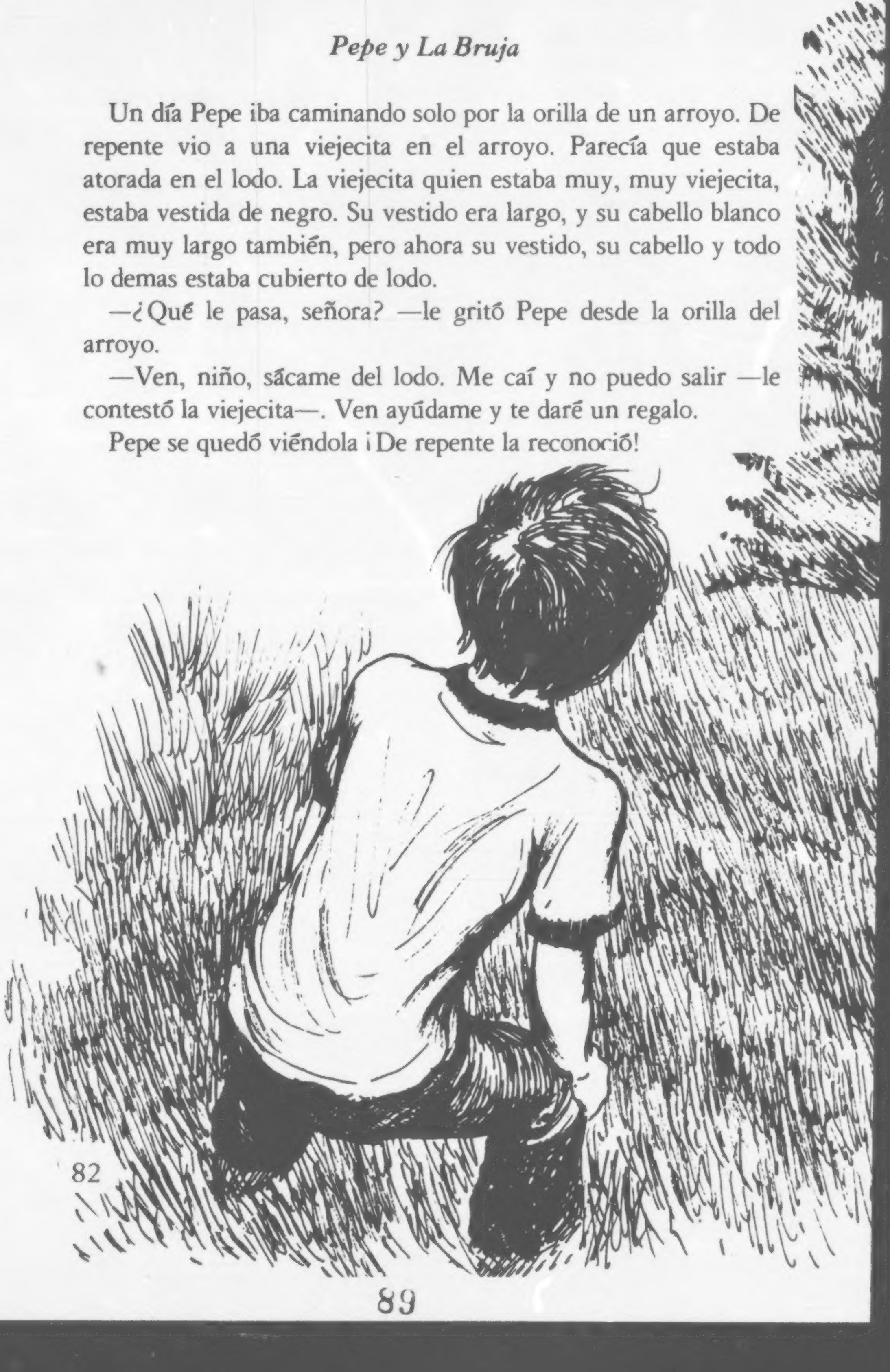
Pepe y La Bruja

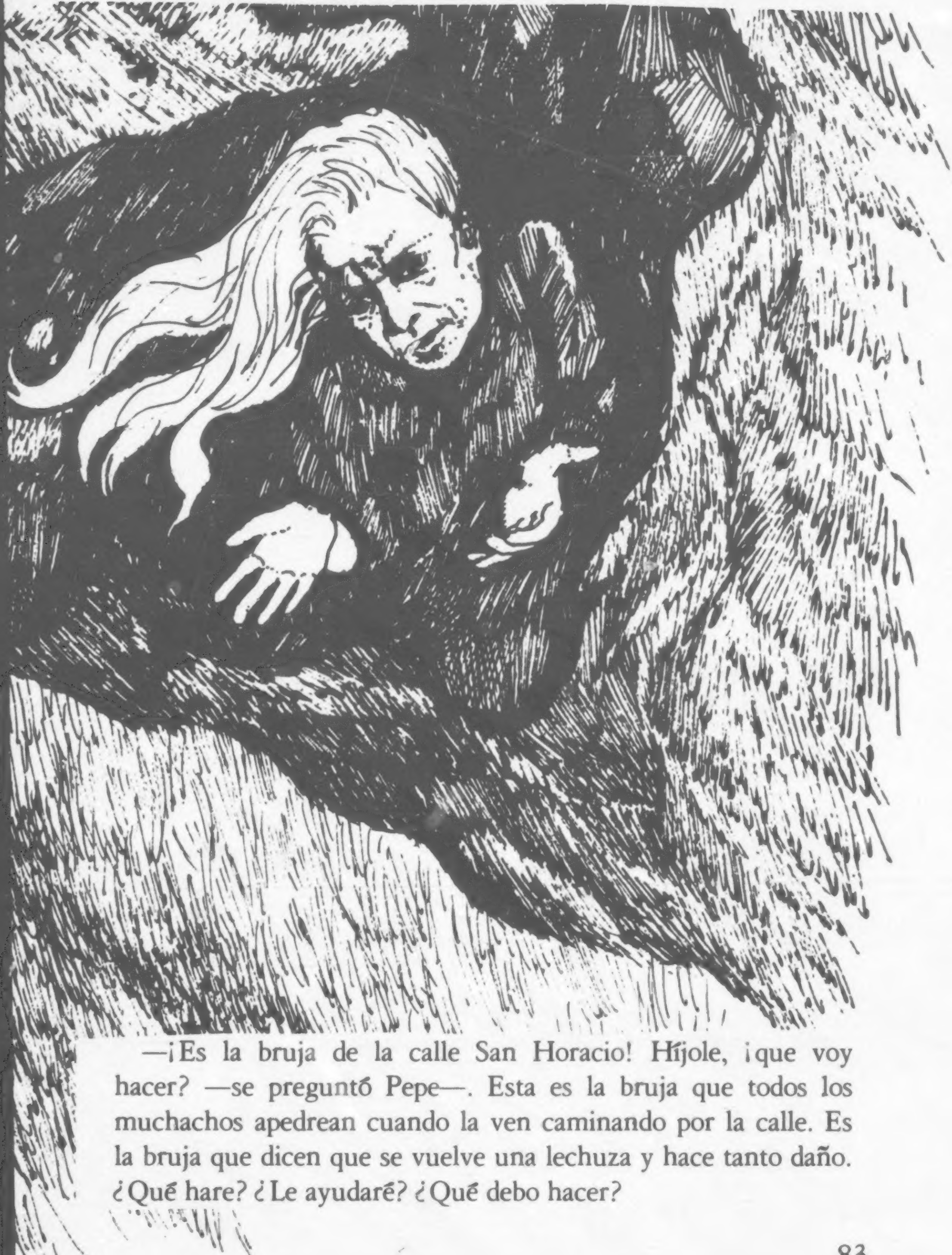
Un día Pepe iba caminando solo por la orilla de un arroyo. De repente vio a una viejecita en el arroyo. Parecía que estaba atorada en el lodo. La viejecita quien estaba muy, muy viejecita, estaba vestida de negro. Su vestido era largo, y su cabello blanco era muy largo también, pero ahora su vestido, su cabello y todo lo demas estaba cubierto de lodo.

—¿Qué le pasa, señora? —le gritó Pepe desde la orilla del arroyo.

—Ven, niño, sácame del lodo. Me caí y no puedo salir —le contestó la viejecita—. Ven ayúdame y te daré un regalo.

Pepe se quedó viéndola ¡De repente la reconoció!





—¡Es la bruja de la calle San Horacio! Híjole, ¡que voy hacer? —se preguntó Pepe—. Esta es la bruja que todos los muchachos apedrean cuando la ven caminando por la calle. Es la bruja que dicen que se vuelve una lechuza y hace tanto daño. ¿Qué hare? ¿Le ayudaré? ¿Qué debo hacer?

—Ven, niño, ven ayúdame y te daré un regalo —seguía rogando la viejecita con los brazos extendidos—. Ven. Ayúdame por favor.

—Pero, ¡pero usted es la bruja de mi barrio! —le dijo Pepe desde la orilla del arroyo.

—Eso es lo que dice la gente, ¿pero qué sabe la gente? —le contestó la viejecita—. Ven, ven, ayúdame.

Pepe se quedó pensando en el problema.

—Si le ayudo a la viejectia y si de veras es una bruja, me puede hacer algo. Pero si no le ayudo, ¡también me puede hacer algo! Pero también si no le ayudo, ¡allí se va a quedar y se puede morir!

—Ven, ayúdame, niño. Ven que te voy a dar un regalo —seguía diciendo la viejecita con sus brazos extendidos.

"Sea bruja o no, no puedo dejarla allí para que se muera sin tratar de ayudarle" pensó Pepe.

—Ahorita vengo, señora —le gritó Pepe—. Voy a traer un mecate.

—!Qué no se te olvide muchacho! ¡Qué no se te olvide —le gritó la viejecita a Pepe, quien ya iba corriendo hacia su casa.

En poco tiempo Pepe regresó con un mecate largo.

—!Agárrelo señora, allí va! —gritó Pepe a la viejecita al tirarle el mecate.

La viejecita cogió el mecate y se agarró fuerte.

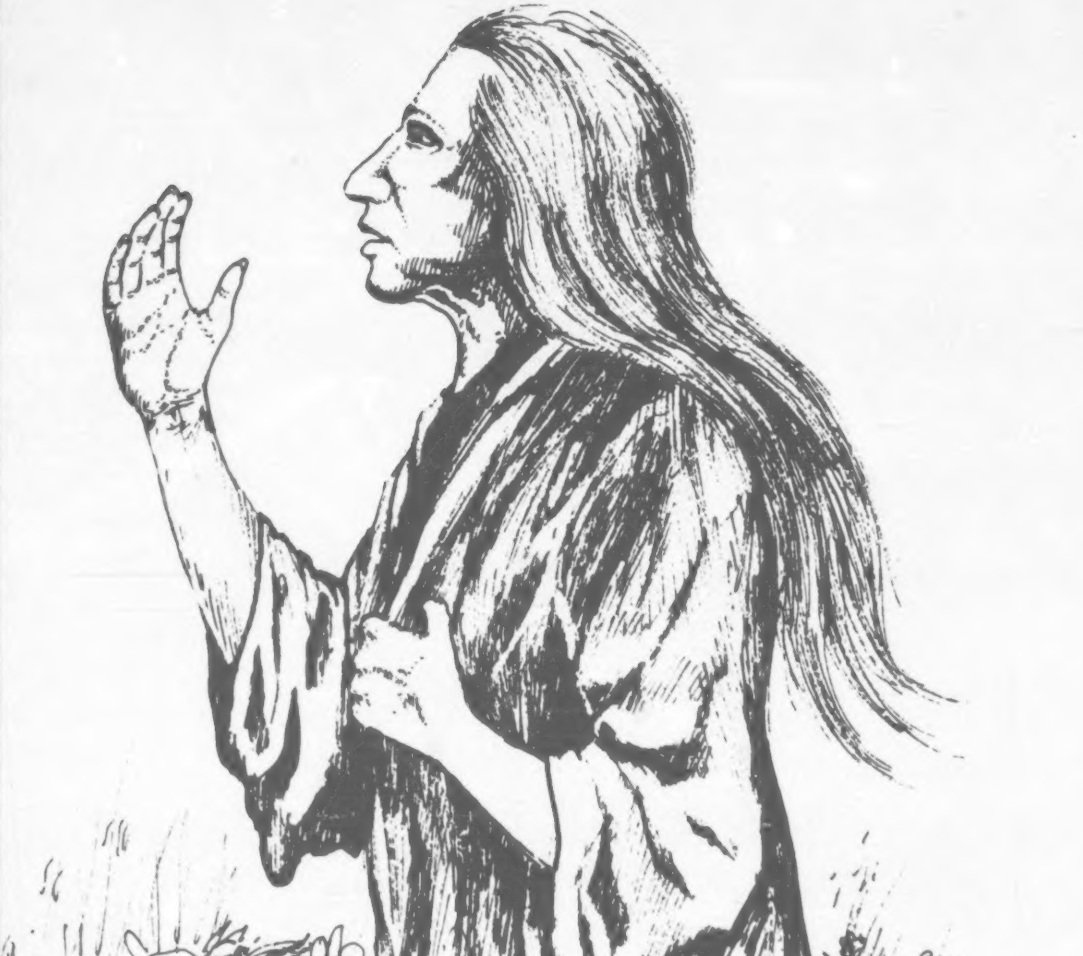
—Estírale, niño. Ya estoy lista.

Pepe le dio varios estirones al mecate. Poco a poco fue sacando a la viejectia del arroyo.

—¡Ya mero señora! ¡Ya mero!

—Allí voy, niño, allí voy . . . otro estiron y salgo —gritaba la viejecita—. ¡Un poquito más!

Ya estaba la viejecita casi a la orilla del arroyo cuando de repente se soltó el mecate. Pepe se cayó de espaldas, pegándose muy fuerte en la cabeza.



85

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —preguntó Pepe agarrándose la cabeza—. ¡Ay! ¡Qué trancazo me di!

—Muchas gracias, niño —oyó decir muy cerca de él.

Volteó y se asustó al ver a la viejectia parada a un lado de él.

—No . . . no hay por qué —le contestó Pepe, sobándose la cabeza.

—Bueno, ahora te voy a dar tu regalo —dijo la viejecita limpiándose el lodo que casi la cubría—. Puedes pedir lo que quieras. No más dime, y te lo daré.

—Entonces . . . entonces, ¡usted sí es una bruja! —dijo Pepe, y se le abrierion los ojos grandísimos del susto que le dio. Hasta se le olvidó el dolor de cabeza.

—Bueno, eso es lo que dice la gente —contestó la viejecita—. Y aunque fuera bruja, no todas son malas. Hay brujas buenas y hay brujas malas, pero sean buenas o malas, también son gente. Por eso me salvaste, porque me viste como una persona y no coma una bruja, buena o mala. Ahora dime, ¿Qué quieres? ¿Qué te puedo dar? ¿Quieres dinero? —le preguntó, haciendo que aparecieran muchas pesetas en el aire y pasándolas de una mano a la otra.

—¿Quieres juguetes? —le preguntó le viejecita.

Esta vez hizo que aparecieran pelotas, bicicletas, trompos, bates, yo-yos y muchos más juguetes que parecían que bailaban alrededor de Pepe.

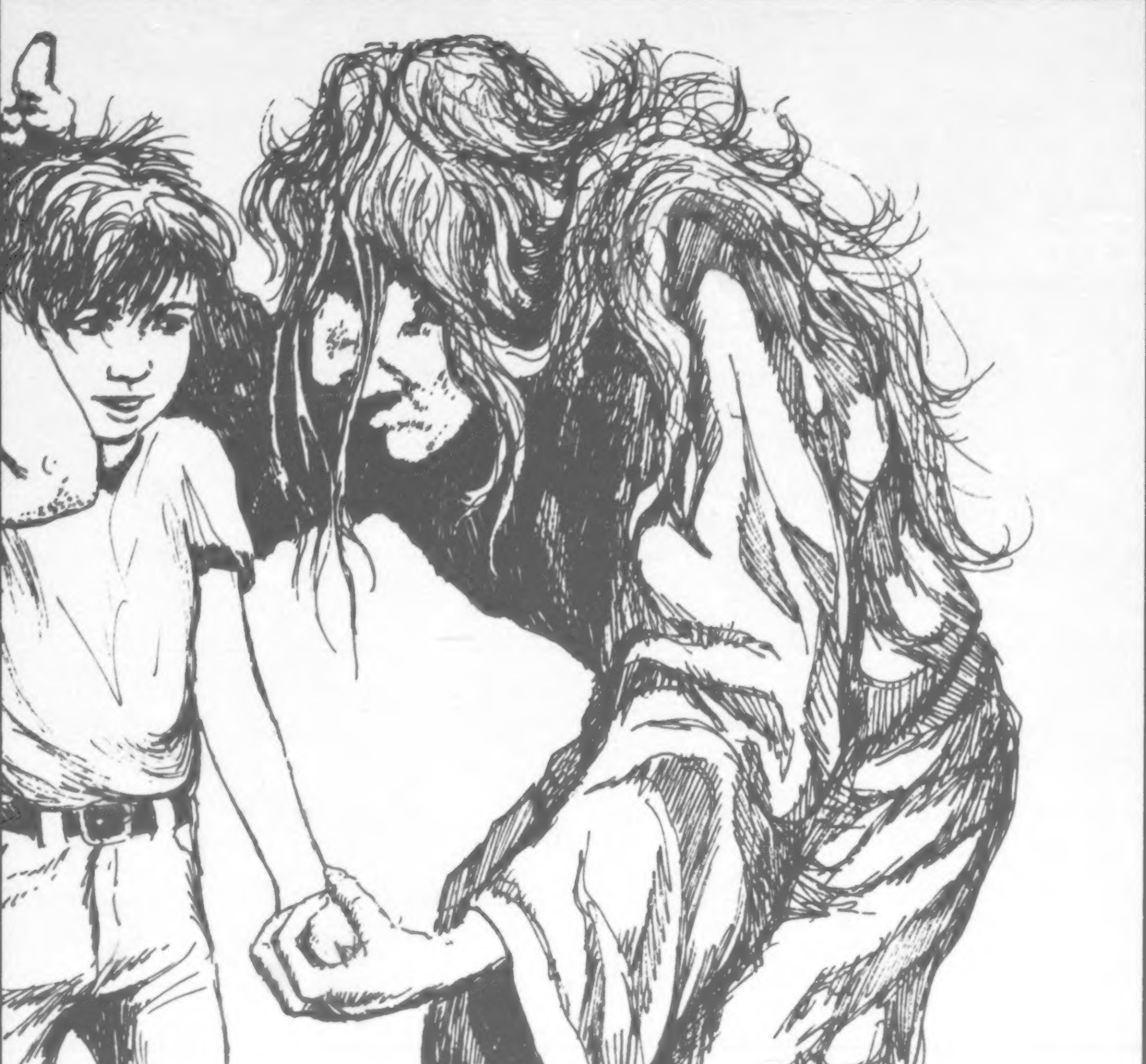
—No sé . . . no sé . . . —dijo Pepe, quien estaba muy asustado con lo que estaba pasando.

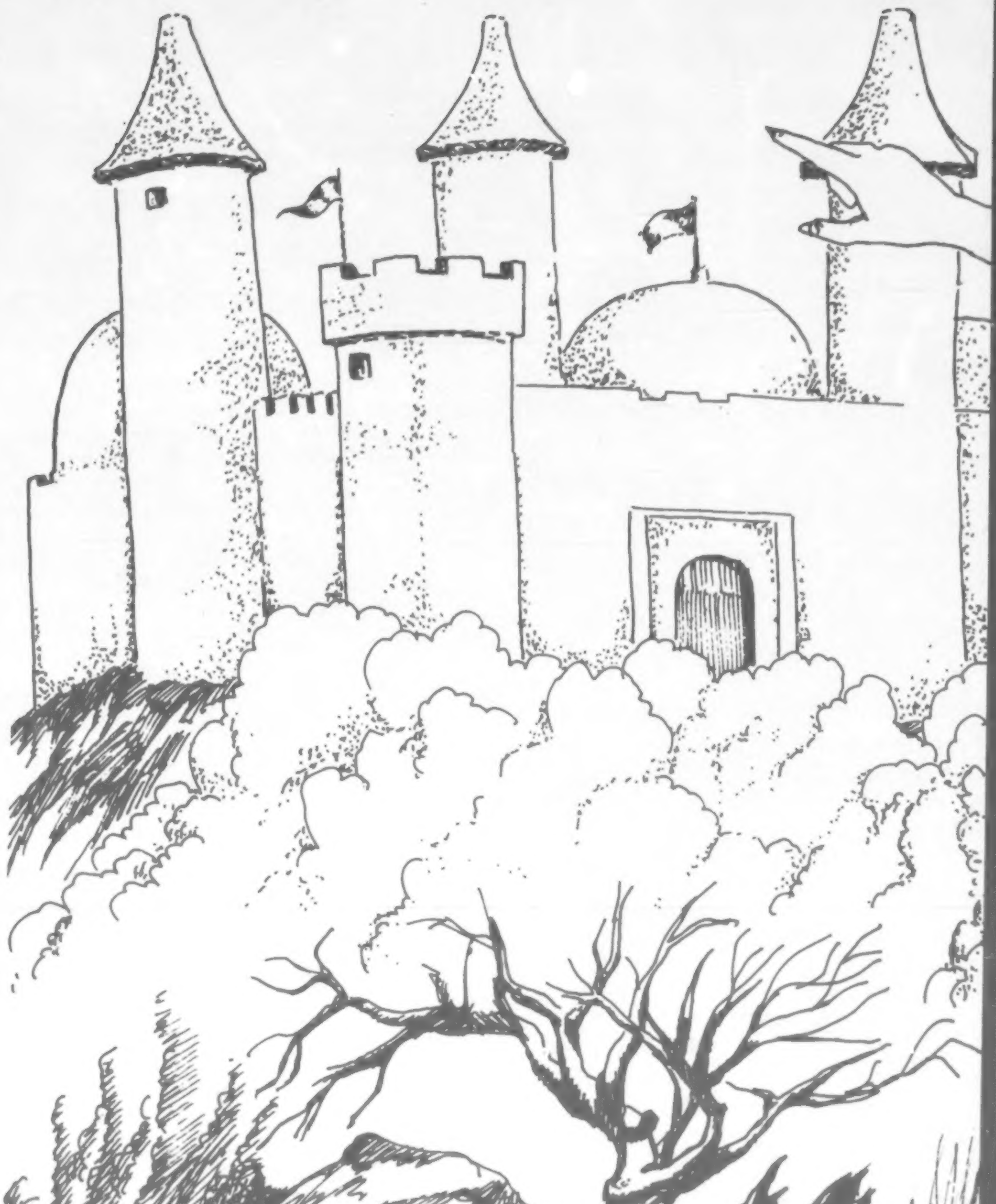
—Bueno —dijo la viejecita—, el dinero y los juguetes pronto se acaban. Quizas quieras algo que dure más tiempo y te pueda hacer feliz.

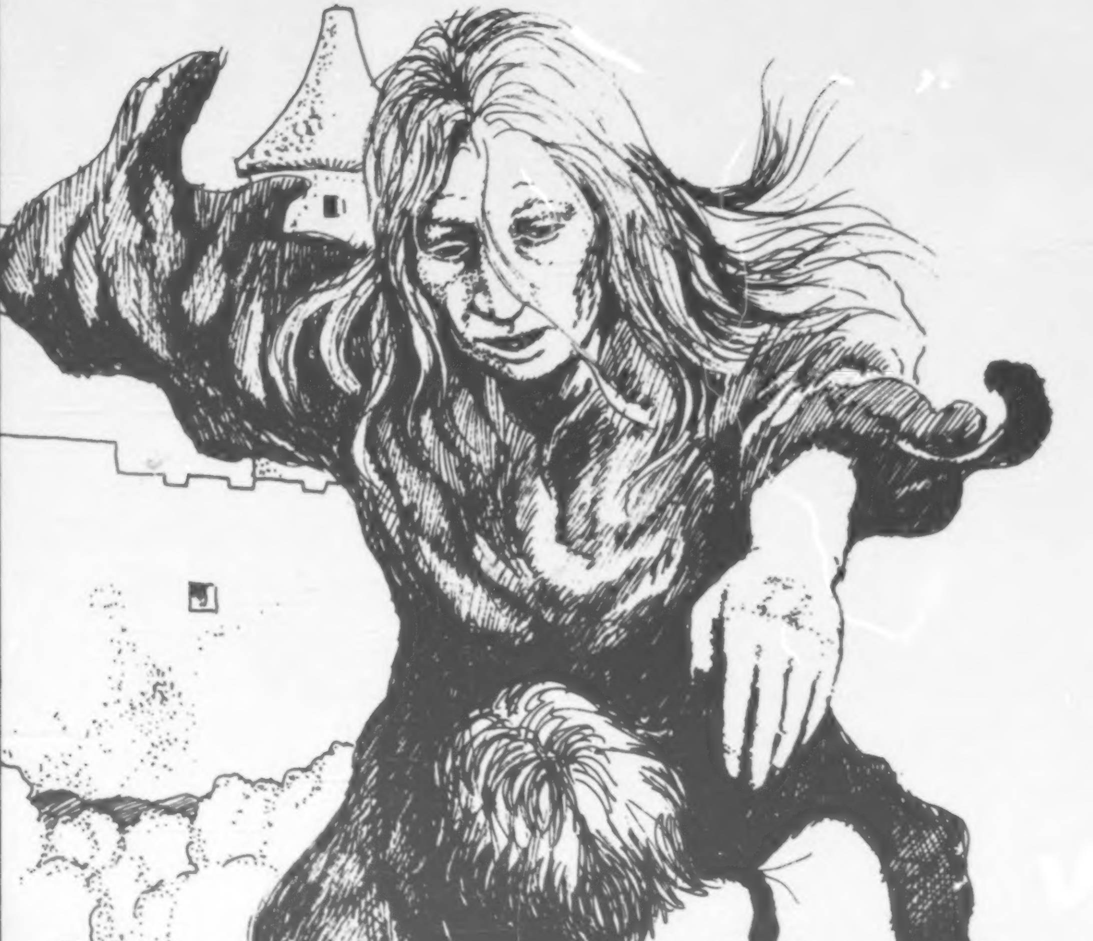
—¿Cómo qué? —le preguntó Pepe.

—Quizas te gustaría vivir en un castillo, muy lejos de aquí —dijo la viejecita.

—¡Pero mis amiguitos no vivirían alla! —contestó Pepe—. ¡Y no tendría con quien jugar!




88


89

Bueno, quizas te gustaría ser el hijo de la familia más rica en el mundo —dijo la viejecita.

—Aunque no somos ricos, yo quiero mucho a mis padres —dijo Pepe—. ¡Y no los quiero dejar!

—¿Te gustaría ser el muchacho más guapo y popular de todo el mundo? —le preguntó la viejecita.

—No. No quiero ser nada, nada de eso. Así estoy bien —cotestó Pepe—. Aunque no somos los más ricos del mundo ni vivimos en un castillo no me importa tener todos los juguetes que me gustaría tener ni ser el más guapo ni el más popular.

—¿Entonces que te puedo dar? —le preguntó la viejecita.

—No quiero que me dé nada. Solamente quiero ser quien soy —le contestó Pepe—. Así estoy bien.

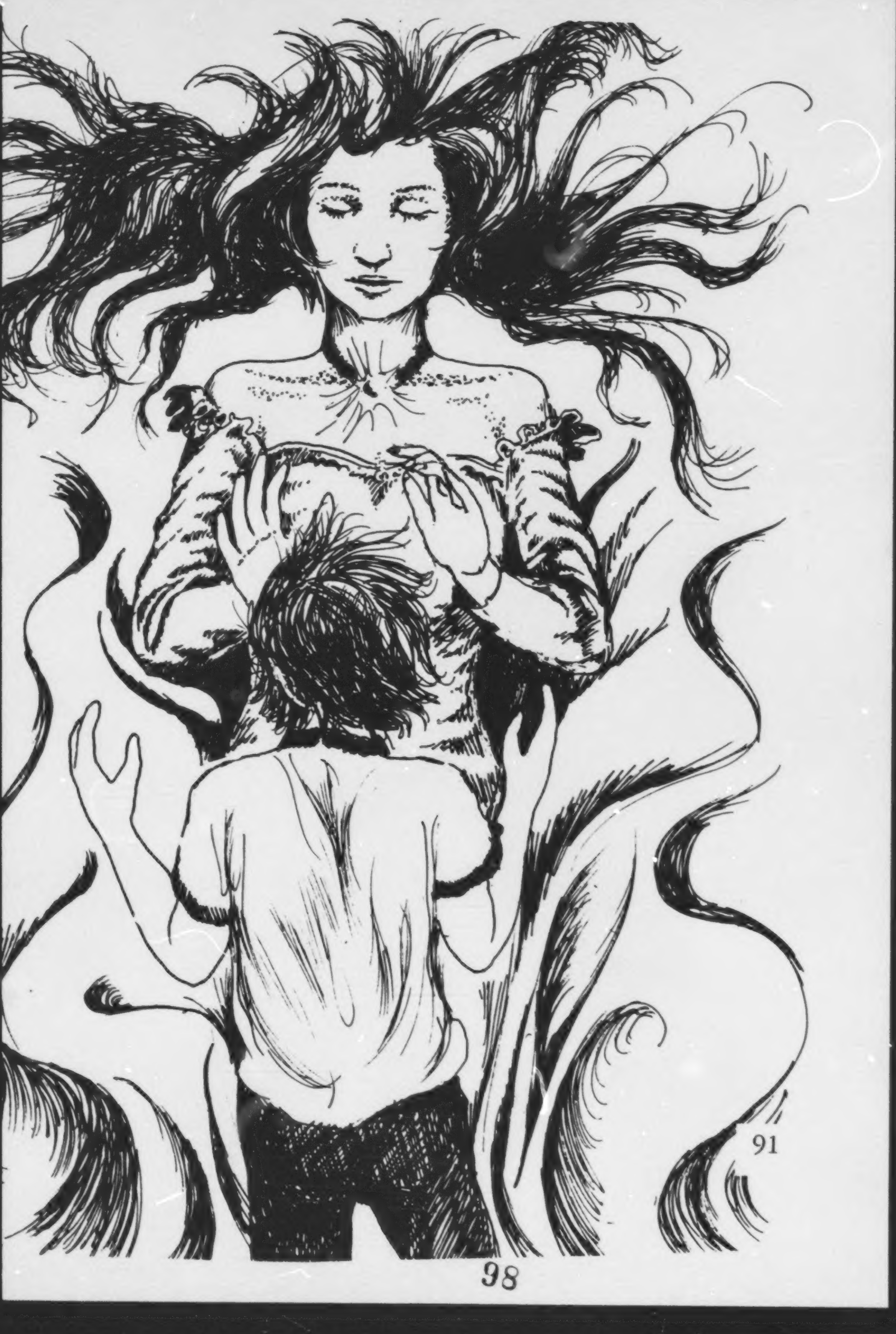
—Si solamente quieres ser quien eres —dijo la viejecita, entonces te doy felicidad. Y felicidad haz de tener si estas contento con lo que tienes y con lo que eres.

Diciendo eso la viejecita se sonrió. Entonces algo muy extraño empezó a suceder alrededor de la viejecita, comenzó a ponerse negro. Su vestido negro, lleno de lodo, solo se le comenzó a limpiar. Y la cara arrugada de la viejecita se empezó a embellecer y a hacerse limpia, sin arrugas, ¡Hasta que por fin era la cara de una joven muy bonita!

¡Es que era una bruja buena!

La linda muchacha que ahora estaba parada a un lado de Pepe le extendió la mano.

—Ven, Pepe. Ahora tienes el regalo de tu felicidad. Y la felicidad la encontraras en siempre estar contento siendo lo que eres.



La Tempestad

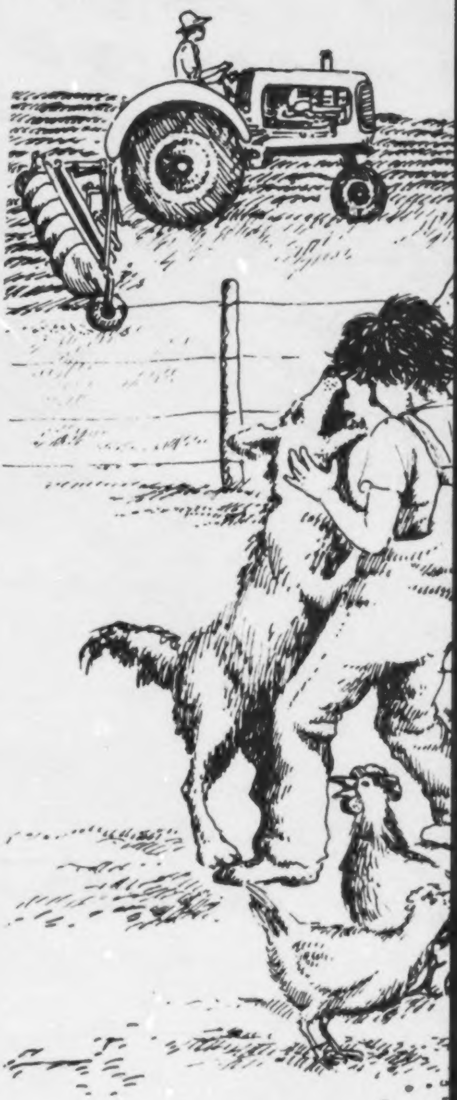
Gilberto y Juanita vivían en un ranchito cerca de San Antonio. El ranchito se llamaba la Hacienda Hermosa, aunque el rancho y la casa eran muy pequeños.

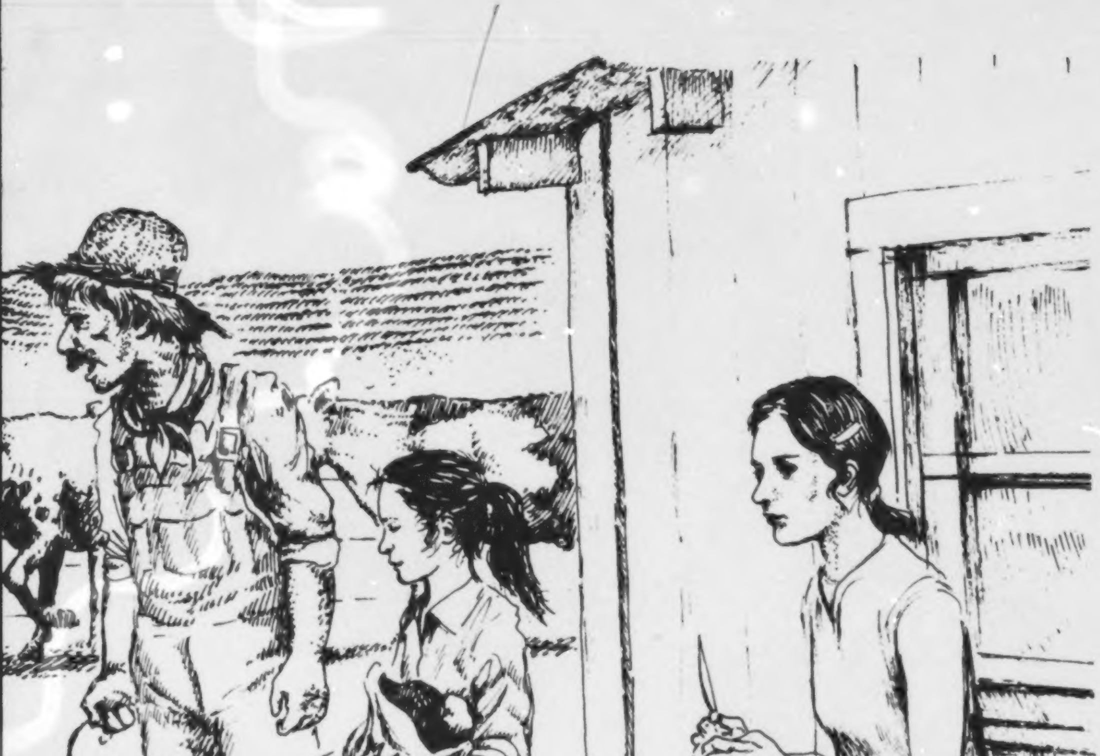
''No es mucho'' pensaba el papá de Gilberto ''pero es nuestra casa y nuestro rancho, y un día, cuando los muchachos esten grandes, será de ellos. Entonces, si quieren, ellos podran añadirle a la casa o construir otras casas para ellos.''

Sí, La Hacienda Hermosa era un hogar muy feliz. Aunque no era rica de cosas materiales, la familia se consideraba rica en algo que no se compra con dinero—el amor. La música, la alegría y la risa de los niños reinaban en aquel hogar. La familia de la Hacienda Hermosa consistía en Gilberto y Juanita, el padre y la madre de los niños, y el abuelito de los niños.

A doña Josefina, la mamá de los niños, le gustaba mucho cocinar. Siempre olía la casa a comida. Los olores de tortillas de harina, arroz, frijoles refritos, ajo, chile y otras especias llenaban al aire.

El abuelito, papá de doña Josefina, era músico. Siempre andaba cantando o componiendo canciones mientras trabajaba. Por las noches le enseñaba a Gilberto a tocar la guitarra.

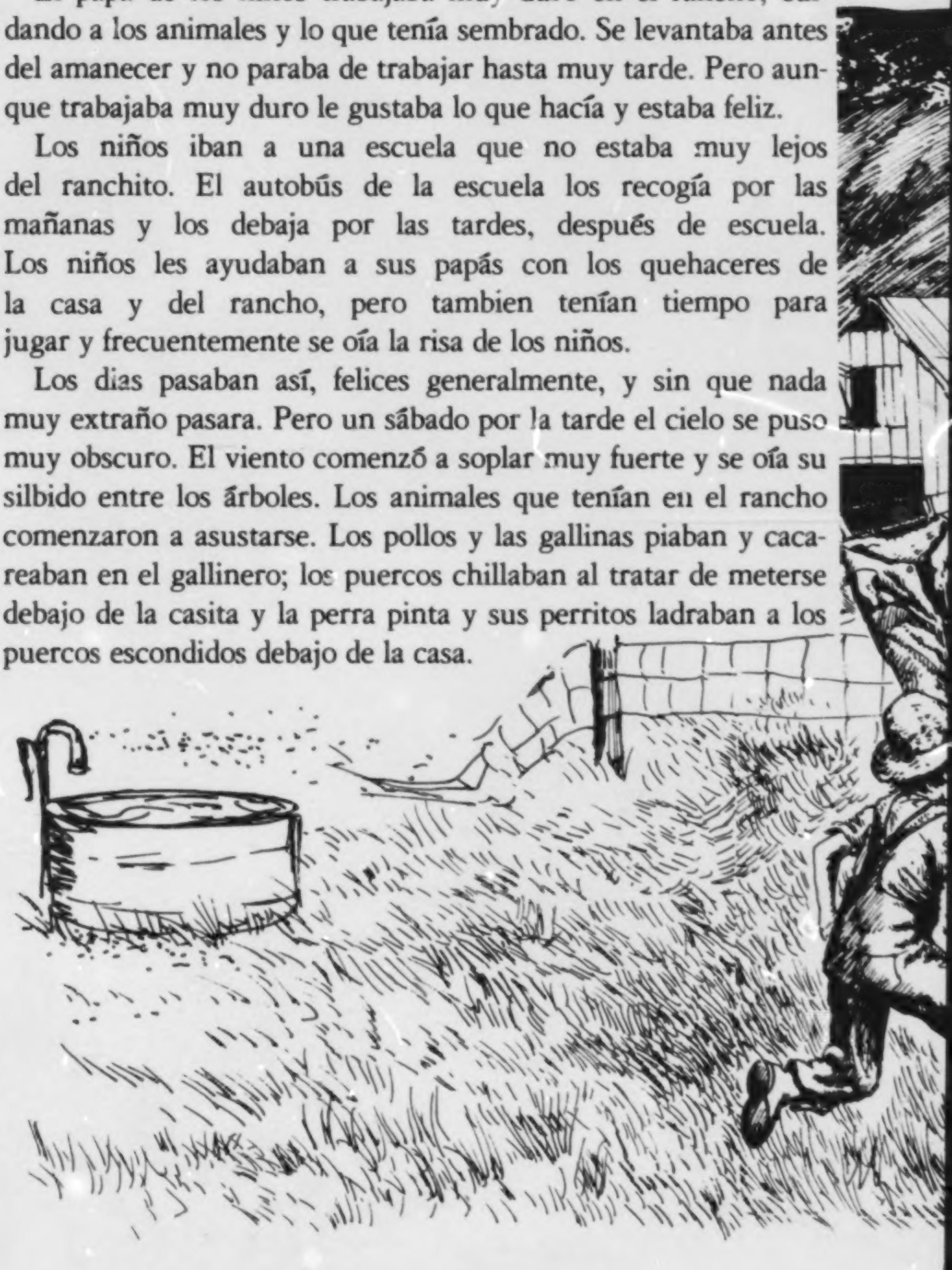


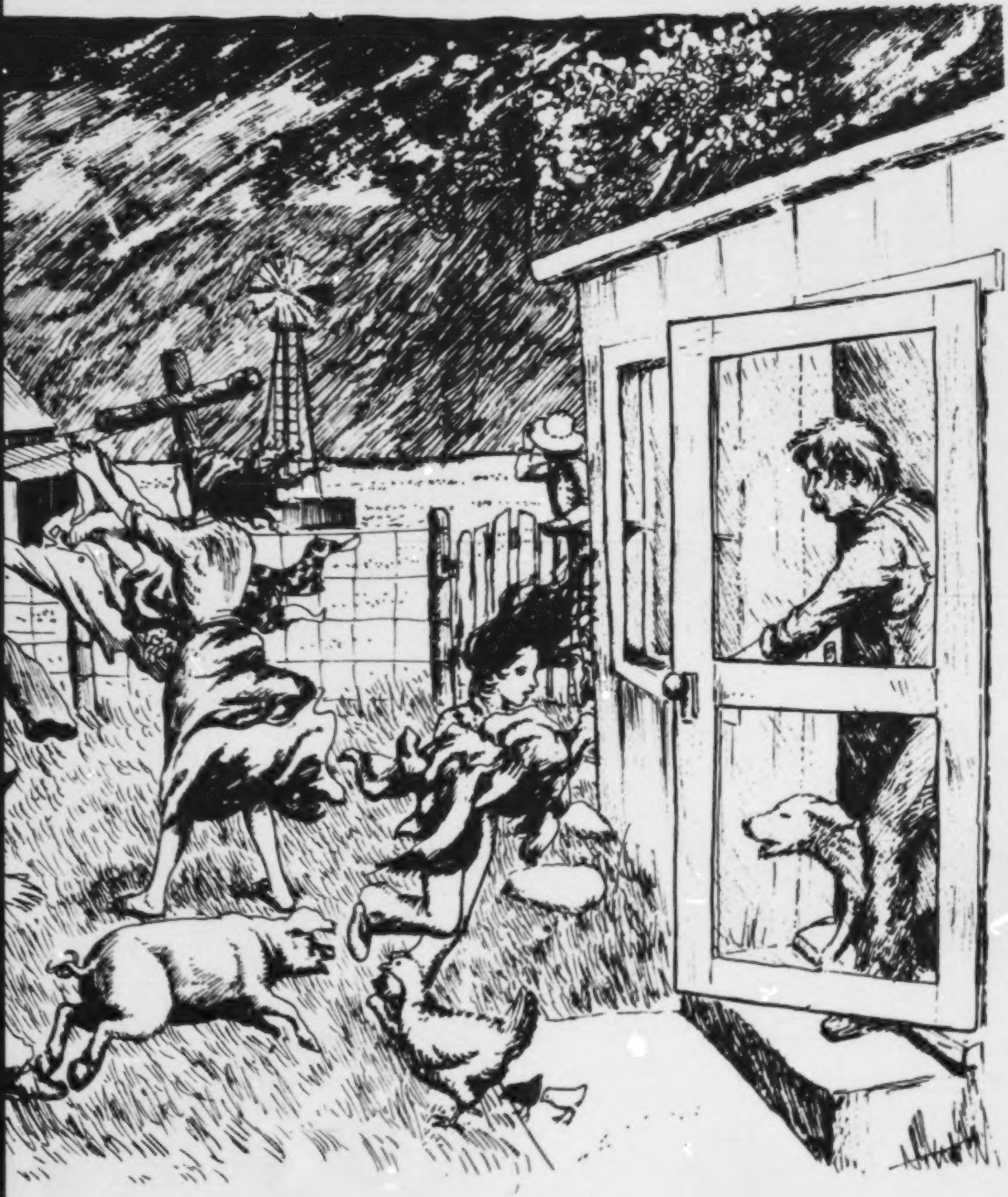


El papá de los niños trabajaba muy duro en el rancho, cuidando a los animales y lo que tenía sembrado. Se levantaba antes del amanecer y no paraba de trabajar hasta muy tarde. Pero aunque trabajaba muy duro le gustaba lo que hacía y estaba feliz.

Los niños iban a una escuela que no estaba muy lejos del ranchito. El autobús de la escuela los recogía por las mañanas y los debaja por las tardes, después de escuela. Los niños les ayudaban a sus papás con los quehaceres de la casa y del rancho, pero tambien tenían tiempo para jugar y frecuentemente se oía la risa de los niños.

Los dias pasaban así, felices generalmente, y sin que nada muy extraño pasara. Pero un sábado por la tarde el cielo se puso muy obscuro. El viento comenzó a soplar muy fuerte y se oía su silbido entre los árboles. Los animales que tenían en el rancho comenzaron a asustarse. Los pollos y las gallinas piaban y cacareaban en el gallinero; los puercos chillaban al tratar de meterse debajo de la casita y la perra pinta y sus perritos ladraban a los puercos escondidos debajo de la casa.





—Allí viene una tempestad —dijo el abuelito.

—Sí, mira como se hacen remolino las nubes —dijo el papá de los niños.

Al poco tiempo comenzó a llover con mucha fuerza. Los truenos y relámpagos, el torrente de lluvia y el silbido del viento hacían un ruido tremendo. No se podía oír ninguna otra cosa.

Toda la familia se fue para dentro de la casa lo más pronto que pudieron después de recoger a los animales. Los niños querían ver la tempestad y se pararon frente a una ventana. El abuelito estaba detras de ellos. Doña Josefina se fue a la cocina pero el papá de los niños estaba muy inquieto y no se sentaba a descansar ni un solo momento.

De repente se oyó un ruido tremendo en la cocina. Parecía que un montón de vasijas se habían caído al piso y se habían quebrado.

—¿Qué pasa? —preguntó el papá brincando de un salto y corriendo hacia la cocina.

Los niños corrieron también, tropezándose con el abuelito.

—¿Qué pasó, mamá? ¿Qué fue?

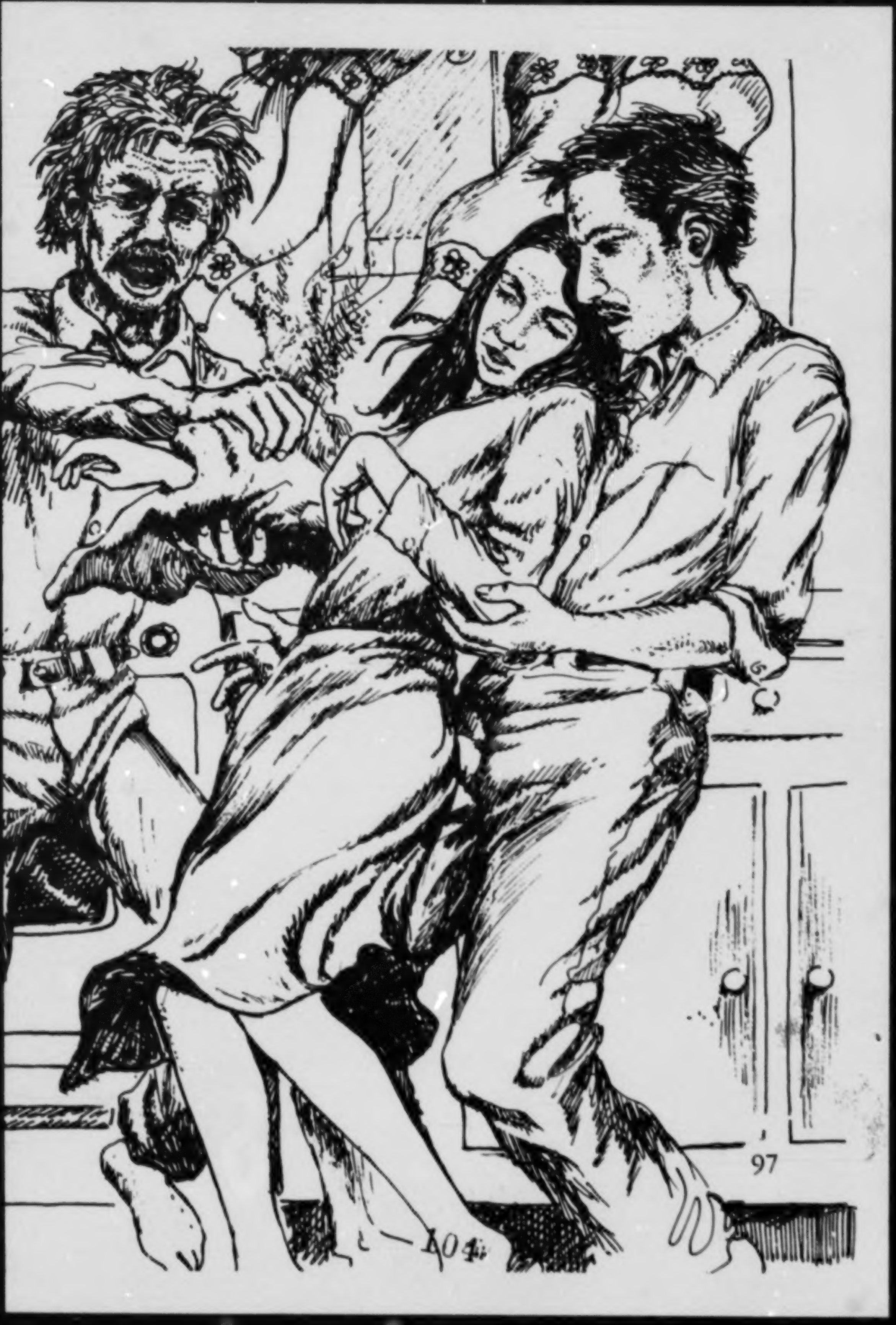
Al entrar a la cocina vieron que una cazuela estaba encendida y que las llamas cubrían toda la estufa. El abuelito pronto tomó una caja de levadura en polvo y empezó a echársela a las llamas. Pronto se apagó la lumbre.

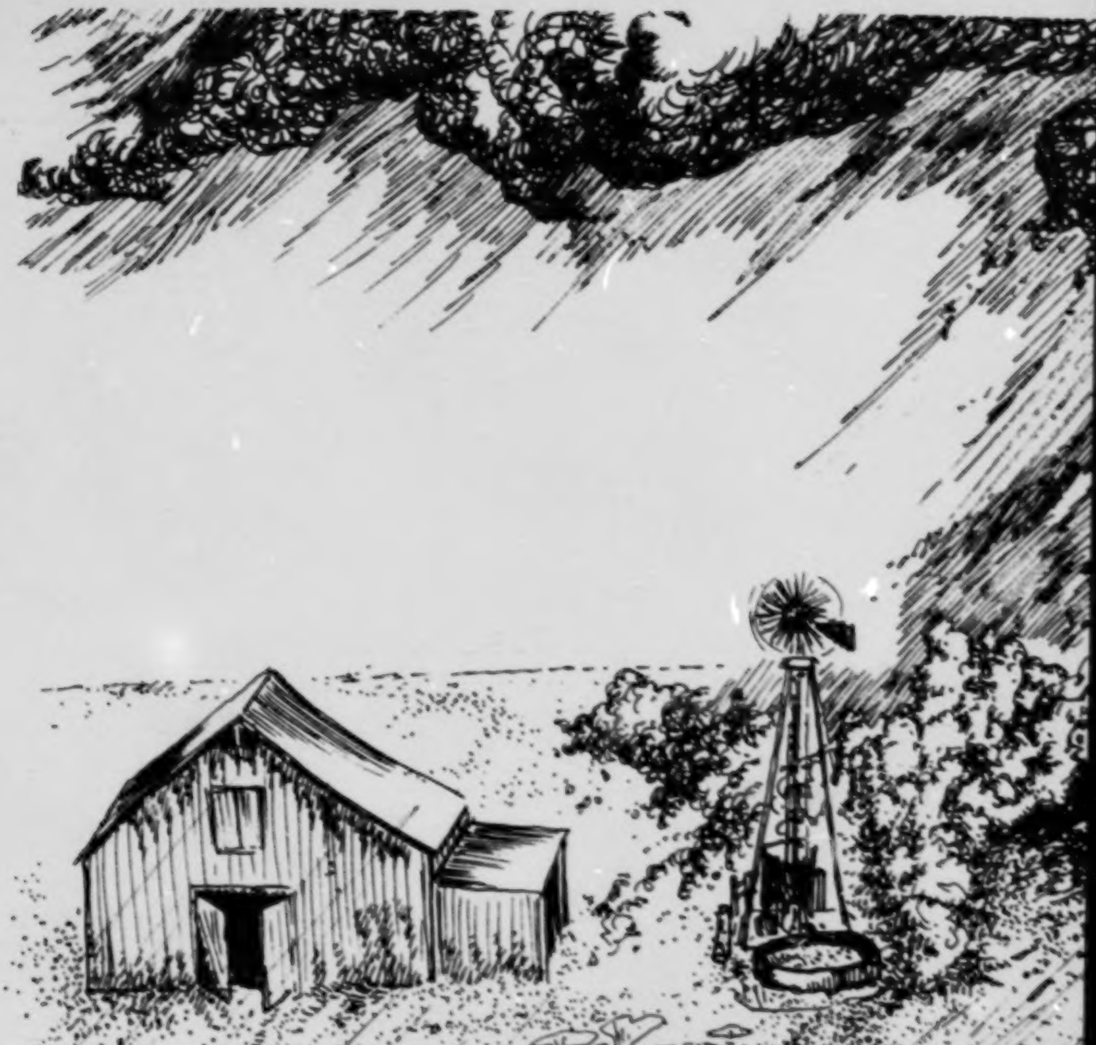
Doña Josefina se había quemado todo un brazo y estaba casi llorando del dolor.

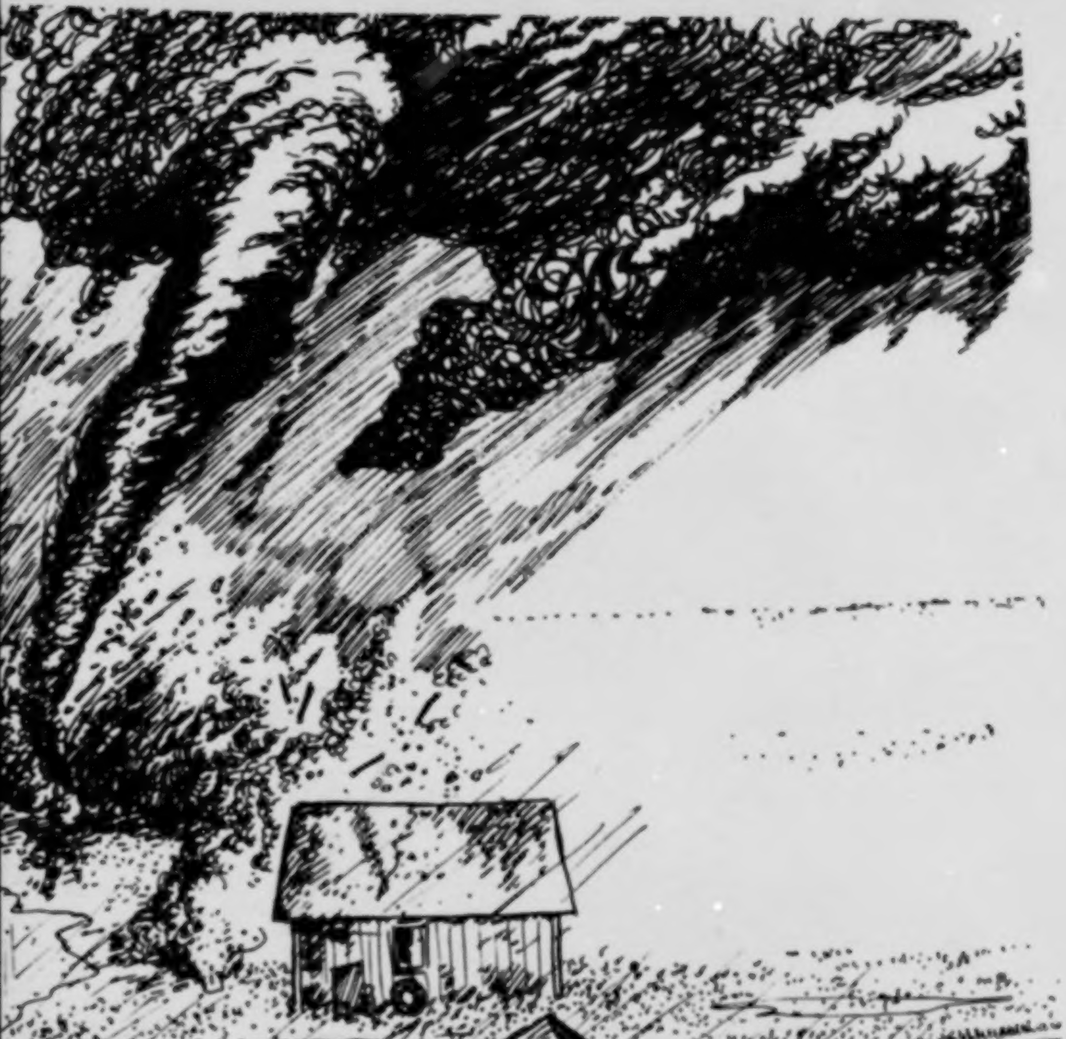
El papá al instante decidió lo que tenía que hacer.

—Juanita, anda júntale ropa a tu mamá y pónsela en un beliz. Papá grande, usted vaya a echar a andar la troca. Ven, Josefina, vamos a llevarte al hospital.

Para cuando llegaron a la puerta, Juanita ya había regresado con el beliz. Y mientras doña Josefina se estaba poniendo su saco sobre los hombros, el abuelito regresó.




98



99

—Ya está lista la troca —dijo el abuelito, a quien le escurría el agua.

—Tengan mucho cuidado —dijo doña Josefina, deteniéndose en la puerta—. Pronto regresaremos.

Los niños y el abuelito se quedaron viéndolos por la puerta. La troquita patinó en el lodo, pero el papá de los niños pronto logró hacerla caminar.

—Bueno, ya cierren la puerta —dijo el abuelito, quien estaba empapado de agua.

Vengan, vamos a recoger la cocina y limpiar todo— dijo Juanita.

Los niños fueron a la cocina y el abuelito fue a su cuarto para cambiarse de ropa. De repente se oyó otro ruido muy fuerte.

—¿Qué es eso? —preguntó Gilberto.

—No sé —contestó Juanita asustada—. ¡Parece un tren!

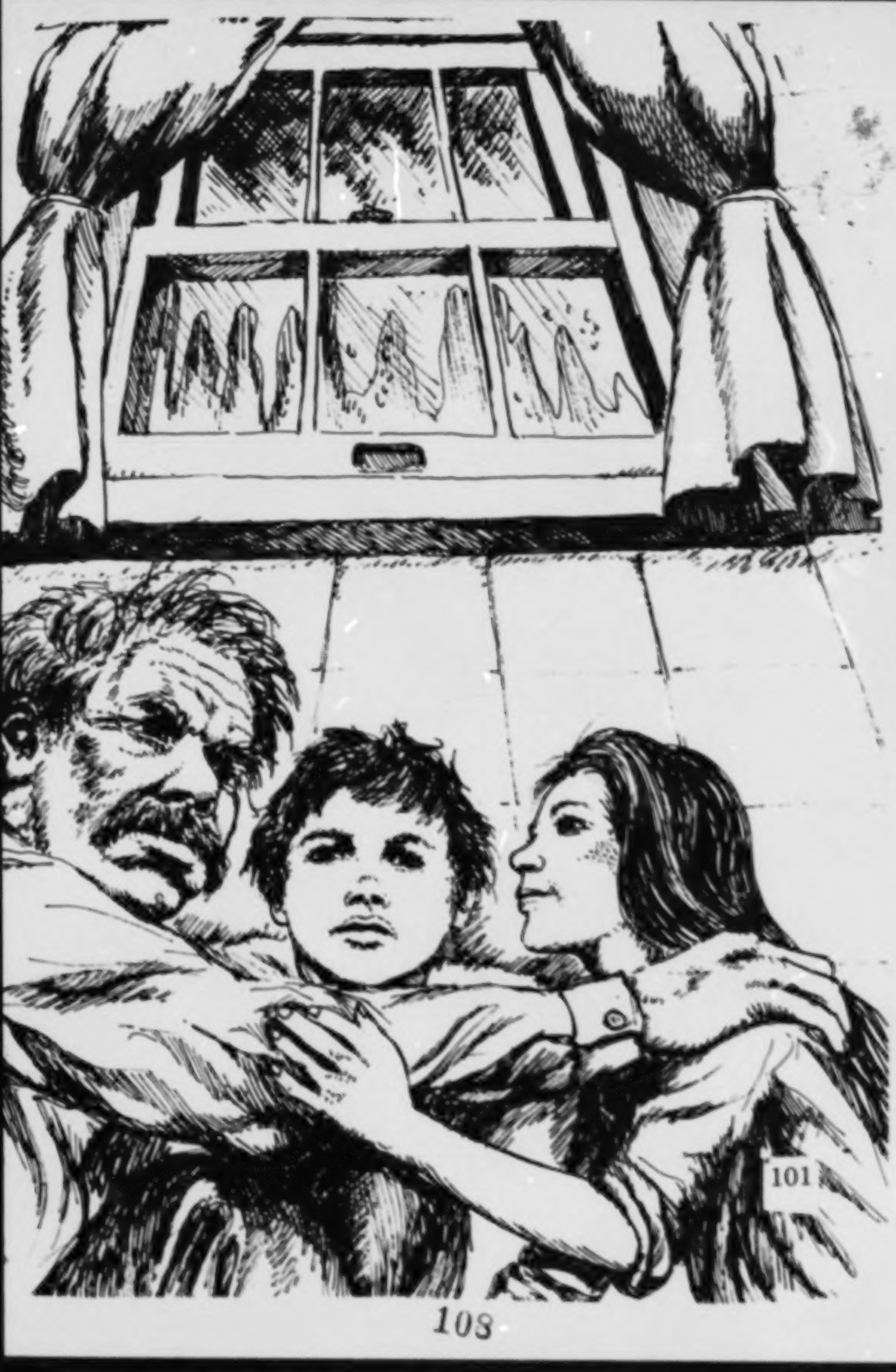
—¡Es un tornado! —gritó el abuelito entrando corriendo— Pronto. ¡Vamos a meternos en el cuarto de baño!

Gilberto, Juanita y el abuelito corrieron al baño y cerraron la puerta con llave para que el viento no la abriera. Mientras, más y más fuerte se oía el rugido de la casa y el ruido de la tempestad. La casa hasta se estremecía con la fuerza del viento. El ruido continuaba.

De repente quedó un silencio profundo. Sólo se oía la lluvia en el techo de la casa. Gilberto, Juanita y el abuelito salieron del baño. Los tres se quedaron asustados al ver que todos los muebles se habían movido de donde habían estado. ¿Qué habría hecho la tempestad afuera?

—¡Los animales! ¡Hay que ver a los animales¡ —gritaron los niños.

—Ustedes vayan a verlos y yo comenzaré a limpiar aquí adentro —dijo el abuelito.


101

Gilberto y Juanita salieron corriendo de la casa en busca de los animales. Al mismo tiempo que salieron ellos la perra pinta y sus perritos corrieron para dentro de la casa. Detrás de los perros venían corriendo los puercos. Ellos también querían entrar a la casita. Los niños revisaron a los animales para asegurarse de que estaban bien, aunque muy asustados. Pero no vieron a las gallinas.

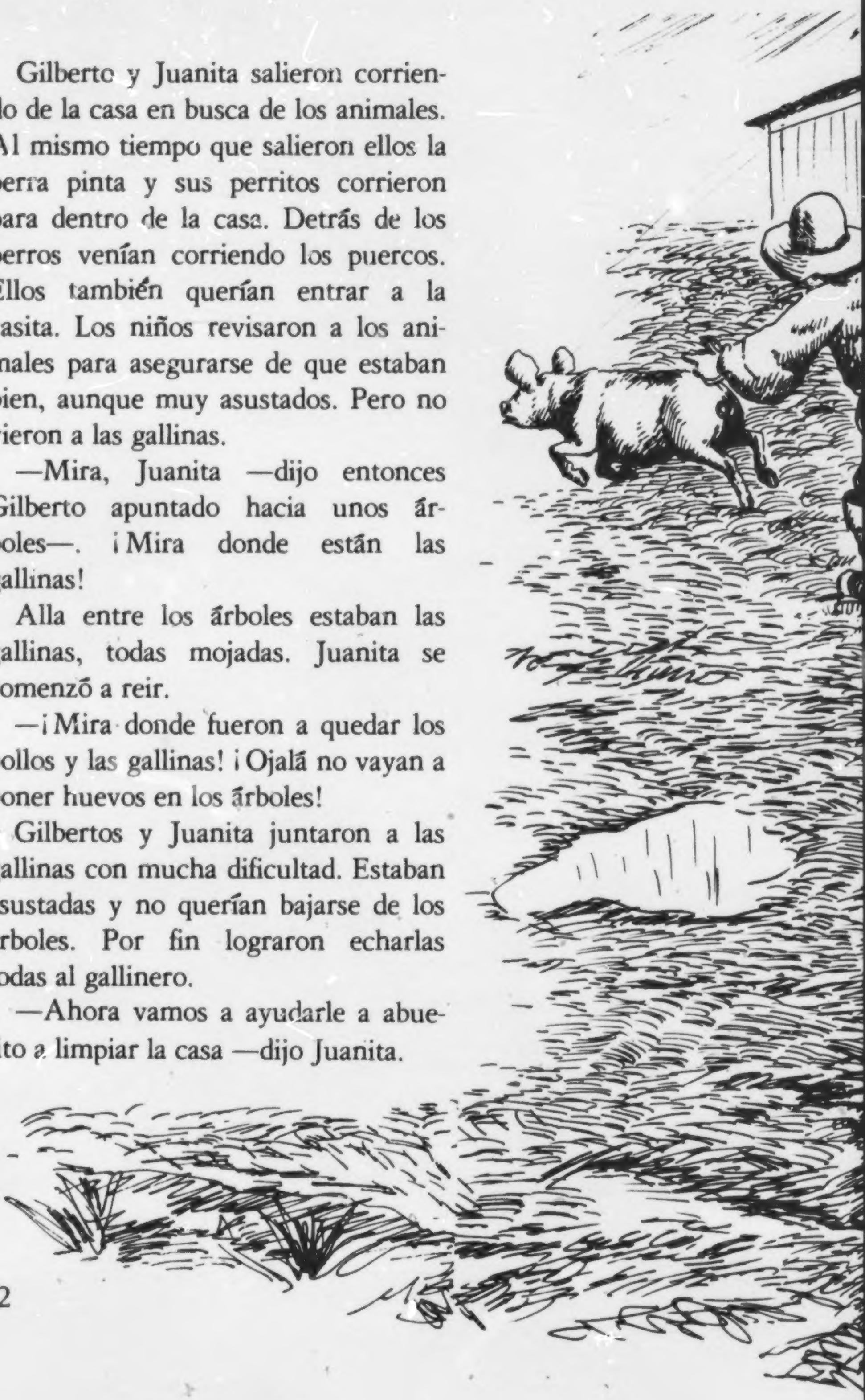
—Mira, Juanita —dijo entonces Gilberto apuntado hacia unos árboles—. ¡Mira donde están las gallinas!

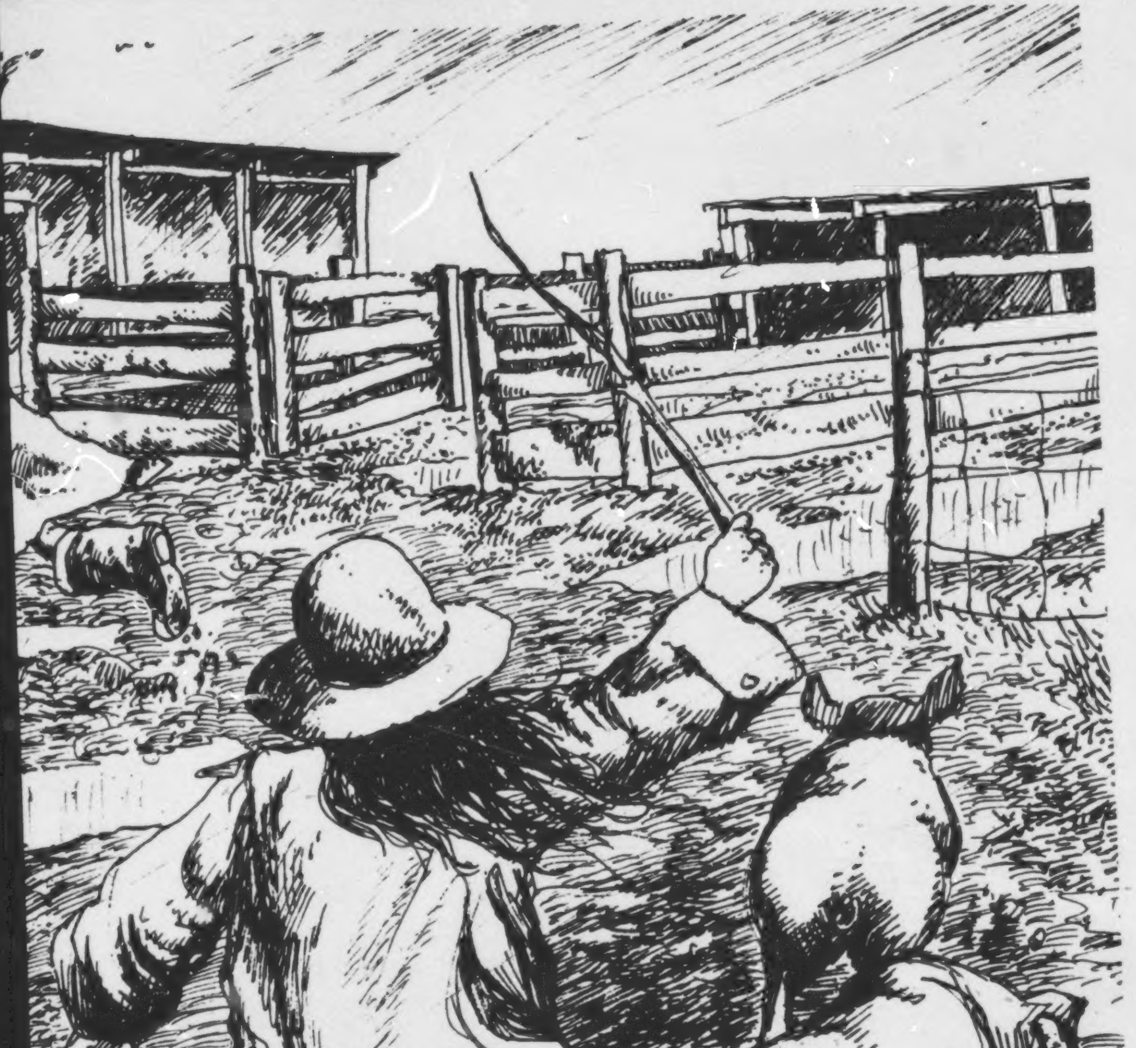
Alla entre los árboles estaban las gallinas, todas mojadas. Juanita se comenzó a reir.

—¡Mira donde fueron a quedar los pollos y las gallinas! ¡Ojalá no vayan a poner huevos en los árboles!

Gilbertos y Juanita juntaron a las gallinas con mucha dificultad. Estaban asustadas y no querían bajarse de los árboles. Por fin lograron echarlas todas al gallinero.

—Ahora vamos a ayudarle a abuelito a limpiar la casa —dijo Juanita.





Los niños dejaron sus zapatos lodosos afuera, entraron a la casa y comenzaron a ayudar. Lo primero que hicieron fue sacar a los perros y puercos. Tuvieron que corretear a los puercos por toda la casa antes de poder cogerlos y echarlos fuera.

Gilberto, Juanita y el abuelito trabajaron sin parar. Duraron más de tres horas para poder limpiar y arreglar todo.

—Ahora sí abuelito, ahora sí vamos a descansar —dijo por fin Gilberto.

—Todavía no —dijo Juanita, hay que poner algo en las ventanas que se quebraron.

—Ustedes descansen y yo me encargo de las ventanas —contestó el abuelito.

—Bueno, entonces yo voy a hacer algo de comer —dijo Juanita poniéndose a sacar cosas para preparar la comida. El abuelito comenzó a componer las ventanas. Gilberto se quedó pensando.

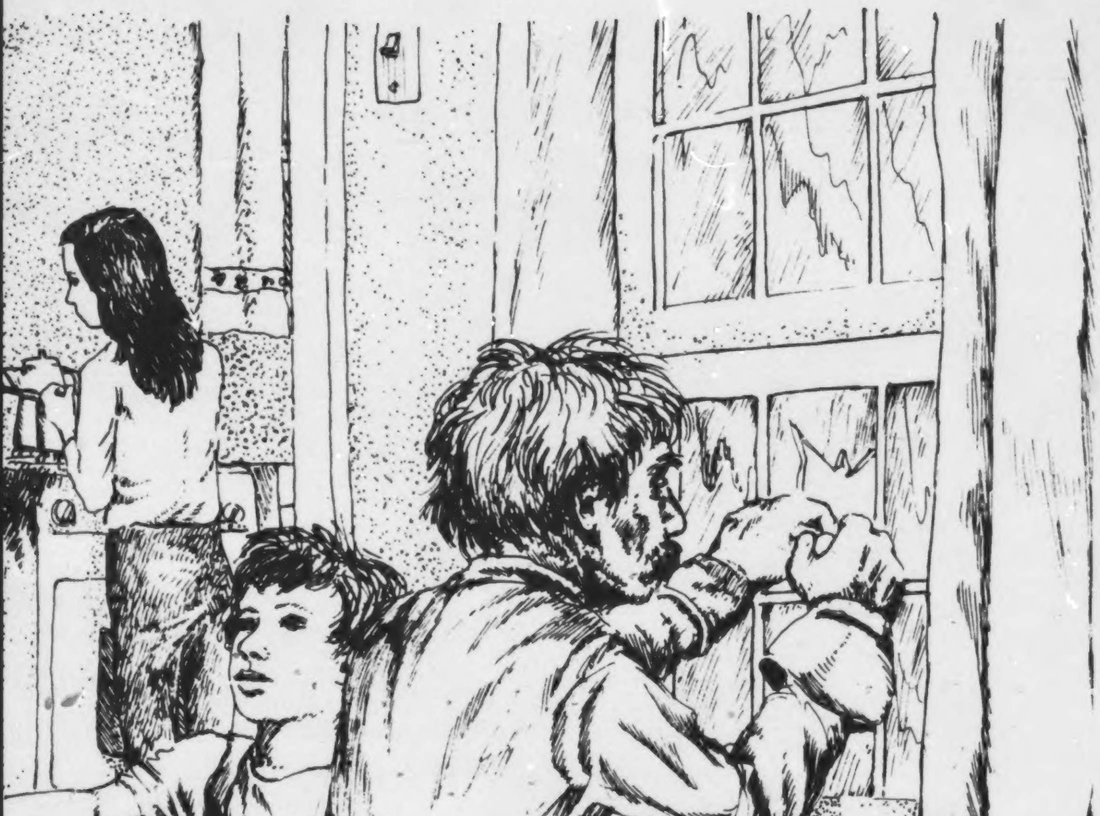
¿Saben qué? —dijo Gilberto en voz alta—. He pensado en algo que me ha dado miedo.

Juanita y el abuelito voltearon a ver a Gilberto.

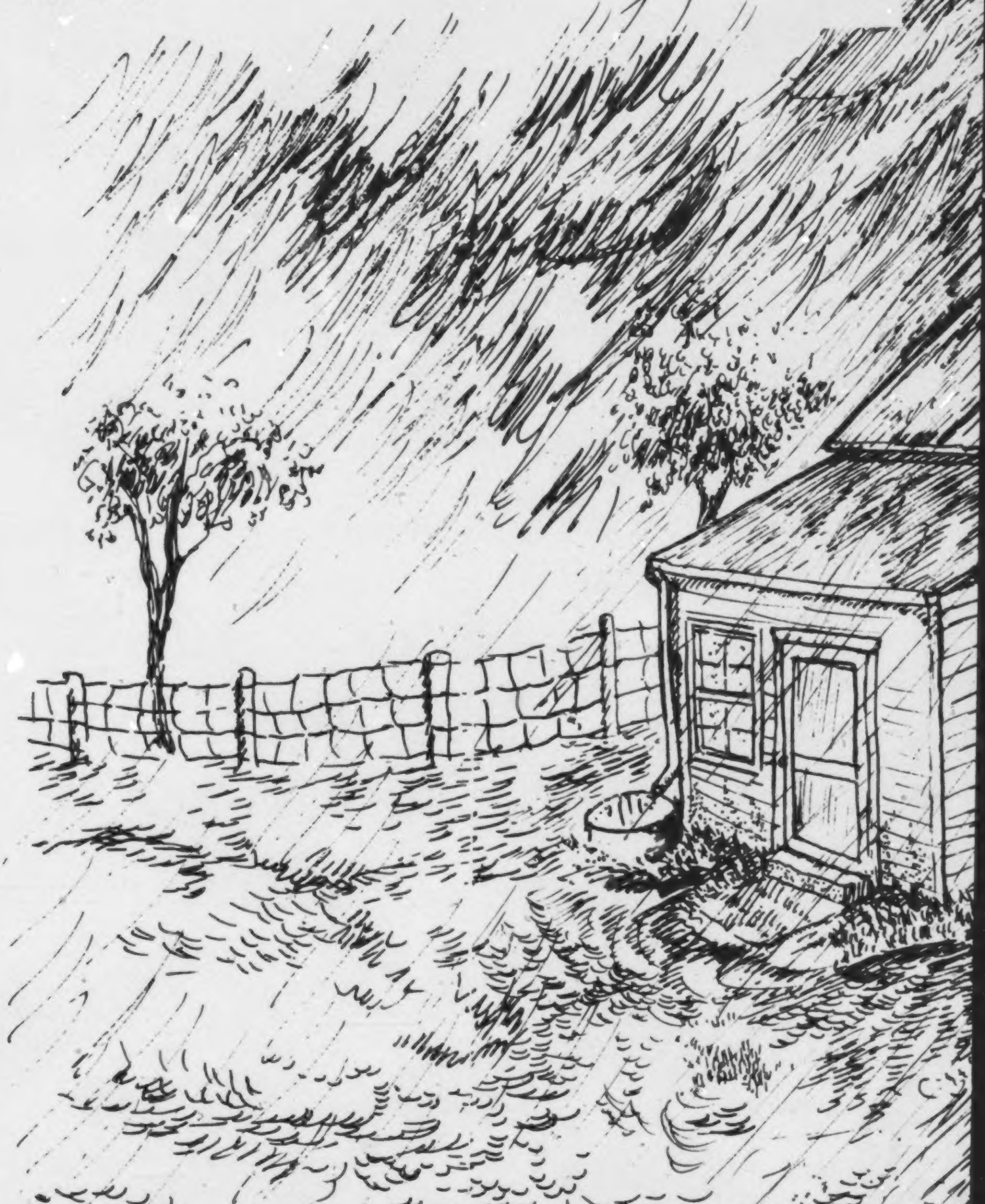
—El tornado nos podría haber matado. O podría haber destruido la casa o matado a todos los animales. !Podría haber destruido todo, incluyendo a nosotros! ¡Pero nos tocó mucha suerte! Con un poquito aquí y un poquito allá, quedaremos como antes. Además estando todos juntos nada muy malo puede pasar.

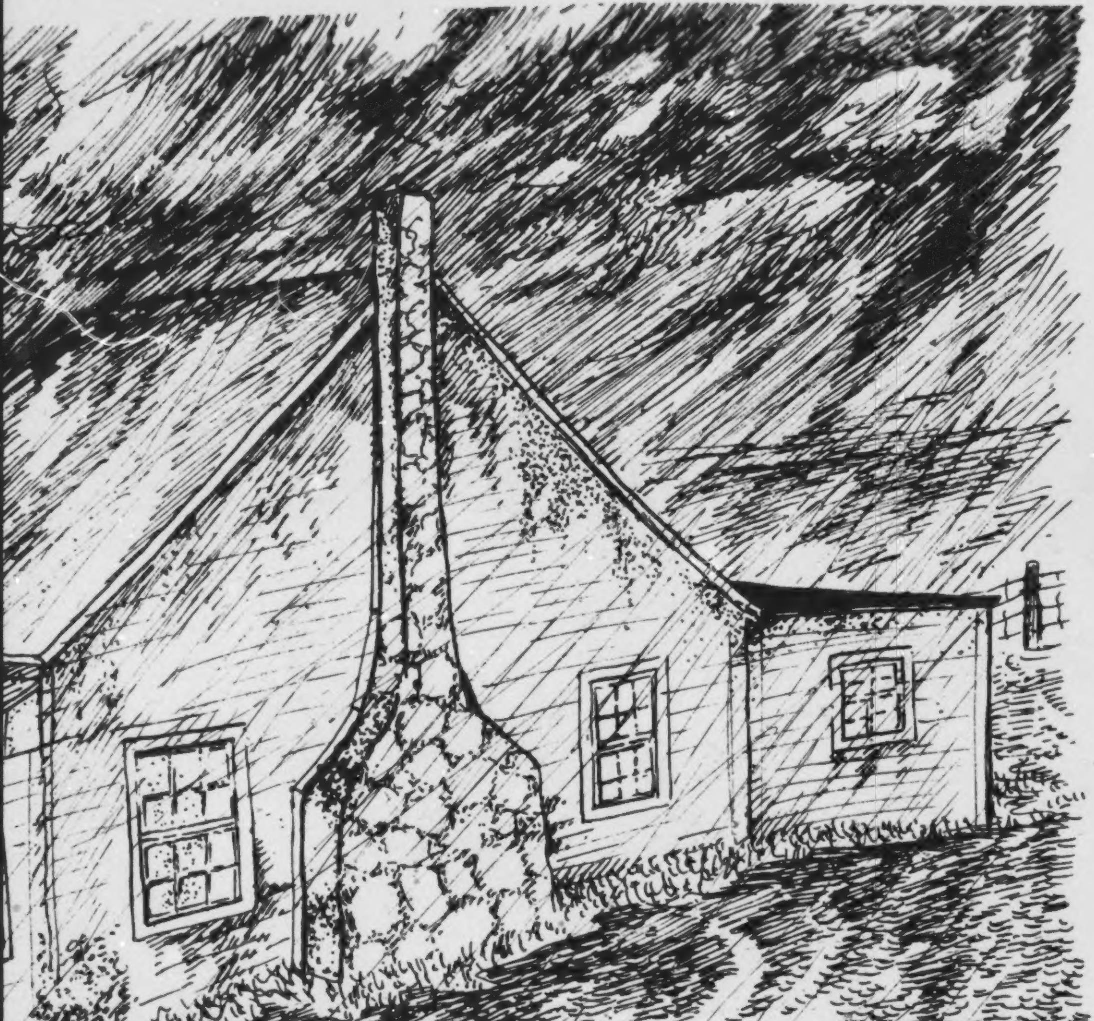
—Es cierto —dijo Juanita—. No tenemos mucho dinero pero tenemos que comer y vestir. No tendremos un palacio pero nos quedó nuestra casita.

—Sí —dijo el abuelito—, es cierto que aunque la tempestad nos quebró unas cuantas ventanas todavía tenemos casa.



—Sí —dijo Gilberto de nuevo—, de buena suerte el tornado no destruyó la casa. Estando todos juntos no importa lo qué pase. Nuestro ranchito seguirá siendo nuestra Hacienda Hermosa.





107

La inundación

La lluvia seguía cayendo. Se hicieron unos charcos grandes de agua. Luego, con toda la lluvia, los charcos se juntaron, haciendo un lago alrededor de la casa.

—Mamá y Papá todavía no han regresado del hospital —dijo Juanita oyendo la lluvia—. Ojalá no les haya pasado nada.

—No más se han tardado un poco. Han de estar bien —dijo el abuelito, subiéndose a una silla para bajar su guitarra. De repente re resbaló la silla, y el abuelito se cayó de espaldas.

—¡Ay! —gritó el abuelito al caerse—. Ay . . . creo que me lastimé la espalda.

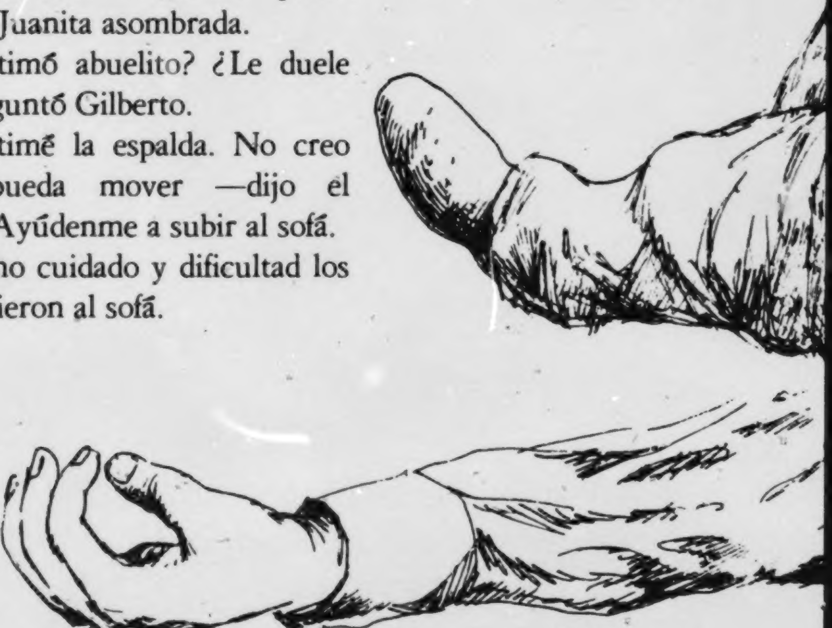
Los niños corrieron a donde estaban el abuelito tirado en el piso.

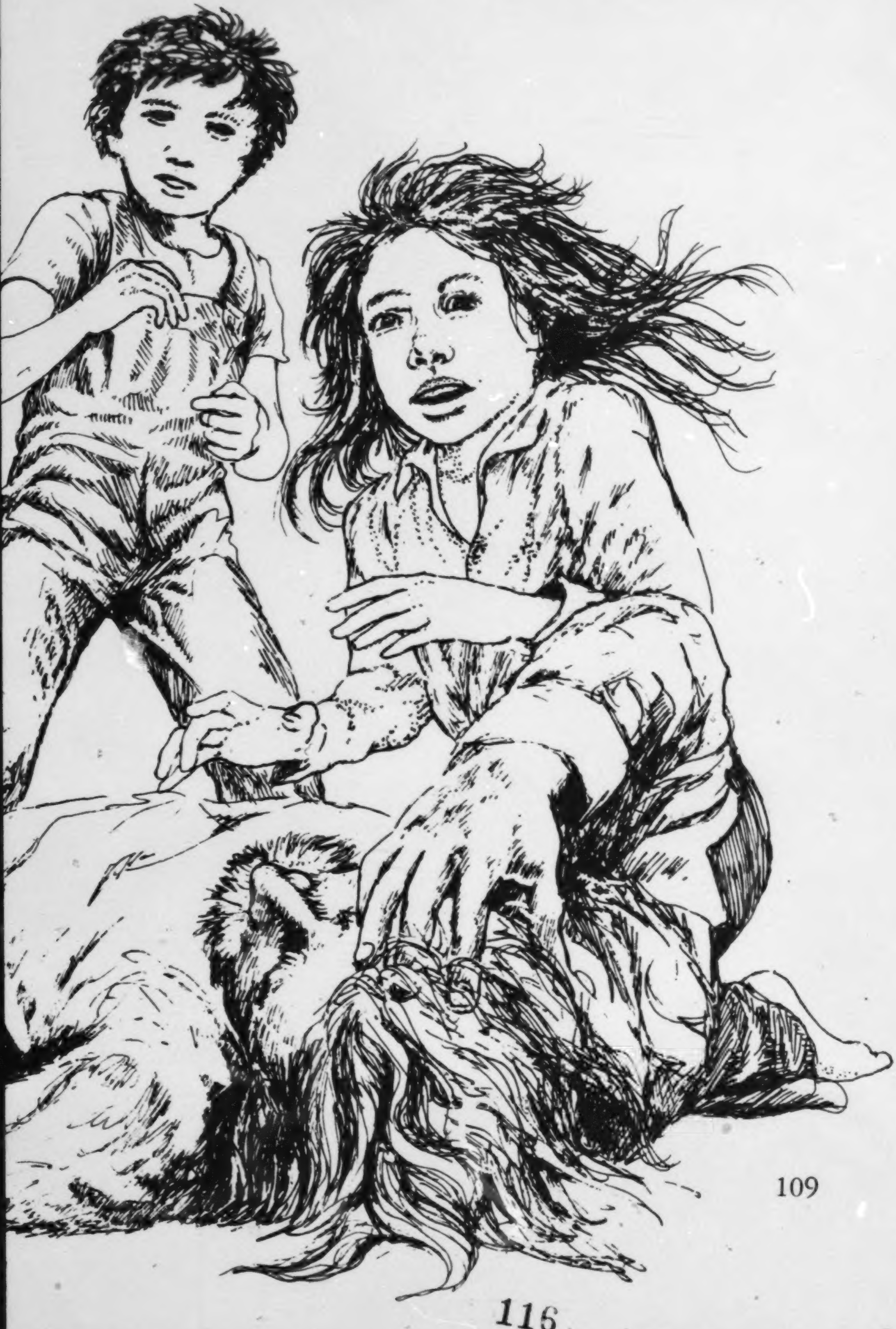
—¡Ay, abuelito! ¿Qué le pasó? —preguntó Juanita asombrada.

—¿Se lastimó abuelito? ¿Le duele algo? —preguntó Gilberto.

—Me lastimé la espalda. No creo que me pueda mover —dijo el abuelito—. Ayúdenme a subir al sofá.

Con mucho cuidado y dificultad los niños lo subieron al sofá.





—Voy a llamarle a la policía —dijo Juanita corriendo a donde estaba el teléfono.

—Yo le voy a traer una cobija —dijo Gilberto corriendo hacia la recámara.

—¡El teléfono no funciona! —gritó Juanita de repente.

—¿Qué pasa? ¿Qué dices? —preguntó Gilberto saliendo corriendo de la recámara.

—El teléfono . . . ¡El teléfono no trabaja! —repitió Juanita.

Ha de haber sido la tempestad —dijo el abuelito desde el sofá—. Probablemente el aire tumbó las lineas de teléfono.

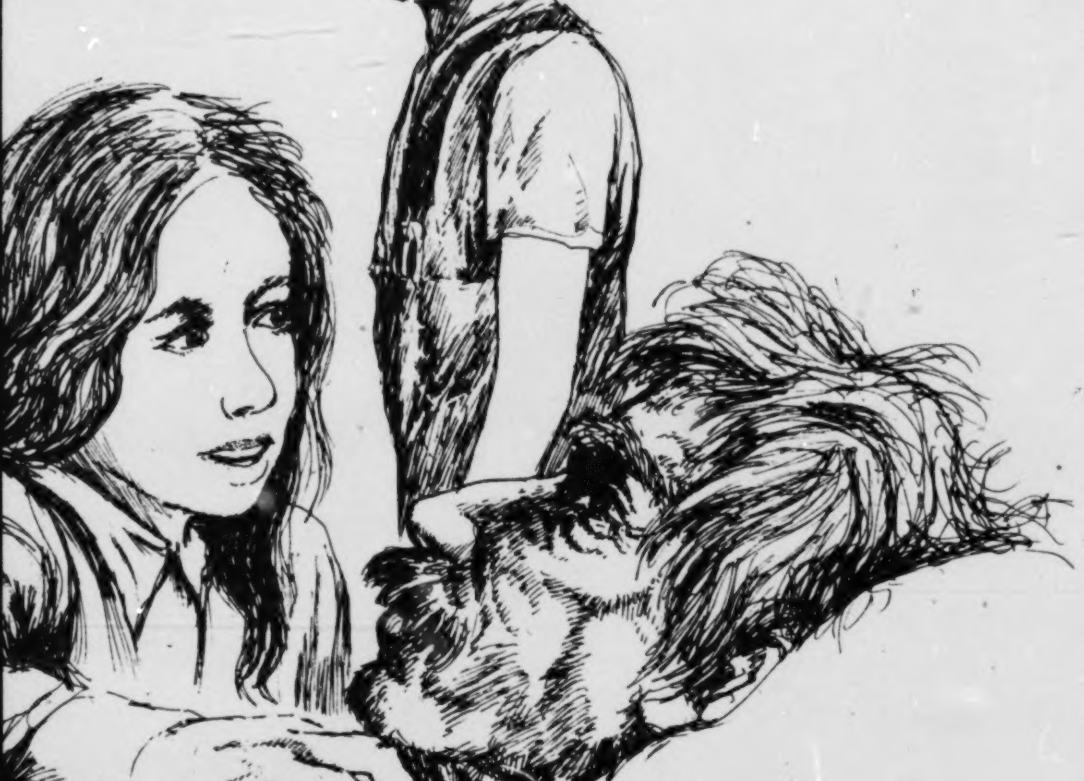
Los tres se quedaron silencios. Solo el ruido de la lluvia en el techo rompía el silencio.

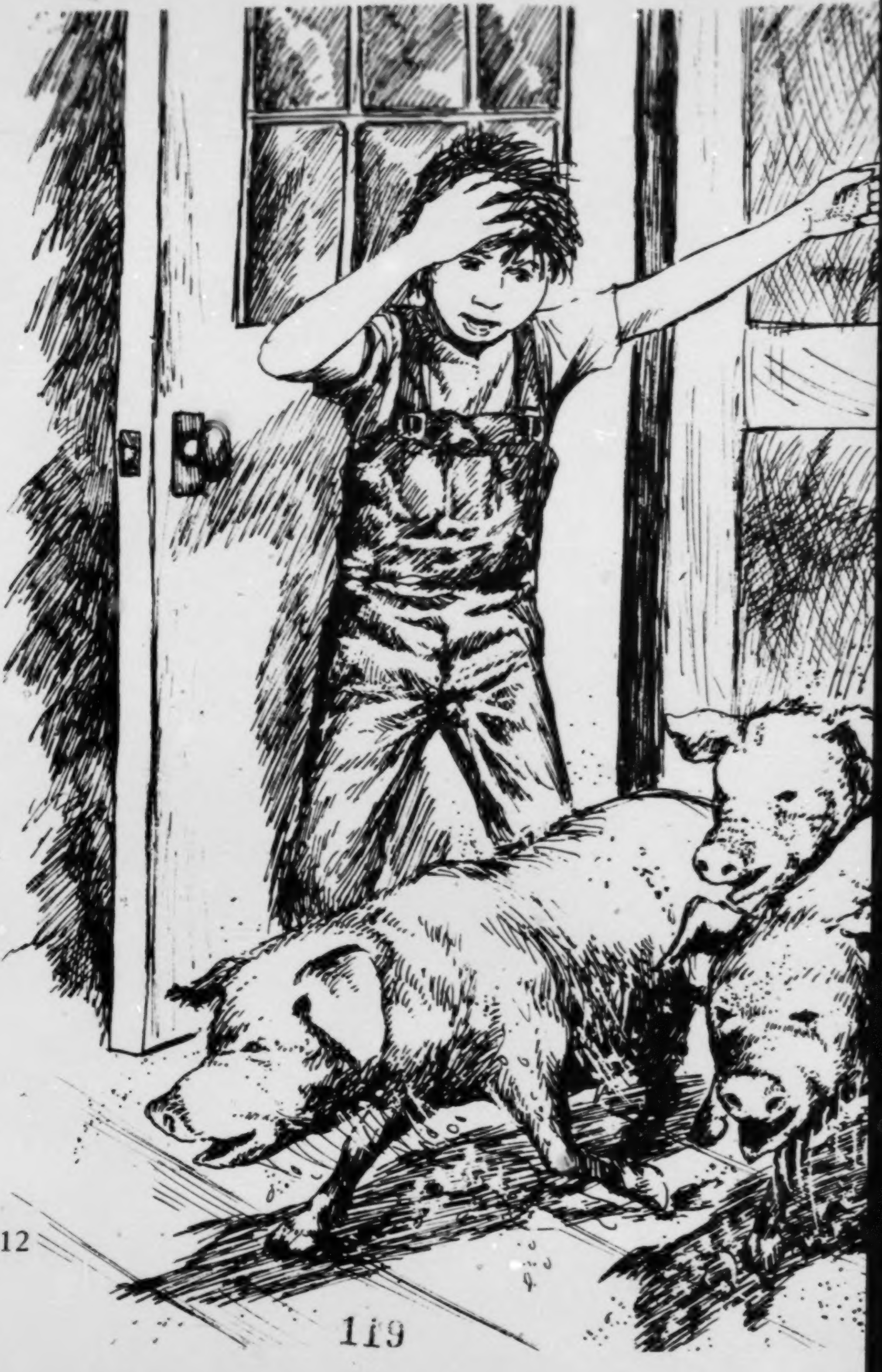
—Bueno —dijo Gilberto—, entonces yo tengo que ir al pueblo en mi bicicleta.

—¡Pero la lluvia Gilberto! . . . ¡La lluvia! . . . ¡Te vas a mojar todo! —le dijo Juanita.

—No imporata —le contestó Gilberto—. No me voy a hacer nada con un poquito de agua. Además, necesitamos ayuda para abuelito.

—No, hijo, es mejor que no vayas —dijo el abuelito—. La tempestad puede volver en cualquier momento.





Pero Gilberto no estaba convencido y poiéndose el saco, abrió la puerta. Al abrir él la puerta entraron la perra pinta y sus perritos a la casa. Y otra vez los percos entraron detras de los perros.

¡Ay, que animales tan miedosos! —dijo Gilberto muy enojado—. ¡Vámonos para afuera!

¡Mira, Gilberto, mira! dijo Juanita apuntado hacia el solar—. ¡La casa está rodeada de agua! ¡Es una inundación!

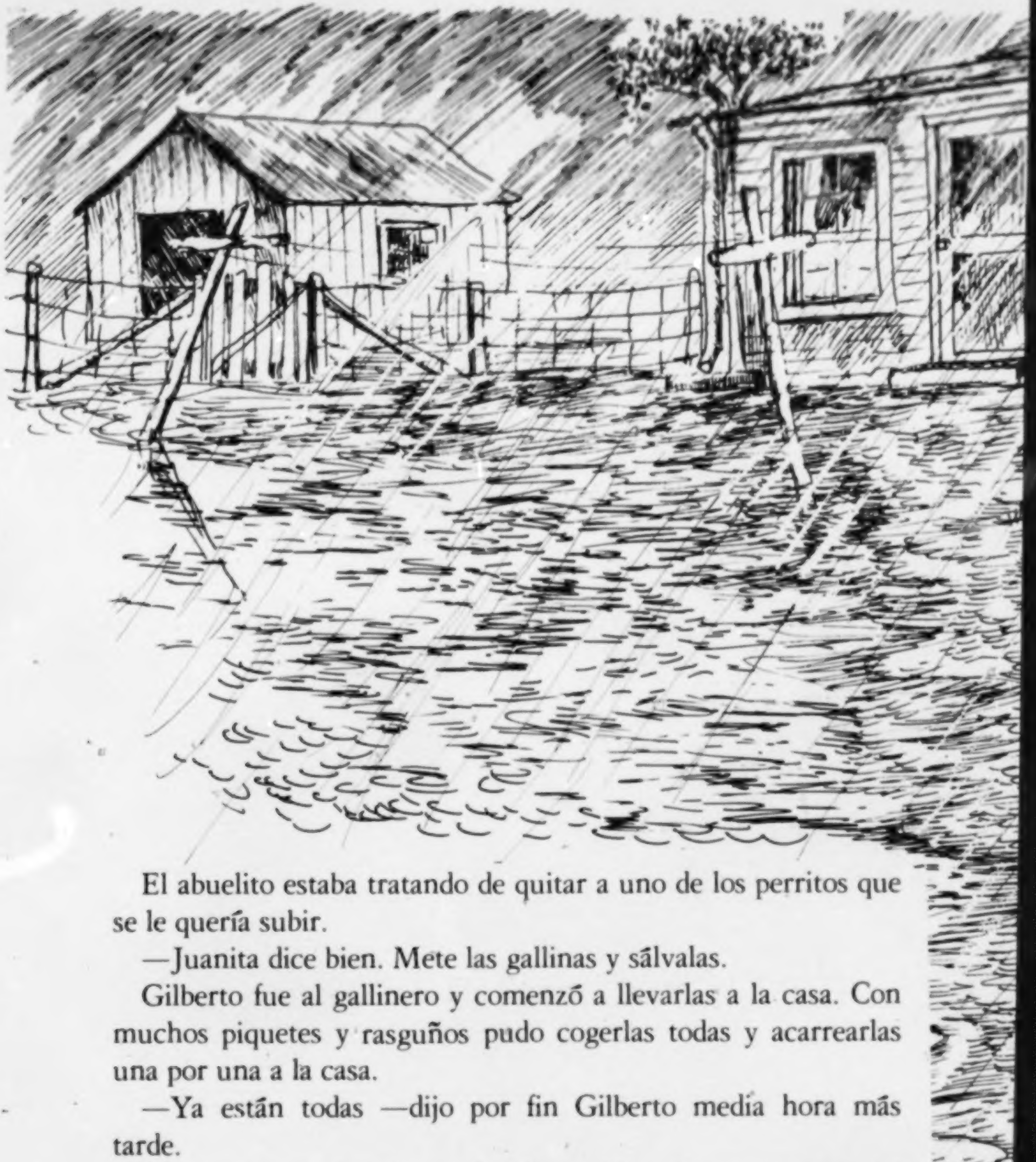
—Probablemente se creció el arroyo con tanta lluvia —dijo el abuelito desde el sofá—. Ojalá pare de llover antes que nos inundemos.

—¡Las gallinas! ¡Las gallinas! —gritó Juanita—. ¡Las gallinas se van a ahogar!

¿Pues qué quieres que haga? ¿Quieres que también las meta a la casa? —preguntó Gilberto—. Esta es una casa, ¡no un gallinero!

—Yo sé. Yo sé. Pero no podemos dejar que se ahoguen —contestó Juanita.

—¡Qué cree usted, abuelito —preguntó Gilberto.



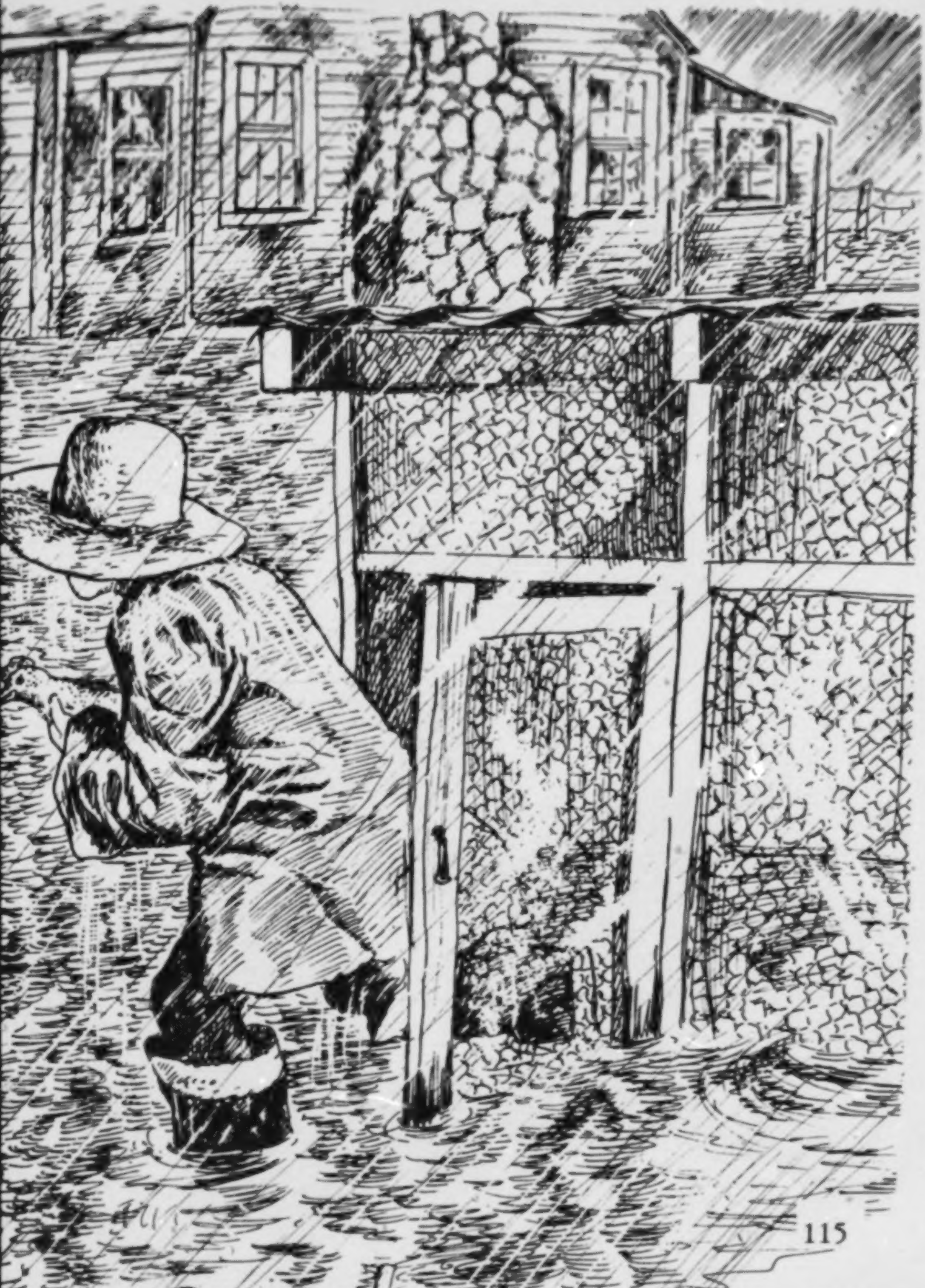
El abuelito estaba tratando de quitar a uno de los perritos que se le quería subir.

—Juanita dice bien. Mete las gallinas y sálvalas.

Gilberto fue al gallinero y comenzó a llevarlas a la casa. Con muchos piquetes y rasguños pudo cogerlas todas y acarrearlas una por una a la casa.

—Ya están todas —dijo por fin Gilberto media hora más tarde.

Para entonces Juanita ya había metido a los puercos en el baño. Los pollos y las gallinas estaban en una caja en la cocina, y la perra y sus perritos se habían metido debajo del sofá.


115

—Ahora sí estamos casi todos juntos —dijo Juanita—. Sólo faltan papá y mamá. Ojalá les haya ido bien.

—¿Sabes qué? —dijo Gilberto viendo a Juanita—. Voy a hacer algo. Traeme una sábana vieja y unas tijeras.

Juanita le trajo la cosas que había pedido y se le quedó viendo con mucha curiosidad.

—Ahora ayúdame —dijo Gilberto—. Corta una letra "O." Yo cortaré dos letras "S."

Los niños se pusieron a cortar las letras. El abuelito y los perros se les quedaron viendo con mucha curiosidad.

—Ya está —dijo Juanita—. ¿Ahora qué?

—Ahora voy a poner un mensaje en el techo —contestó Gilberto.

—¿Qué vas a hacer Gilberto? le preguntó el abuelito.

—Voy a poner un mensaje en el techo. En la escuela me enseñaron que por todo el mundo se usa el "S-O-S" cuando uno necesita ayuda. Así cuando pasen los helicópteros, verán nuestro mensage —contestó Gilberto.

—¿Y cómo sabes que van a venir? —preguntó Juanita.

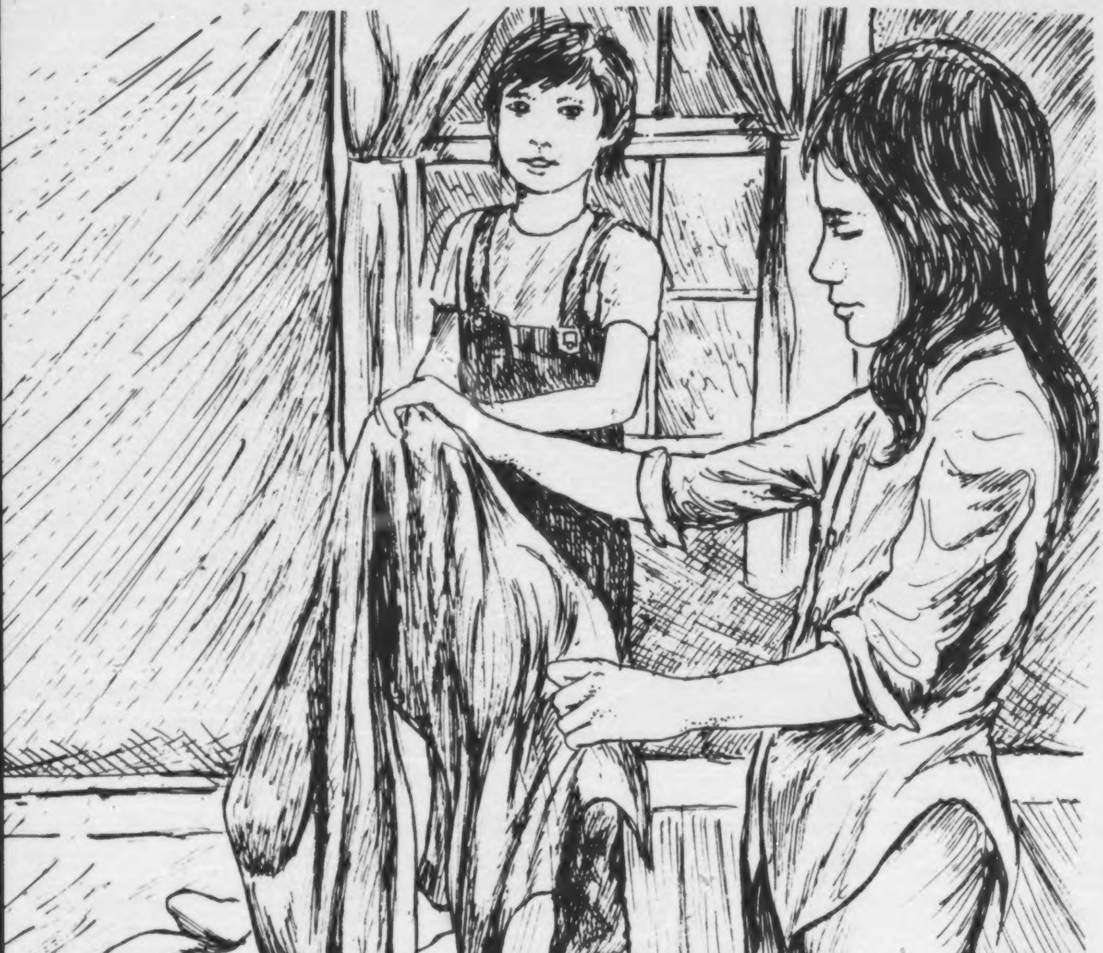
—En tiempos de inundación los helicópteros siempre andan en busca de gente que está en peligro. Al rato van a comenzar a pasar por aquí —contestó Gilberto—. Ahora necesito unos clavos y el martillo.

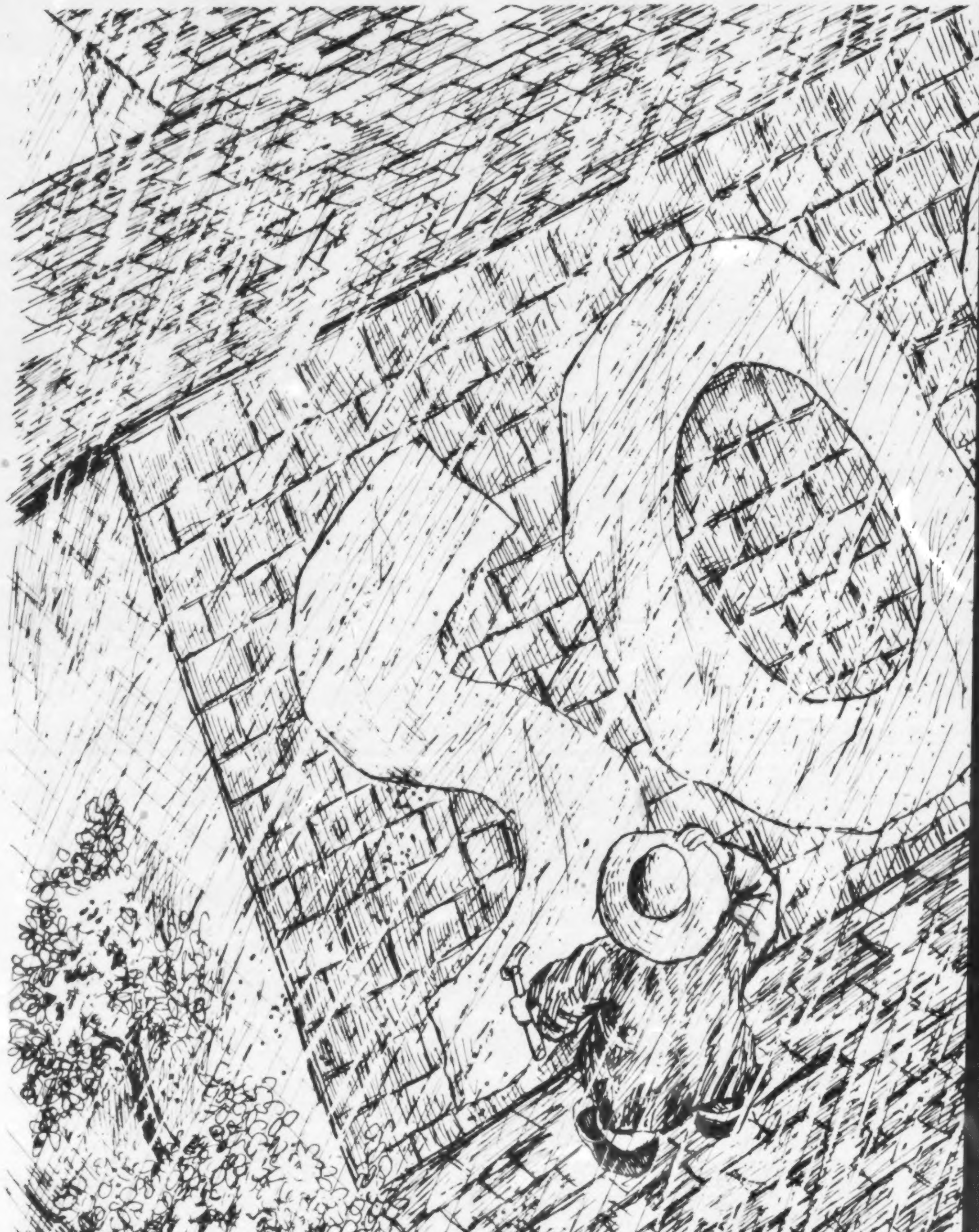
Mientras Juanita fue por los clavos y el martillo, Gilberto se puso el saco. Cuando Juanita volvió con las cosas Gilberto las cogió y saliendo de la casa dijo:

—Voy a poner esto en el techo. Al momento regreso.

Gilberto salió y pronto se subió al techo. Con mucho cuidado clavó las tres letras en medio del techo.

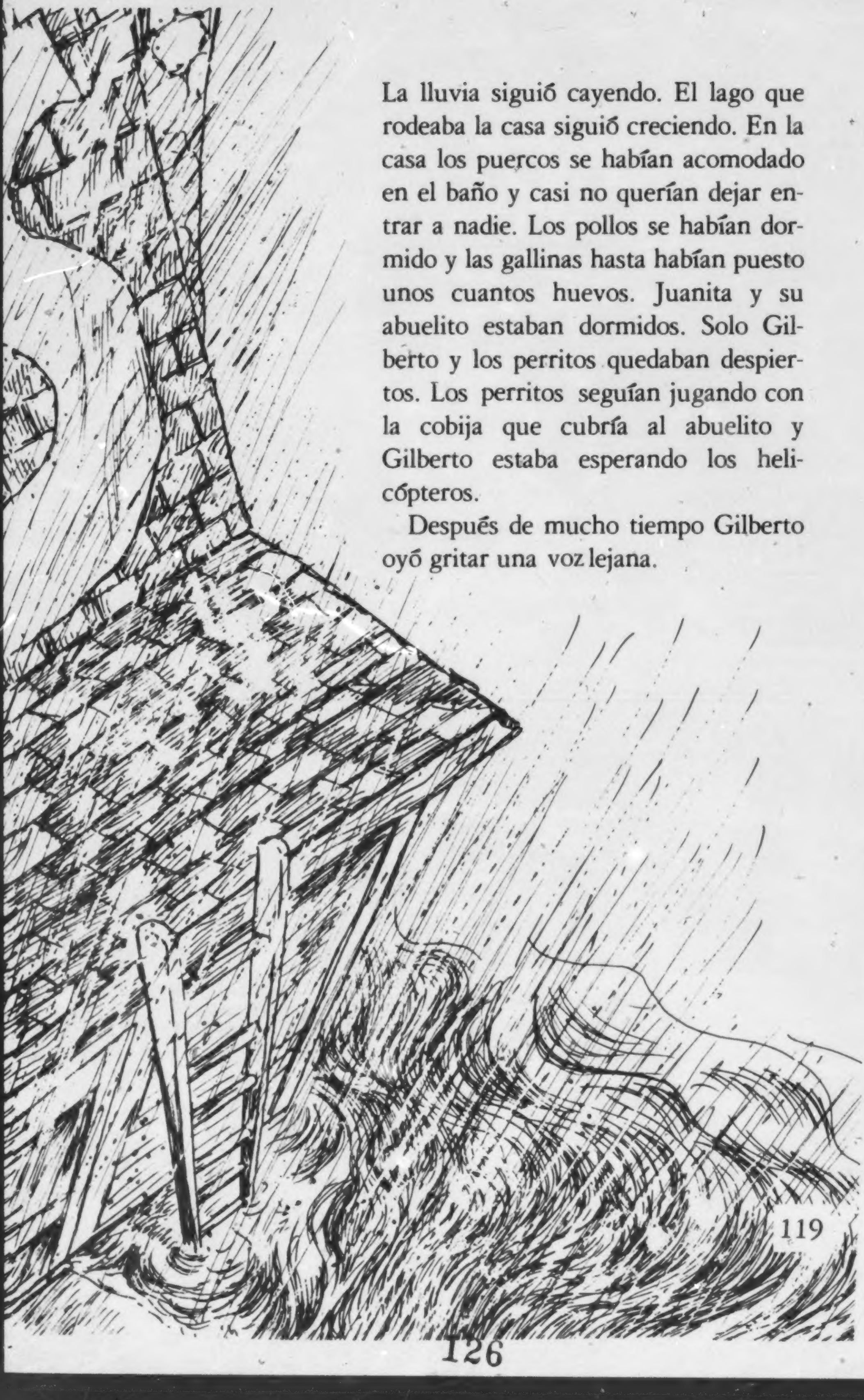
—Está listo —dijo Gilberto entrando a la casa de nuevo—. Ahora sí, vamos a esperar a los helicópteros.





La lluvia siguió cayendo. El lago que rodeaba la casa siguió creciendo. En la casa los puercos se habían acomodado en el baño y casi no querían dejar entrar a nadie. Los pollos se habían dormido y las gallinas hasta habían puesto unos cuantos huevos. Juanita y su abuelito estaban dormidos. Solo Gilberto y los perritos quedaban despiertos. Los perritos seguían jugando con la cobija que cubría al abuelito y Gilberto estaba esperando los helicópteros.

Después de mucho tiempo Gilberto oyó gritar una voz lejana.



—¡Muchachos! ¡Muchachos!

—¡Oígan! —gritó Gilberto, despertando a Juanita y al abuelito—. ¡Alguien nos grita!

—¡Muchachos! ¿Están bien? ¡Muchachos!

¡Es papá! ¡Es papá! —gritó Juanita llena de alegría.

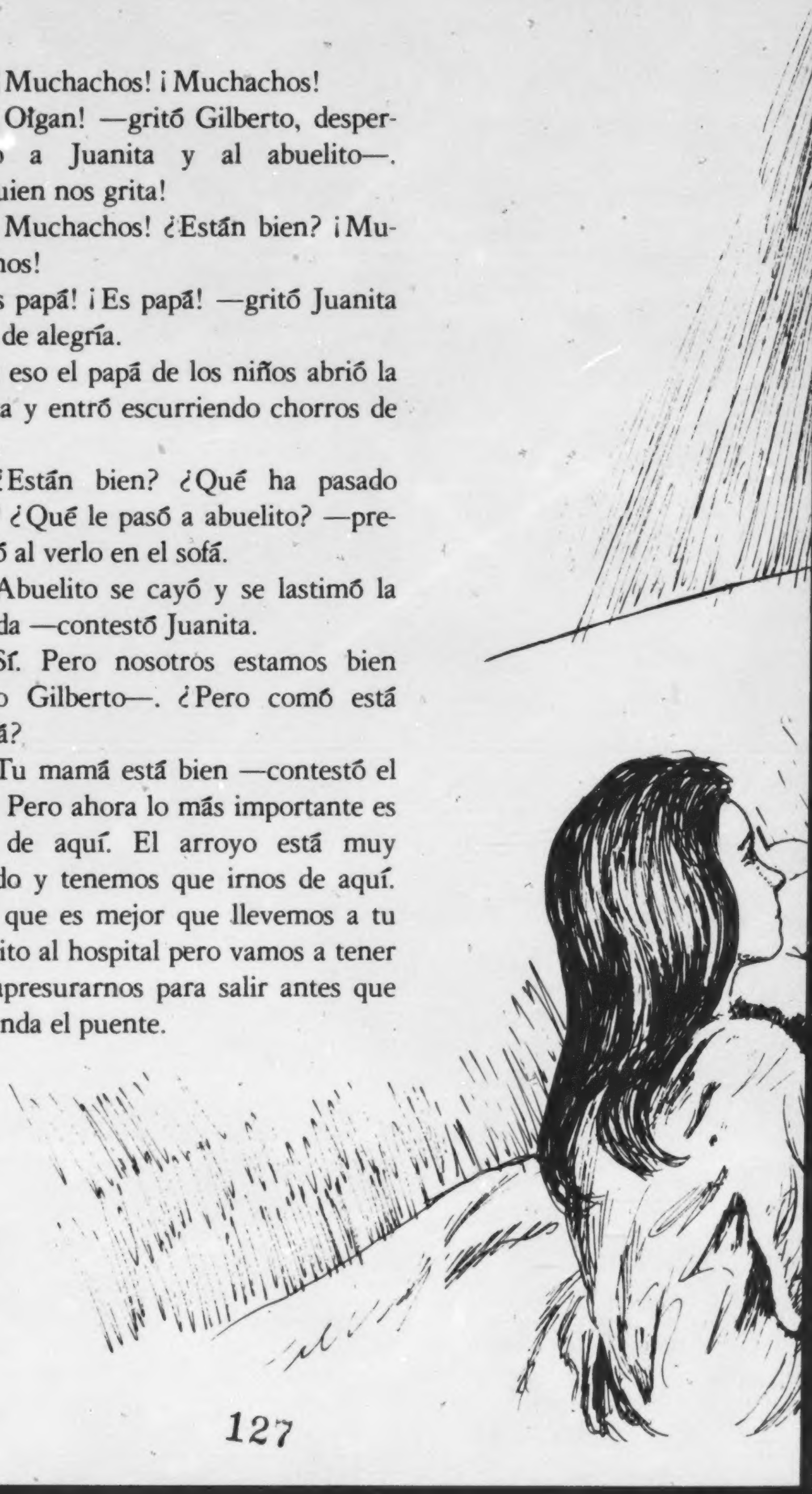
En eso el papá de los niños abrió la puerta y entró escurriendo chorros de agua.

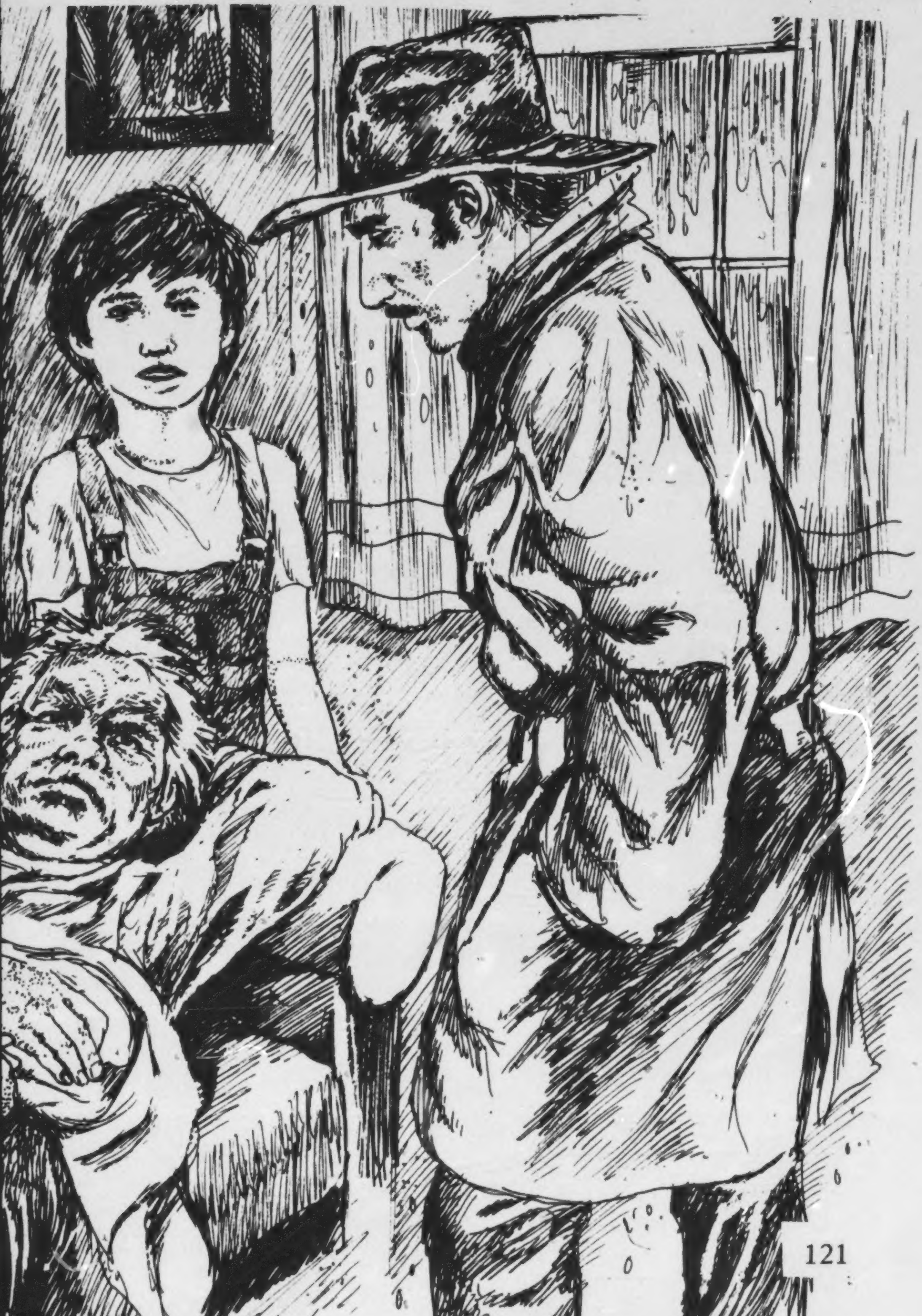
—¿Están bien? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué le pasó a abuelito? —preguntó al verlo en el sofá.

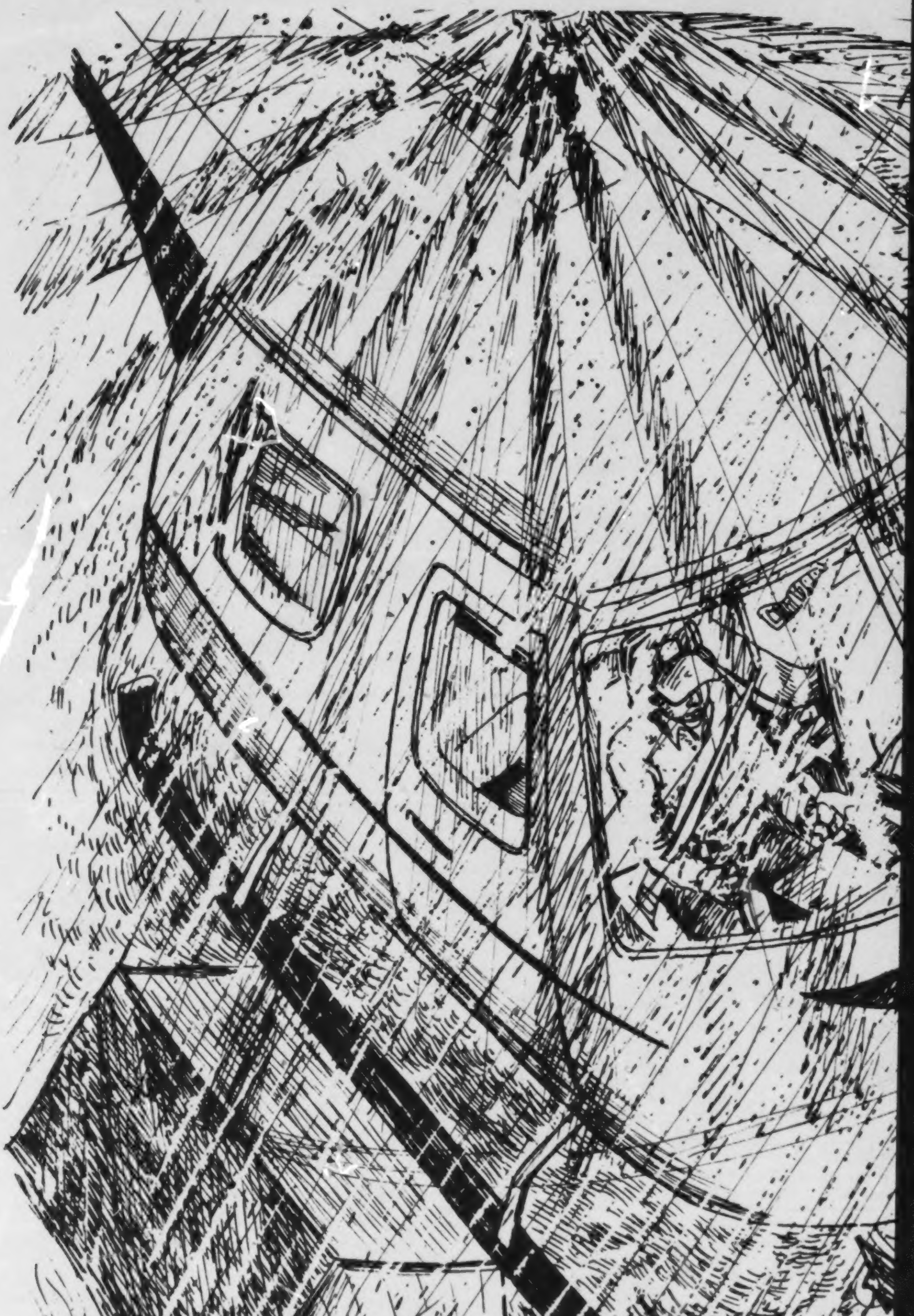
—Abuelito se cayó y se lastimó la espalda —contestó Juanita.

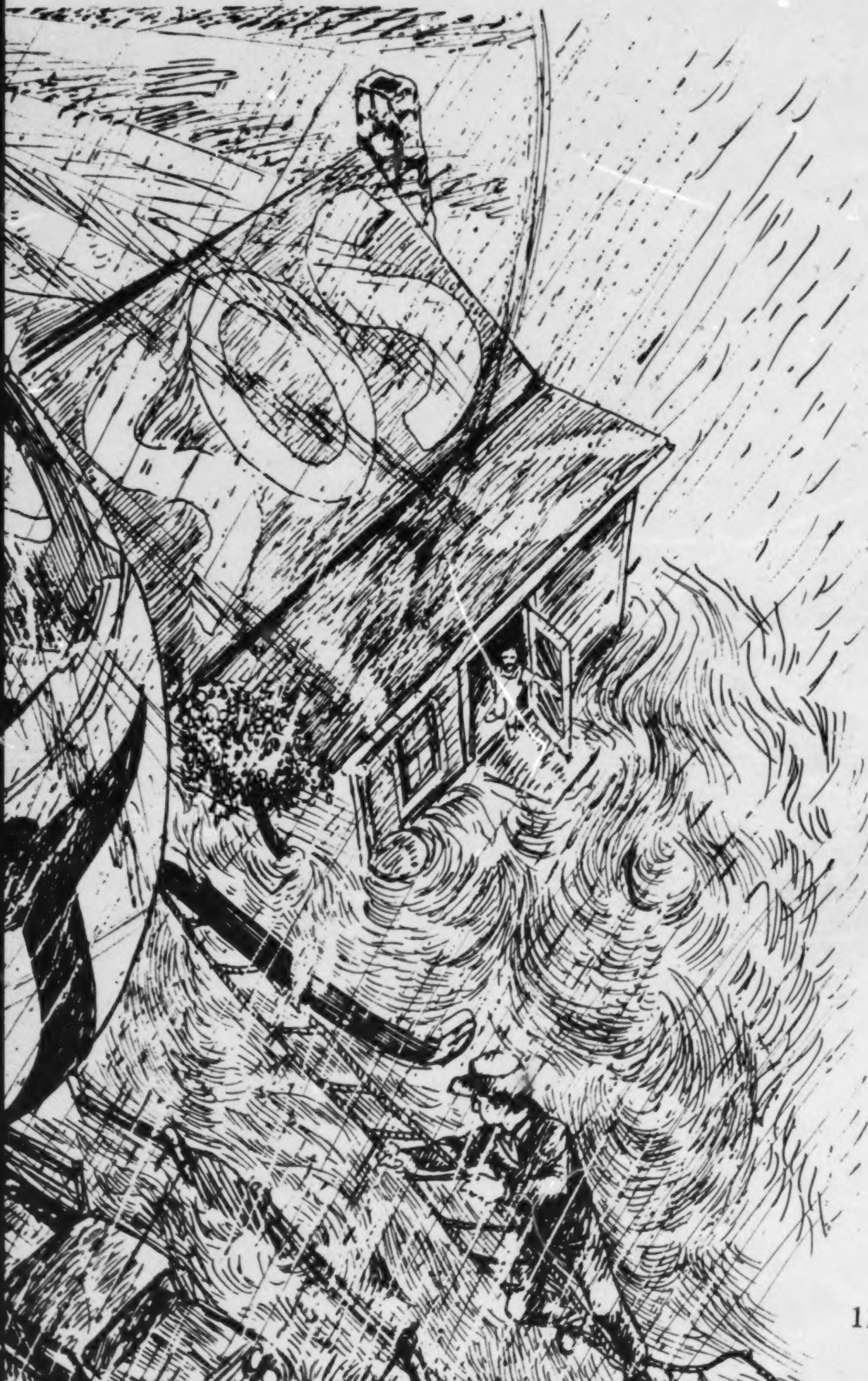
—Sí. Pero nosotros estamos bien —dijo Gilberto—. ¿Pero comó está mamá?

—Tu mamá está bien —contestó el papá. Pero ahora lo más importante es salir de aquí. El arroyo está muy crecido y tenemos que irnos de aquí. Creo que es mejor que llevemos a tu abuelito al hospital pero vamos a tener que apresurarnos para salir antes que se hunda el puente.









En ese mismo momento se oyeron los motores de un helicóptero.

—¡El mensaje! ¡Tienen que haber visto el mensaje! —gritó Gilberto corriendo hacia la ventana.

Un helicóptero estaba volando alrededor de la casa. Luego vieron que se detuvo en el aire.

—El mesaje . . . ¡Vio el mensaje! —gritó Juanita.

El helicóptero dejó caer una escalera de mecate. En unos instantes bajó un soldado por la escalera.

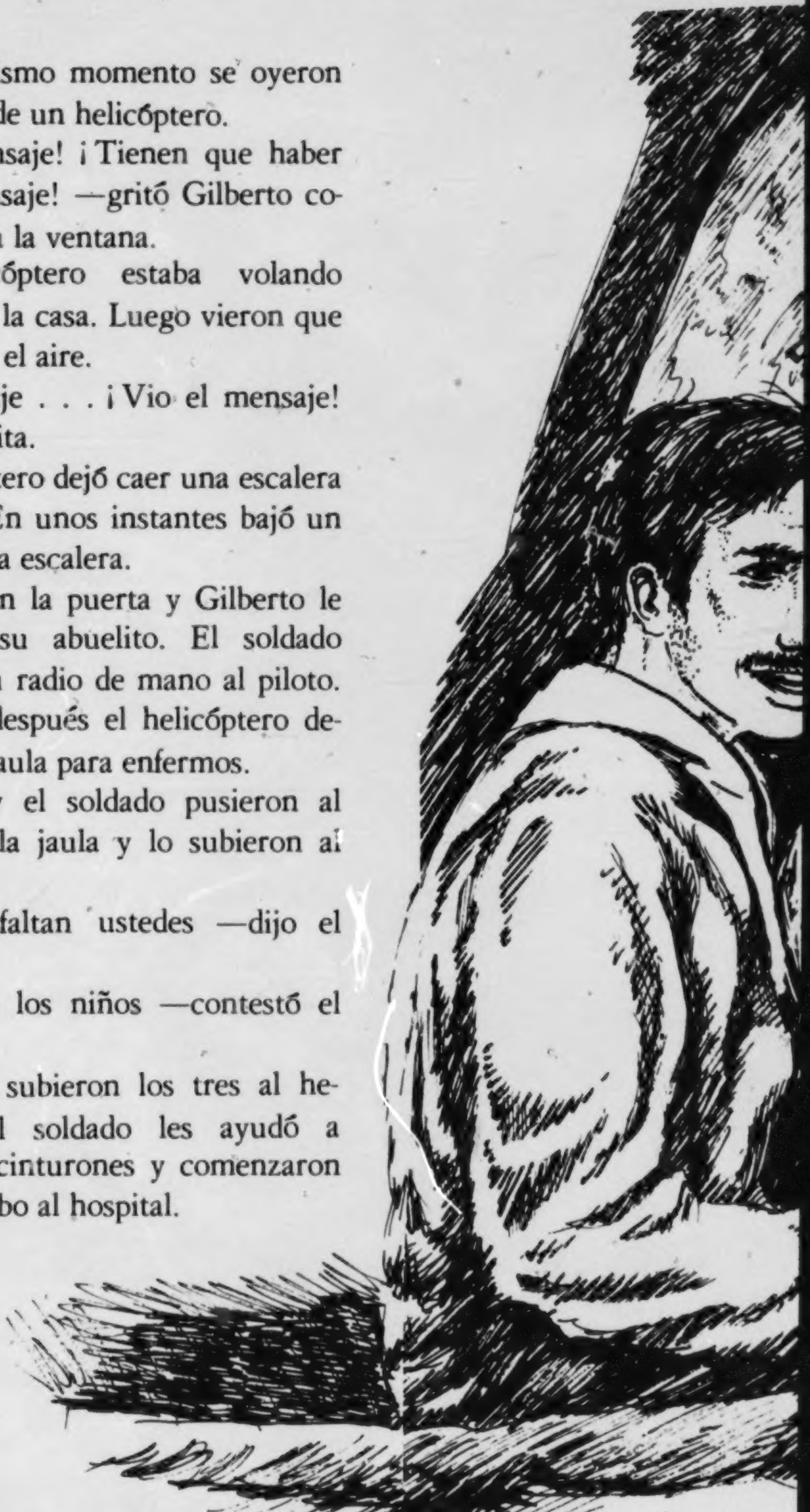
Le abrieron la puerta y Gilberto le explicó de su abuelito. El soldado llamó con su radio de mano al piloto. Momentos después el helicóptero dejó caer una jaula para enfermos.

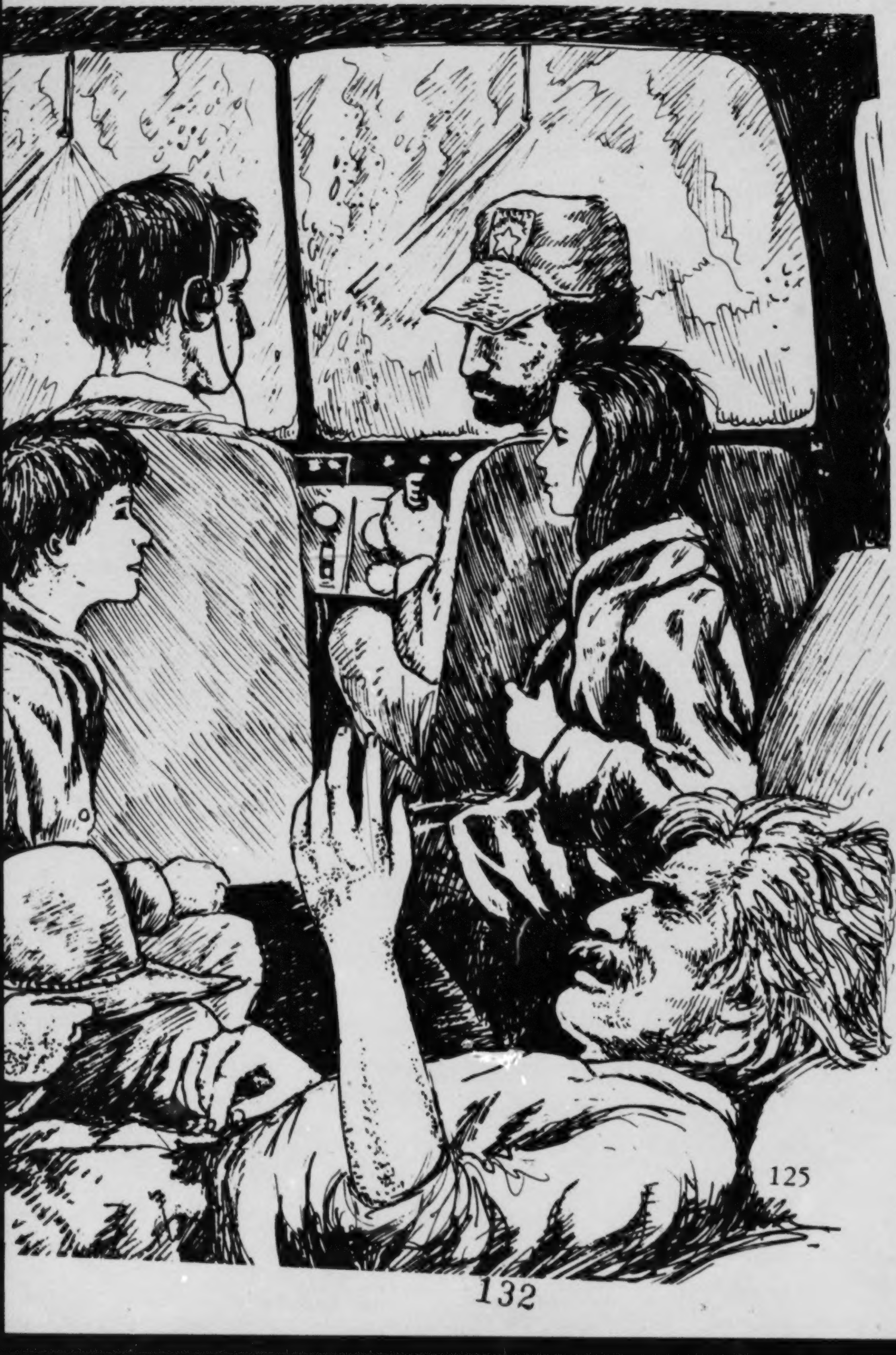
El papá y el soldado pusieron al abuelito en la jaula y lo subieron al helicóptero.

—Ahora faltan ustedes —dijo el soldado.

—Primero los niños —contestó el papá.

Al fin se subieron los tres al helicóptero. El soldado les ayudó a ponerse los cinturones y comenzaron el vuelo rumbo al hospital.





—¡Los animales! ¡Los animales! —gritó de repente Gilberto—. ¡Se nos olvidaron los animales!

—Yo los solté antes de subirme —contestó el papá—. Están bien. No te preocupes.

En poco tiempo llegó el helicóptero con la familia al hospital del pueblo. Allí pronto llevaron al abuelito al cuarto de emergencia. Cuando vieron que estaban atendiendo al abuelito, los niños y el papá fueron a ver a doña Josefina.

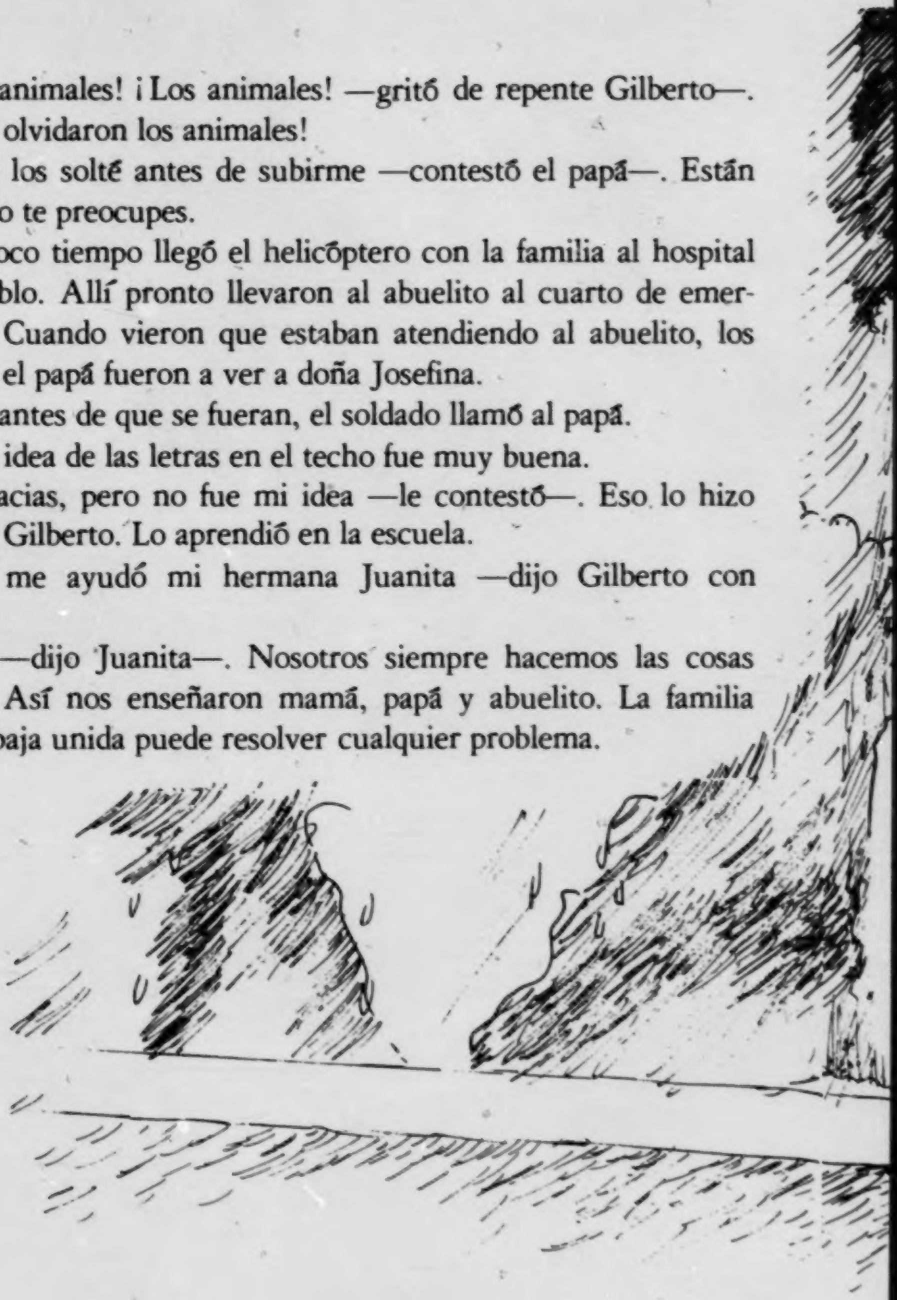
Pero antes de que se fueran, el soldado llamó al papá.

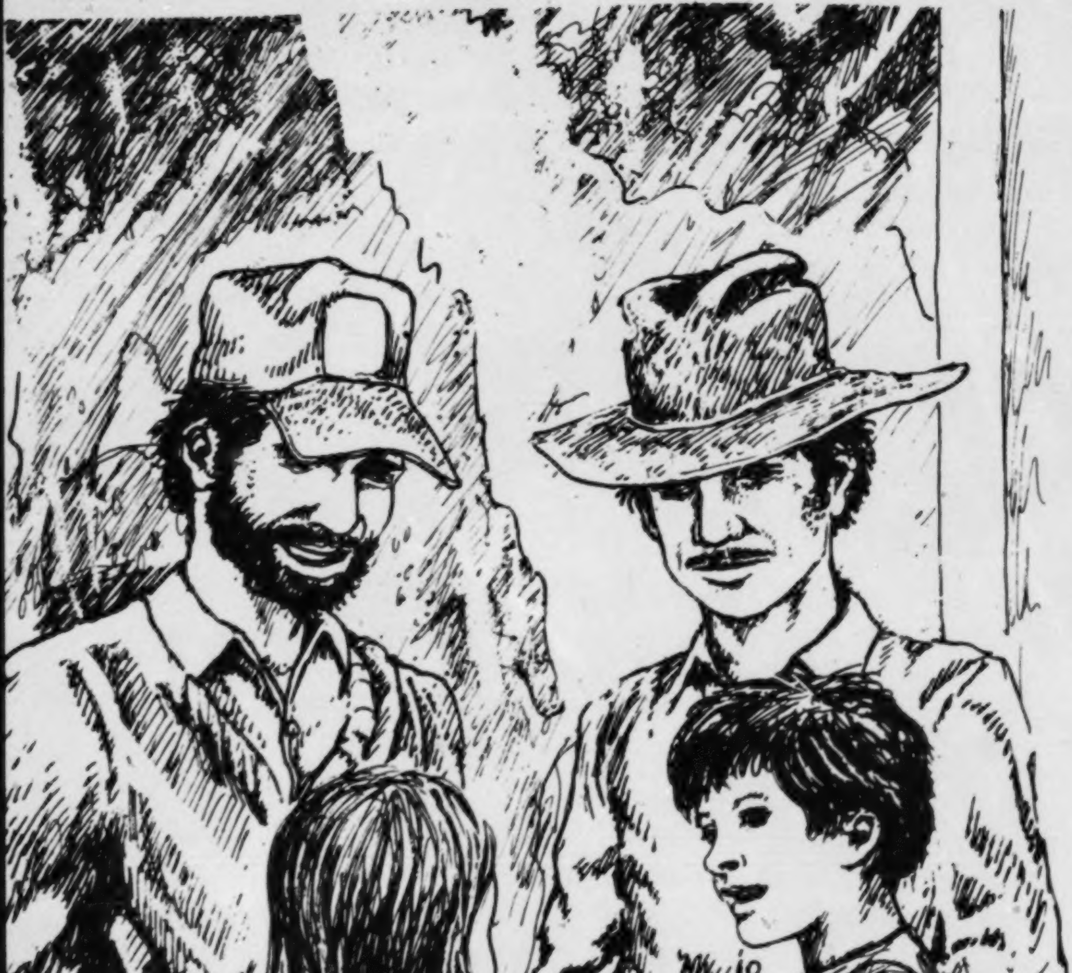
—Su idea de las letras en el techo fue muy buena.

—Gracias, pero no fue mi idea —le contestó—. Eso lo hizo mi hijo Gilberto. Lo aprendió en la escuela.

—Y me ayudó mi hermana Juanita —dijo Gilberto con orgullo.

—Sí —dijo Juanita—. Nosotros siempre hacemos las cosas juntos. Así nos enseñaron mamá, papá y abuelito. La familia que trabaja unida puede resolver cualquier problema.





La creciente del arroyo duró tres días. Durante esos tres días la familia se quedó en el pueblo. Al cuarto día el hospital le avisó al papá que el abuelito ya podía salir del hospital. Para ese día ya había bajado la creciente.

—Ahora si podemos regresar al rancho —dijo el papá—. Mamá se tiene que quedar unos cuantos días más, pero nosotros volveremos al rancho hoy. Tenemos mucho que hacer.

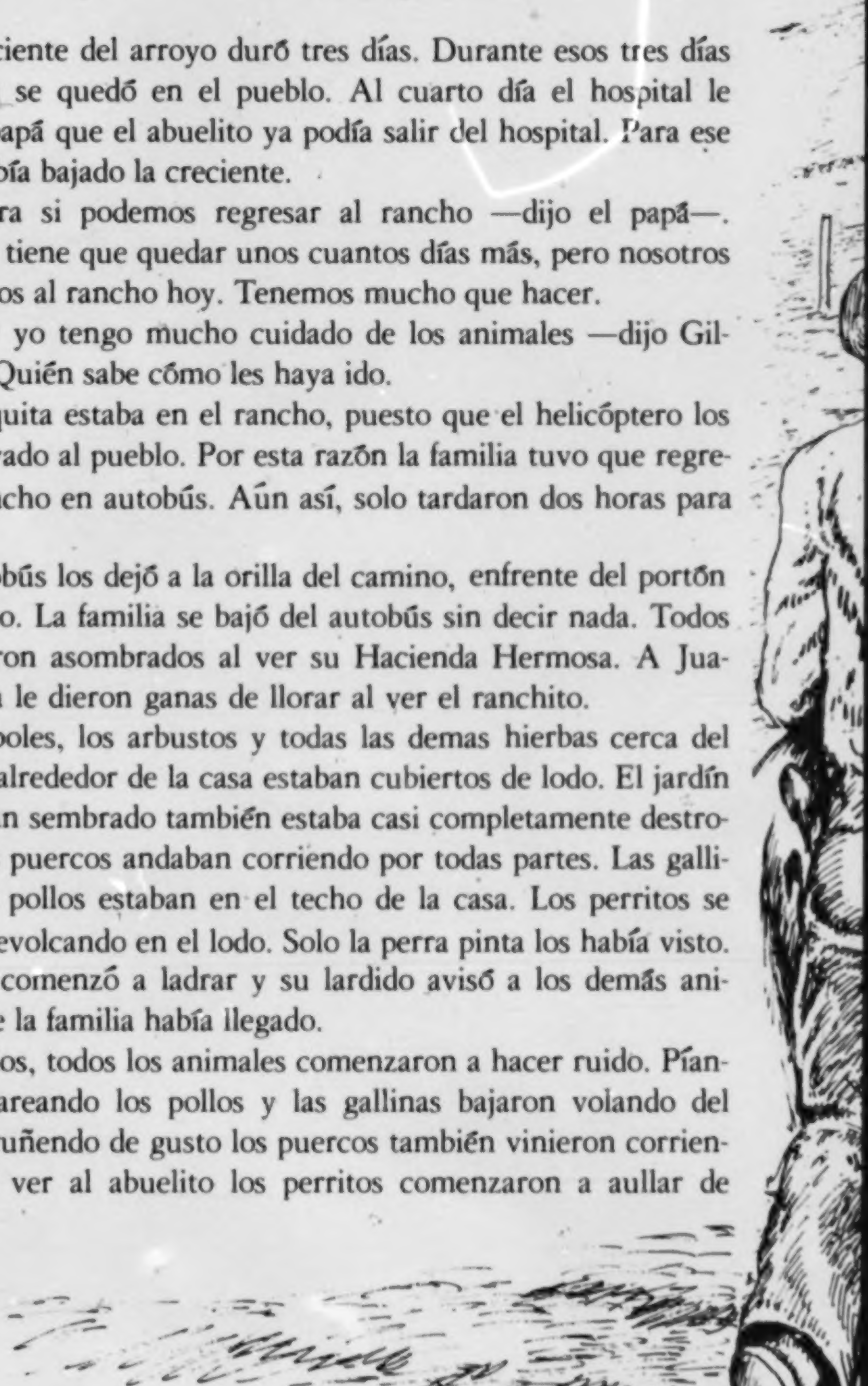
—Sí, y yo tengo mucho cuidado de los animales —dijo Gilberto—. Quién sabe cómo les haya ido.

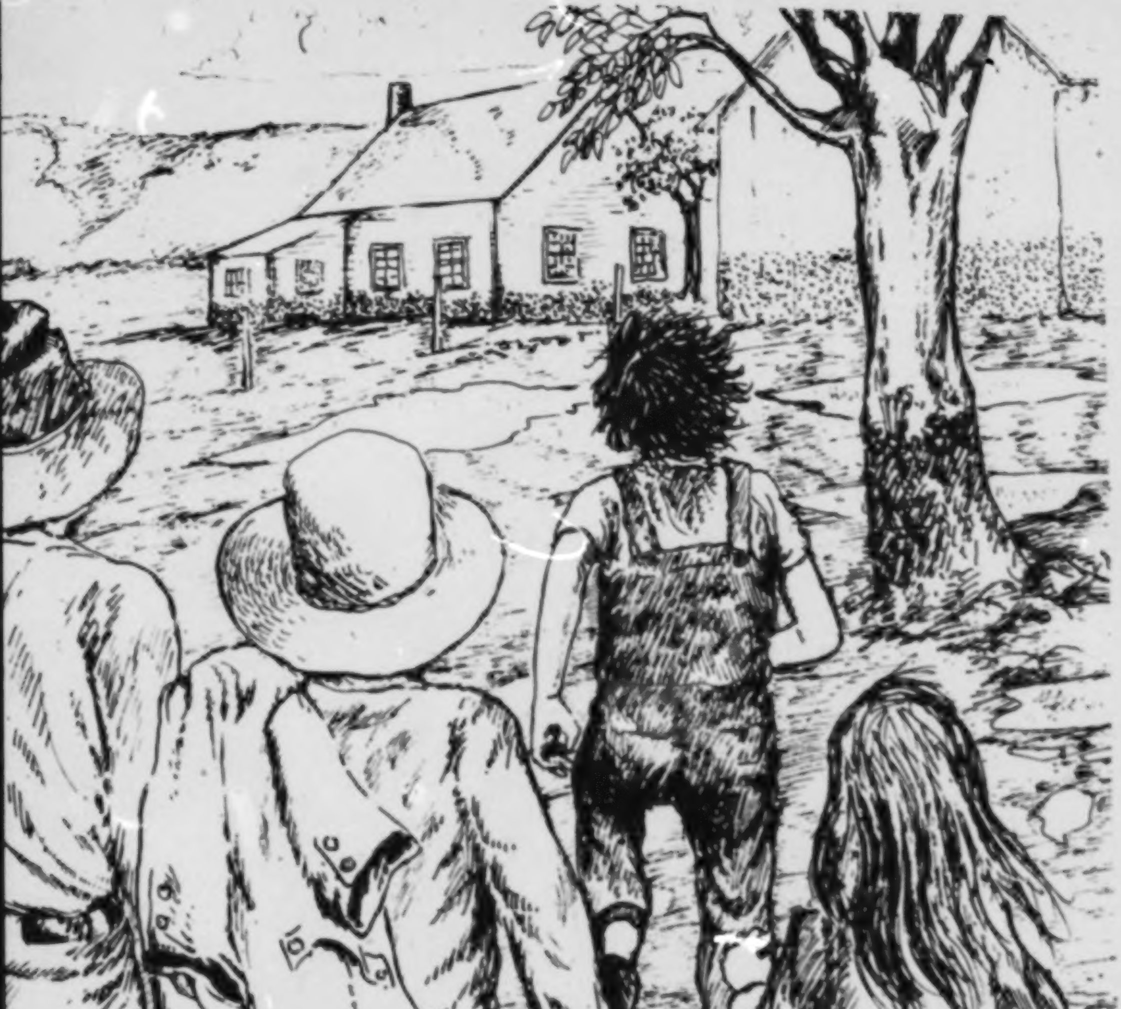
La troquita estaba en el rancho, puesto que el helicóptero los había llevado al pueblo. Por esta razón la familia tuvo que regresar al rancho en autobús. Aún así, solo tardaron dos horas para llegar.

El autobús los dejó a la orilla del camino, enfrente del portón del rancho. La familia se bajó del autobús sin decir nada. Todos se quedaron asombrados al ver su Hacienda Hermosa. A Juanita hasta le dieron ganas de llorar al ver el ranchito.

Los árboles, los arbustos y todas las demas hierbas cerca del arroyo y alrededor de la casa estaban cubiertos de lodo. El jardín que habían sembrado también estaba casi completamente destrozado. Los puercos andaban corriendo por todas partes. Las gallinas y los pollos estaban en el techo de la casa. Los perritos se estaban revolcando en el lodo. Solo la perra pinta los había visto. La perra comenzó a ladrar y su lardido avisó a los demás animales que la familia había llegado.

Al verlos, todos los animales comenzaron a hacer ruido. Píando y cacareando los pollos y las gallinas bajaron volando del techo. Gruñendo de gusto los puercos también vinieron corriendo. Y al ver al abuelito los perritos comenzaron a aullar de gusto.

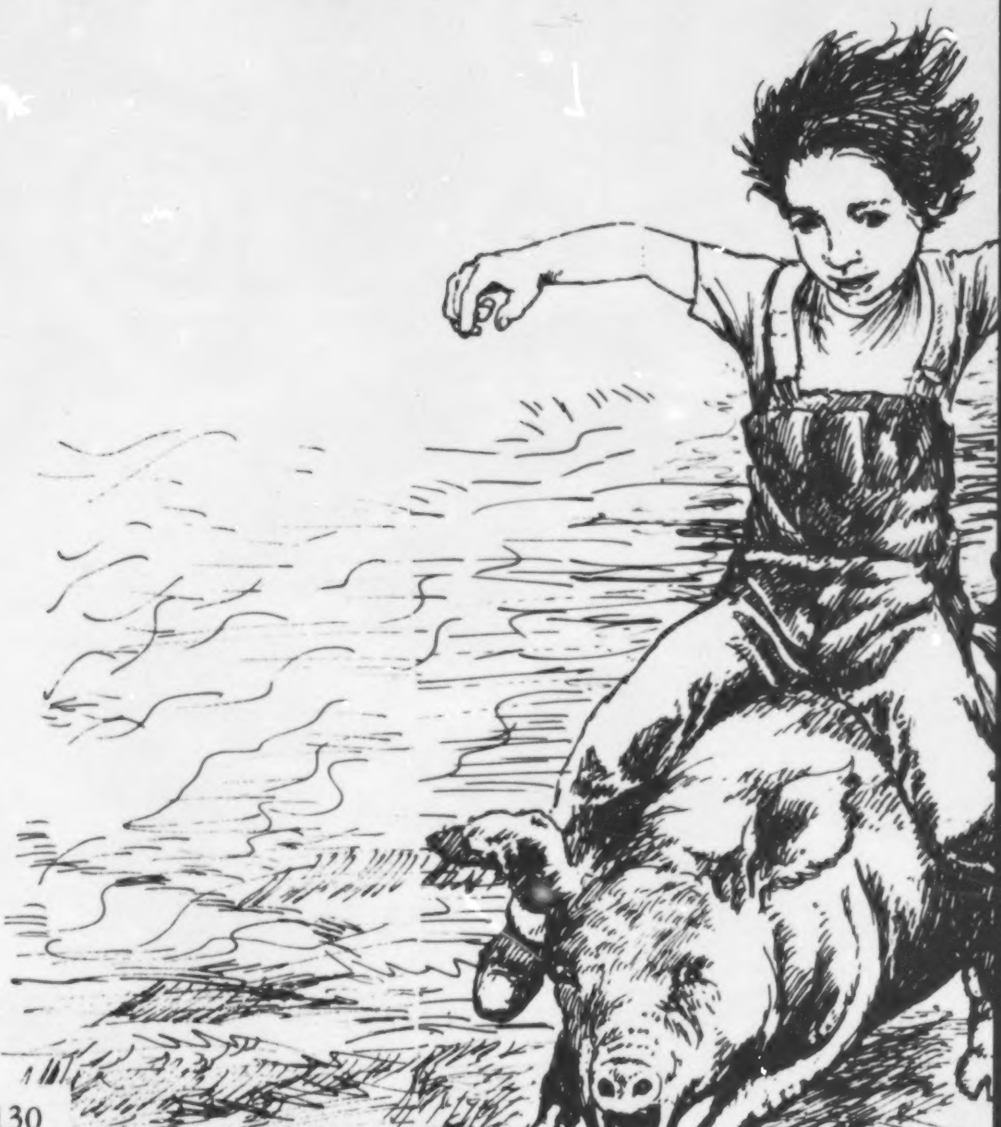


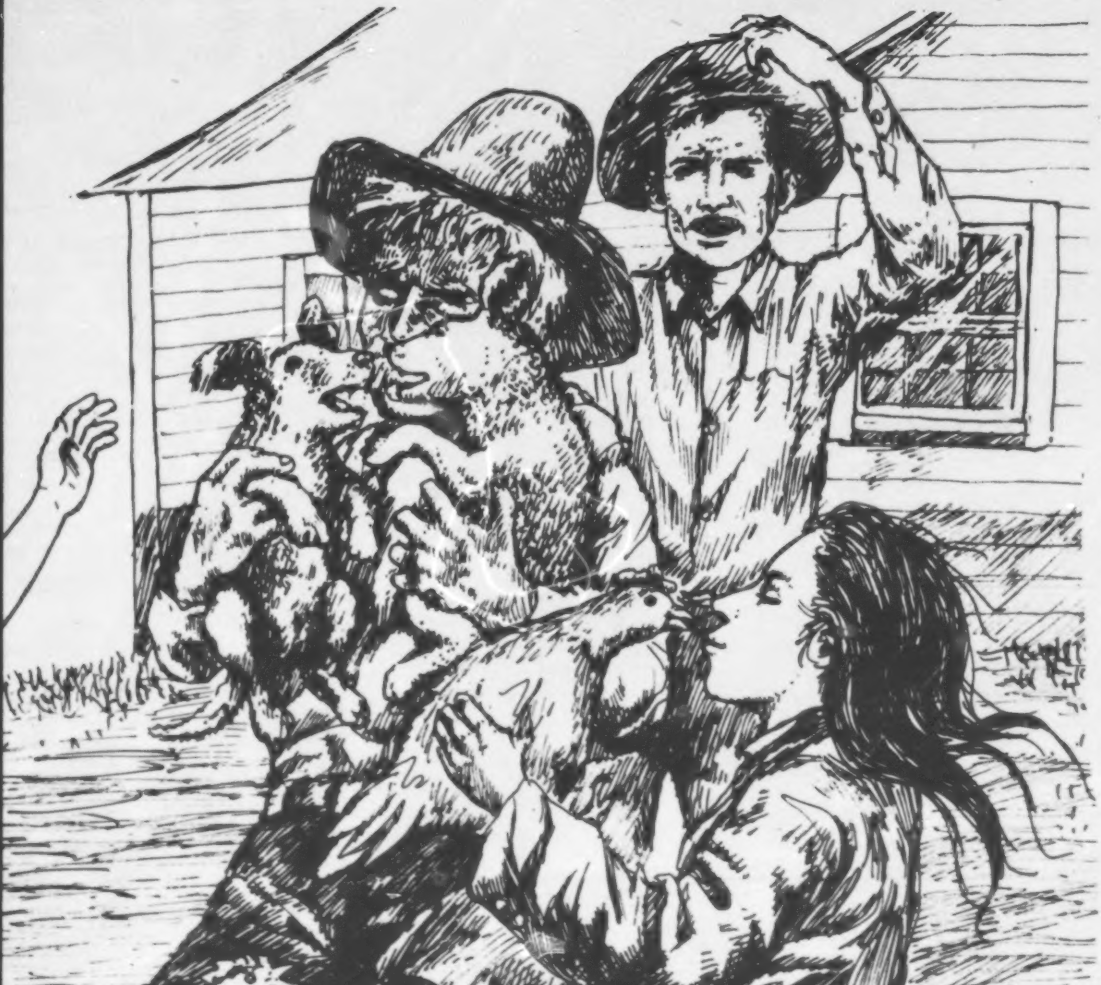


—Ya llegamos . . . —les decía Gilberto a los animales que corrían y brincaban de gusto—. Ya llegamos . . . ya, ya basta. Apacíguense.

Pero los animales no entendían, o no querían entender. Ellos seguían brincando y corriendo de gusto.

—Ya . . . ¡Ya! —decía Juanita también, llorando de gusto al ver lo feliz que estaban los animales.





Los perritos, ladrando de gusto habían rodeado al abuelito y le comenzaron a morder los pantalones y los zapatos. Riéndose, el abuelito levantó a dos perritos y comenzó a jugar con ellos.

Al fin la familia entró a la casita. Viendo alrededor el papá dijo:

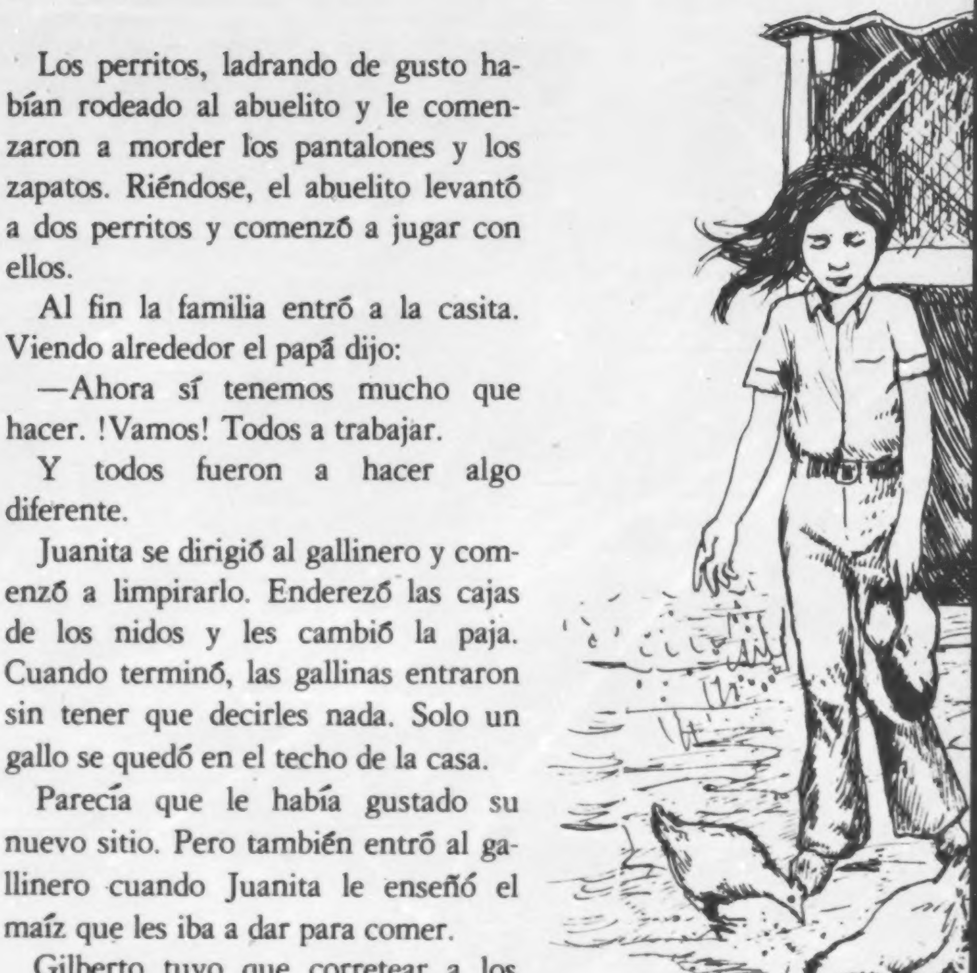
—Ahora sí tenemos mucho que hacer. !Vamos! Todos a trabajar.

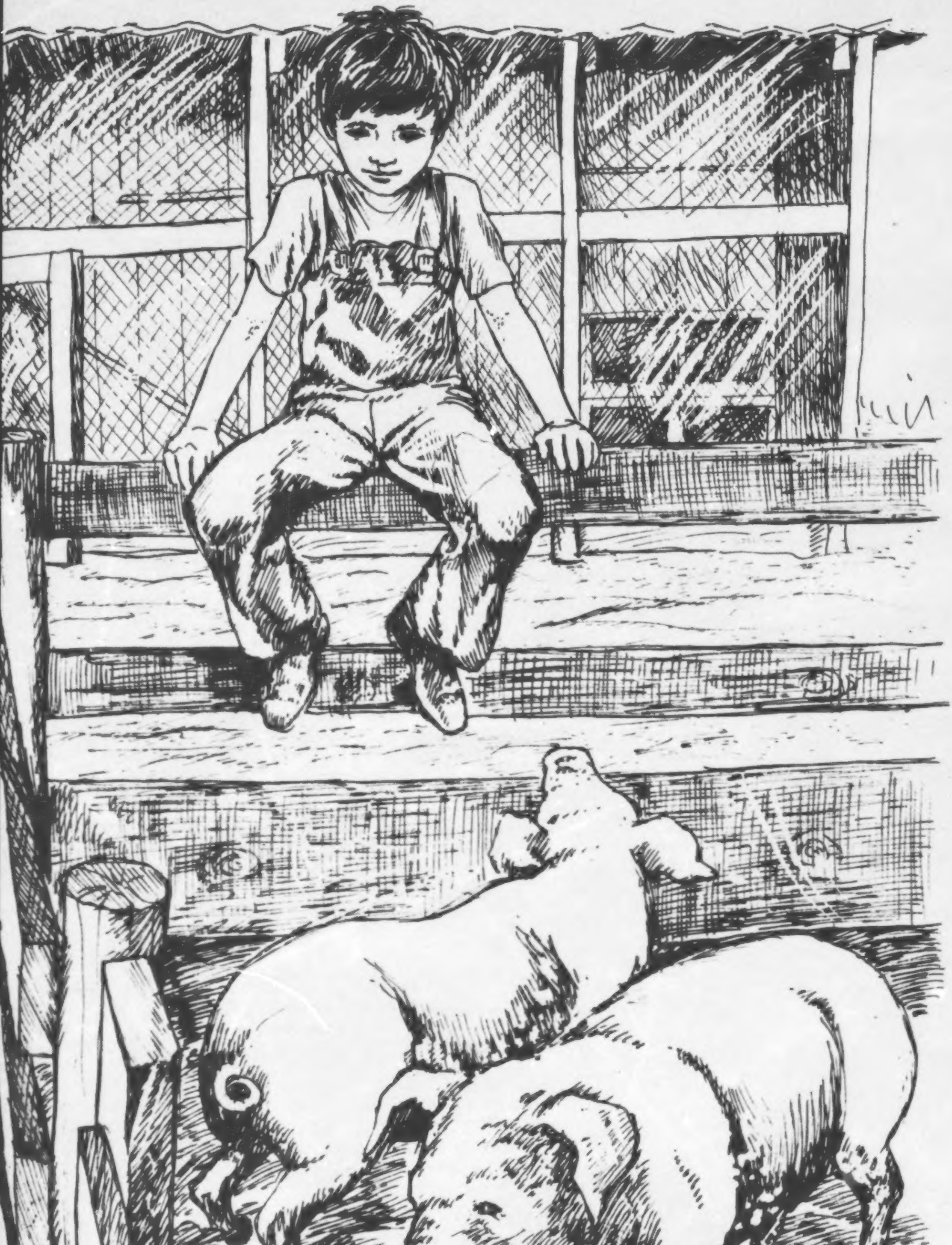
Y todos fueron a hacer algo diferente.

Juanita se dirigió al gallinero y comenzó a limpirarlo. Enderezó las cajas de los nidos y les cambió la paja. Cuando terminó, las gallinas entraron sin tener que decirles nada. Solo un gallo se quedó en el techo de la casa.

Parecía que le había gustado su nuevo sitio. Pero también entró al gallinero cuando Juanita le enseñó el maíz que les iba a dar para comer.

Gilberto tuvo que corretear a los puercos por todas partes. Uno por uno los fue pescando. Y uno por uno los fue llevando a su corralito. Para cuando terminó, Gilberto estaba tan cubierto de lodo como los puercos.





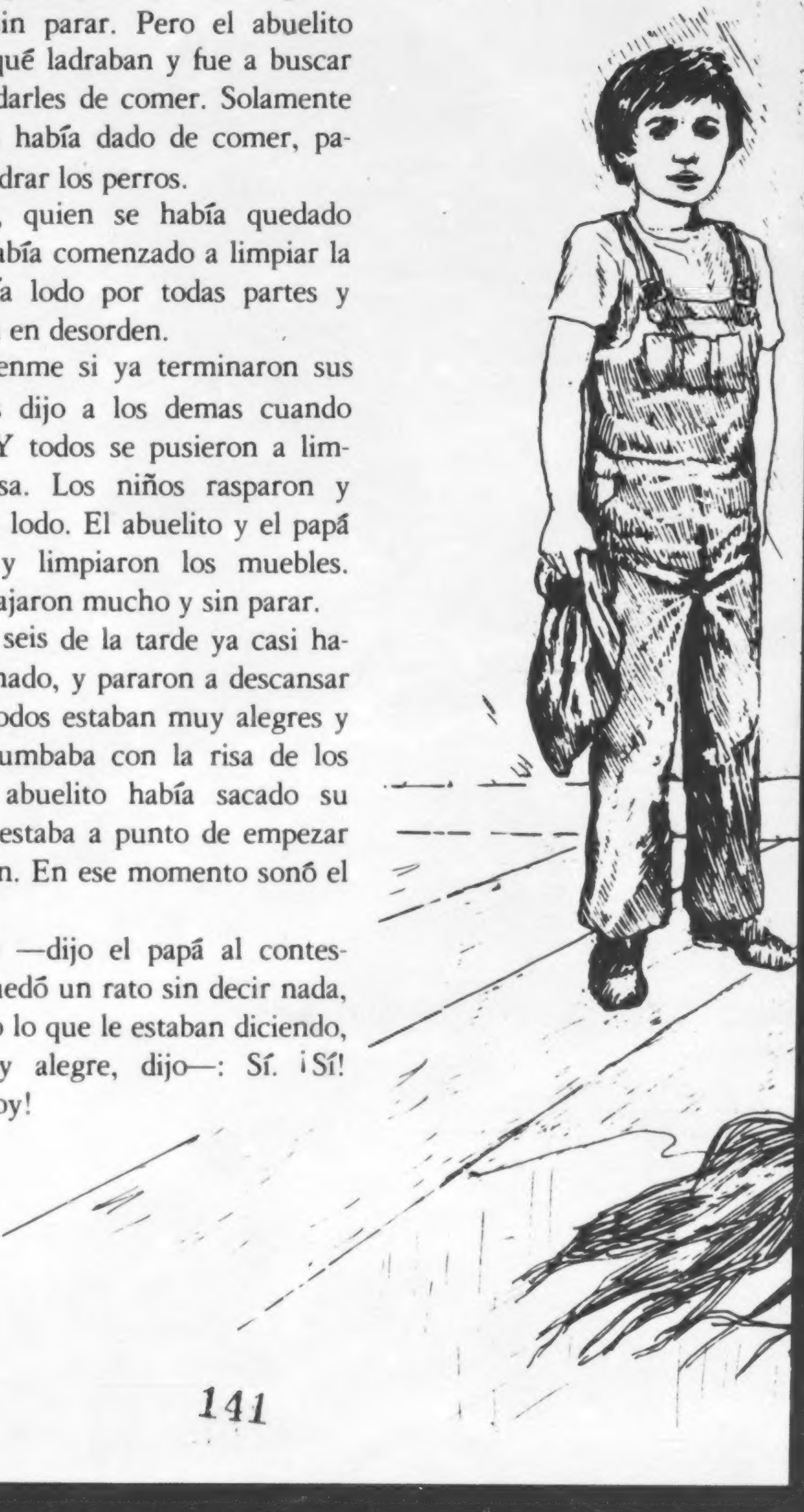
La perra pinta y sus perritos seguían ladrando sin parar. Pero el abuelito sabía por qué ladraban y fue a buscar algo para darles de comer. Solamente cuando les había dado de comer, pararon de ladrar los perros.

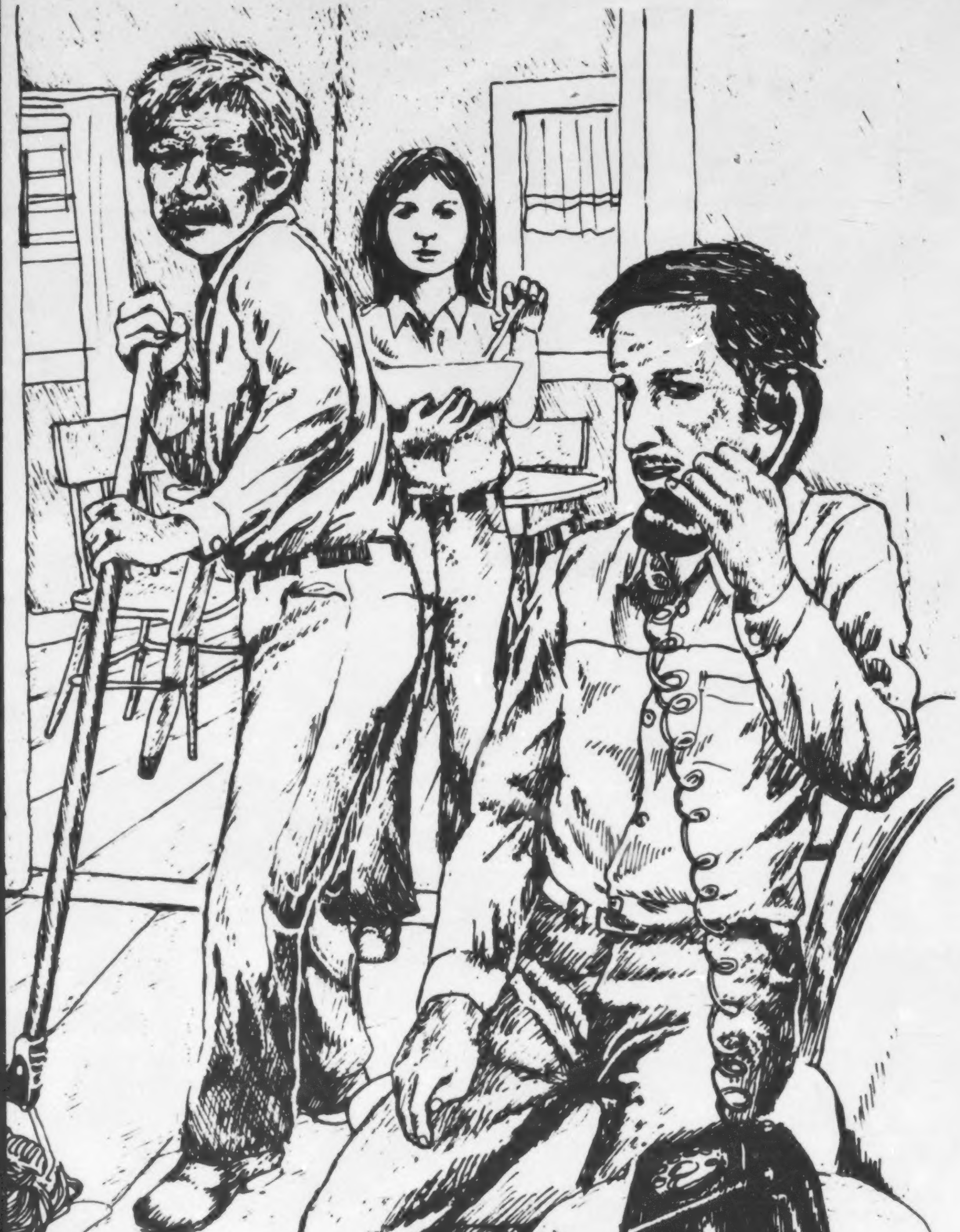
El papá, quien se había quedado adentro, había comenzado a limpiar la casa. Había lodo por todas partes y todo estaba en desorden.

—Ayúdenme si ya terminaron sus tareas —les dijo a los demas cuando entraron. Y todos se pusieron a limpiar la casa. Los niños rasparon y quitaron el lodo. El abuelito y el papá movieron y limpiaron los muebles. Todos trabajaron mucho y sin parar.

Para las seis de la tarde ya casi habían terminado, y pararon a descansar un rato. Todos estaban muy alegres y la casa retumbaba con la risa de los niños. El abuelito había sacado su guitarra y estaba a punto de empezar una canción. En ese momento sonó el teléfono.

—Bueno —dijo el papá al contestarlo. Se quedó un rato sin decir nada, escuchando lo que le estaban diciendo, luego, muy alegre, dijo—: Sí. ¡Sí! ¡Ahorita voy!





—¿Quién era papá? ¿Quién era? —preguntaron los niños, cuando colgó.

—Era el hospital —contestó el papá—. Dijeron que fuera por Mamá. Dijeron que ya está bien y que no se va a tener que estar más días, que ya puede regresar a casa. Por favor terminen ustedes aquí mientras voy por ella.

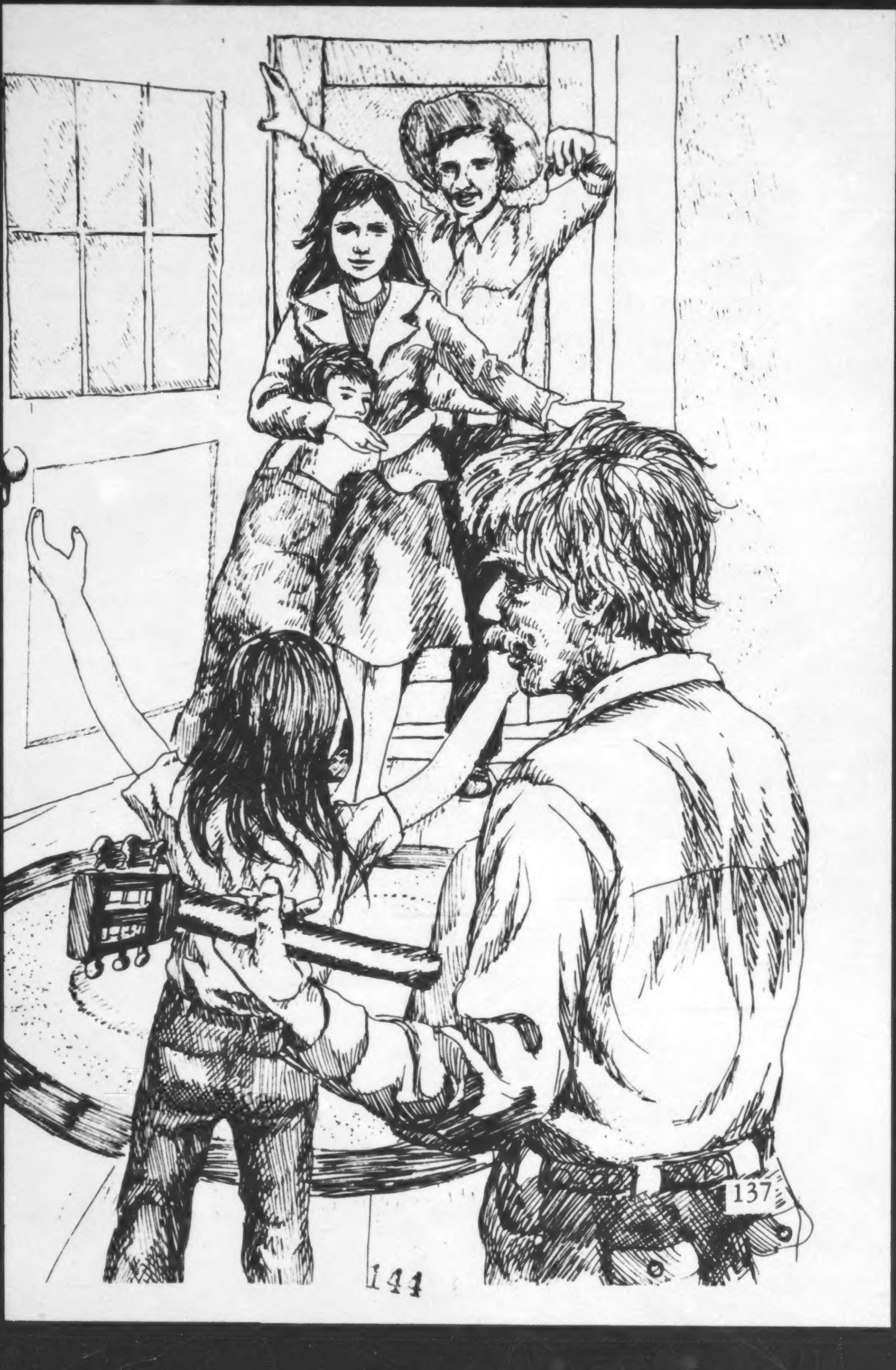
Diciendo así, pronto se puso su saco y se fue. Tres horas después oyeron la troquita. ¡Ya habían regresado los padres de los niños! Los niños y el abuelito estaban en la casa esperándolos. Ya todo en la casa había cambiado. Estaba todo limpiecito. Las ventanas quebradas estaban cubiertas con cortinas limpias. Los muebles estaban en su lugar, y ni señas había de lodo.

Cuando entró doña Josefina a la casa todos fueron a abrazarla y besarla.

¡Bienvenida! —le dijeron todos juntos—. ¡Bienvenida a nuestra Hacienda Hermosa!

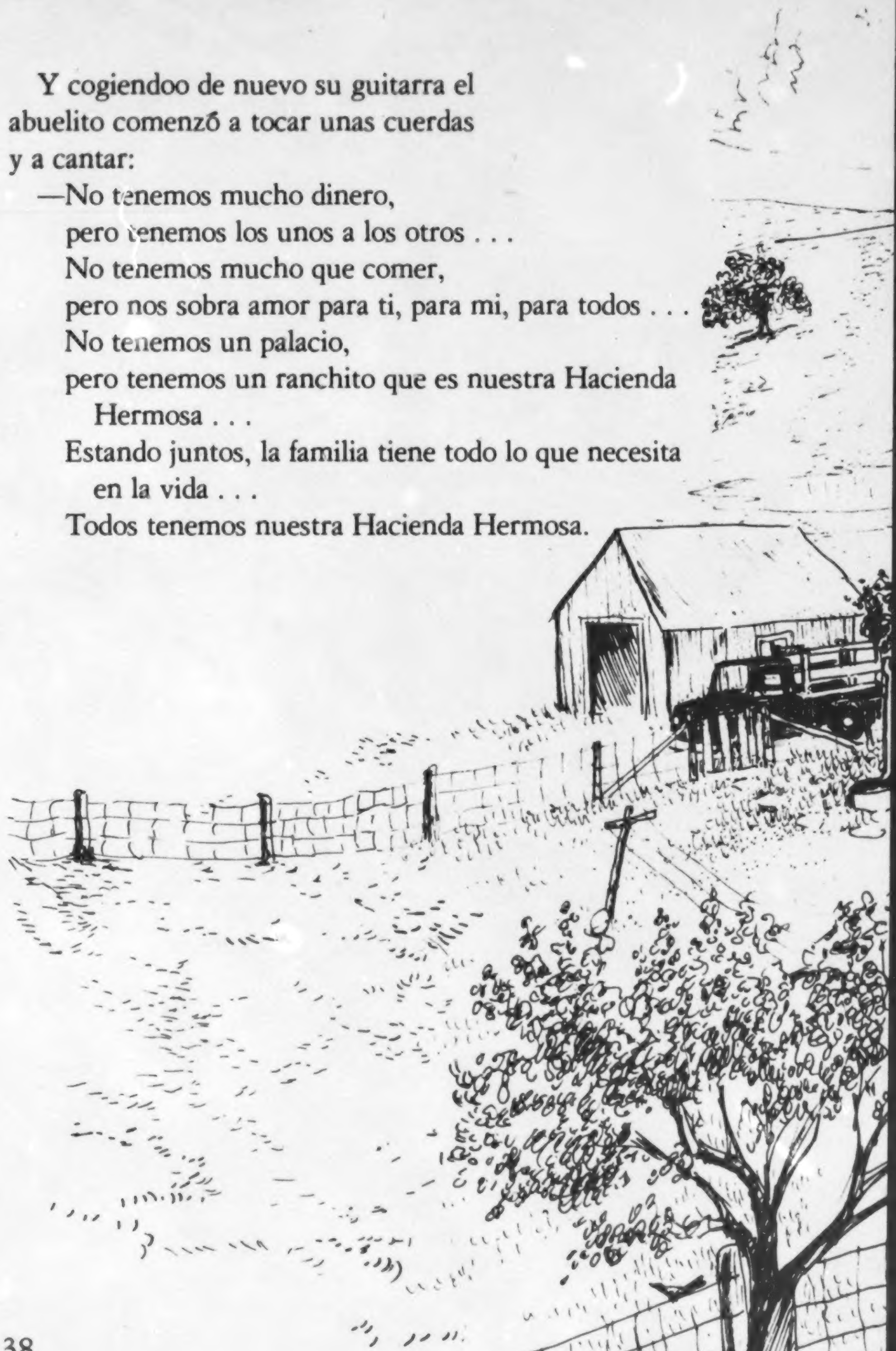
—Ahora sí estamos todos juntos —dijo Gilberto—. Ahora si la podemos llamar la Hacienda Hermosa.

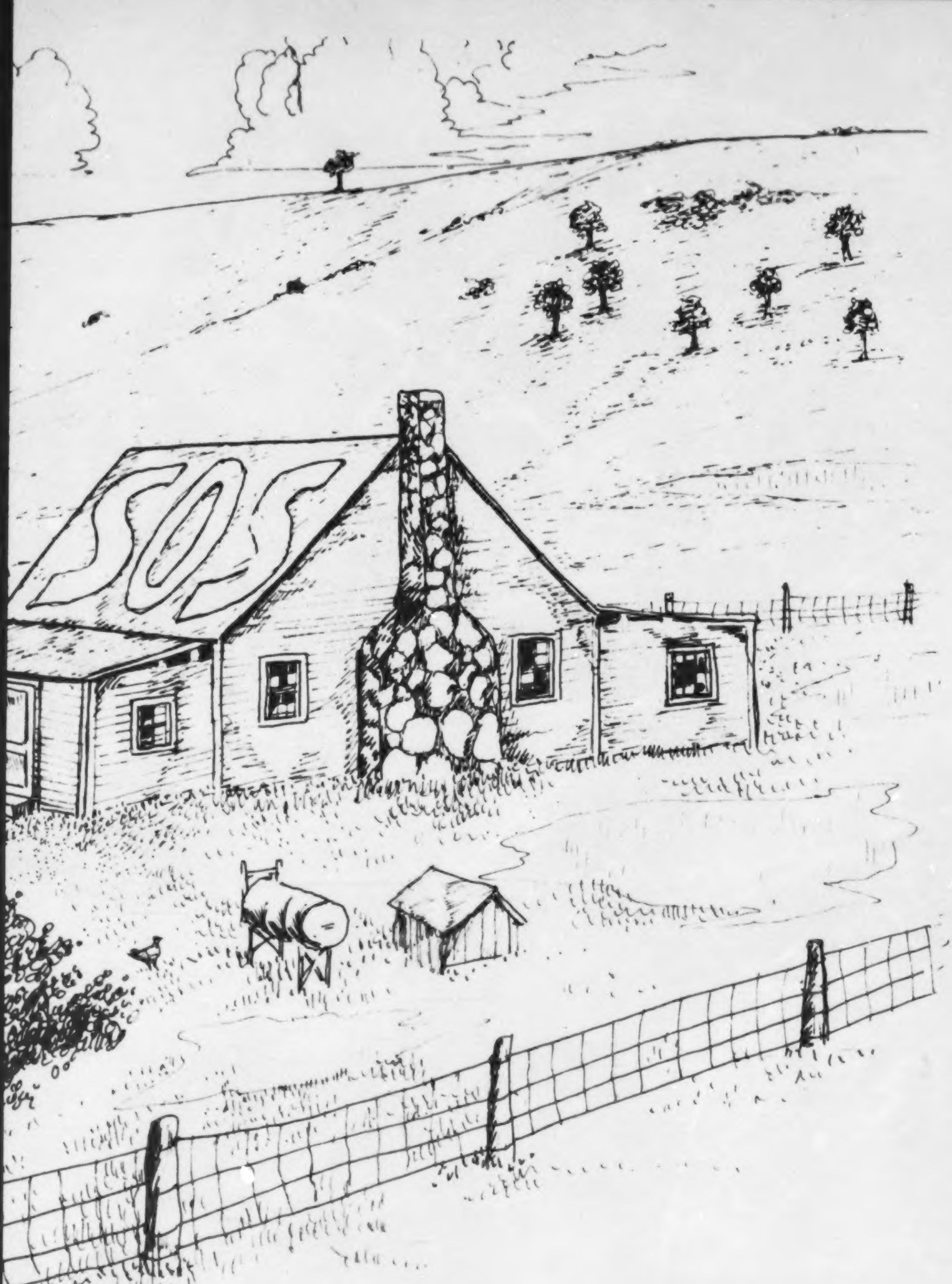
—Sí —dijo Juanita—, aunque las ventanas y unos cuantos muebles estén quebrados. Y aunque algunos trastes se hayan quebrado también durante la tormenta. Pero estamos todos juntos. ¡Sí! !Estamos todos juntos!



Y cogiendoo de nuevo su guitarra el
abuelito comenzó a tocar unas cuerdas
y a cantar:

—No tenemos mucho dinero,
pero tenemos los unos a los otros . . .
No tenemos mucho que comer,
pero nos sobra amor para ti, para mi, para todos . . .
No tenemos un palacio,
pero tenemos un ranchito que es nuestra Hacienda
Hermosa . . .
Estando juntos, la familia tiene todo lo que necesita
en la vida . . .
Todos tenemos nuestra Hacienda Hermosa.




SOS

—Abuelito, abuelito —entró gritando Graciela—. Tengo algo importante que preguntarle.

—¿Qué es Graciela? A ver, pregúntame.

—Hoy en la escuela estábamos estudiando acerca de los indios y se me ocurrió algo.

—¿Y qué fue eso, Graciela? —preguntó su abuelito.

—Pues nos dijo la maestra que hace mucho tiempo vivían indios aquí en el suroeste. También dijo que en aquellos tiempos solo indios vivían aquí.

—Sí, eso, es cierto —dijo el abuelito.

—Pero si eso es cierto, ¿entonces dónde están los indios hoy? ¿Qué les pasó?

—Tu pregunta es muy importante, Graciela. Deja platicarte de Juan Rodríguez y su familia.

—Yo quiero saber de los indios, abuelito. Quiero saber de los indios y no del señor Rodríguez.

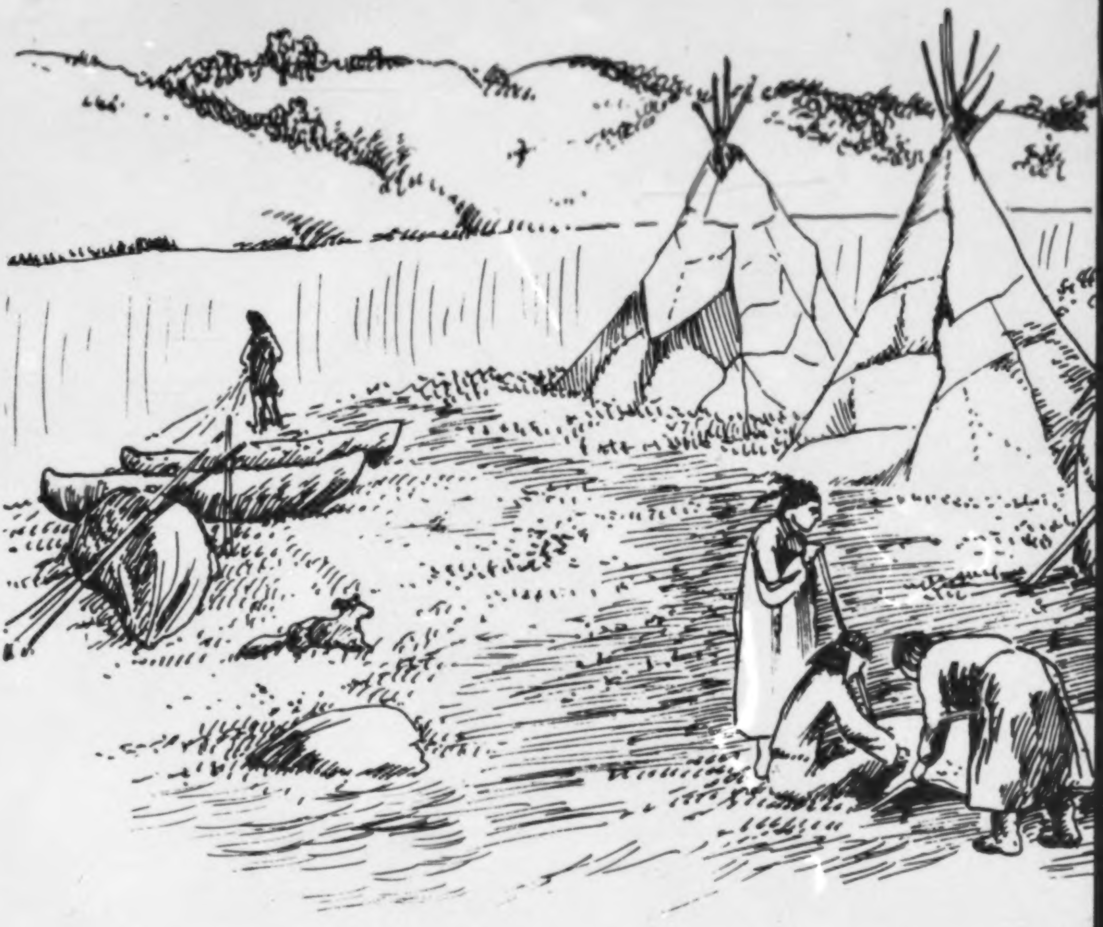
—Yo sé. Yo sé. Pero escucha lo que te voy a platicar y veras que es importante. Te voy a explicar lo que les pasó a los indios. Ven, acércate.

Graciela se sentó en el piso, a un lado de su abuelito. El abuelito empezó a hablar.

—Hace casi trecientos años vinieron los españoles a Texas. En aquel tiempo solo indios vivían aquí. Ellos vivían en campamentos llamados *rancherías*. Estas rancherías estaban construídas solamente como campamentos temporales, y que los indios se mudaban con frecuencia, según el clima y la abundancia de comida.

—¿Cómo eran sus casas? —preguntó Graciela.

—Sus casas no eran como las nuestras —contestó su abuelito—. Las casas eran de ramas, zacate, pieles de animales y lodo. Estaban construidas de tal manera que se podían quitar y poner con facilidad y rapidez. Así se podían mover las casas de un lugar a otro.

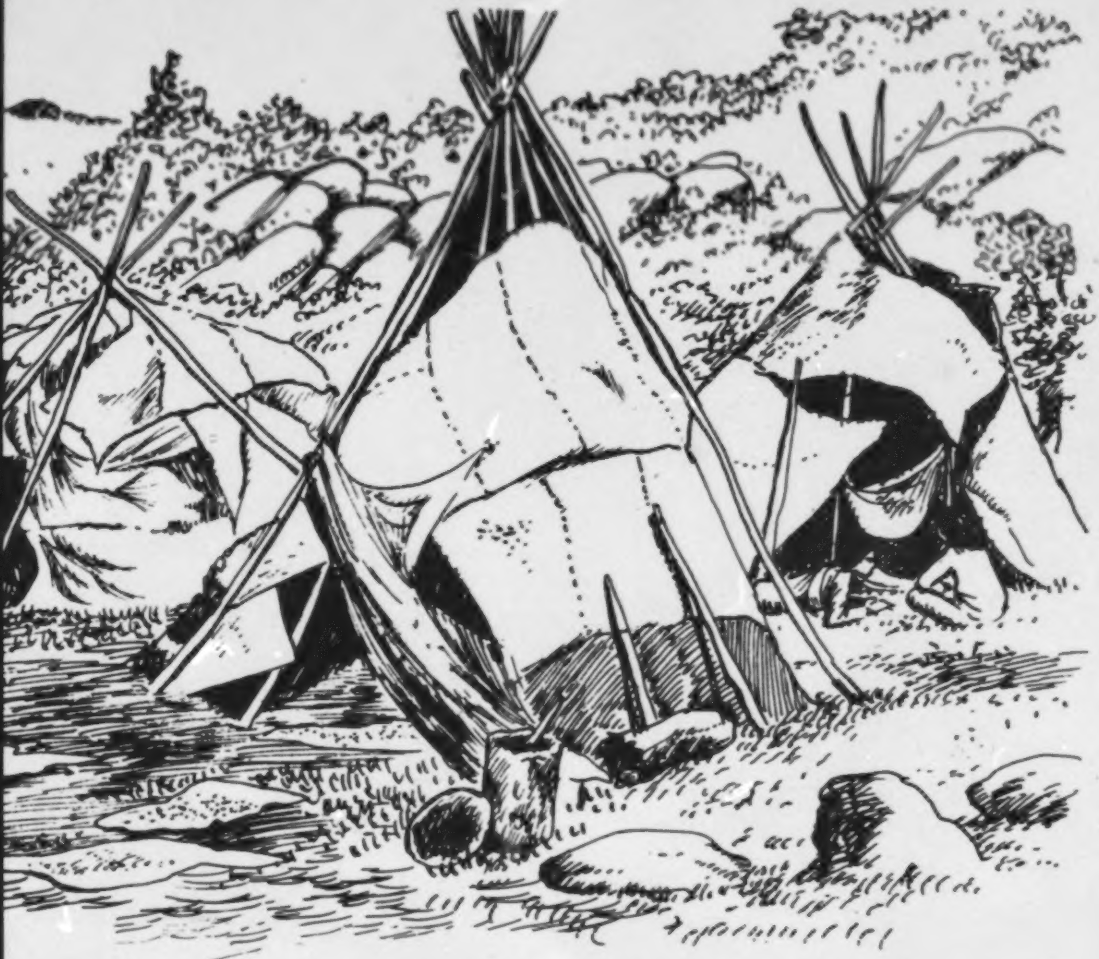


—¿Y por qué no se quedaban los indios en un solo lugar?

—Porque no siempre había mucho venado y bisonte que los indios podían cazar para comida, así que movían sus rancherías cerca de donde estaban los animales. Y allí vivían, cazando y usando los animales para comida hasta cuando se iban los animales o se terminaba el invierno.

—Y entonces, ¿qué hacían los indios?

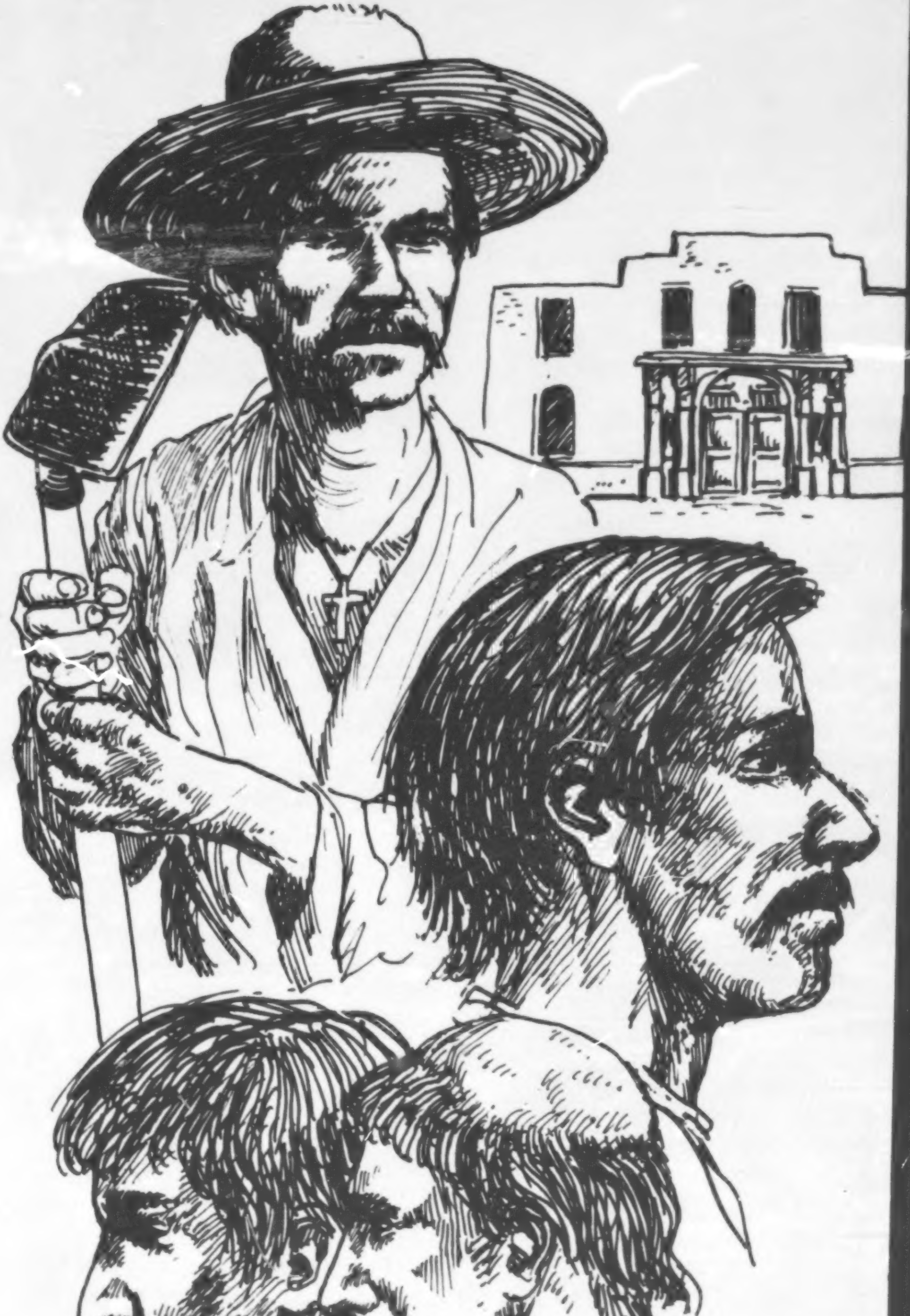
—Bueno, al terminar el invierno y entrar la primavera comenzaban a brotar las tunas de los nopales y las frutas de unos árboles. Entonces se movían los indios a donde existían estas frutas. Y allí vivían hasta que se pasaba la primavera.



—¿Y después, papá grande? ¿Después qué hacían?

—Después los indios se iban a donde había peces, conejos y otros animales chicos que comer. Por esto, porque los indios dependían de lo que encontraban para comer, no tenían pueblos ni ciudades estables ya que tenían que andar en busca de comida.

—Pero cuando llegaron los españoles a la tierra de los indios todo comenzó a cambiar. Los españoles trajeron muchas costumbres y nuevas cosas tanto de España como de México. Una de las constumbres más importantes era la de establecer pueblos y ciudades permanentes. Así fue como en 1718 se estableció la ciudad de San Antonio, Texas. Los españoles y mexicanos cons-



truyeron domicilios permanentes. También construyeron otros edificios importantes, tales como las misiones y las iglesias.

—¿Y los indios, papá grande? ¿Qué les pasó a ellos?

—Bueno, todos estos cambios afectaron el modo de vivir de los indios. Y los que más les afectó fueron las misiones. Las misiones habían sido construídas especialmente para los indios. Los padres españoles los invitaron para que vinieran a vivir en ellas. Allí, en las misiones, los españoles tenían escuelas especiales para los indios. En estas escuelas les enseñaban la religión de los españoles y como hablar el español. También les enseñaban como criar vacas, caballos y chivos, y como cultivar el maíz, el frijol, la calabaza y otras verduras. Así, cuando los indios empezaron a criar sus propios animales y a cultivar su propia comida, ya no tenían que moverse de un lugar a otro. Allí tenían que comer todo el año.

—¿Y el señor Rodríguez, abuelito. ¿Por qué mencionó al señor Rodríguez?

—Eso es parte de la historia, Graciela. En aquel tiempo hubo un jefe de indios que trajo a todos sus indios a San Antonio, el pueblo más grande en el suroeste en esos tiempos. Había decidido que él y todos sus indios debían arrimarse con los españoles y vivir en sus pueblos, y llegaron a San Antonio en 1722. Les dió mucho gusto a los españoles ver tantos indios que querian vivir con ellos y ser amigos.

—Así pues, el jefe y los indios que habían llegado con él se quedaron en San Antonio. Con el tiempo aprendieron a hablar español y a tomar las costumbres de los españoles. También con el tiempo los españoles les dieron nombres en español a los indios. Al jefe de los indios le nombraron Juan Rodríguez.

—¿Y qué les pasó?

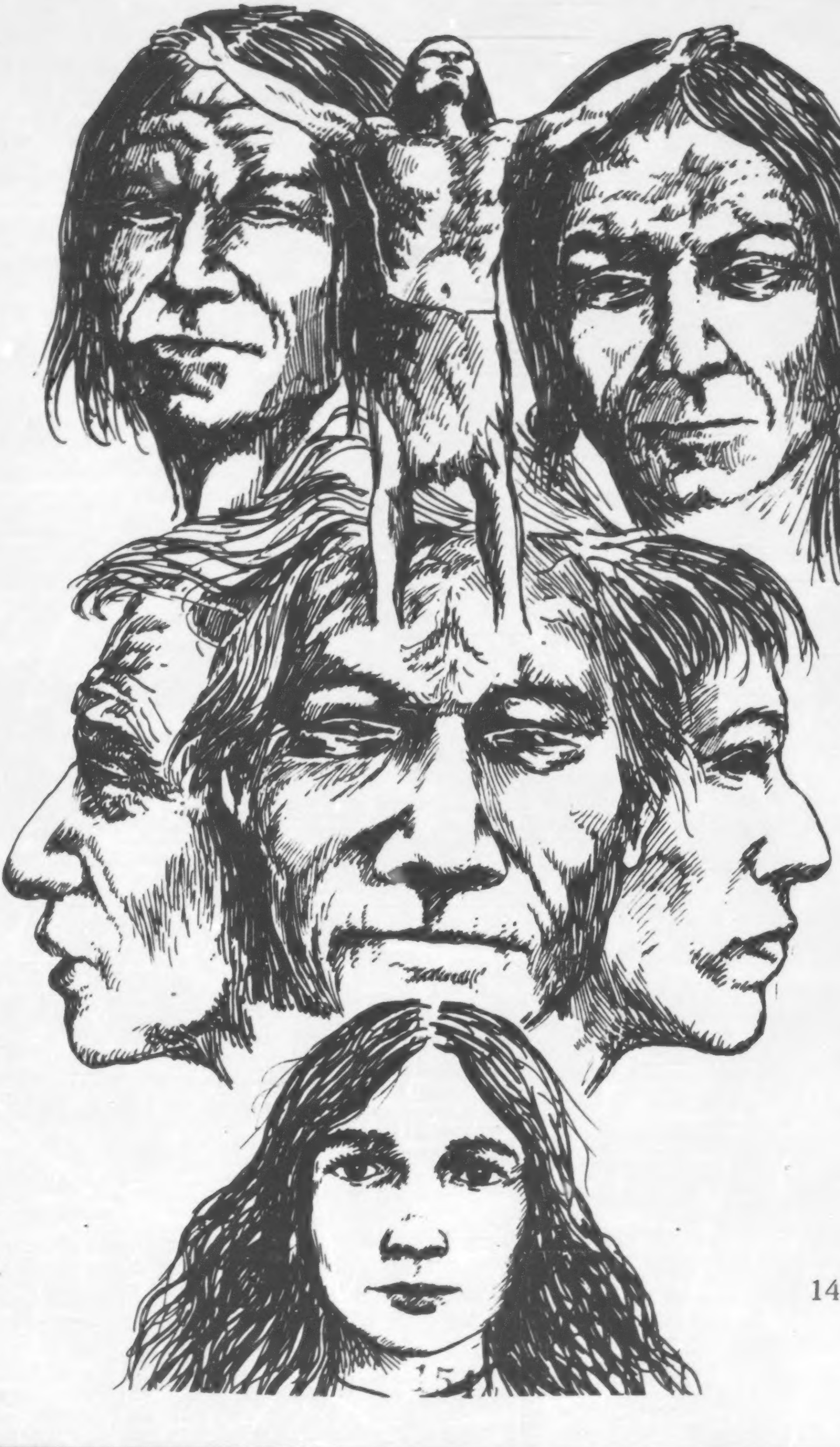
—Pues, por mucho tiempo los indios vivieron en las misiones. Primero vivieron en San Francisco Xavier de Nájera y después en San Antonio de Valero. Esta última misión, de Valero, es la que hoy se llama ''el Alamo.'' Como te dije, fue en las misiones donde los indios aprendieron a hablar español. También aprendieron como ser vaqueros, rancheros, y campesinos. Ya cuando sabían hablar español y habían aprendido diferentes trabajos, entonces salían de las misiones.

—¿Y qué les pasó entonces, abuelito? ¿Qué les pasó?

—¿Qué les pasó? ¡Pues! No les pasó nada porque ya no eran indios. Tenían nombres españoles, sabían como vivir en ciudades, y tenían trabajos. Así fue como pudieron hacerse parte de la gente del suroeste.

—¿Y qué le pasó al jefe de los indios, al señor Rodríguez.

—Eso es lo más importante para ti de esta historia, Graciela. Aquel indio que le llamaron Juan Rodríguez fue el abuelito de mi abuelito. Muchos de los hijos de los hijos de sus hijos todavía viven en las ciudades del suroeste. Pero ya no se reconocen como indios. Hoy se les llama mexicanos-americanos. Muchos de ellos no saben que los abuelitos de sus abuelitos fueron indios. Aún viven aquí. Y eso, Graciela, eso es muy importante. Es importante saber que muchos de nosotros somos descendientes de los indios que vivían aquí en el suroeste antes de que llegaran los españoles.



Vocabulario

-A-

ABANDONADA, alguna cosa que no se ha cuidado por mucho tiempo; descuidada(o).

ABUNDANCIA, gran cantidad.

ACOMODAR, ordenar; ajustar; componer.

AGARRAR, coger o tomar con fuerza.

AGITAR, mover con velocidad.

AGUDO, delagado; delicado; también, sonido penetrante.

AGUJERO, hoyo; abertura.

AHORRAR, guardar; reservar dinero para alguna cosa especial.

ALCANCÍA, recipiente con un agujero largo y angosto donde se hecha dinero para guardarlo.

ALREDEDOR, lo que rodea a personas o cosas.

ANSIOSAMENTE, con ansia.

ANTIGUA, vieja; que existe desde hace mucho tiempo.

AÑADIR, agregar una cosa a otra.

APACIGUAR, poner en paz.

APEDREAR tirar con piedras.

APRESURAR, dar prisa; accelerar.

ARBUSTO, una planta de tamaño mediano casi siempre con varias ramas y paludas.

ARRUGAS, pliegues en la piel.

ASALTO, ataque; la acción de asaltar o atacar a alguien o algo.

ASOMBRADO, estar asustado o epantado; reaccionar con grande admiración o extrañeza.

ATORADO, estar prendido en algún lugar sin poder salir de él.

ATREVERSE, arriesgarse; determinarse a hacer algo peligroso.

AULLAR, gritar; grito dolorido del lobo o del perro.

AUMENTAR, hacer crecer en cantidad.

AVERIGUAR, llegar a la verdad tratando de descubrirla; buscar la verdad.

-B-

BARANDALES, barandilla de escalera que sirve para no desbordarse o caerse de la escalera.

BIENVENIDA, felicitación que se da al que acaba de llegar; llegada feliz.

page 148 blank.

BELIZ, maleta que se usa para llevar artículos personales, casi siempre para algún viaje.

BUZÓN, caja para echar las cartas, ya sea para mandarlas o para recibirlas.

-C-

CACAREAR, ruido que hacen las gallinas.

CARTELÓN, cartel; anuncio grande que se pega en un sitio público.

CARRETILLA, un carro pequeño de mano que se usa en un supermercado.

CAUTAMENTE, con cuidado.

CAZUELA, vasija que sirve para guisar.

CEREZA, fruta roja pequeña en forma de bolitas.

CINTURÓN, cinta de cuero o de tela que se lleva alrededor de la cintura; ahora se usa para designar las ''cintas de asiento'' en muchos vehículos.

CLIMA, condiciones atmosféricas que distinguen a una región de otra.

CONFUSO, estar en un estado de confusión; no saber que hacer.

CORONEL, un oficial en un ejército.

CRECIENTE, cosa que crece; estado crecido de un río o mar.

CRISTALES, vidrios que se encuentran como parte de una ventana.

CUBIERTO, tapado.

CULTIVAR, plantar y cuidar el desarrollo de las plantas.

-CH-

CHISPAS, pedacitos de fuego.

-D-

DESAPARECER, dejar de verse.

DESBARATARSE, deschacerse.

DESCENDIENTE, alguna persona que desciende de otra.

DESORDEN, falta de orden.

DESPEDIRSE, soltar; arrojar; dejar; decir adios.

DESPRENDER, desatar; separar; soltar.

DICTADOR, un jefe militar o político que tiene un poder absoluto.

DOMICILIO, lugar donde se supone una persona tiene su casa o vivienda.

-E-

EMBELLECER, hacer más bello o más bonito.

ESCURRIR, sacar las últimas gotas de algún líquido de una cosa mojada o de alguna vasija.

ESPECIAS, yerbas de olores que se usan para dar sabor a la comida, como pimienta, clavo, azafrán, etc.

ESTABLE, contante; permanente

ESTIRAR, extender; alargar.

EXPLORAR, investigar; buscar; registrar.

EXTENDERSE, dar más extensión a alguna cosa.

-F-

FACCIÓN, un partido político.

FASCINADO, encantado; muy interesado.

FASCINANTE, que facina; que interesa.

FONDO, la part más baja de algo hueco; parte que se encuentra más lejos de la entrada.

FORTÍN, fortaleza pequeña dentro de la cual se puede defender de algunos enemigos.

FUNCIONAR, ejecutar una actividad; trabajar bien alguna cosa.

FUSIL, un arma de fuego; una carabina o un rifle.

-G-

GALLINERO, lugar donde viven las gallinas.

GRUNIR, hacer un ruido ronco.

GUAPO, hombre muy bien parecido; atractivo.

-H-

HACIENDA, un lugar grande en el campo con viviendas y tierra alrededor.

HELICÓPTERO, un aparato de aviación que puede subir y bajar verticalmente.

HINCARSE, ponserse de rodillas.

HOGAR, la casa o residencia (domicilio) de una familia.

HUEVO, el fruto de la gallina.

-I-

IMAGINACIÓN, ilusión; habilidad de representarse las cosas que no están presentes.

INFANTERIA, soldados que sirven de pie.

INUNDAR, llenar de agua alguna población o lugar a causa de una tormenta.

INUNDACIÓN, cubrir con agua.

INQUIETO, sin quietud; estar muy agitado.

-L-

LAGO, una extensión de agua rodeada de tierras.

LAMER, pasar la lengua por alguna cosa.

LASTIMAR, herir; dañar.

LECHUZA, buho; tecolote; un ave nocturna.

LENTAMENTE, despacio; con lentitud.

LEVADURA EN POLVO, substancia que se usa para que el pan se esponje.

LOGRAR, alcanzar; obtener.

-M-

MISIÓN, un lugar donde vivían los padres misioneros y los indios.

MUDAR(SE), cambiarse de ropa o de casa.

MUSEO, lugar donde se guardan y se exhiben objetos históricos o antigous.

-O-

ORGULLO, sentimento elevado de la dignidad de la persona.

-P-

PAJA, zacate cortado y seco que sirve para comida y cama de algunos animales.

PENSATIVO, absolutamente metido en sus pensamientos.

PESCAR, capturar; agarrar.

PIAR, sonido que hacen los polluelos.

PIEL, lo que cubre el cuerpo del hombre y de los animales; cuero de animal curtido con su peolo.

PORTÓN, una puerta grande, muchas veces a la entrada de un jardín.

PREOCUPARSE, inquietarse o tener cuidado por alguna cosa.
PROTEGER, tomar la defensa de alguna persona.
PUPITRE, escritorio de madera que usan los niños en la escuela.

-R-

RECORRER, caminar; andar.
RECOSTARSE, inclinarse para descansar.
RECHINIDO, un ruido chillón que con frecuencia se hace por alguna puerta o alguna silla.
REINAR, dominar como rey o reina.
REFLEXIONAR, meditar o pensar sobre alguna cosa.
REGRESAR, volver al mismo lugar de donde salió o empezó.
RENDIRSE, darse por vencido en alguna batalla.
RESOLLAR, respirar, aspirar.
REVISAR, repasar, corregir.
REVOLCAR, revolverse por el suelo.
RODAR, moverse en ruedas; caer dando vueltas.
ROGAR, pedir, suplicar.
RÓTULO, la inscripción que se le pone a algo indicando lo que es.

-S-

SELECCIONAR, escoger; elegir por medio de una selección.
SENSACIÓN, impresión que produce alguna cosa.
SILBIDO, sonido agudo que se produce dejando salir aire entre los dientes o los labios.
SITIO, lugar.
SOBAR, manosear alguna cosa para ablandarla.
SOBREVIVIENTES, las personas que sobreviven alguna batalla de guerra o algún desastre natural.
SUFICIENTE, bastante.
SUPERMERCADO, tienda comercial donde las personas se sirven por si mismas.

-T-

TAREA, trabajo que se tiene que hacer en un tiempo determinado.
TEMPESTAD, tormenta violenta con lluvia y agua.
TEMPORAL, que dura solamente por un poco tiempo.
TIMBRE, aparato de llamada que se suena tocándolo o por medio de la electricidad; estampilla o sello de correo.

TÍMIDAMENTE, con miedo; con cuidado.
TORRENTE, lluvia muy fuerte que trae mucha agua.
TRANCAZO, garrotazo; un golpe dada con alguna tranca o palo.
TRASERA, la parte posterior de algunas cosas.
TROPEZAR, caerse; chocar con alguna cosa.
TUERTO, una persona que nada más tiene un ojo o que nada más ve con un ojo.

-V-

VEREDA, camino estrecho formado entre árboles y arbustos.
VITRINA, caja de vidrio donde se exhiben algunos objetos.
VOLADORES, que vuela; artistas que desempeñan un acto que consiste de volar por el aire.
VUELO, acción de volar.